BIBLIOTECA DEL

TERROR

EL MAGNETIZADOR
y otros cuentos

E. T. A. Hoffmann

24
EDICIONES EPL

«Magnetismo animal»: acción que una persona ejerce sobre otra y que produce efectos de sugestión e hipnotismo encaminados a dominar su voluntad. También denominado «mesmerismo».

¿Puede controlarse la vida y la muerte por medio de la hipnosis? El maléfico magnetizador de este inquietante relato de Hoffmann parece dispuesto a demostrarnos que es posible.

E. T. A. Hoffmann

El magnetizador y otros cuentos

Biblioteca del Terror - 24

ePub r1.0
Titivillus 17.03.2021

Título original: *Der Magnetiseur*
E. T. A. Hoffmann, 1814
Traducción: Carmen Bravo-Villasante
Diseño de cubierta: Emma Cohen

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

BIBLIOTECA DEL

TERROR

EL MAGNETIZADOR Y OTROS CUENTOS

E. T. A. Hoffmann

Traducción de Carmen Bravo-Villasante
Cubierta «Collage» original de Emma Cohen

EDICIONES EPUBLIBRE

PRÓLOGO

LOS ELIXIRES DEL DIABLO
ELIXIR DE AMOR

Fue muy raro. Iba a su encuentro, y nada más verla, se escondió.

—Eso es un movimiento de fuga de amor.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Movimiento de fuga de amor es cuando la persona enamorada, sin que la otra lo sepa, se esconde al verla. Por ejemplo: el enamorado entra en una habitación en busca ansiosa de su amada, y cuando la ve, da un paso atrás, y se esconde detrás de la puerta. Debería avanzar, ir hacia ella, y, sin embargo, se produce el movimiento de fuga.

Una enamorada va al encuentro de la persona que desea ver. Su ansiedad no tiene límites, mira a todas partes para ver si la encuentra, su desasosiego es enorme, desespera de encontrarla, y de pronto la ve. Entonces no corre hacia ella, fingiendo un pretexto casual; se retrae repentinamente como fulminada, cavila y se escabulle tras unos árboles. La persona amada pasa de largo, y la enamorada permanece escondida, sin dar un paso, maldiciendo la ocasión que deja pasar.

Lo mismo ha sucedido con el enamorado que entró en la habitación en busca de la persona amada y no pudo avanzar, escondiéndose tras la columna. Algunas veces, cuando el enamorado o la enamorada están sentados y no se pueden mover, bajan la vista, como si se escondieran, y cuando el otro pasa de largo, entonces le miran con intensidad, con una avidez desesperada para hacerle volver la cabeza. Y en el caso de que la volviese, ellos nuevamente bajarían la vista.

—Parece usted del siglo dieciocho. Me recuerda algunos episodios de las novelas sentimentales.

—En el siglo veinte suceden cosas como en el dieciocho. Es lo mismo que los equívocos. Los equívocos entre los enamorados que no se han declarado su amor, que no han descubierto su pasión, son muy grandes. El mismo movimiento de fuga, si alguna vez es visto por el otro que corresponde, puede ser interpretado como un rechazo. Aquel esconderse entre los árboles, o bajar la vista, se considera como un desprecio. «No quiere nada conmigo —piensa—. Se va para no saludarme. Se esconde para que no le vea».

—Ahora parece usted hoffmanniana. Esos análisis del sentimiento son…

—Pueden ser hoffmannianos, o de Proust, o de madame de Lafayette, y hasta de Stendhal. Observe usted la conducta de los enamorados antes de descubrirse y verá qué curiosa es. Diríamos que están locos.

Cada uno de ellos no sabe si el otro le corresponde. Corren por las calles como enajenados. Van con la mirada inquieta, siempre buscando algo. Se quedan extáticos, con la mirada perdida. Algunas veces el mundo no tiene el menor interés. Otras, es una maravilla. Basta con la certeza de un segundo de que les aman.

—Pero cuando los dos saben que se aman…

—Yo no hablo de eso. Únicamente me refiero al que ama y todavía no sabe si le quieren. ¿Cómo puede descubrirlo? Desconfía de sí mismo, desconfía del otro. Es una enfermedad. Ya le digo que es una especie de locura.

—¿Ha experimentado usted ese sentimiento?

—Sí; en este momento estoy loca.

—Yo también estoy loco.

—¿Entonces…?

……(Aquí la parte inferior del manuscrito está ilegible)……

Créeme, ¡oh lector! ¡El tiempo y el espacio no existen! Solo existe el espíritu… Fragmento.

Papeles póstumos de E. T. A. Hoffmann. Por la transcripción: C. B.-V.

Por desgracia, ¡amable lector!, el tiempo y el espacio sí existen, y aunque, por este fragmento inédito y los cuentos que van a continuación, ya conoces el espíritu de Hoffmann, tienes que saber que este singular autor nació en determinada fecha y determinado lugar: 1776, Königsberg. Estudió leyes. Ejerció como jurisconsulto y llegó a consejero. Desempeñó empleos públicos en Varsovia, Posen, Bamberg y Berlín.

Todos los datos de su vida aparente no bastan a dar idea de sus numerosas vidas. El caleidoscopio solo podría ser una alegoría de su versatilidad. Fue poeta, músico, pintor, director de orquesta y de teatro.

Fingió amores que le libraron de la vida vulgar. Se encontró en situaciones imprevistas, verdaderamente diabólicas, casi siempre producto de su fantasía. El ideal, que siempre es inasequible —afortunadamente—, le permitió vivir en el anhelo, esa divina *Sehnsucht*, que solo conocen los alemanes.

Fue actor y espectador de sí mismo, riéndose a carcajadas de la burlesca comedia de su vida —a veces sangrienta farsa, cruel *capriccio*—, y derramando algunas lágrimas al escuchar la melodía de *Ombra adorata*, cuando su bufonesca existencia se convertía en refulgente ópera.

¿Qué más? Un hombre no se puede reducir a cifra. Le costaba mucho trabajo distinguir la realidad de los sueños. A veces, cuando suplicaba «¡Julia…, Julia!», no sabemos si era a la discípula amada o a la protagonista del cuento *La aventura de la*

noche de San Silvestre. Bebió veneno en vaso de oro, ese elixir del beso verdadero o imaginado.

Gautier, Baudelaire, Gérard de Nerval sintieron la fascinación de los cuentos de Hoffmann y de su tornasolada personalidad.

En nuestro siglo, E. T. A. Hoffmann aparece frente al hombre unidimensional, y le desconcierta con sus múltiples dimensiones.

Una puerta se abre, y otra, y otra; entra un fantasma, una sonámbula, un ángel de luz, un loco, un músico, un magnetizador…

CARMEN BRAVO-VILLASANTE

EL MAGNETIZADOR

LOS SUEÑOS SON ESPUMA

Los sueños son espuma —dijo el anciano barón, tendiendo la mano hacia la borla de la campanilla, para que el viejo Gaspar viniese a alumbrarle hasta su alcoba—.

Se había hecho tarde; un penetrante viento de otoño se introducía en el salón de verano, mal resguardado, y María, estrechamente envuelta en su chal y con los ojos semicerrados, no podía resistir más el sueño.

—¡Y, sin embargo —continuó el barón, inclinando el cuerpo hacia adelante en su poltrona, las dos manos apoyadas en las rodillas—, y, sin embargo, recuerdo muy bien los extraordinarios sueños que tenía en mi juventud!

—¡Oh, mi buen padre! —repuso Ottmar—, ¿y qué sueño hay que no sea extraordinario? No obstante, solo aquéllos que nos revelan alguna circunstancia maravillosa, los espíritus precursores de los grandes destinos, según las palabras de Schiller; aquéllos que nos trasladan con rápido vuelo a esas sombrías y misteriosas regiones, a las que nuestros débiles ojos se atreven a lanzar tímidas miradas; solo aquéllos nos causan una impresión profunda, cuya fuerza nadie puede disimular.

—Los sueños son espuma —repitió el barón con voz sorda.

—Ése es un dicho de los materialistas, quienes encuentran muy naturales los fenómenos más maravillosos, a la vez que lo más natural les parece prodigioso e inconcebible. Pero hasta en este caso veo yo una certera alegoría —continuó Ottmar.

—¿Qué ves en ese viejo y vulgar dicho? ¿Acaso algo razonable? —preguntó María, bostezando.

Ottmar, riéndose, contestó con las palabras de Próspero:

—«¡Levanta el velo que cubre tus ojos y escúchame atentamente!». En serio, mi querida María, si no tuvieses tantas ganas de dormir, ya habrías adivinado que se trata de los sueños, uno de los fenómenos más sublimes de la vida humana y que la comparación con la espuma solo puede entenderse si se refiere a la espuma más noble de todas, como lo es, sin duda, la del burbujeante, brillante e impetuoso *champagne* que no desdeñas saborear alguna vez, a pesar de ese desdén que, como verdadera señorita, sientes por el jugo de la vid, en general. ¡Mira los millares de burbujas que

como perlas se alzan de la copa, para convertirse en espuma al llegar a la superficie! Son espíritus que se desprenden con impaciencia de su cárcel material. Así, del mismo modo, semejante a esta espuma, vive y se mueve el excelso principio espiritual que, libre de los lazos terrestres, despliega alegremente sus alas y se lanza a la búsqueda de los espíritus superiores que se encuentran en ese reino celestial, que nos está prometido, y entonces comprende sin esfuerzo, en su más secreta significación, los acontecimientos más maravillosos. También pudiera ser —prosiguió— que los sueños fueran el resultado de esta espuma, de esta fermentación que brota de nuestros espíritus vitales, libres, alegremente bullentes, cuando el sueño viene a encadenar nuestra vida extensiva y comienza entonces otra vida más intensiva, superior, que no solamente nos hace presagiar las misteriosas relaciones del mundo de los espíritus invisibles, sino reconocer los límites del espacio y del tiempo.

—Me parece estar oyendo hablar a tu amigo Alban —le interrumpió el viejo barón, esforzándose en sustraerse a los recuerdos que le habían dejado pensativo—. Ya sabéis que soy enemigo irreductible de todo esto. Así que, en mi opinión, cuanto acabas de referir está muy bien dicho y ciertas almas sentimentales o sensibles se complacerán en oírlo, pero solo por el hecho de ser sistemático, es falso. Después de todo lo que has divagado acerca del mundo de los espíritus, creeríase que el sueño debe procurar al hombre un estado de felicidad indecible. Pero todos mis sueños, a los que llamo tales porque la casualidad les ha prestado cierta influencia en mi vida —y llamo casualidad a una especie de coincidencia de circunstancias diversas que se unen en un conjunto de total apariencia—, todos estos sueños, como digo, fueron desagradables e incluso penosos. Tanto que a veces me ponían enfermo, aunque me abstuviese de devanarme los sesos acerca de su significado, ya que entonces no estaba de moda tratar de penetrar y escrutar lo que la Naturaleza nos mantiene secreto.

—Ya sabéis, padre querido —repuso Ottmar—, lo que pienso, con mi amigo Alban, acerca de eso que se llama casualidad, coincidencia de circunstancias, etcétera. Y en cuanto a la moda de las cavilaciones, piense mi buen padre que esta moda se funda en la naturaleza misma del hombre y que es muy antigua. Los adeptos de Sais…

—¡Alto ahí! —dijo el barón—. No nos enfrasquemos en una conversación que hoy precisamente quiero eludir, pues no me siento dispuesto a contrarrestar tu hirviente entusiasmo por todo lo maravilloso. Tampoco puedo negar que hoy mismo, nueve de septiembre, me viene a las mientes un recuerdo de mis años juveniles del que no podré librarme, a menos que os cuente la aventura. Con lo que probaría a Ottmar cómo un sueño o un estado de ensoñación, que se enlazó muy particularmente con la realidad, ejerció en mí una influencia funesta.

—Quizá, padre querido —dijo Ottmar—, nos proporcionaríais, a mí y a mi amigo Alban, un argumento magnífico en apoyo de la actual teoría de la influencia magnética, que procede de las observaciones acerca del sueño y de las ensoñaciones.

—Solo la palabra magnetismo ya me hace temblar —dijo el barón enojado—, pero cada uno tiene sus ideas, y mejor para vosotros si la Naturaleza soporta que vuestras manos atrevidas alcen el velo que la encubre y no castiga vuestra curiosidad con vuestra ruina.

—¡No disputemos, padre mío —repuso Ottmar—, acerca de cosas que depende de la más íntima convicción! Pero ¿no podríais referirnos ese recuerdo de vuestra juventud?

El barón se arrellanó en su asiento y comenzó el relato, levantando hacia el cielo sus expresivos ojos, como acostumbraba a hacer cuando se hallaba muy conmovido:

—Ya sabéis que recibí mi educación militar en la Academia de Nobles de Berlín. Entre los maestros que allí había se encontraba un hombre que no podré olvidar en toda mi vida. Hasta hoy, cuando pienso en él, no puedo evitar un estremecimiento de terror y de miedo, por decirlo así. A veces tengo la sensación de que se va a abrir la puerta y va a hacer su entrada fantasmal. Su estatura gigantesca era más notable a causa de la delgadez corporal; no parecía estar hecho sino de músculos y nervios. Debió de haber sido un apuesto mozo en sus años juveniles, pues todavía entonces sus negros ojos lanzaban miradas tan ardientes que apenas se podían resistir. Muy entrado ya en los cincuenta, tenía la fuerza y la destreza de un joven; todos sus movimientos eran rápidos y decididos; en la esgrima, con espada o sable, era superior a los más diestros y domaba el caballo más fogoso, hasta hacerle jadear. En otro tiempo había sido mayor en el Ejército danés y, según decía, se vio obligado a expatriarse por haber matado en duelo a su general. Muchos aseguraban que esto no aconteció en desafío, sino que, por una palabra ofensiva de aquél, el mayor le había atravesado de parte a parte con la espada antes de que pudiera ponerse en guardia. En una palabra, huyó de Dinamarca, y ejercía en la Academia de Nobles, con el grado de mayor, las funciones de instructor superior de fortificaciones.

Irascible en el más alto grado, era suficiente una sola palabra o una mirada profunda para enfurecerle. Castigaba a los discípulos con sistemática crueldad y, sin embargo, todos le veneraban de una manera incomprensible. Sucedió una vez que el duro castigo que dio a un discípulo, violando todas las costumbres y reglamentos de la disciplina, llamó la atención de los superiores y fue sometido a una investigación sumarial. Pero entonces, el discípulo castigado se acusó a sí mismo y defendió al mayor con tanto ardor que aquél salió libre de todo cargo.

Algunos días parecía ser otro. Entonces, el acento de su voz grave, que de ordinario era duro, tenía algo indeciblemente sonoro y su mirada fascinaba. Jovial e indulgente, perdonaba todas las pequeñas faltas y, cuando apretaba la mano de aquel de nosotros que mejor había cumplido, era como si le hiciese su esclavo por un poder mágico e irresistible, pues aun cuando en aquel momento le hubiese impuesto en prueba de su obediencia la muerte más dolorosa, la habría sufrido sin decir palabra.

Pero a estos días de calma seguía, por lo común, una especie de tormenta furiosa, que llevaba a todos a ocultarse y a huir. Poniéndose desde la mañana su colorado

uniforme danés, se pasaba incansable todo el día, ya fuese verano o invierno, en el gran jardín contiguo a la Academia de Nobles. Se le oía hablar en danés con una voz espantosa. Gesticulando furiosamente, con la espada desenvainada, parecía como si estuviera combatiendo con un enemigo terrible y lanzándole estocada tras estocada. Finalmente, con un golpe de la mano derecha, derribaba a su antagonista, cuyo cadáver parecía pisotear con juramentos y blasfemias espantosas. Luego huía con una velocidad increíble a través de las avenidas, se encaramaba a los árboles más altos y reía sarcásticamente, de modo que a nosotros, que estábamos en nuestras habitaciones, se nos helaba la sangre de espanto.

Estos ataques furiosos le duraban veinticuatro horas y se reparó que era al acercarse los equinoccios cuando sufría tales paroxismos. Al día siguiente parecía no acordarse de nada de lo que había pasado; pero era más intratable, más colérico, más violento que nunca, hasta que, poco a poco, volvía a alcanzar el estado de benevolencia.

No sé de dónde provenían los extraños y maravillosos rumores que se difundieron entre los criados de la Academia y entre la gente de la ciudad. Se decía que el mayor podía conjurar el fuego y sanar enfermedades con la imposición de manos. Que solo con la mirada curaba. Pero recuerdo que un día despidió a palos a uno que pretendió que le curase por este procedimiento. Recuerdo también cómo un viejo inválido, que me servía, afirmaba abiertamente que la conducta del señor mayor era sobrenatural y contaba que muchos años antes, durante una tempestad en el mar, se le había aparecido el Enemigo Malo, quien le ofreció, no solo salvarle del peligro, sino también dotarle de una fuerza sobrehumana y de algunas facultades milagrosas, lo cual aceptó, entregándose a él. De ahí procedían los reñidos combates que tenía que sostener con el demonio, el cual se le aparecía en el jardín, ya en forma de perro negro, ya bajo la de otro animal terrible, para anunciar al mayor que, antes o después, había de sucumbir en terrible catástrofe.

Por muy necios y vanos que me pareciesen estos relatos, no podía evitar un secreto terror al escucharlos y a pesar del especial aprecio que me demostraba el mayor, al que yo correspondía con sincera adhesión, se mezclaba en el sentimiento que experimentaba hacia este hombre extraordinario un algo indefinible que me obsesionaba y que yo mismo no sabría explicar. Me parecía como si me viese obligado por un poder superior a permanecerle fiel, como si el instante en que me apartase de su sujeción fuese a ser el de mi perdición. Aunque su presencia me causaba una especie de complacencia, experimentaba también siempre cierto miedo, el sentimiento de una opresión irresistible, manteniéndome en tal tensión que me hacía temblar. Si permanecía mucho tiempo junto a él y me demostraba más amistad que de costumbre, cuando me apretaba la mano en señal de despedida, según solía hacerlo, al tiempo que me miraba fijamente contándome alguna historia extraña, yo no podía evitar aquel estado que me dejaba reducido al máximo agotamiento, hasta el punto de que parecía estar a punto de desmayarme.

Prescindiré de todas las escenas extrañas que viví con mi maestro, quien llegaba hasta a tomar parte en mis juegos infantiles y me ayudaba activamente a construir las fortalezas que edificaba en el jardín, conforme a las más estrechas reglas militares.

Así, pues, vamos al asunto. Fue la noche del 8 al 9 de septiembre del año de 17…, lo recuerdo muy bien, cuando soñé con toda la fuerza de la realidad que el mayor abría suavemente la puerta de mi habitación, se acercaba despacio a mi cama y, fijando en mí la mirada de sus negros y penetrantes ojos, me ponía su mano derecha sobre la frente, lo que, sin embargo, no me impedía verle de pie delante de mí… Suspiré a causa del miedo y del terror que me sobrecogían y él entonces me dijo con voz sorda: «¡Pobre ser humano, reconoce a tu maestro y señor! ¿Por qué te resistes bajo el yugo que inútilmente quieres sacudir? Yo soy tu dios y leo en tu interior. Todo lo que has tenido secreto, todo lo que quieres ocultarme, lo veo claro y patente. Para que no te atrevas a dudar de mí, gusano de la tierra, voy a hacer que tú mismo penetres en el secreto obrador de tus propios pensamientos».

Al instante vi brillar en su mano un instrumento punzante y sentí cómo lo introducía en el centro de mi cerebro. Proferí tal grito que me desperté bañado en sudor, próximo al desvanecimiento. Al fin logré tranquilizarme, pero un aire sofocante y pesado llenó la habitación y me pareció oír la voz del mayor que me llamaba desde lejos, pronunciando mi nombre varias veces. Atribuí esto a los efectos del espantoso sueño; salté de la cama, abrí la ventana para que el aire fresco entrase en la habitación. Pero cuál sería mi asombro cuando, a la luz de la luna, vi al mayor con su uniforme de gala, tal como se me había aparecido en el sueño, dirigirse por la gran alameda hacia la puerta principal. La abrió y salió cerrándola luego de tal forma que los goznes y cerrojos resonaron con un estrépito tal que retumbó mucho tiempo en el silencio de la noche.

¿Qué significaba esto? ¿Qué hacía el mayor de noche en pleno campo?, pensé, mientras un miedo y una angustia horribles se apoderaban de mí. Como arrastrado por una fuerza irresistible, me vestí precipitadamente y fui a despertar a nuestro inspector, un buen anciano de sesenta años y la única persona a quien el mayor temía y respetaba hasta en sus más violentos paroxismos. Le conté mi sueño y lo que había sucedido después. El anciano me escuchó con mucha atención y dijo: «Yo también he oído cerrar la puerta del jardín, pero pensé que eran imaginaciones mías; de todos modos puede haberle sucedido algo extraño y conviene que vayamos a ver su habitación».

La campana del establecimiento despertó a los discípulos y a los maestros y todos con antorchas, como en una procesión solemne, nos dirigimos por el largo corredor hacia el cuarto del mayor. La puerta estaba cerrada y fueron vanos los esfuerzos que se hicieron para abrirla con la llave maestra, lo que nos convenció de que había echado el cerrojo por dentro. El portón principal que daba al jardín, por el que debía haber pasado, también estaba cerrado con cerrojo, como de costumbre. Finalmente,

hubo que derribar la puerta de la alcoba, al ver que todas nuestras llamadas quedaban sin respuesta.

¡Allí estaba el mayor, con la mirada fija, espantosa, cubierta la boca de espuma, vestido con su rojo uniforme danés y sosteniendo su espada en una mano convulsivamente arqueada! Todos nuestros esfuerzos para volverle a la vida fueron inútiles.

El barón calló. Ottmar intentó decir algo, pero calló también y, con la frente apoyada en su mano, pareció ocupado en ordenar las reflexiones que le inspiraba la historia. María rompió el silencio diciendo:

—¡Ay, padre mío, qué espantoso acontecimiento! Me parece estar viendo al terrible mayor con su uniforme danés y con la vista fija en mí; ya se acabó mi sueño por esta noche.

El pintor Franz Bickert, quien desde hacía quince años vivía en casa del barón en calidad de amigo íntimo de la familia, y que hasta entonces no había tomado parte alguna en la conversación, como sucedía con frecuencia, sino que paseaba con los brazos cruzados a la espalda, haciendo toda clase de muecas ridículas y hasta ensayando de Cuando en cuando un brinco grotesco, de repente exclamó:

—¡La baronesa tiene mucha razón! ¿A qué vienen estas espantosas historias llenas de sucesos novelescos antes de irnos a acostar? Esto, al menos, es contrario a mi teoría del dormir y de los sueños, que se basa en la pequeñez de un par de millones de experiencias. Si el señor barón solo ha tenido hasta ahora sueños desagradables es porque no conocía mi teoría y, por consiguiente, no podía practicarla. Cuando Ottmar habla de influencias magnéticas, de la acción de los planetas y no sé de qué más historias, puede tener razón hasta cierto punto, pero mi teoría proporciona la coraza a prueba de todos los rayos de los astros nocturnos.

—En tal caso, tengo gran curiosidad por conocer tu admirable teoría —exclamó Ottmar.

—Deja hablar a Franz —dijo el barón—, sabrá convencernos de lo que quiera si se le antoja.

Sentóse el pintor frente a María y, después de haber tomado un polvo de rapé, con gesto cómico y sonrisa dulce y burlona, comenzó así:

—¡Noble reunión! Los sueños son espuma. Éste es un proverbio alemán muy antiguo, castizo y expresivo; pero Ottmar lo ha interpretado tan bien, tan sutilmente, que, mientras estaba hablando, yo sentía en mi cerebro esas burbujas desprendidas de la materia que venían a unirse con el principio espiritual superior. Sin embargo, ¿no es en nuestro espíritu donde tiene lugar esa fermentación de la cual se desprenden tales partes más sutiles, que no son sino el producto de un mismo principio? A esto que pregunto, respondo inmediatamente: la Naturaleza entera, en todas sus manifestaciones, ofrece al espíritu el vasto campo del espacio y del tiempo, en el que se mueve éste con la ilusión de una plena independencia, cuando en realidad solo es un trabajador atento y sometido a los fines de ella.

Estamos tan unidos física y psíquicamente con todos los objetos exteriores, con la Naturaleza entera, que solo el intentar desprendernos constituiría posiblemente la causa de nuestra propia destrucción. La vida que llamamos intensiva está condicionada por la extensiva. Es solo un reflejo de ésta en la que las figuras y las imágenes nos parecen recogidas como en un espejo cóncavo, bajo otras proporciones y, por consiguiente, bajo formas extrañas y desconocidas, aunque en el fondo no sean más que caricaturas de los originales que existen en la vida real. Yo sostengo decididamente que jamás ningún hombre ha imaginado ni soñado alguna cosa cuyos elementos no se hallen en la Naturaleza, a la cual no nos podemos sustraer. Prescindiendo de las impresiones exteriores e inevitables que conmueven nuestra alma y la ponen en un estado de tensión anormal, causándola un repentino susto, un gran pesar, creo que nuestro espíritu puede extraer de las escenas más agradables de la vida esa fermentación de donde, según dice Ottmar, brotan las pequeñas burbujas del sueño. Yo, por mi parte, que al llegar la noche doy pruebas de un humor inagotable, preparo cuidadosamente los sueños nocturnos haciendo pasar por mi cabeza mil locuras, que luego mi imaginación reproduce en mi sueño con los colores más vivos, de manera muy divertida. Lo que prefiero a este propósito son mis representaciones teatrales.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó el barón.

—Cuando soñamos —continuó Bickert—, nos volvemos, como ya ha señalado un agudo escritor, poetas y autores dramáticos, pues percibimos con precisión los menores detalles de los caracteres y de lo individual. Así, pues, al acostarme, yo pienso algunas veces en las numerosas aventuras divertidas de mis viajes, en algunos caracteres cómicos de las gentes con las que he vivido y luego, por la noche, mi fantasía me proporciona el espectáculo más divertido del mundo al mostrarme de nuevo a todas éstas personas con sus facciones ridículas y con todas sus tonterías. Tengo la sensación entonces de que, por la tarde, solo he preparado el cañamazo, el esbozo de la pieza que durante el sueño cobra vida y fuego, conforme al deseo del poeta. Yo llevo en mí toda la compañía de Sacchi, que representa los cuentos de Gozzi muy a lo vivo, con todos sus matices, de manera que el público, que en realidad yo también represento, cree que está viendo algo verdadero. Pero como ya os he dicho, al hablar de estos sueños voluntariamente atraídos, prescindo de aquellos que son el resultado de alguna disposición excepcional del espíritu, de aquellos que provienen de circunstancias extrañas o que son consecuencia de una impresión física externa. Me refiero a los sueños que casi todos los hombres han tenido, como por ejemplo el de caer desde una torre, ser decapitado, etcétera, y que están producidos por algún padecimiento físico, ya que el espíritu más indiferente a la vida animal se separa durante el sueño y por causas fantásticas da lugar, a su manera, a la creación de imágenes. Recuerdo un sueño en el que asistía yo a una alegre velada donde se bebía ponche. Un oficial bravucón, al que conozco mucho, se burlaba de un estudiante, quien acabó por tirarle un vaso a la cara. La consecuencia fue una riña

general. Y yo, que quería establecer la paz, me sentí herido en la mano, de tal modo que un dolor intenso me despertó… y ¿qué es lo que vi al despertar? Mi mano realmente sangraba, pues me había arañado durmiendo con un alfiler que estaba clavado en el cubrecama.

—¡Oh, Franz —dijo el barón—, esta vez no te preparaste un sueño alegre!

—¡Ay! —dijo el pintor con voz quejumbrosa—. ¿Quién puede saber lo que el destino nos prepara para castigarnos? Yo también he tenido realmente sueños horribles que me causaron angustia y sudores y me pusieron fuera de mí.

—Cuéntanoslos —exclamó Ottmar—, aunque tus teorías se vengan abajo.

—Por Dios —gimió María—, ¿no os compadecéis de mí?

—De ningún modo —exclamó Franz—, ya no podemos tener compasión. Yo también he soñado, como otro cualquiera, cosas espantosas. ¿Acaso no he estado invitado a tomar el té en el palacio de la princesa Amaldasongi? ¿No me he puesto la más hermosa casaca galoneada encima de un vestido ricamente bordado? ¿No he hablado el más puro italiano, «lingua toscana in boca romana»? ¿No me he enamorado de aquella maravillosa mujer como corresponde a un artista? ¿Y no le estuve diciendo las cosas más divinas y poéticas, cuando por casualidad, al bajar la vista, me di cuenta, consternado, que iba vestido con un traje de corte a la última moda, pero que había olvidado las medias?

Antes de que nadie pudiera objetar algo, Bickert prosiguió entusiasmado:

—¡Dios mío! ¡Cuántas cosas podría contaros de los tormentos infernales de mis sueños! ¿No había vuelto a mis veinte años y bailaba con aquella deliciosa mujer? ¿No me había quedado sin dinero, a fin de dar a mi viejo traje cierta novedad, haciéndolo volver diestramente, y comprarme un par de medias blancas? Y cuando, al fin, llegué ante la puerta del salón, resplandeciente con mil luces y lleno de gente elegantemente vestida, al entregar mi tarjeta, un endiablado perro de portero abrió una ranura y me dijo amablemente que hiciera el favor de pasar por allí para entrar al salón. Pero todo esto no son más que tonterías en comparación con el sueño cruel que me ha atormentado y llenado de temor la noche pasada. ¡Ay!…, me había convertido en una hoja de papel vitela y figuraba justamente en el centro de ella como marca de fábrica, y alguno…, un endemoniado poeta bien conocido de todos, pero digamos alguno, armado de una pluma de ganso larguísima y mal cortada, mientras componía versos cojos y diabólicos, pendoleaba sobre mí. Y cuando, otra vez, un demonio anatomista quiso divertirse conmigo desmontándome como una muñeca de movimiento, y haciendo toda clase de pruebas diabólicas, por ejemplo, ver qué efecto produciría uno de mis pies puesto en mitad de la espalda, o mi brazo derecho pegado al extremo de mi pierna izquierda.

El barón y Ottmar interrumpieron al pintor con una estrepitosa carcajada. El ambiente de gravedad ya se había disipado; así que aquél exclamó:

—Decidme, ¿acaso no tengo razón al afirmar que en nuestra pequeña reunión de familia el viejo Franz es un verdadero *maître de plaisir*? ¡De qué modo tan patético

comenzó la discusión de nuestro tema para concluir con una broma de un efecto tan inesperado que hizo estallar nuestra solemne seriedad como con una poderosa explosión! En un abrir y cerrar de ojos nos ha trasladado del mundo de los espíritus a la vida real, alegre y viva.

—Pero no creáis —repuso Bickert— que he referido esto como un payaso que cuenta chistes para divertiros. ¡No! Aquellos sueños horribles realmente me han martirizado, aunque es posible que yo mismo, involuntariamente, los hubiera provocado.

—Nuestro amigo Franz —dijo Ottmar— tiene muchas pruebas en favor de su teoría de cómo se producen los sueños. Sin embargo, no es muy convincente todo lo relativo al enlace y a las consecuencias de estos principios hipotéticos. Añádase a esto que hay una clase superior de sueños vivificantes y felices, que acercan al hombre al mundo espiritual, apagan su sed y le nutren con fuerza divina.

—Cuidado —dijo el barón—, que Ottmar va a volver a subir inmediatamente en su caballo de batalla para cabalgar por regiones desconocidas, ésas que, según supone, nosotros los incrédulos solo podemos vislumbrar de lejos, como Moisés la tierra prometida. Pero vamos a evitar que se nos vaya, ya que hace una desagradable noche de otoño. ¿Qué os parecería si nos quedáramos una horita más? Atizaremos el fuego de la chimenea y María nos preparará, a su modo, un excelente ponche que será el espíritu que alimente y fortalezca nuestro alegre humor.

Bickert levantó los ojos al cielo y extasiado lanzó un profundo suspiro. A continuación se inclinó rápidamente delante de María, en actitud suplicante. Ésta, que había permanecido sentada y silenciosa, se echó a reír, lo que acontecía raras veces, al ver el gracioso ademán del viejo pintor y se apresuró a levantarse para prepararlo todo cuidadosamente, conforme a los deseos del barón.

Bickert, corriendo de un lado para otro animadamente, ayudó a Gaspar a traer la leña y mientras que, de rodillas en el suelo, y puesto de perfil ante la chimenea, soplaba el fuego, no cesaba de llamar a Ottmar para que diera pruebas de ser su digno discípulo y le dibujase en esta posición, como perfecto estudio de observación de los efectos del fuego dando hermosos reflejos en su rostro. El viejo barón cada vez estaba más alegre y hasta, lo que no acontecía sino en sus horas de mayor satisfacción, mandó que le trajesen su larga pipa turca guarnecida con boquilla de ámbar. Cuando el agradable y sutil aroma del tabaco turco empezó a esparcirse por el salón, y cuando María comenzó a derramar en el bol del ponche el zumo de limón, pareció a todos que un espíritu familiar y grato reinaba en medio de la satisfacción que experimentaban y que venía a hacer olvidar lo pasado y lo porvenir, apareciendo ambos incoloros e indiferentes.

—¿No es admirable —dijo el barón— que a María siempre le salga bien el ponche? Me sentiría incapaz de tomar otro que no fuera el preparado por ella. Es en vano que dé las instrucciones más minuciosas acerca de sus componentes y todo lo demás. Una vez, nuestra lunática Katinka preparó el ponche, siguiendo las

instrucciones de ella, pero me fue imposible tomar un solo vaso. Es como si María pronunciase una fórmula sobre la bebida que le proporcionase una fuerza mágica.

—¿Cómo iba a ser si no? —exclamó Bickert—. Es la magia de la gracia, de la elegancia con que María sabe animar todo lo que hace. Basta verla preparar el ponche para hallarlo perfecto y delicioso.

—¡Muy galante —interrumpió Ottmar—, pero con tu permiso, querida hermana, dime que no es cierto! Estoy de acuerdo con nuestro querido padre en que todo lo que tú preparas y ha pasado por tus manos, solo al tocarlo o probarlo, produce un bienestar muy grande. Pero en cuanto al encanto que lo causa, lo atribuyo a relaciones espirituales más profundas y no solamente a tu gracia y a tu belleza, como piensa nuestro amigo Bickert, que quiere relacionar todo con esto, pues te corteja desde que cumpliste ocho años.

—¿Qué tenéis todos esta noche conmigo? —exclamó María alegremente—. Apenas me he escapado de las visiones y apariciones nocturnas y ya veis en mí algo misterioso, y aunque no piense en el famoso mayor ni en un doble, corro el peligro de hacerme fantasmagórica y de tener miedo de mi propia sombra reflejada en un espejo.

—En verdad que sería muy penoso que una joven de dieciséis años no pudiera mirarse al espejo sin tomar su propia imagen por una aparición fantasmagórica. Pero ¿a qué viene que hoy no nos podamos librar de lo fantástico? —dijo el barón.

—¿Y por qué vos mismo, padre mío —replicó Ottmar—, me dais involuntariamente a cada instante ocasión de hablar acerca de todas estas cosas que consideráis como trastos inservibles y que hasta son la razón, confesadlo, de que no podáis soportar a mi amigo Alban? La Naturaleza no puede castigar el deseo de investigar, el impulso de saber lo que ella misma ha puesto en nuestro interior. Aún más, parece que ha colocado los peldaños por las que subimos hacia lo alto.

—Y cuando nos parece haber llegado muy alto —exclamó Bickert— resbalamos y reconocemos, en el vértigo qué se apoderó de nosotros, que el aire sutil de las regiones superiores no es conveniente para nuestras pesadas cabezas.

—En verdad, no sé —repuso Ottmar— qué pensar de ti; desde hace algún tiempo, incluso diría que desde la llegada de Alban a esta casa. Antes creías con toda tu alma y todo tu ser en lo maravilloso y meditabas acerca de las extrañas formas de las alas de las mariposas, de las flores, de las piedras, tu…

—¡Alto ahí —exclamó el barón—, un poco más y volvemos a recaer en el viejo asunto! Todo lo que investigas por los demás oscuros rincones de tu místico Alban, incluso diría que todo lo que sacáis de ese caos fantástico para construir un edificio ingenioso, pero desprovisto de fundamento, lo considero semejante a los sueños, que, según mi modo de pensar, son y serán siempre espuma. La espuma desprendida de los líquidos es insípida y no tiene consistencia. Lo mismo ocurre con el resultado de vuestro trabajo interior, que es semejante a las virutas producidas por la labor del tornero, a las cuales, por casualidad, da una forma determinada, sin que por eso se

piense que tienen la perfección de una obra ejecutada por un artista. Por lo demás, la teoría de Bickert me parece tan esclarecedora que seguramente trataré de practicarla.

—Ya que esta noche no podemos libramos de los sueños —dijo Ottmar—, permitidme que os cuente un suceso en el que ha participado últimamente Alban y cuya relación no turbará la alegre disposición de espíritu en que estamos al presente.

—Solo con la condición —replicó el barón— de que seas fiel a lo que has dicho y de que Bickert pueda expresar libremente sus comentarios.

—¡Estás exponiendo los deseos de mi alma, querido padre! —dijo María—, pues los relatos de Alban, por lo general, cuando no son horribles y espantosos, producen un efecto de tal arte que uno queda como agotado.

—Mi querida María quedará contenta de mí —repuso Ottmar—, pero en cuanto a los comentarios de Bickert no los acepto, porque precisamente en esta historia verá confirmada su teoría de los sueños. Mi buen padre se convencerá de lo injusto que ha sido con Alban y con el arte que Dios le ha concedido ejercer.

—Anegaré en ponche —dijo Bickert— todos los comentarios que se me vengan a la punta de la lengua; pero tendréis que dejarme en cambio hacer todos los gestos que me apetezcan. Eso no podéis impedírmelo.

—Concedido —exclamó el barón.

«Mi amigo Alban —comenzó Ottmar— conoció en la Universidad de J. a un joven, cuya buena presencia atraía a primera vista a todos cuantos le trataban, por lo cual era acogido con confianza y benevolencia por doquier. Los estudios de Medicina que compartían y la circunstancia de que ambos coincidiesen en la misma aula, a la cual su vivo celo les hacía acudir los primeros todas las mañanas, hicieron que naciese una estrecha amistad, pues Teobaldo (así denominaba Alban a su amigo) era muy expansivo y abierto. Sin embargo, a medida que pasaban los días, iba desarrollándose en él una sensibilidad casi femenina y una imaginación idílica, caracteres que en un tiempo como el actual, semejante a un gigante armado que marcha hacia adelante sin cuidarse de lo que destroza a su paso, resultaban tan mezquinos y tan melindrosos que la mayor parte de la gente se reía de él. Solo Alban, lleno de indulgencias por el tierno carácter de su amigo, no desdeñaba seguirle a sus pequeños jardines fantásticos, aunque hacía lo posible para devolverle a las rudas tempestades de la vida real y despertar de este modo las chispas de fuerza y de valor que existían quizá en el fondo de su alma. Alban creía que debía hacer esto con su amigo, pues consideraba que los años de Universidad son el único tiempo de que se dispone para acumular las fuerzas suficientes y oponer resistencia a los inesperados golpes del destino, semejantes al rayo que descarga de repente en un cielo sereno. El plan de vida que se había establecido Teobaldo era enteramente conforme a su carácter sencillo y al círculo de sus amistades. Pensaba, después de haber terminado sus estudios y obtenido el título de doctor, regresar a su ciudad natal para casarse con la hija de su tutor (él era huérfano), con la cual se había criado, y tomar posesión de una considerable fortuna, viviendo solo para sí y para su arte sin practicarlo. El

magnetismo animal recientemente descubierto, cautivaba enteramente su alma. Así que, después de haber estudiado con ahínco, bajo la dirección de Alban, todo lo que se había escrito acerca de esta materia, y después de haber hecho experimentos él mismo, rechazó todos los medios físicos por encontrarlos contrarios a la idea pura de la influencia de las fuerzas activas de la Naturaleza, idea que era el sistema del magnetismo de Berberin, o sea, la antigua escuela de los espiritualistas».

Apenas Ottmar pronunció por vez primera la palabra «magnetismo», el rostro de Bickert se contrajo de pronto, imperceptiblemente. Luego aumentó la mueca y fue tensando *in crescendo* todos los músculos de su cara, de modo que alcanzó el *fortíssimo* cuando miró al barón con un semblante tan grotesco que éste estuvo a punto de soltar la carcajada. Cuando se levantó, haciendo como que iba a tomar la palabra, Ottmar se apresuró a presentarle un vaso de ponche que el pintor bebió de un trago con gesto de malicia. Aquél, sonriendo, continuó su relato.

«Alban se había entregado en cuerpo y alma al mesmerismo, cuando se iba propagando la doctrina del magnetismo animal, y era partidario hasta de las crisis violentas que Teobaldo rechazaba con horror. Mientras los dos amigos exponían sus diversas opiniones acerca del tema, lo que daba lugar a numerosas discusiones, sucedió que Alban, que no podía negar muchas de las experiencias hechas por Teobaldo y que cedía involuntariamente a las seductoras hipótesis de éste, cada vez se iba inclinando más al magnetismo psíquico, hasta que al fin se hizo partidario de la nueva escuela que reunía los dos métodos, al estilo de la de Puysegur. Pero Teobaldo, por lo general tan propicio a someterse a convicciones extrañas, esta vez no se separó lo más mínimo de su sistema e insistió en rechazar toda medicina física.

La ambición de Teobaldo, a la que quería consagrar su vida, era dedicarse a penetrar en las misteriosas profundidades de la influencia psíquica y, aplicando su espíritu cada vez más fijamente y más libre de otras influencias, convertirse en digno discípulo de la Naturaleza. Con este objeto, la vida contemplativa, a la que se había dedicado, debería ser una especie de sacerdocio y él sería santificado, por una serie de iniciaciones cada vez más elevadas, hasta que le fuese permitido entrar en las cámaras más ocultas del sagrado y gran templo de Isis. Alban, que tenía una gran confianza en el carácter de Teobaldo, le animó en su proyecto y, cuando por fin alcanzó su objeto, o sea, doctorarse y decidió regresar a su patria, las palabras de despedida de Alban fueron para decirle que se mantuviese fiel a lo que había emprendido.

Poco tiempo después, Alban recibió una carta de su amigo, cuya incoherencia daba muestras de su desesperación y del desorden interior que se había apoderado de él. La felicidad de su vida, le escribía, quedaba destruida para siempre y quería irse a la guerra, pues abandonado por su joven prometida solo la muerte podía librarle de la desgracia que le destrozaba. Alban no descansó un momento y partió al instante para ver a su amigo, y solo después de muchos esfuerzos infructuosos logró devolver a su espíritu cierto grado de tranquilidad. La madre de la joven amada de Teobaldo refirió

a Alban que, al pasar las tropas extranjeras, habían alojado en casa aun oficial italiano, quien a la primera mirada se enamoró ardientemente de su hija y la había pretendido con el fuego que caracteriza a los de su nación. Dotado de todas las gracias que enamoran a las mujeres, en pocos días despertó en ella un sentimiento tal que el pobre Teobaldo fue olvidado completamente y desde entonces solo vivió y respiró por el italiano. Tuvo éste que marcharse a la guerra y, a partir de aquel momento, la persiguió la imagen de su amado. Veíale herido en sangrientos combates, caer a tierra, morir con su nombre en los labios, a tal punto que la pobre joven llegó a un estado de tal confusión mental que ni siquiera pudo reconocer al pobre Teobaldo, que llegaba muy contento con la esperanza de abrazar a su amada. Cuando Alban pudo lograr que Teobaldo volviese a la normalidad, diciéndole el medio infalible que había concebido para devolverle a su amada, éste halló el consejo de Alban tan conforme a sus íntimas convicciones que no dudó un instante en su feliz éxito, por lo que siguió ciegamente lo que le indicó su amigo… ¡Ya sé, Bickert, lo que vas a decir! —se interrumpió el narrador al llegar aquí—. Siento tu pena y nada me divierte más que la desesperación cómica con que coges ahora el vaso de ponche que con tanta gracia te ofrece María. Pero calla, te lo ruego; tu sonrisa agridulce es el mejor de los comentarios; mejor que cualquier palabra que pudieras pronunciar y que no haría más que estropear el efecto de mi relato. Lo que yo tengo aún que decir es tan admirable y benéfico que estoy seguro de que lo escucharás con interés. Así, pues, prestadme atención, y vos, padre mío, veréis cómo cumplo mi palabra».

El barón solo contestó con un «¡hum, hum!», mientras María miraba a Ottmar con sus claros ojos, apoyando su hermosa cabecita en las manos, de modo que sus rubios y abundantes cabellos ondeaban por encima de sus brazos.

«Si los días de la joven eran agitados y espantosos —prosiguió Ottmar—, las noches eran horribles. Todas las imágenes que la perseguían a la luz diurna surgían al oscurecer con fuerza más poderosa. Llamaba con acento desgarrador a su amado y, en medio de ahogados sollozos, parecía que iba a exhalar su alma junto al cadáver ensangrentado de aquél. En el preciso momento de la noche en que estos sueños angustiaban más a la joven, la madre, siguiendo los consejos de Alban, conducía a Teobaldo junto a su lecho. Sentábase él allí y dirigía hacia ella su pensamiento con toda la energía de su voluntad. Después que hubo repetido esto varias veces, pareció que el efecto de los sueños era menor, que el tono estridente y poderoso con que antes gritaba el nombre del oficial, se hubiera convertido en un lento esfuerzo para pronunciarlo, y profundos suspiros venían frecuentemente a aliviar su pecho oprimido… Entonces, Teobaldo cogía una de las manos de ella entre las suyas y pronunciaba suave, suavemente, su nombre. Muy pronto vióse el efecto. La joven murmuraba ahora el nombre del oficial entrecortadamente; parecía como si tratase de recordar cada sílaba y cada vocal, como si algo extraño se interpusiera en la serie de sus pensamientos. Pronto no dijo ya nada más. Solo el movimiento de sus labios daba la sensación de que quería hablar, pero que cierto efecto exterior se lo impedía. Esto

se había repetido ya varias noches consecutivas, así que en una de ellas Teobaldo, estrechando entre las suyas una mano de ella, empezó a hablarle en voz baja con frases entrecortadas. Por indicación de Alban, le habló de los tiempos de su infancia, a los cuales retornaba. Ora se veía correteando con Augusta (hasta ahora no había recordado el nombre de la joven) por el gran jardín del tío y cogiendo para ella hermosas cerezas, subiéndose a lo más alto de los árboles, pues él siempre se las arreglaba para ocultarlas a los ojos de los demás niños y dárselas a ella, ora rogaba a su tío con ahínco que les enseñase el bello y lujoso libro de láminas con los trajes de todas las naciones. Entonces los dos niños, arrodillados sobre una silla e inclinados sobre la mesa, lo hojeaban. En cada página había siempre un hombre y una mujer, representando una región de su patria, y siempre eran Teobaldo y Augusta. Ellos también deseaban estar en aquellas regiones vestidos con aquellos trajes extraordinarios y poder jugar con las hermosas flores y las bellas plantas.

Cuánto se extrañó la madre, cuando, una noche, Augusta empezó a hablar como si hubiera asimilado de repente las ideas de Teobaldo. Ella también se había convertido en una niña de siete años, y ahora ambos jugaban juntos. Incluso Augusta recordó hasta los acontecimientos más característicos de sus años infantiles. Era siempre muy violenta y se rebelaba con frecuencia contra su hermana mayor que, siendo de muy mal carácter, la atormentaba sin motivo, lo que daba lugar a más de una escena tragicómica.

En cierta ocasión, una tarde de invierno, estaban los tres niños sentados juntos, y la hermana mayor, de peor humor que nunca, molestaba a la pequeña Augusta con tanta obstinación, que ésta lloraba enojada y entristecida. Teobaldo dibujaba como de costumbre toda clase de figuras que sabía explicar luego sensatamente. Para ver mejor quiso espabilar la vela, pero involuntariamente la apagó. Entonces Augusta se aprovechó y rápidamente abofeteó a su hermana, en reciprocidad por los padecimientos anteriores. La chica echó a correr gritando y llorando y fue a decirle a su padre, tío de Teobaldo, que éste había apagado la luz y luego le había pegado. El tío apresuróse y fue a reprochar a Teobaldo su maldad. Éste, que sabía muy bien quién tenía la culpa, no negó haber realizado esta acción. Augusta se puso furiosa, cuando oyó a Teobaldo acusarse de haber apagado la vela y luego pegar a su hermana. Cuanto más lloraba, más se esforzaba el tío en tranquilizarla, diciéndola que el verdadero culpable ya estaba descubierto y frustrada toda la astucia del malvado Teobaldo. Un día en que el tío se disponía a propinarle a aquél un duro castigo, ella sintió que se le partía el corazón y entonces confesó todo; pero el tío no tuvo en cuenta esta confesión, convencido de que era efecto del extraordinario amor que sentía la joven por su primo, y la obstinación de Teobaldo, que se sentía feliz de padecer por Augusta con verdadero heroísmo, dióle motivo para castigar al terco muchacho hasta hacerle sangre. El dolor de Augusta no tenía límites, toda la violencia de su carácter y lo imperioso de su manera de ser habían desaparecido. El suave Teobaldo desde ahora se convirtió en el dueño, al cual se plegó gustosamente.

Él podía disponer a su antojo de sus juguetes y de sus más hermosas muñecas, y así como antes, para estar a su lado, se veía obligado a coger flores y hojas para su cocinita, ahora era ella quien le seguía muy gustosa a través de la maleza cuando él montaba en su caballo de madera. Así es que si la joven dependía de Teobaldo con toda su alma, en parte era debido al injusto tratamiento que éste había padecido, y que la había inflamado de amor. El tío dióse cuenta de todo, pero solo muchos años después supo con gran sorpresa la verdad del suceso y ya no dudó más del verdadero y recíproco amor de los dos niños, y entonces aprobó de muy buena voluntad su deseo de permanecer unidos toda la vida.

Precisamente aquel acontecimiento tragicómico de su infancia debería de servir para unir de nuevo a la pareja. Augusta empezó la representación de la escena en el momento en que el tío llegaba encolerizado, y Teobaldo no se descuidó en representar bien su papel. Hasta entonces Augusta se mostraba todo el día callada y retraída, pero a la mañana siguiente a esta noche, confió a su madre la inesperada noticia de que, desde hacía algún tiempo, soñaba vivamente con Teobaldo, y que la extrañaba que no volviese y que no escribiese. Cada vez fue aumentando más su deseo de volverle a ver; así que Teobaldo no titubeó más en presentarse a Augusta como si acabase de llegar de viaje, dado que había evitado cuidadosamente mostrarse desde aquel instante horrible en que ella no le reconoció.

Augusta le recibió dando muestras del mayor amor. Pronto le confesó, derramando abundantes lágrimas, que le había olvidado, y que un extranjero había logrado, mediante un poder desconocido, desterrarle de su memoria y sacarla fuera de sí; pero la imagen bienhechora de Teobaldo, que se le apareció en sueños, había conjurado los malignos espíritus, de quien se hallaba presa. Ahora tenía que confesar que no podía ya ni recordar el semblante del extranjero, y que solo Teobaldo era el que reinaba en su corazón. Tras esto, Alban y Teobaldo pudieron convencerse firmemente de que la verdadera locura que se había apoderado de Augusta, quedaba disipada y que ya no había ningún obstáculo a la unión de…».

Estaba Ottmar a punto de terminar su relato cuando María, lanzando un grito ahogado, cayó desmayada de su silla en brazos de Bickert, que había acudido presuroso a cogerla. El barón se levantó asustado, Ottmar acudió a ayudar a Bickert, y entre los dos la tendieron en el sofá. Yacía pálida como una muerta, y toda huella de vida había desaparecido de su semblante convulsivamente contraído.

—¡Está muerta, está muerta! —gritó el barón.

—¡No —exclamó Ottmar—, debe vivir, tiene que vivir! Alban vendrá en nuestra ayuda…

¡Alban! ¿Puede Alban despertar a los muertos? —replicó Bickert—.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y entró el aludido. Con el aspecto imponente que le era peculiar, se acercó en silencio a la joven desmayada. El barón le miraba de hito en hito con cólera; nadie podía hablar. Alban parecía no ver más que a María, en la cual fijaba su mirada.

—María, ¿qué le sucede? —dijo con tono solemne, que hizo que los nervios de ella se contrajeran.

Entonces le tomó la mano y, sin cesar de mirarla, dijo:

—Señores, ¿a qué viene este temor? El pulso es débil, pero regular…, creo que la habitación está llena de humo, abran la ventana y María se recobrará al punto de este ataque de nervios inofensivo y nada peligroso.

Bickert hizo lo que pedía y María abrió los ojos. Su mirada se fijó en Alban.

—¡Déjame, hombre horrible! Quiero morir sin tormentos —murmuró de modo que apenas podía oírse, y dando la espalda a Alban, escondió su rostro entre los almohadones del sofá, cayendo en un profundo sueño del que daba señales su pausada respiración.

Una extraña y temible sonrisa cruzó el semblante de Alban. El barón se levantó, como si quisiera decir algo. Pero aquél, mirándole fijamente y con un tono grave, en el que se transparentaba a pesar de todo cierta ironía, dijo:

—¡Esté tranquilo, señor barón! La pequeña es algo impaciente, pero cuando despierte de este sueño bienhechor, lo que ocurrirá mañana a las seis de la mañana, hay que darle doce de estas gotas, y entonces todo se habrá olvidado… —y tendiendo a Ottmar un frasquito, que sacó de su bolsillo, abandonó la sala con lentos pasos.

—¡Ya tenemos aquí al doctor maravilloso! —exclamó Bickert, cuando se llevaron a María dormida a su alcoba y hubo salido Ottmar—. La mirada profunda y extática de un visionario, el aire solemne, la predicción profética, el frasquito del elixir maravilloso. Yo estaba mirando a ver si desaparecía por los aires como Schwedenborg, o por lo menos como Beireis, que sabía trocar repentinamente el color de su casaca de negro en colorado.

—¡Bickert! —interrumpió el barón, que había visto cómo se llevaban a María, sin moverse de su poltrona, mudo y consternado—. ¡Bickert! ¿Qué se ha hecho de nuestra divertida velada?… Ya había presentido que nos habría de suceder hoy alguna desgracia, y que veríamos a Alban por algún motivo muy particular… Y precisamente en el mismo instante en que Ottmar le mencionaba hizo su aparición como un genio protector que vela constantemente. ¡Dime, Bickert! ¿Ha entrado por esta puerta?

—Sin duda —repuso Bickert—, y ahora es cuando se me ocurre que, como un segundo Cagliostro, nos ha hecho un juego de manos que nuestra inquietud y ansiedad nos impidieron observar, pues la única puerta del vestíbulo la he cerrado yo mismo y aquí está la llave… Pudiera ser que me hubiera engañado, dejándola abierta, pero… —fue a inspeccionar la puerta y volvió riéndose—. Es un Cagliostro completo, la puerta está tan cerrada como antes.

—Hum —dijo el barón—. El doctor maravilloso empieza ya a transformarse en un vulgar prestidigitador.

—Lo siento —repuso Bickert—, pues Alban tiene fama de ser médico muy hábil y cuando nuestra María, siempre tan sana, enfermó de este mal de los nervios tan

difícil de vencer, Alban la curó en pocas semanas mediante el magnetismo… Tú accediste con dificultad, aunque después de muchos discursos convincentes de Ottmar, y porque veías que la hermosa flor, que antes elevaba al sol su corola tan libre y atrevida, ahora languidecía…

—¿Crees que hice bien en ceder a los ruegos de Ottmar? —preguntó el barón.

—En aquel tiempo, sí —repuso Bickert—, pero la prolongada estancia de Alban no me resulta agradable, y en cuanto al magnetismo…

—¿Lo desechas por completo? —dijo el barón.

—Nada de eso —repuso Bickert—. No necesitaría para creer en él de tantos fenómenos como produce y de los cuales he sido testigo. Sí, sé muy bien que las maravillosas relaciones y el encadenamiento de la vida orgánica de la Naturaleza entera residen en él. Pero toda nuestra sabiduría es obra imperfecta, y, si el hombre lograse penetrar los secretos de la Naturaleza, tendría yo entonces la sensación de la madre que, habiendo perdido un instrumento cortante que le servía para labrar muchos objetos hermosos para alegría y recreo de sus hijos, temía que éstos se hiriesen al querer imitarla en la confección de las mismas obras.

—Acabas de expresar mi propio modo de pensar muy certeramente —dijo el barón—, pero respecto a Alban, no veo claro cómo coordinar todos los extraños sentimientos que experimento en su proximidad. Algunas veces creo poder explicarme todo. Su profunda ciencia puede hacerle parecer a veces un charlatán iluso, pero su celo y sus triunfos le hacen digno de estimación. Sin embargo, únicamente cuando está ausente se me aparece así. Pero si se acerca, su imagen se muestra en otra perspectiva, con rasgos deformes, tomados aisladamente sin poder formar un todo análogo, y entonces me lleno de terror. Cuando hace muchos meses Ottmar lo trajo aquí, como a su más íntimo amigo, tuve la sensación de que le había visto en alguna parte. Sus finos modales, su conducta reservada me gustaron, pero en general su presencia me desagrada. Muy pronto, y esto es lo que me llegaba al alma, después de la llegada de Alban, María se vio atacada de una extraña enfermedad. Debo confesar que Alban, cuando al fin le llamamos, emprendió su curación con un celo incomparable, con una constancia, con un amor y una fidelidad que, gracias al buen éxito que obtuvo, le mereció un afecto y un reconocimiento sin límites. Yo hubiera querido llenarle de oro, pero cada palabra de gracias me resultaba difícil, ya que, incluso, su método magnético me inspiraba tanto más horror cuanto mejor le salía. Cada día me resultaba más odioso. A veces pensé que podía librarme del mayor peligro, sin que, por ello, yo le mirase con buenos ojos. Su carácter solemne, sus discursos místicos, su charlatanería cuando magnetizaba por ejemplo los tejados, los álamos y algunos otros árboles, cuando con sus brazos extendidos hacia el Norte pretendía atraer una fuerza nueva emanada del principio universal. Todo esto me conmueve, a pesar del desprecio que siento desde el fondo de mi corazón acerca de semejantes cosas. Pero, escucha, Bickert, escucha bien lo que me parece más extraño: desde que Alban está aquí no hago más que pensar en el mayor danés, cuya historia

os he referido hoy. Ahora, precisamente ahora, cuando me habló con aquella sonrisa sardónica y casi infernal, fijando en mí sus grandes ojos negros como carbones, el mayor estaba delante de mí…, y era una semejanza horrible.

—Ahora me explico por fin —dijo Bickert— tus extraños sentimientos, esta rara idiosincrasia. No es Alban, no, sino el mayor danés el que te ataca y atormenta. El buen doctor paga la pena de su nariz encorvada y de sus ojos negros radiantes. Tranquilízate enteramente y quítate de la cabeza esas ideas sombrías… Alban puede ser un visionario, pero seguramente quiere el bien y lo practica, dejémosle sus charlatanerías como un juego inocente y concedámosle nuestro aprecio como a médico hábil y entendido.

El barón se levantó y tomando a Bickert las manos dijo:

—Franz, lo que acabas de decir va en contra de tu íntima convicción. No es sino un paliativo que empleas para calmar mis temores e inquietudes… Pero yo lo conozco en el fondo de mi alma: Alban es mi demonio enemigo. ¡Franz!, te lo ruego, estate atento, aconseja…, ayuda…, sé un apoyo en el caso de que algún accidente viniese a hacer vacilar el viejo edificio de mi familia. Ya me entiendes…, ni una palabra más.

Los amigos se abrazaron en silencio y ya hacía mucho que había pasado la medianoche cuando cada uno de ellos, pensativo e inquieto, se dirigió a su habitación. A las seis en punto María se despertó, como había predicho Alban. Siguiendo sus instrucciones se le dieron las doce gotas de la botellita y dos horas después apareció alegre y hermosa en la sala donde el barón, Ottmar y Bickert la recibieron alegremente. Alban se había encerrado en su cuarto y mandó decir que una correspondencia interesante le tendría ocupado todo el día.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE MARÍA A ADELGUNDA

¿Te has salvado por fin de los peligros y de las angustias de esta horrible guerra, contra la cual hallaste un asilo seguro? ¡No!

No puedo expresarte, amiga de mi corazón, lo que he sentido al recibir noticias tuyas después de tanto tiempo. Por poco rasgo la carta, abriéndola apresuradamente,

con la impaciencia de leerla. La he leído y releído, sin poder entender lo que me decías, hasta que, habiéndome tranquilizado, supe con alegría que tu hermano, mi querido Hipólito, está bien, y que pronto le veré. Así pues, ¿no has recibido ninguna de mis cartas? ¡Ay, querida Adelgunda! Tu María ha estado muy enferma, muy enferma, pero ahora está mejor, aunque mi mal fue tan incomprensible, hasta para mí misma, que aún ahora me estremezco solo de pensarlo. Y esta emoción, según dice mi hermano y el médico, es también un síntoma de enfermedad, que debe destruirse radicalmente.

No me pidas que diga qué es lo que he tenido, pues ni yo misma lo sé. No puede darse nombre a mi padecimiento, aunque la paz y la alegría habían desaparecido… Todo me parecía transformado… Palabras dichas en alta voz, pasos que me herían la cabeza como aguijones. Algunas veces objetos inanimados en torno mío tomaban voz y acento, y con lenguaje extraño me molestaban. Las fantasías más extrañas venían a arrancarme de la vida real. ¿Querrás creer, mi buena Adelgunda, que las locas historias de hadas de «El pajarito verde», del Príncipe Fakardin, de Trebisonda, y qué sé yo cuántos más, como nos sabía contar tan bien la tía Clara, tomaron para mí un carácter verdaderamente terrible, porque era yo misma la que sufría las transformaciones de que me hacía víctima algún perverso genio…? Sí, ahora suena a ridículo decir hasta qué punto estas tonterías obraban en mí y de qué modo tan pernicioso, día a día, iba poniéndome más débil y lánguida. Me afligía mortalmente por nada, y me alegraba hasta la locura por cualquier tontería, así es que me consumía interiormente entre los violentos ataques contradictorios de una fuerza desconocida… Ciertos objetos, que antes ni siquiera miraba, no solo me llamaban la atención, sino que hasta me atormentaban. Así es que tomé horror a los lirios y me desmayaba al ver algunas de estas flores, aunque estuviesen distantes. Porque veía salir de sus blancos cálices diminutos basiliscos brillantes que se lanzaban contra mí.

Pero ¿cómo podré darte, querida Adelgunda, una idea del estado en que me encontraba, al que no podría dar el nombre de enfermedad, si no me hubiera debilitado progresivamente hasta el punto que me consideré ya cercana a la muerte? … Sin embargo, voy a decirte algo muy particular y que tiene relación con mi curación, la cual debo a un excelente hombre, que Ottmar había introducido en casa y que, entre todos los famosos y hábiles médicos de la ciudad, es seguramente el único que posee el secreto de curar pronto e infaliblemente una enfermedad tan extraña como la mía.

Pero lo más extraño es que en mis sueños y visiones veía constantemente aparecer un hombre hermoso y grave, que, a pesar de su juventud, me inspiraba una profunda veneración y que, bajo diversos trajes, pero siempre con una túnica talar rastreante y una corona de diamantes en la cabeza, representaba al rey romántico del mundo imaginario de los cuentos, y conjuraba los malos hechizos. Una unión íntima y tierna debía existir entre nosotros, porque me demostraba un afecto, por el cual yo hubiera dado mi vida. Tan pronto se me aparecía como el sabio Salomón, como otras veces

sin saber por qué pensaba en el Sarastro de «La flauta encantada», que había visto representar en la ciudad. ¡Ay, querida Adelgunda!, imagínate qué miedo sentí cuando al ver a Alban por primera vez, reconocí en él al rey romántico de mis sueños. Alban es justamente el médico extraordinario que tiempo atrás Ottmar había traído como su amigo íntimo desde la ciudad y que, sin embargo, en aquella primera y corta visita me había resultado tan indiferente que ni aun recordaba su aspecto. Cuando volvió, llamado para procurar mi curación, me fue imposible definir la extraña sensación que su aspecto me infundía… Como Alban tiene por lo general en su fisonomía y en todos sus modales una cierta dignidad y algo de imperativo que le hace superior a cuanto le rodea, me pareció, desde el momento en que fijó en mí su mirada seria y penetrante, que debía someterme sin contradicción a todo lo que me ordenase, como si le bastase querer mi curación para obtenerla.

Ottmar decía que iba a tratarme por el magnetismo, y que Alban, por medio de ciertos procedimientos debía ponerme en un estado de exaltación y de sueño, al despertar del cual, sería capaz de ver yo misma mi enfermedad y de establecer el modo de curarme. No podrás creer, querida Adelgunda, el gran sentimiento de inquietud, temor y susto que me agitaba, cuando pensaba en aquel estado superior en que debía encontrarme. Sin embargo, veía muy claro que eran vanos mis esfuerzos para sustraerme a lo que había decidido Alban.

Se emplearon los medios previstos y, a pesar de mi repugnancia y de mis temores, tengo que decir que solo he sentido efectos saludables. Volvieron mis colores y mi alegría, y, en vez de esta tensión terrible que hacía de las cosas más indiferentes un suplicio, me encuentro ahora en un estado bastante tranquilo. Han desaparecido las locas visiones de mis sueños, el dormir me descansa, y las extrañas imágenes que se me aparecen durmiendo, me divierten en vez de atormentarme. Medita en esto un poco, amiga Adelgunda: ahora sueño con frecuencia. Por ejemplo, con los ojos cerrados, como si tuviese un nuevo sentido, puedo reconocer los colores, distinguir los metales, leer, etc., cuando Alban me lo pide. Con frecuencia me manda examinar mi interior y decirle todo lo que veo en él, lo que hago al momento con la mayor exactitud.

Algunas veces, de pronto, pienso en Alban, le veo delante de mí y caigo insensiblemente en un estado soñoliento en que pierdo por fin la conciencia de mi individualidad, y entro en una esfera de ideas extrañas que tienen el brillo y la pureza del oro y que me penetran de una animación singular. Reconozco, entonces, que es Alban quien formula en mí sus divinas ideas, y que él mismo, como chispa vivificadora, está en mi interior. Y si él me dejara, espiritualmente se entiende, porque la distancia física me es indiferente, todo se desvanecería. Solo *en él* y *con él* puedo vivir de verdad, y si, dependiendo de él, se separase de mí espiritualmente, mi existencia sucumbiría en un desierto mortal. Sí, mientras estoy escribiendo estas líneas siento más que nunca que él es el único que me inspira al expresar cómo mi ser depende del suyo.

No sé, querida Adelgunda, si te parecerá ridícula o al menos atacada de una manía fantástica; no sé si me comprenderás. Tengo la sensación de que tus labios han pronunciado suave y tristemente el nombre de Hipólito… Créeme. Nunca he amado tanto como ahora a Hipólito; muchas veces le nombro en mis oraciones para que Dios le preserve de todo mal, para que los santos ángeles le protejan en las sangrientas batallas. Pero desde que Alban es mi señor y dueño, me parece que solo es por él por quien puedo amar más profunda y ardientemente a Hipólito, e imagino que tengo el poder de lanzarme hacia él como un genio protector, y cubrirle con mis ruegos como un serafín con sus alas, de modo que se frustre la muerte que siempre espía astutamente. Alban, el hombre excelente y sublime, me conducirá a sus brazos como una esposa santificada por esta vida espiritual. Pero ¿la niña inexperta puede aventurarse sin su maestro en las tempestades del mundo?…

Hace muy poco que he llegado a conocer del todo la verdadera magnanimidad de Alban… Pues ¿quieres creer, querida Adelgunda, que cuando estaba más enferma y en los mayores ataques de irritación, en mi interior se levantaban sospechas contra mi dueño y señor? Creía yo haber hecho traición al amor y a la fidelidad cuando veía elevarse delante de mí, incluso en medio de mis oraciones por mi Hipólito, la figura de Alban irritada y amenazadora. Porque deseaba aventurarme sin él, traspasando los límites que me había prescrito, como el niño travieso e indócil a los consejos de su padre, que sale del tranquilo jardín para correr por el bosque, en el que feroces bestias sanguinarias acechan su presa detrás de los verdes y floridos matorrales. ¡Ay, Adelgunda!, qué desgraciada me hacían estas dudas crueles. Ríete de mí si te digo que hasta llegué a pensar que Alban me tendía un lazo y bajo la apariencia de un salvador milagroso pensaba encender en mi interior un amor terrestre. ¡Ay, Hipólito! Recientemente estábamos reunidos mi padre, mi hermano y el viejo Bickert. Alban, según su costumbre, no había vuelto aún de su largo paseo diario. Tratábamos de sueños y mi padre, como también Bickert, nos había contado toda clase de historias maravillosas y entretenidas. Ottmar tomó la palabra y narró cómo un amigo de Alban, siguiendo sus consejos y su dirección, logró alcanzar el ardiente amor de una joven, estando junto a ella, sin que ella lo supiese, durante su sueño, y apoderándose en favor suyo, por medios magnéticos, de la dirección de sus pensamientos. Sucedió, además, que mi padre, así como también el anciano amigo Bickert se declararon enemigos del magnetismo, y de cierto modo, acusadores de Alban.

Todas las dudas que había concebido contra mi maestro se despertaron con doble fuerza en mi interior. Supuse que se valía de maniobras misteriosas y diabólicas para hacerme su esclava, y que me ordenaba solo pensar en él y dejar a Hipólito. Una emoción desconocida me llenó entonces de ansiedad mortal. Veía a Alban en su aposento rodeado de extraños instrumentos, de feas plantas, de piedras y metales radiantes y de horribles animales, describiendo círculos por el aire con gestos convulsivos de sus manos y brazos. Su rostro, por lo general tan tranquilo y grave, presentaba el aspecto de una horrible larva y de sus ojos enrojecidos raptaban, con

asquerosa ligereza, inmundos basiliscos, lisos y brillantes, tal como antes los había visto salir de la corola de los lirios.

De repente me pareció que un torrente de hielo caía por encima de la espalda. Y, al despertar de la especie de desmayo en que me encontraba, vi delante de mí a Alban… Pero ¡Dios mío, aquél no era, no, la larva espantosa que mi imaginación había creado! ¡Cómo me avergoncé de mí misma al día siguiente por la mañana! Alban ya sabía las dudas que yo albergaba hacia él, y solo su afectuosa benevolencia le impidió dármelo a conocer. Pero ya sabía él cómo se me había presentado su persona puesto que lee dentro de mi ser mis más secretos pensamientos, lo que me impide ocultar mi veneración y sumisión hacia él.

Además, él dio poca importancia a mi estado enfermizo y atribuyó únicamente aquel desvanecimiento al humo del tabaco turco que mi padre había fumado durante la velada. Tendrías que haber visto con qué previsor cuidado y con qué paternales desvelos me trató entonces mi dueño. No es solamente el cuerpo el que sabe conservar saludable, ¡no!…, es también el espíritu, al que conduce a una vida superior.

Si tú, mi buena y querida Adelgunda, pudieses estar junto a mí, gozarías de la vida realmente bienaventurada que aquí llevamos, en medio de una apacible tranquilidad. Bickert sigue siendo el alegre anciano de siempre. Mi padre y Ottmar son los únicos que de cuando en cuando muestran un humor sombrío; la monotonía de nuestras costumbres no les va a estos hombres, acostumbrados a una vida activa. Alban nos habla con lenguaje pomposo de las tradiciones y de los mitos de la India y del antiguo Egipto, y a menudo esto provoca en mí, bajo las frondosas hayas del parque, un sueño invencible y vivificante, del que despierto mucho más animada. Me comparo, entonces, a Miranda en «La tempestad», de Shakespeare, cuando Próspero procura en vano mantenerla despierta para que pueda escuchar su relato. Recientemente Ottmar me recordaba las palabras de Próspero: «Cede a la fatiga, pues no puedes hacer otra cosa»… «Ahora, mi querida Adelgunda, ya conoces enteramente mi vida interior. Te he contado todo y esto alivia mi corazón. Van unas líneas adjuntas para Hipólito…».

FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE ALBAN A TEOBALDO

Ha quedado atrás. La devoción incluye la piedad y toda acción piadosa es una hipocresía, cuando se hace para engañar al prójimo o para recrearse con el deslumbrante resplandor de la brillante aureola de oro falso, con cuya ayuda se ha coronado santo… ¿No has sentido algunas veces, querido brahmán, elevarse en tu interior ideas que no podías conciliar con las que tienes por justas y, prudentes, a causa de la costumbre que te inspiró la caduca moral de las nodrizas? Todas estas dudas contra las lecciones virtuosas de la Madre Oca, todas estas hirvientes inclinaciones que vienen a romperse contra el dique opuesto a su torrente por el sistema de los moralistas, la irresistible tentación de sacudir alegremente en el espacio las rápidas alas de que uno se siente provisto, lanzándose hacia las regiones superiores, son lazos de Satanás, contra los cuales nos previenen los pedantes ascéticos. Debemos cerrar los ojos como niños crédulos para evitar quedarnos ciegos por los deslumbrantes rayos que nos muestra la Naturaleza.

Cualquier inclinación, que nos proponga un objeto superior para ejercicio de nuestras facultades mentales, no debería considerarse ilícita, sino por el contrario, algo inseparable de la naturaleza humana y que cumple los fines de nuestra existencia. ¿Acaso no es otra la finalidad perfecta de la aplicación de nuestras fuerzas físicas y psíquicas?

Quiero que estés convencido de que yo siento gran consideración por tu vida contemplativa y por los esfuerzos que haces para desentrañar los secretos de la Naturaleza con tu aguda penetración. Pero en vez de obrar como tú, que te complaces en la observación pasiva y callada de la llave de los diamantes, yo la cojo con osadía y atrevimiento y abro las misteriosas puertas, ante las que tú permanecerás por toda la eternidad. Si estás preparado para la lucha, ¿por qué te quedas en esta perezosa quietud? Toda la existencia es lucha y procede de la lucha. En un clima estimulante, los poderosos obtienen el triunfo, y con los vasallos, subyugados, se aumenta su fuerza. Ya sabes, querido Teobaldo, que yo siempre he estatuido esta lucha hasta para el espíritu, y que siempre he afirmado osadamente que hasta la prepotencia espiritual de los hijos mimados de la Naturaleza, el dominio que se arrogan, luego les sirve de alimento y de fuerza para más altos vuelos. Las armas con las que nosotros, los que poseemos fuerza y poder, podemos emprender la lucha espiritual contra el principio subalterno, puedo asegurar que están en nuestras propias manos.

Entonces, ¿cómo es que aquella penetración, aquel completo dominio del principio espiritual, que está fuera de nosotros y que llamamos magnetismo (aunque esta denominación no baste), que procede de una auténtica fuerza física actuante, representa justo lo que queremos saber? Fue precisamente un médico el primero que habló de estos secretos al mundo, secretos que una Iglesia invisible conservaba como su más valioso tesoro, para utilizarlos como tupido velo, que no podía traspasar la simple mirada de los no consagrados. ¿No es absurdo pensar que la Naturaleza nos ha concedido un talismán maravilloso que nos hace reyes del espíritu, y que podemos

curar el dolor de muelas y de cabeza, o lo que sea, con él? No, es el inmediato dominio del principio espiritual de la vida lo que tratamos de obtener por todos los medios, cuando estamos familiarizados con la poderosa fuerza de aquel talismán. Doblegándose ante su hechizo, el espíritu subyugado solo existe en *nosotros*, y con su fuerza *nos* nutre y fortifica. El foco, en el que todo lo espiritual se reúne, es Dios. ¡Cuantos más rayos se reúnen para formar una pirámide de fuego, más cerca está el foco! ¡Cómo se extienden estos rayos por doquier! Abarcan la vida orgánica de toda la Naturaleza, y es el brillo de lo espiritual lo que anima a las plantas y a los animales. El esfuerzo hacia este dominio es el esfuerzo hacia lo divino, y el sentimiento del poder aumenta en relación de su fuerza el grado de bienaventuranza. ¡La idea de toda la bienaventuranza está en ese foco! Qué mezquinas y despreciables me parecen todas las vanas palabras que se dicen acerca de aquella magnífica fuerza que tienen los consagrados. Se comprende bien que solo el punto de vista elevado sea la expresión de una íntima consagración, que conduce asimismo a una acción elevada.

Después de todo esto creerás que soy contrario al empleo de todo medio físico, pero en realidad no es así. Precisamente aquí es donde tanteamos en la oscuridad, ya que no vemos claro la relación de lo espiritual con lo corporal, y podría decir que los medios físicos son como los atributos que el dominador lleva en la mano, aquéllos con los que subyuga a los vasallos desconocidos.

Yo mismo no sé cómo he llegado a hablar contigo, Teobaldo mío, acerca de un asunto del que siempre hablo de mala gana, pues siento que las palabras vacías solo tienen peso y consistencia cuando nacen del convencimiento interior de una organización espiritual. Quisiera responder al reproche que me haces de haber seguido una tendencia que va en aumento y haber pecado contra tus opiniones morales, y ahora es cuando me doy cuenta de que te he referido mis relaciones en casa del barón de una manera tan rapsódica, que puede dar lugar a un malentendido. Voy a concederme cierto tiempo para recordar cómo fue mi entrada en la casa, y cuando mi querido y buen brahmán pueda seguirme un instante en la región en que me muevo, entonces quedaré limpio de toda culpa.

Ottmar es uno de estos hombres que, sin carecer de juicio y de razón, y hasta dotado de una viveza entusiasta, abraza con facilidad todo lo que se le presenta de nuevo en el dominio de la ciencia; pero a eso se limitan sus pretensiones, y así únicamente adquiere un conocimiento superficial de las cosas, satisfecho de su fuerza interior. Son hombres dotados de inteligencia pero que no profundizan.

Como ya te he dicho, Ottmar me es muy adicto, y yo, viendo en él al corifeo de una clase de jóvenes sumamente numerosa, sobre todo hoy día, me complazco en divertirme a su costa. Entra en mi habitación con la misma veneración que si fuese el santuario secreto e inaccesible del templo de Sais, y, como es un discípulo dócil y sumiso, he creído conveniente confiarle algunos juguetes inocentes, que él muestra triunfante a los otros chicos, presumiendo de los favores del maestro. Cuando hube

cedido a sus ruegos, acompañándole a las posesiones de su padre, vi en el barón a un hombre caprichoso, acompañado de un viejo pintor humorista y excéntrico, que algunas veces hacía de bufón moralizador y sentimental.

No recuerdo lo que te dije antes acerca de la impresión que me produjo María, pero en este momento conozco que me sería difícil definirte lo que siento, de tal modo que puedas comprenderme bien… En realidad, ya me conoces y sabes que mis ideas y acciones tienen una tendencia espiritual, que siempre ha sido incomprensible para el vulgo. Tienes que convencerte de que, a pesar de su alta estatura, semejante a una planta magnífica que en su crecimiento se adorna de hojas y flores, tan ricas como delicadas, y de sus ojos azules, dirigidos hacia el cielo, que parecen querer descubrir lo que esconden a nuestras miradas las lejanas nubes…, en fin, que a pesar de su angelical belleza una joven como ella jamás podría lanzarme a aquella dulce languidez en que cae un ridículo enamorado…

Únicamente el descubrimiento instantáneo de una secreta relación espiritual entre mí y María, fue lo que me penetró de una sensación verdaderamente extraordinaria. Al mayor placer se junta el irritante aguijón de una rabia secreta nacida de la resistencia que encuentro en María…, una fuerza extraña y enemiga retenía su espíritu cautivo y contrariaba mi influencia. Con toda la fuerza de concentración de mi espíritu logré conocer a mi enemigo y entonces me dediqué en una lucha obstinada a reunir en mí, como en un brillante espejo, todos los rayos que brotaban del alma de María.

El viejo pintor me observaba más que los demás, y parecía adivinar el efecto producido en mí por la joven. Quizá fueron mis miradas las que me traicionaron, pues el cuerpo manda sobre el espíritu de tal modo que el menor de sus movimientos, oscilando entre sus nervios, obra hacia el exterior y modifica las facciones del rostro, al menos la mirada de nuestros ojos. Me divirtió mucho que considerase la cosa de un modo tan trivial; hablaba siempre en mi presencia del conde Hipólito, el prometido de María, y desplegaba delante de mí el variado programa de todas sus virtudes, todo lo cual me incitaba a risa, en mi interior, al ver los afectos dignos de compasión que los hombres abrazan con una pasión tan tonta y pueril; al mismo tiempo me regocijaba conocer esas uniones tan profundas que produce la Naturaleza y de poseer poder tan grande para vivificarlas y fecundarlas… Absorber el espíritu de María en mí mismo, toda su existencia, asimilar todo su ser en el mío, de modo que el rompimiento de este íntimo enlace debiese causar su propia aniquilación, tal era la idea de que procurándome una felicidad suprema, al mismo tiempo satisfacía los deseos de la Naturaleza.

Esta estrecha unión espiritual con la mujer, que es superior a todo goce animal, hasta al más deleitable y elevado, conviene a un sacerdote de Isis, y además ya conoces mi sistema acerca de esta cuestión.

La mujer ha recibido de la Naturaleza una organización pasiva en todas sus tendencias. En ese abandono voluntario, en su facilidad, su inclinación a dejarse

dominar por un ser extraño, estriba la infantilidad que caracteriza a la mujer cuya conquista y absorción, por sí misma, procuran un placer sin igual. Desde entonces, a pesar de que, como bien sabes, me volví a alejar de las posesiones del barón, permanezco espiritualmente junto a María, y en cuanto a los medios de que me sirvo para acercarme a ella materialmente en secreto, a fin de obrar más eficazmente sobre su voluntad, prefiero no decírtelos, pues son detalles que te parecerían mezquinos, no obstante servir para alcanzar el objetivo propuesto.

Muy pronto, María cayó en un estado fantástico que Ottmar debió considerar naturalmente como una enfermedad nerviosa, y, así como yo lo había previsto, volví a la casa en calidad de médico.

María reconoció en mí al mismo que frecuentemente se le había aparecido en sueños, como su soberano en todo el brillo del poder, y lo que hasta entonces había presentido oscuramente, lo vio con los ojos del espíritu con toda claridad. Solo necesité mi mirada y mi firme voluntad para ponerla en el estado de sonambulismo, que no era otra cosa que sacarla de sí misma y transportar su vida a la esfera superior del dueño. Mi espíritu la acogió y la imprimió el movimiento necesario para huir de la prisión material que la retenía cautiva. Solo en esta absoluta dependencia de mí, pudo María continuar viviendo y permanecer feliz y tranquila… La imagen de Hipólito ya no existe para ella, sino en débiles perfiles, que pronto se desvanecerán ellos mismos como el humo.

El barón y el viejo pintor me miran con miradas de enemistad, pero es formidable la fuerza de que me ha dotado la Naturaleza. Un extraño sentimiento les obliga a reconocerme como maestro, aun odiándome. Ya sabes de qué rara manera conquisté el tesoro de los conocimientos secretos. Jamás has querido leer este libro, y sin embargo habrías quedado sorprendido de ver en él aclaradas, mucho mejor que en cualquier tratado de física, las raras propiedades de algunas fuerzas de la Naturaleza, y los magníficos resultados de su empleo. Yo no desdeño preparar con cuidado ciertas cosas que podrían llamarse engaño, para que el vulgo se admire y se asuste de lo que mira, con razón, como sobrenatural, ya que el conocimiento de las verdaderas causas destruye solamente la sorpresa mas no el fenómeno.

Hipólito es coronel en servicio activo; yo no deseo su muerte; puede volver y así mi triunfo será más espléndido, pues la victoria es segura. Aunque el enemigo sea más temible de lo que pienso, puedes creer con confianza que el sentimiento de mi fuerza, etc…

EL CASTILLO DESIERTO

La tempestad había pasado y, resplandeciendo con fuego rojizo, el sol poniente penetraba en las sombrías nubes que pasaban raudas, disipándose en blancos vapores. El viento vespertino agitaba sus alas y la marea de perfumes emanados de los árboles, hierbas y flores se esparcía por el aire tibio y puro. Cuando salí del bosque, vi extenderse delante de mí, en medio de los floridos prados del valle, la aldea, cuya cercanía me había señalado el postillón y cuyo paisaje estaba dominado por las góticas torres del castillo, cuyas ventanas brillaban con los rayos del sol como si saliesen llamas de su interior.

Un sonido de campanas y cánticos religiosos llegaron a mis oídos y vi a lo lejos un acompañamiento fúnebre que se dirigía por el camino del castillo al cementerio; al llegar a él, habían ya cesado los cánticos y, conforme al uso del país, se había descubierto el féretro junto a la tumba y el párroco pronunciaba un sermón fúnebre. Al disponerse a cerrar el féretro, me acerqué y miré al difunto. Era un hombre ya de avanzada edad, cuyo rostro sereno y nada descompuesto parecía sumergido en un profundo y tranquilo sueño.

Un viejo campesino dijo muy conmovido:

—Mirad cuán tranquilo descansa nuestro viejo amigo Franz; que Dios me conceda un fin tan religioso. ¡Sí!, bienaventurados los que descansan en el Señor.

Tuve la sensación de que aquélla era la verdadera ceremonia funeraria celebrada por el difunto y, en las piadosas palabras del campesino, vi la más sublime oración fúnebre.

Bajaron el féretro y cuando la tierra empezó a cubrirle, haciendo un sordo ruido, se apoderó de mí una amarga tristeza como si acabasen de meter bajo aquella tierra a mi mayor amigo.

Ya me disponía a subir la colina, en cuya cumbre estaba situado el castillo, cuando el cura se me acercó y le pregunté acerca del muerto que acababan de enterrar. Era el viejo pintor Franz Bickert, que desde hacía tres años vivía en el castillo desierto, del que había llegado a ser el castellano. Tuve deseos de ver el castillo; el sacerdote se había encargado de las llaves hasta la llegada del que presentase los poderes como actual poseedor, y entré, no sin una penosa angustia, en los amplios y vacíos salones, que en otro tiempo habían habitado alegres moradores y que ahora estaban desiertos y en un silencio mortal.

Bickert, durante los tres últimos años que pasó allí como un ermitaño, se había ocupado muy activamente en su arte. Sin la menor ayuda, ni aun para prepararle la mecánica necesaria para sus trabajos, se lanzó a pintar en estilo gótico todo el primer piso en que él ocupaba un aposento. A la primera mirada, se adivinaban ya extrañas alegorías en la fantástica composición que había hecho de los temas heterogéneos,

cuyo empleo motivaban los adornos góticos. Una fea figura de diablo acechando a una doncella dormida, se repetía muchas veces. Volé al aposento de Bickert. Su sillón estaba aún a dos pasos de la mesa, en la cual se veía un dibujo empezado, como si el pintor acabase en aquel momento de dejar su trabajo; del respaldo de su sillón colgaba su capote gris y un gorro también gris estaba junto al dibujo… Me parecía que iba a ver entrar al anciano con su rostro complaciente, en el cual ni los padecimientos de la muerte habían dejado huellas, dispuesto a recibir al visitante extranjero con cordial franqueza.

Manifesté al sacerdote el deseo de permanecer algunos días, quizás algunas semanas, en el castillo. Pareció sorprenderle y me dijo que sentía mucho no poder acceder a mis deseos, puesto que se debían poner los sellos judiciales para esperar la llegada del poseedor, y que ningún extraño podía vivir en el castillo.

—¿Y si yo fuera el poseedor de estos poderes? —le dije presentándole una escritura muy clara del propietario actual, el barón de F.

Se sorprendió no poco y me hizo mil cumplidos. Pensando que no me gustaría vivir en el castillo desierto, me ofreció un aposento en su casa. Me excusé y permanecí en el castillo, y allí fue donde los papeles que dejara Bickert me dieron ocupación, en mis horas de ocio, del modo más interesante. Pronto descubrí un par de hojas en las que con breves palabras, como corresponde a un diario, encontré la explicación de la catástrofe que aniquiló una rama entera de una familia importante. Todo se explicaba en una carpeta, cuyo contenido llevaba este título humorístico: *Los sueños son espuma*, y en los fragmentos de dos cartas que la casualidad hizo caer en manos del pintor.

DEL DIARIO DE BICKERT

mi mortificación.

¡Él ha llegado! Fresco, sano, magnífico, floreciente; los rizos de Apolo, la soberbia frente de Júpiter, el ojo de Marte, el aspecto del mensajero de los dioses…

¡Sí, en todo el héroe del que Hamlet hace el retrato! María ya no existe en la tierra, se halla en el cielo… Hipólito y María…, ¡qué pareja!

Pero yo no puedo fiarme de él… ¿Por qué se encierra así en su habitación?… ¿Por qué anda toda la noche de puntillas como el asesino que está en acecho? ¡No puedo fiarme de él!… Hasta algunas veces me parece que, rápidamente, y sin miramientos, podría atravesarle el corazón con la hoja de mi espada, diciéndole con cortesía: *Pardonnez!* ¡No puedo fiarme de él!

¡Singular acontecimiento!… Al acompañar por el corredor hasta su habitación a mi viejo amigo, después de una conversación muy sincera en que habíamos abierto nuestro corazón, una figura delgada, con una bata blanca y una luz en la mano pasó por delante de nosotros. El barón exclamó:

—¡El mayor, Franz! ¡El mayor!

Sin duda alguna, era Alban y seguramente la luz que le alumbraba de arriba a abajo, contrayendo aún más sus facciones, le hacía parecer aún más feo. Venía del lado de la habitación de María. El barón se obstinó en ir a verla. Dormía tranquilamente como un ángel puro de los cielos… Mañana es por fin el día tan deseado desde hace mucho tiempo. ¡Dichoso, Hipólito! Pero qué terror me inspira esta aparición, a pesar de todos mis esfuerzos para persuadirme de que era Alban. ¿Pudiera ser que el demonio enemigo, que se aparece al barón desde su juventud, viniese como un genio fatal a amenazarle de un modo visible con alguna desgracia? ¡Pero, alejemos estos sombríos pensamientos! Persuádete, Franz, de que este tejido de sueños espantosos, solamente es debido a la turbación de las funciones del estómago… ¿No sería bueno comer *diavolini* para preservarse del malestar de los malos sueños?

¡Justo Dios!… ¡Ha muerto…, ella ha muerto! Debo participar a vuestra Excelencia, para los archivos de la familia, de qué modo ha muerto la hermosa baronesa María… ¡No sirvo para diplomático… y solo Dios me ha dado un poco de fuerza en la mano para manejar el pincel!… Lo cierto es que, en el momento en que Hipólito abría los brazos para estrecharla en el altar, cayó muerta… ¡Muerta! ¡Lo demás lo dejo a la justicia divina!

¡Sí, tú fuiste!… ¡Alban…, astuto demonio! ¡Tú la mataste con tus maniobras satánicas! ¡Que Dios se lo ha revelado a Hipólito! Te fugaste, sigue huyendo…, escóndete en el centro de la tierra y la venganza te encontrará para aniquilarte.

¡No, no puedo disculparte, Ottmar! Tú fuiste quien te dejaste seducir por aquel Satanás, y será a ti a quien Hipólito reclame su adorada… Hoy se han dicho algunas palabras algo duras, el desafío es inevitable.

¡Hipólito ha sucumbido! ¡Mejor para él! Ahora volverá a verla. ¡Desgraciado Ottmar! ¡Infeliz padre!

¡Sí, tú fuiste!… ¡Alban…, astuto demonio! ¡Tú la mataste con tus maniobras satánicas! ¡Que Dios se lo ha revelado a Hipólito! Te fugaste, sigue huyendo…, escóndete en el centro de la tierra y la venganza te encontrará para aniquilarte.

¡No, no puedo disculparte, Ottmar! Tú fuiste quien te dejaste seducir por aquel Satanás, y será a ti a quien Hipólito reclame su adorada… Hoy se han dicho algunas palabras algo duras, el desafío es inevitable.

¡Hipólito ha sucumbido! ¡Mejor para él! Ahora volverá a verla. ¡Desgraciado Ottmar! ¡Infeliz padre!

¡*Exeunt omnes*!… ¡Paz y sosiego a los muertos! ¡Hoy, nueve de septiembre, a medianoche, mi amigo ha muerto en mis brazos!… Yo me siento maravillosamente consolado porque pronto me reuniré con él. La noticia de la sublime expiación de Ottmar, que ha encontrado en un reñido combate la muerte de los héroes, rompe el último hilo que retenía aún mi alma apegada a las cosas terrestres. Es aquí, en este castillo, donde quiero permanecer. ¡Viviré en las habitaciones en que ellos vivieron, aquellos que me han amado…! Con frecuencia oiré sus voces amistosas. ¡Alguna palabra graciosa de la buena y dulce María, alguna broma de mi viejo y constante amigo resonarán en mi corazón como un llamamiento lejano de sus espíritus, y me darán la fuerza y valor para soportar con paciencia hasta el final la carga de la vida!… Ya no hay presente para mí; los felices días del pasado son los únicos que me hacen esperar en la vida futura, que ocupa con frecuencia, con sus brillantes imágenes, mis sueños fantásticos, en los cuales veo a mis amigos queridos llamarme hacia ellos, sonriéndome… ¿Cuándo, cuándo podré reunirme con vosotros?

¡Al fin voy hacia ellos!

LA IGLESIA DE LOS JESUITAS DE G

Encajonado en un miserable coche de postas, que hasta las polillas habían abandonado, como las ratas abandonaron la embarcación de Próspero, llegué al fin, después de un peligroso viaje, con una rueda medio partida, a la hostería del Mercado de G. Todas las desgracias que hubieron podido sucederme recayeron sobre mi coche, que quedó averiado en la última estación de postas. Finalmente, cuatro macilentos caballos habían podido arrastrar durante varias horas, con ayuda de algunos campesinos y de mi criado, la frágil casa viajera; los expertos, que vinieron a verla, sacudieron la cabeza diciendo que serían necesarios dos o tres días para la reparación.

El lugar me pareció agradable, la región acogedora, lo que no impidió que me asustase un poco la forzada estancia. Amable lector, si te has visto alguna vez obligado a permanecer tres días en una pequeña ciudad, donde no conoces a nadie y nadie te conoce, donde eres un desconocido para todos, ¿no has sentido una profunda angustia, no te ha consumido la necesidad de comunicarte con alguien? De ser así, podrás comprender mi malestar.

En realidad, ya se sabe que el espíritu de la vida hállase por doquier; pero a las pequeñas ciudades les sucede lo que a esas orquestas, que siempre tocan correctamente las mismas piezas y cualquier tonalidad extraña le parece disonante y la hace callar al punto. De muy mal humor paseaba en mi cuarto arriba y abajo, cuando he aquí que, súbitamente, recordé que un amigo de mi país había pasado, hace algún tiempo, dos años en G. y que me había hablado a menudo de un hombre sabio e instruido con el que tuvo mucho trato. Incluso recordaba el nombre: Aloysius Walther, profesor en el Colegio de los Jesuitas. Decidí dirigirme allí y aprovecharme de la amistad de mi amigo. En el colegio me dijeron que el profesor Walther, en aquel momento, daba la clase, pero que faltaba poco para que terminara; también me preguntaron si quería volver o prefería esperar en las salas exteriores. Escogí esto último.

En todas partes, las residencias, los colegios, las iglesias de los jesuitas, se construyen en ese estilo italiano que, inspirándose en las formas y cánones antiguos, ostenta la nobleza y la suntuosidad de lo sagrado, de la dignidad religiosa. Así, pues, también aquí, los salones lucían su rica arquitectura, al tiempo que resaltaban las grandes puertas adornadas con genios de la danza, frutas y manjares, alternando con las pinturas de santos, que adornaban los muros entre columnas jónicas.

El profesor entró, le mencioné a mi amigo y ofrecióme hospitalidad durante el tiempo que durase mi forzada estancia. Encontré que el profesor era tal y como me lo había descrito aquél: comunicativo, mundano, en una palabra, con los modales de un sacerdote superior, muy ilustrado, y hombre que había mirado la vida por encima del breviario, lo suficiente como para saber cómo marchan las cosas. Cuando vi su cuarto amueblado con moderna elegancia, volví a hacer las mismas reflexiones que hice en los salones y así se lo manifesté a mi amigo.

El profesor sonrióse y dijo:

—Es verdad —repuso—, hemos desterrado de nuestras construcciones aquella adusta seriedad, aquella majestad peculiar de los tiranos inderrocables que oprimía nuestro pecho en la construcción gótica, causando un siniestro pavor, y realmente ha sido muy beneficioso que nuestros edificios, ahora, muestren la vivacidad y alegría de lo antiguo.

—Pero ¿acaso —repuse yo— no ha sido obra del espíritu del cristianismo la grandeza, la sagrada majestad de la arquitectura gótica que se levanta majestuosa hacia el cielo? ¿No opone el cristianismo lo espiritual a lo sensual y no ataca el espíritu del mundo antiguo, que solo veía el reino de lo terreno?

—¡Ah, sí! El reino de las alturas también debe conocerse en este mundo y el conocimiento debemos hacerlo por medio de elevados símbolos; así es cómo la vida del espíritu desciende hacia la tierra. Nuestra patria está allá arriba, pero, mientras vivamos aquí, nuestro reino es de este mundo.

«Sí —pensé—, en todo lo que hacéis demostráis que vuestro reino es de este mundo, incluso solo de este mundo». Pero no se me ocurrió decirle esto al profesor Aloysius, que continuó diciendo:

—Todo cuanto se dice del lujo de nuestros edificios, en este caso debéis referirlo a la gracia de las formas. Aquí donde el mármol tiene un precio exorbitante, donde no disponemos de los grandes maestros de la pintura, conforme a las nuevas tendencias, tenemos que contentarnos con sucedáneos. Hacemos mucho ya con pulir el yeso para que luego el pintor imite diversos mármoles, lo que se está ahora precisamente haciendo en el interior de nuestra iglesia, que, gracias a la generosidad de nuestros protectores, está siendo decorada.

Como manifestase el deseo de ver la iglesia, el profesor me condujo abajo y cuando entré en la nave central con columnas corintias, que formaba el eje de la iglesia, volví a experimentar de nuevo la agradable impresión de gracia y elegancia. A la izquierda del altar mayor habían levantado un andamiaje, sobre el que estaba un hombre pintando las paredes con un tono amarillento, a la manera antigua.

—¿Qué tal, Bertoldo? —gritó el profesor.

El pintor volvióse hacia nosotros, pero al punto continuó pintando, mientras profería con voz imperceptible palabras sueltas:

—¡Muy penoso, es un barullo, no se puede utilizar ni una línea…, animales…, monos…, semblantes de hombres…, semblantes de hombres…, desgraciado de mí!

Estas últimas palabras las pronunció en voz alta, dando muestras de un profundo dolor en lo más íntimo de su ser. Me impresionó de un modo singular, no solo cada palabra, sino la expresión de su rostro, que, como la mirada que dirigió al profesor, me dieron la sensación de que tenía ante mí la vida destrozada de un pintor desventurado.

El hombre podría tener unos cuarenta años; su figura, aunque desaparecía bajo la amplia y sucia bata de pintor, tenía no sé qué de noble y el profundo disgusto que mostraba solo podía hacer palidecer su semblante, pero no apagar el fuego que brillaba en sus negros ojos.

Pregunté al profesor qué relación tenía con el artista.

—Es un pintor extranjero —repuso— que se encontraba precisamente aquí cuando se decidió la reparación de la iglesia. Emprendió con alegría el trabajo que le encargamos y, en realidad, su llegada a G. fue una suerte para nosotros, pues en toda la región no hubiéramos podido encontrar nadie tan competente como él, capaz de pintar todo lo que hay que pintar. Añádase a esto que es uno de los hombres mejores del mundo y que todos le queremos; así el colegio le ha recibido con mucho agrado. Además de los honorarios que le corresponden por su trabajo, le costeamos su manutención; sin embargo, todo esto representa muy poco, pues es tan austero que no sé cómo resiste tanto su cuerpo, de por sí enfermizo.

—Pero —advertí yo— parece hoy tan disgustado, tan excitado…

—Tiene sus motivos —dijo el profesor—; pero veamos algunos cuadros muy hermosos de los altares laterales, que hace algún tiempo nos proporcionaron una grata sorpresa. Aquí tenemos solo un cuadro auténtico, un Domenichino, los demás son de maestros desconocidos de la escuela italiana; pero, si no tenéis prejuicios, confesaréis que cualquiera de ellos podrían estar firmados por un nombre famoso.

Así lo estimé, tal como el profesor lo había dicho. Cosa curiosa; el único cuadro auténtico era uno de los más flojos, por no decir el más flojo, y, pese a la belleza de muchos cuadros sin nombre, me atrajo irresistiblemente. Uno de los cuadros del altar estaba cubierto por una cortina; pregunté la causa.

—Este cuadro —dijo el profesor—, el más hermoso que tenemos, es la obra de un joven pintor de la actualidad, y seguramente el último cuadro suyo, pues su carrera se ha truncado. Estos días debemos tener tapada la pintura por diversos motivos, aunque mañana o pasado podré mostrárosla.

Quise preguntarle más, pero el profesor echó a andar presuroso por el pasillo, y esto fue suficiente para darme a entender que le disgustaba seguir dando respuestas. Volvimos al colegio y gustosamente acepté la invitación que me hizo el profesor para visitar después del mediodía un lugar de esparcimiento cercano.

Regresamos tarde, amenazaba tormenta y apenas llegué a mi casa comenzó a llover torrencialmente. Sería a eso de la medianoche, cuando el cielo comenzó a aclarar y se fue alejando el ruido de los truenos. A través de la ventana abierta entraba un vientecillo fresco en la habitación calurosa y no pude resistir la tentación, a pesar

de estar cansado, de dar un paseo. Tuve la fortuna de poder despertar al portero, que roncaba desde hacía dos horas, y explicarle que no era ninguna locura salir a pasear por la noche, así es que pronto me encontré en la calle. Cuando pasé por la iglesia de los jesuitas me iluminó la luz deslumbrante que refulgía en una ventana. La pequeña puerta lateral estaba entreabierta, pasé y vi que había encendido un hachón colocado frente a un nicho, delante del cual, al acercarme, percibí una gran red tendida verticalmente y detrás de la red una figura en la sombra que subía y bajaba los peldaños de una escalera y que parecía pintar algo en el nicho. Era Bertoldo, que señalaba con rayas negras en la pared todas las líneas de sombra que marcaba la red, y, poco más arriba, había un gran caballete donde estaba colocado el dibujo de un altar. Permanecí contemplando aquel ingenioso procedimiento. Por poco que te halles familiarizado, amable lector, con el noble arte de la pintura, seguramente adivinarás de qué servía aquella red, cuyos compartimentos trazaba Bertoldo en la concavidad de la pared. Debía pintar en el nicho un altar en relieve y, para hacer con exactitud el dibujo en grande, conforme al modelo en pequeño, iba siguiendo el método ordinario, pasando su croquis a la superficie que había de pintar por medio de la red aplicada en aquel plano. Pero aquí, en vez de una superficie plana era un nicho abovedado donde debía pintar y aquel proceder tan sencillo como ingenioso, por cuyo medio los uniformes cuadros de la red dibujaban en la concavidad de la pared sombras curvilíneas, era el único que se podía emplear para poner exactamente el altar en perspectiva y darle la apariencia del relieve.

Tuve buen cuidado de no acercarme al hachón para no traicionar mi presencia por la sombra, pero me mantuve lo suficientemente cerca para observar a gusto al pintor. Me pareció otra persona. Quizá fuese por efecto de la iluminación, pero su semblante estaba enrojecido, sus ojos brillaban, denotando un contento interior y, cuando hubo dibujado una serie de líneas, se puso a un lado con las manos apoyadas en la tela y silbó una cancioncilla mientras contemplaba el trabajo. Luego, volviéndose, arrancó la red que había tendido. Entonces es cuando se dio cuenta de que yo estaba allí.

—¡Eh, venid! ¡Eh, venid! —exclamó—. ¿Sois Cristián?

Acerquéme y traté de explicarle que había entrado por casualidad en la iglesia y elogié la ingeniosa invención de la red de sombras, dándome así a conocer como experto y aficionado al noble arte de la pintura. Sin responderme, Bertoldo dijo:

—Cristián no ha regresado, es un vago; de seguro que hubiera querido permanecer conmigo toda la noche, pero ¡vaya usted a saber dónde estará! Tengo que hacer progresos en mi obra, pues mañana será mal día para pintar…, pero yo solo no puedo hacer nada.

Me ofrecí a ayudarle. Se echó a reír, me cogió por los hombros y exclamó:

—Excelente broma, ¿qué diría Cristián cuando mañana vea que es un asno y que no necesito nada de él? Venid, compañero desconocido, hermano mío, ayudadme a poner los andamios.

Encendió algunos cirios más, atravesamos la iglesia y amontonamos caballetes y tablones de tal forma que pronto estuvo dispuesto un buen andamiaje ante la tela.

—¡Manos a la obra! —exclamó Bertoldo, subiendo.

Quedé asombrado de la rapidez con que trazó la pintura en tamaño grande; dibujaba las líneas con seguridad, sin un titubeo, perfectamente, con gran limpieza. Acostumbrado yo a hacer lo mismo en otro tiempo, serví al pintor con fidelidad, unas veces arriba y otras abajo, procurando ayudarle a trazar las líneas más largas y le fui entregando los carboncillos bien afilados, etc.

—Sois un buen ayudante —me gritó Bertoldo muy contento.

—Y vos —repuse— realmente sois uno de los más expertos artífices que he conocido; decidme, con una mano tan hábil, ¿no habéis pintado otras cosas? Y perdonadme la pregunta.

—¿Qué queréis decir? —repuso Bertoldo.

—Que valéis para algo más que para pintar paredes de iglesia y columnas de mármol. La pintura arquitectónica siempre ha sido algo de segundo orden; la pintura histórica y de paisajes, indiscutiblemente, es superior. El espíritu y la fantasía, que no están ordenados en líneas geométricas, elevan su vuelo con toda libertad. Incluso lo único fantástico de la vuestra, la engañosa perspectiva, depende de la observación precisa, de modo que no es obra de la creación, producto de un pensamiento genial, sino de la especulación matemática.

El pintor, en tanto que yo hablaba así, permanecía con el pincel en alto y la cabeza apoyada en la mano.

—Desconocido amigo —comenzó a decir con voz forzadamente alegre—, desatináis al querer establecer un rango entre las diversas ramas del arte, como si fueran vasallos de un rey orgulloso, y todavía más cuando solo reverenciáis al audaz, que, sordo al gemir de las cadenas de los esclavos, insensible a la presión de lo terrenal, trata de elevarse dominante por encima de la luz y la vida, libremente, igualándose con Dios. ¿Conoces la fábula de Prometeo, que intentaba ser un creador y robó el fuego del cielo para animar sus figuras muertas? Al fin pudo lograrlo, las figuras se animaron y en sus ojos resplandeció el fuego celeste, que ardía en su interior; pero el culpable, por haberse querido igualar a los dioses, fue castigado a sufrir eterna pena. El pecho que anheló lo divino y lo sobrenatural fue despedazado por un buitre, nacido para la venganza, que se alimentaba de las entrañas de los atrevidos. Aquél que ha deseado lo divino, siente eternamente el dolor terrenal.

El pintor calló y quedó como ensimismado.

—Pero, Bertoldo —exclamé—, ¿qué relación tiene todo esto con vuestro arte? No creo que nadie considere una ofensa pintar figuras humanas o esculpirlas.

Bertoldo rio sarcásticamente:

—¡Ja, ja!, ¿que no son una ofensa los juegos de niños? Eso que hacen es un juego de niños, que mojan sus pinceles en los tarros de pintura y embadurnan lienzos con la necia pretensión de pintar hombres… de verdad. ¡Realmente no son criminales, sino

solo pobres locos infelices! ¡Señor, Señor! Cuando se aspira a lo más alto, no al deleite camal como Tiziano, sino a lo más elevado de la naturaleza divina, al fuego de Prometeo en el ser humano… ¡Señor!…, hay un abismo, una raya donde uno se detiene como ante el precipicio bajo nuestros pies. Y sobre el precipicio planea el audaz argonauta, pero un engaño diabólico le atrae y le lanza al fondo…, y abajo contempla lo que había pretendido contemplar desde las estrellas.

El pintor suspiró profundamente, se pasó la mano por la frente y, mirando hacia lo alto, dijo:

—¡Pero cuántas tonterías estoy hablando aquí contigo, compañero, y mientras sin pintar! Mira, a esto le llamo yo ser fiel y hacer bien las cosas. ¡Qué magnífica es la regla!… Todas las líneas se unen para un fin determinado, para lograr un objetivo claro y preciso. Solo aquello que es mensurable es humano; todo lo que se sale de esos límites pertenece al mal. Lo sobrenatural es cosa de Dios o del diablo. ¿Y acaso no deberían incluirse ambos en la matemática de los hombres? ¿Por qué no hemos de imaginar que Dios nos ha creado para que nos ocupemos de lo que se mide con reglas, es decir, de lo conmensurable, para utilizarnos a su servicio, igual que nosotros nos valemos de máquinas tejedoras o aserradoras? El profesor Walther afirmaba recientemente que ciertos animales han sido creados para ser comidos por los otros, lo cual, al fin y al cabo, repercutía en utilidad nuestra; así, por ejemplo, los gatos, que tienen el instinto natural de comer ratones, para que éstos no puedan quitarnos el azúcar que nos servimos en el desayuno. Y realmente el profesor tiene razón. Los animales, e incluso nosotros mismos, ¿no somos meras máquinas para tejer determinadas telas destinadas a la mesa de ese rey desconocido? Y ahora vamos, vamos, compañero, acércame los tarros… Ayer preparé los colores a la luz del sol para no engañarme a la luz de la antorcha. Ahí están numerados en esa esquina. ¡Dame el número uno, joven, el gris! ¿Qué sería de la vida árida y miserable si el Señor del cielo no nos hubiese puesto en las manos tantos juguetes de colores? Las personas juiciosas no hacen como los niños curiosos, que rompen las cajas donde suena la música, mientras giran el manubrio. Dicen que es natural que suene la música dentro, y así yo doy vueltas a la manivela. Cuando dibujo este plano en proporción exacta sé positivamente que el espectador tiene una visión plástica… ¡Dame el número dos, joven! Ahora pinto con el color más conveniente para dar la sensación de una perspectiva de cuatro palmos. Lo sé con toda seguridad. ¡Ah!, qué listos somos… ¿Cómo es posible que los objetos aparezcan más pequeños en la lejanía? Solo esta necia pregunta de un chico podría desconcertar al profesor Eytelwein; pero saldría del paso con la caja del órgano portátil, diciendo que cada vez que puso un registro en juego obtuvo el mismo resultado… ¡Joven, dame el violeta, número uno! Otra regla… y un pincel grueso bien lavado. ¡Ah!, ¿qué son nuestros esfuerzos hacia lo alto? ¡Nada más que los movimientos desordenados del niño que araña el pecho de la nodriza que le nutre! El violeta, número dos… ¡Rápido, joven! El ideal no es más que un sueño engañador y miserable producido por el hervor de la

sangre… Llévate los botes, joven, voy a bajar… ¡Pero el diablo se complace en engañarnos con muñecas, a las que ha puesto alas de ángel!

Me sería imposible repetir todo lo que fue diciendo Bertoldo, mientras pintaba activamente, y se valía de mí como si fuera su aprendiz. En el mismo tono continuó burlándose, con la mayor ironía, de las limitaciones de todas las empresas humanas. ¡Ah! Sus palabras brotaban de un alma mortalmente herida, que se expresaba con el más amargo sarcasmo.

La mañana comenzaba a alborear, la luz de los cirios palidecía ante los primeros rayos del sol. Bertoldo seguía pintando sin cesar, aunque cada vez se iba quedando más silencioso y únicamente algunos débiles sonidos, algunos suspiros se escaparon de su pecho oprimido. Había ya pintado todo el altar con la gradación de tonos correspondiente, de modo que la pintura presentaba un aspecto maravilloso.

—¡Magnífico! —exclamé entusiasmado—. ¡Magnífico!

—¿Creéis —me dijo Bertoldo con voz débil—, creéis que de aquí puede salir algo? He hecho todo lo posible para que el dibujo fuese correcto, pero ya no puedo hacer más.

—¡No añadáis ni una sola pincelada, amigo Bertoldo! —exclamé—. Es increíble cómo habéis podido adelantar tanto la obra en tan pocas horas, os cansáis demasiado y agotáis vuestras fuerzas.

—Y, sin embargo —repuso Bertoldo—, ¡éstas son mis horas más preciosas! Quizá he charlado demasiado, pero solo con palabras se alivia el dolor terrible que consume nuestro corazón.

—Parece que os halláis atormentado por un profundo pesar, amigo mío —le dije—. Acaso algún tremendo suceso ha trastornado vuestra vida.

El pintor llevó lentamente sus utensilios a la capilla, apagó la antorcha, y adelantándose hacia mí dióme la mano, mientras decía con voz temblorosa:

—¿Podríais descansar confiado y alegre algún instante de vuestra vida si tuvieseis la conciencia cargada con un crimen horrendo, imposible de expiar?

Me quedé petrificado. Los primeros rayos del sol iluminaron el pálido y desencajado semblante del pintor, de tal modo que parecía algo fantasmagórico, cuando se alejó con paso vacilante hacia la puertecita que conducía al interior del colegio.

Al día siguiente apenas pude esperar a que llegase la hora en que el profesor Walther me había dado cita. Le conté toda la escena de la noche anterior, que me había impresionado no poco; y describí le con colores muy vivos la extraña conducta del pintor, y no callé ni una palabra de lo que había dicho, incluso hasta lo que se refería a su propio persona. Cuanto más contaba despertar el interés del profesor, mayor parecíame su indiferencia; hasta terminó riéndose casi despectivamente, cuando vio que yo no cesaba de hablar de Bertoldo y le suplicaba que me refiriese todo cuanto supiera acerca de él.

—¡Es un hombre muy extraño este artista —comenzó a decir por fin—, muy bueno…, trabajador…, sobrio, como ya os dije anteriormente, pero de espíritu débil!; de otro modo no se explica que haya abandonado su magnífica posición de pintor histórico para convertirse en un miserable pintor de paredes, incluso aunque hubiese cometido un crimen.

Me molestó mucho que le llamase pintor de paredes, y más todavía su indiferencia. Procuré hacerle comprender que todavía Bertoldo, en la actualidad, era un artista digno de aprecio y consideración.

—Bien —me dijo finalmente—, ya que demostráis tanto interés, vais a saber todo lo que sé acerca de él, que no es poco. Pero antes de comenzar, entremos en la iglesia. Como Bertoldo ha pasado la noche trabajando afanosamente hoy, después del mediodía, descansará.

Nos dirigimos a la iglesia. El profesor descorrió el velo que cubría el cuadro, y ante mi vista apareció la pintura más maravillosa que haya podido ver en mi vida. La composición era al estilo de Rafael, llena de sencillez y de una elevación divina. Representaba a María y Santa Isabel sentadas sobre la hierba de un bello jardín, y, delante de ellas, Juan y Jesús niños, jugando con flores; al fondo se veía un hombre rezando.

El bello y celestial semblante de María, la majestad y devoción de su figura me llenaron de profunda admiración. Era muy hermosa, más hermosa que ninguna mujer de la tierra, pero su mirada, como la de la Virgen de Rafael de la galería de Dresde, manifestaba la omnipotencia de la Madre de Dios. ¡Ay! ¿Cómo dejar de sentir ante aquellos ojos milagrosos, rodeados de misteriosas sombras, el ardor de un deseo sobrehumano e insaciable? Aquellos labios entreabiertos, ¿no parecían consolar, con sus melodiosos acentos y la infinita dulzura celestial de los ángeles? Un sentimiento inexpresable me forzó a prosternarme ante la Reina de los Cielos.

Incapaz de proferir palabra, no podía separar mis miradas del cuadro incomparable. Solo las figuras de la Virgen María y de los niños estaban acabadas, la de Santa Isabel parecía esperar que el artista diese el último toque, y el hombre en oración todavía no había sido coloreado. Al acercarme reconocí en el semblante de este hombre los rasgos de Bertoldo y presentí lo que poco después me confirmaría el profesor:

—Este cuadro —me dijo—, que nos fue enviado hace algunos años desde Alta Silesia, donde uno de nuestros colegas lo compró en una almoneda, es el último que pintó Bertoldo. Cuando éste llegó y vio el cuadro, lanzó un gran grito y cayó al suelo sin sentido. Después evitó cuidadosamente mirarlo, y me dijo que sería su último trabajo en materia de pintura. Esperaba convencerle para que poco a poco concluyese el cuadro, pero él rechazaba siempre con horror y aversión mi encargo. No hubo más remedio, para devolverle la tranquilidad, que mandar cubrir el cuadro mientras trabajase en la iglesia. Como su vista reparase en él, corría en aquella dirección como

atraído por fuerza irresistible, y, entonces, sollozando, entraba en un estado tal de paroxismo que le incapacitaba para trabajar varios días.

—¡Desgraciado! —exclamé—. ¡Desgraciado! ¿Qué demonio ha puesto en tu vida su mano maléfica?

—¡Oh —dijo el profesor—, la mano y el brazo que lo llevan, solo pertenecen a él…! ¡Ja…, ja! El mismo ha sido su propio demonio, su propio Lucifer, que ha encendido en su corazón el fuego fatal. Por lo menos eso me parece deducir de la historia de su vida.

Supliqué al profesor que me dijese todo cuanto supiera acerca de la vida del infeliz pintor.

—Esto sería muy largo de contar y se necesitaría mucho ánimo —repuso el profesor—. ¡No turbemos este hermoso día con asuntos tan sombríos! Vámonos a desayunar, y luego nos iremos al molino, donde nos espera una buena comida.

Sin embargo, no cesé de importunarle y, después de muchos ruegos, me dijo que Bertoldo, tras su llegada al colegio, había trabado gran amistad con un joven estudiante, a quien había confiado todos los acontecimientos de su vida, y que el joven había escrito todo cuidadosamente, entregando después el manuscrito al profesor.

—¡No es un joven entusiasta como vos, caballero! Perdonad, pero la redacción de la historia sorprendente de Bertoldo ha sido en el fondo para él un excelente ejercicio de estilo.

Con gran trabajo obtuve la promesa del profesor de que aquella misma noche, a nuestro regreso, me entregaría el manuscrito. Ya sea por efecto de mi curiosidad no satisfecha, ya fuera por culpa del propio profesor, lo cierto es que jamás me aburrí tanto como aquel día. La frialdad de éste, respecto a Bertoldo, me hacía un efecto fatal; luego sus conversaciones con los colegas que participaban en la comida, me convencieron de que, a pesar de su ciencia y espíritu mundano, carecía de espíritu para lo más elevado; era el materialista más craso que darse puede. Había realmente adoptado el sistema de comer o ser comido, tal como Bertoldo me lo había explicado. Los elevados esfuerzos de la inteligencia, de la imaginación y del talento, todo lo hacía depender de ciertas predisposiciones del estómago y entrañas, y decía acerca de esto mil absurdos. Por ejemplo, afirmaba muy seriamente que cada pensamiento era el resultado de dos filamentos unidos en el cerebro. Entonces, comprendí hasta qué punto, con semejantes locuras, debía de aborrecer al pobre Bertoldo, ya que repudiaba con desesperada ironía toda influencia de lo alto, y ahondaba con puñal acerado en una herida aún sangrante.

Por fin, al llegar la noche, el profesor me entregó un montón de papeles, diciéndome:

—Ved aquí, mi querido entusiasta, la obra de nuestro estudiante. No está mal escrita, pero no sé por qué el autor introduce sin ningún miramiento los discursos del pintor en primera persona. Os regalo el manuscrito, cuya propiedad me concedió el

destino, porque creo que no estoy tratando con ningún literato. Un escritor de cuadros fantásticos, a la manera de Callot, lo hubiera pronto incluido en su género frenético, imprimiéndolo a toda prisa, lo que no debo temer por parte vuestra.

El profesor Aloysius Walther ignoraba que tenía ante sí lo que él temía: un viajero entusiasta de ese género, aunque le hubiera sido fácil averiguarlo. Así es, amado lector, que ahora te puedo comunicar la breve relación del estudiante de los jesuitas, referente al pintor Bertoldo.

La conducta del desgraciado artista se encuentra en él perfectamente explicada, y verás, ¡oh lector!, a qué crueles y deplorables errores nos puede arrojar el sorprendente juego del destino.

«—¡Dejad que vuestro hijo vaya a Italia! Ya es un hábil artista; aquí, en D., tiene todas las facilidades necesarias para estudiar su arte, según los originales más perfectos de toda clase, pero no debe quedarse en nuestro país. Que siga la libre existencia del artista en el risueño país del arte; sus estudios le darán mayor vida y le inspirarán ideas propias. No le basta el copiar. El ardor del sol es necesario al joven arbusto para hacer crecer sus hojas y madurar sus frutos. Vuestro hijo tiene un verdadero sentimiento de artista, así que no debéis preocuparos».

Así habló el viejo pintor Esteban Birkner a los padres de Bertoldo. Éstos vendieron cuanto tenían en la casa, de que podían pasarse, y arreglaron las cosas para el lejano viaje del joven, y de este modo Bertoldo vio realizarse él más ardiente deseo suyo: ir a Italia.

«Cuando Birkner me anunció la resolución de mis padres, salté de alegría y de sorpresa… Hasta el día de mi partida no hice sino pasearme como en sueños. Me era imposible coger un pincel y pintar en el Museo. Fue preciso que el inspector y todos los pintores que habían estado en Italia contestasen a mis preguntas acerca de aquel país donde florece el arte. Por fin llegó el día y la hora. Fue muy dolorosa la despedida de mis padres, que tenían el triste presentimiento de que no volverían a verme, y no querían dejarme marchar. A mi propio padre, hombre firme y decidido, le costaba trabajo mantener la serenidad. ‘¡Italia, Italia! ¡Vas a verla!’, exclamaban con entusiasmo mis compañeros. El ardor de mis deseos creció entonces con la emoción profunda que me agitaba y partí precipitadamente. Ya lejos de la casa paterna me pareció que emprendía la carrera de artista».

Bertoldo, aunque ejercitado en todos los géneros de la pintura, se había dedicado con preferencia al paisaje, que pintaba con gran entusiasmo. En Roma esperaba hallar grandes recursos para practicar esta rama del arte, pero no fue así. En medio del círculo de artistas y de aficionados en que se encontraba, oía todo el día repetir que la pintura de historia era la cumbre del arte y que todo lo demás le estaba supeditado. Le aconsejaban que, si quería ser un pintor de fama, abandonase su especialidad para dedicarse a aquella otra más alta, a lo que se unía la impresión, jamás experimentada hasta entonces, que recibió de los magníficos frescos de Rafael en el Vaticano, con lo cual decidió abandonar el paisaje. Dibujó al estilo de Rafael y copió otros pequeños

cuadros al óleo de otros maestros famosos, y, merced a su mucha práctica, le fue muy bien en este nuevo trabajo, aunque se daba cuenta perfectamente de que la aprobación general de los artistas y los conocedores no eran sino lisonjas para animarle. El mismo comprendía que sus dibujos y copias estaban faltos de esa vida que animaba los originales. Inspirado por las celestiales creaciones de Rafael y de Corregio, se creía llamado a crear como ellos, pero en cuanto trataba de fijar sus fantasías, veíalas desaparecer como entre una niebla, y todo lo que quería ejecutar de invención estaba completamente falto de expresión y carácter, como todo producto de una concepción oscura e incompleta.

Esta lucha penosa y estos esfuerzos sin resultados, llenaron el alma de Bertoldo de una negra melancolía, y más de una vez le alejaba de sus amigos, para vagar solo por los alrededores de Roma y pintar grupos de árboles y trozos de paisaje. Pero tampoco lograba esto con la misma facilidad de antes, de tal modo que llegó a dudar de su verdadera vocación. Sus mejores esperanzas parecían que iban a desvanecerse.

«¡Ah!, mi buen maestro y amigo —escribió Bertoldo a Birkner—. Me creísteis capaz de hacer algo grande, pero aquí, ahora que he visto claro en mi alma, comprendo que lo que tú llamabas genio de artista solo era talento y agilidad de mano. Dile a mis padres que pronto volveré para aprender un oficio con el que pueda vivir en lo sucesivo, etc…».

Bickert le contestó: «¡Oh, si yo pudiera estar junto a ti, hijo mío!, para sostenerte en tu triste estado. Pero, créeme, tus dudas hablan aún en tu favor y son la mejor prueba de tu verdadera vocación. Aquel que lleno de una confianza inalterable en sus fuerzas se imagina hacer diariamente progresos, es un loco ciego que se engaña a sí mismo, pues le falta el verdadero impulso para luchar, que nace del pensamiento de la propia inferioridad. ¡Anímate! Pronto te fortificarás y estarás satisfecho de tus obras, no según el juicio y aprecio de tus colegas, que quizá no son capaces de estimularte, anquilosados como están, mientras que tú seguirás tu propio camino conforme a tu talento. Tú mismo eres quien ha de decidir si vas a ser pintor histórico o paisajista, y no volverás a pensar más en un indigno desmembramiento de las ramas de un mismo tronco».

Sucedió que precisamente por la época en que Bertoldo recibía la respuesta consoladora de su antiguo maestro, se extendía la fama en Roma de Felipe Hackert. La gracia maravillosa y la perfección de algunas de sus obras, que se hallaban en las exposiciones, confirmaban todos los elogios de que era objeto y hasta los mismos pintores de historia reconocían, en aquella pura imitación de la Naturaleza, que había mucha grandeza y perfección. Bertoldo cobró ánimo…, ya no oía despreciar la especialidad del arte que a él le gustaba más, pues veía que un pintor que la ejercía era honrado y elogiado. Súbitamente, como un relámpago, tuvo la idea de que debía marchar a Nápoles y estudiar con Hackert. Lleno de alegría escribió a Birkner y a sus padres, diciéndoles que después de penosos esfuerzos había encontrado el camino verdadero, y que pronto esperaba adquirir renombre en su especialidad.

El noble alemán Hackert recibió muy amistosamente al discípulo, su paisano, que no tardó en rivalizar con el mismo maestro. Bertoldo se distinguía por reproducir fielmente de la naturaleza toda especie de árboles y arbustos; asimismo representaba no menos bien los efectos de la niebla y los cielos vaporosos, tal y como aparecían en los paisajes de Hackert. Esto le valió muchos elogios, pero con frecuencia, a la vista de sus cuadros y hasta de los cuadros de su maestro, sentía una sensación extraña, como si les faltase algo que no sabía definir, pero que había en los paisajes de Claude Lorraine y hasta en los salvajes desiertos de Salvatore Rosa. Mil dudas se suscitaban en él acerca del genio de Hackert, sintiéndose muy disgustado después de haberle visto un día con cuánto empeño pintaba unas fieras muertas que el Rey le había enviado. Sin embargo, logró sobreponerse a estas penosas ideas que le parecían criminales, y continuó trabajando, con constancia alemana, conforme a los modelos de su maestro, de tal modo que en poco tiempo casi llegó a ser su igual.

Sucedió pues, que, por instigación de Hackert tuvo que permitir que se expusiese al público un gran paisaje que había copiado de la Naturaleza, junto a los cuadros de paisajes y naturalezas muertas de aquél, su maestro. Todos los pintores y aficionados admiraron sinceramente la ejecución franca y esmerada de su obra y elogiaron a Bertoldo. Solo un hombre de avanzada edad, vestido de manera original, no decía palabra ante los cuadros de Hackert, limitándose a sonreír de un modo significativo en medio de los aplausos y elogios de la multitud. Bertoldo vio claramente cómo el desconocido se detenía ante su paisaje, sacudía la cabeza con aire de profundo pesar y luego se alejaba lentamente. El joven pintor, un tanto engreído por los elogios unánimes que había obtenido, no pudo menos que sentir un secreto despecho hacia el desconocido, y, acercándose a él, le dijo con acento mordaz, recalcando sus palabras:

—Parece, señor, que no os ha gustado mi cuadro, aunque muchos artistas y conocedores no le han encontrado del todo mal. Os ruego tengáis la bondad de decirme qué es lo que os desagrada para corregir las faltas y, siguiendo vuestros consejos, poder mejorar.

El desconocido miró de una manera penetrante a Bertoldo y dijo con seriedad:

—¡Joven, de ti podría esperarse mucho!

Bertoldo sintió un gran terror ante la mirada y las palabras de aquel hombre; pero no tuvo valor para preguntar más ni para seguirle cuando salió de la sala. Hackert en persona entró poco después y Bertoldo apresuróse a contarle lo que le había sucedido con aquel extraño personaje.

—¡Ah! —exclamó el maestro sonriendo—; no lo tomes en serio. Es un viejo gruñón que no halla nada a su gusto y todo lo censura. Ya le encontré en la antesala. Ha nacido en Malta de padres griegos, es un sujeto rico y extravagante, no mal pintor, pero todo lo que pinta tiene un aspecto tan fantástico que hay que explicar sus absurdas ideas y locas opiniones acerca del arte y el sistema artístico que ha adoptado y que ni el diablo usaría.

Sin embargo, aunque Bertoldo sabía dentro de sí que el maltés había puesto el dedo en la secreta herida de su alma, como el cirujano que la sondea para curarla, pronto olvidó esta circunstancia y se puso a trabajar alegremente, como antes.

El éxito y el triunfo de su primer cuadro le dieron fuerza para ejecutar otro cuadro que hiciera la pareja; el mismo Hackert escogió en los alrededores de Nápoles el sitio más bello, y como el primer paisaje representaba la puesta del sol, decidieron que éste representase el sol naciente. Bertoldo comenzó a pintar muchos y diversos árboles, muchos viñedos y preferentemente niebla y neblinas.

Una mañana, cuando estaba Bertoldo sentado en una gruesa piedra, en el lugar mismo escogido por Hackert, y acababa de perfilar el gran cuadro, conforme a la Naturaleza, oyó que decían detrás de él:

—¡Muy exacto, en verdad!

Bertoldo alzó la vista y el maltés, con la suya fija en su lienzo, continuó diciendo con sonrisa sarcástica:

—Solo habéis olvidado una cosa, amigo mío. ¡Mirad allá abajo, la pared cubierta de aquella vid en el último plano! La puerta está entreabierta; sería preciso procurar demostrar esto por medio de una sombra. La puerta entreabierta produce un efecto prodigioso…

—Hacéis muy mal en burlaros —contestó Bertoldo—. Semejantes menudencias no son tan de despreciar como pensáis, y por eso mi maestro se complace en reproducirlas en sus cuadros. Acordaos del lienzo blanco extendido en el paisaje de aquel antiguo pintor flamenco, y sin el cual no hubiera producido ningún efecto el cuadro. Pero ya veo que no sois amigo de la pintura de paisaje, a la que me he dedicado en cuerpo y alma, así que os suplico que me dejéis acabar tranquilamente mi obra.

—¡Grande es tu error, joven! —repuso el maltés—. De nuevo te repito que hubieras podido ser un gran artista, porque tus obras manifiestan visiblemente la tendencia a lo ideal, que nunca alcanzarás de seguir ese camino equivocado. ¡Fíjate bien lo que voy a decirte! Quizá logre encender la llama que duerme en tu interior y que tú con tu ignorancia te obstinas en apagar; entonces a su luz viva podrás ver tu verdadero genio. ¿Me crees tan loco para subordinar el paisaje a la pintura histórica? ¿Crees que no conozco el objetivo único al que se dirigen tanto el paisajista como el pintor histórico? Es tomar de la Naturaleza la manifestación más brillante que revela a todos los seres animados el presentimiento de lo infinito; éste es el sagrado fin del arte. La servil y material imitación de la Naturaleza, ¿puede jamás conducirte a esto? … Qué pobre, qué dura y servil resulta una inscripción en una lengua extraña, cuando el copista no la entiende, y solo ha reproducido penosamente aquellos caracteres cuyo significado no puede penetrar. Así los paisajes de tu maestro no son más que copias correctas de un original escrito en una lengua extraña. El iniciado percibe la voz de la Naturaleza, que se manifiesta en los maravillosos ruidos de los árboles, de los arbustos, de las flores, de los montes, de las aguas y que despiertan en su pecho

emociones religiosas y sencillas. Entonces es cuando el espíritu de Dios insufla en su obra sus dones. ¡Joven!, ¿acaso no has experimentado una sensación extraña cuando contemplabas los paisajes de los antiguos maestros? Seguramente en su presencia ya no solo piensas si las hojas del tejo, del pino o del plátano están pintadas conforme a la Naturaleza, si el agua es más transparente y el cielo más vaporoso, sino que el espíritu que brota del conjunto te eleva a una región ideal donde crees ver una resplandeciente belleza. Así pues, trabaja y esfuérzate en estudiar la Naturaleza, en todo lo que tiene de mecánico, pero no tomes a la técnica por el mismo arte. Únicamente cuando hayas penetrado en el profundo sentido de la Naturaleza verás en tu interior hermosas imágenes en toda su espléndida belleza.

Calló el maltés, y, mientras Bertoldo profundamente conmovido, permanecía inmóvil con la cabeza baja, incapaz de articular palabra, se alejó tras estas últimas explicaciones:

—Jamás he tenido el propósito de apartarte de tu vocación, pero sé que un genio reposa en tu interior, y he querido despertarle con enérgicas palabras para que libremente agite sus alas. ¡Adiós!

Parecíale a Bertoldo que el maltés no había hecho sino repetir con palabras lo que hervía en su corazón, y la voz de la conciencia se dejó oír libremente: «¡No! ¡Todos mis esfuerzos, todos mis sufrimientos han sido los pasos engañosos e inciertos de un ciego! ¡Basta ya de todo cuanto me ha deslumbrado!». Ya no le fue posible añadir una sola línea a su dibujo. Abandonó a su maestro y se le vio vagar a la ventura poseído de una salvaje inquietud, suplicando en voz alta que le fuese concedida aquella inteligencia superior de la que había hablado el maltés.

«¡Solo en sueños era feliz…, muy feliz! En ellos era cierto lo que había dicho aquél. Encontrándome tumbado en una verde floresta, respiraba balsámicos aromas y percibía las voces de la Naturaleza que resonaban melódicamente a través del oscuro bosque y decían: ‘¡Escucha… escucha, joven consagrado! Oye los acentos primitivos de la creación que toman forma para que puedan percibirlos tus sentidos…’ Y conforme oía resonar, cada vez con más claridad esas voces, me pareció como si naciese en mí un sentido nuevo, gracias al cual comprendía claramente todo lo que hasta entonces me había parecido indescifrable. Como si fueran extraños jeroglíficos, veía dibujarse en el aire los oscuros misterios con rasgos flamígeros; pero este escrito jeroglífico era un extraño paisaje, en el que se agitaban árboles, arbustos, flores, montes y aguas en armonías resonantes».

Mas toda esta felicidad no la sentía el pobre Bertoldo sino en sueños, y luego permanecía aniquilado y deshecho, como cuando en Roma intentó ser pintor de historia. Si se internaba en el bosque sombrío, apoderábase de él tal terror, que, cuando salía y contemplaba las montañas lejanas, sentía su pecho como despedazado por heladas garras; su respiración se detenía y era como si fuera a sucumbir de angustia. Toda la naturaleza, que antes le sonreía tan amigablemente, le parecía ahora un monstruo amenazador, y hasta las voces que oía en el murmullo del viento del

atardecer, en el rumor de los arroyos y en el batir de las frondas los arbustos, que le saludaban con dulces palabras, le parecían ahora amenazadoras y terribles. Finalmente, la benéfica influencia de los deliciosos sueños, fue tranquilizándole, aunque ya evitó pasear solo por el campo, y, trabando amistad con dos pintores alemanes de carácter alegre, hizo frecuentes excursiones a los más hermosos lugares de las inmediaciones de Nápoles.

Uno de aquellos pintores, a quien llamaremos Florentino, se preocupaba menos de seguir los profundos estudios que exigía su arte que de gozar alegremente de la vida, y así lo mostraba su carpeta, en la que se veían grupos de muchachas campesinas bailando, procesiones y fiestas campestres. Florentino sabía reproducir todo esto con mano ligera y segura.

En todos sus dibujos, aunque fueran sencillos, había vida y movimiento. Añádase a esto que Florentino no era insensible a lo ideal; al contrario, penetraba más hondo que sus compañeros en el sentido simbólico de las antiguas obras maestras. Había dibujado en su álbum los frescos de una iglesia de Roma, antes de que los muros fuesen demolidos. Representaban el martirio de Santa Catalina. Nada mejor acabado y mejor delineado que aquellos dibujos, que produjeron en Bertoldo una gran impresión. Vio las densas nieblas que le rodeaban iluminarse de repente, y de pronto también comprendió la manera de ver de Florentino, pues éste, aunque muy sensible al encanto de la Naturaleza, tendía principalmente a reproducirla en toda su animación, reconociendo este principio del movimiento como el punto de apoyo en el que debía mantenerse para no desvanecerse en el espacio vacío de lo inanimado.

Mientras Florentino dibujaba con mano veloz los grupos que encontraba, Bertoldo hojeaba el álbum de su amigo y trataba de copiar la maravillosa figura de Santa Catalina, lo que logró bastante bien, aunque hizo vanos esfuerzos, como en Roma, para dar a sus dibujos la vida y animación del original. Quejóse de todo esto a Florentino a quien creía superior en genialidad artística, y le contó lo que el maltés le había dicho acerca del arte.

—¡Ay!, amigo Bertoldo —dijo Florentino—, en realidad el maltés tenía razón, y creo que un hermoso paisaje está a la misma altura de las historias sagradas que los antiguos pintores han representado. Pero creo también que lo mejor es hacer familiares los tipos de la naturaleza viviente, que nos son más fáciles de comprender, para iluminarnos en el reino de la noche. Te aconsejo, Bertoldo, que te acostumbres a dibujar figuras para ordenar tus ideas, y todo lo verás más claro.

Bertoldo hizo lo que le había dicho su amigo y tuvo la sensación de que se disipaban las tinieblas que se cernían sobre su vida.

«Hacía penosos esfuerzos para ver lo que sucedía en mi interior, pero era como un jeroglífico y los trazos de este jeroglífico tenían la forma de figuras humanas, que aparecían extrañamente entrelazadas para converger en un foco luminoso. Aquel centro de luz era la figura más prodigiosa que jamás había imaginado la fantasía de un pintor; pero en vano me consumía para fijar sus rasgos cuando se me aparecía en

sueños, rodeada de rayos celestiales. Todo esfuerzo que hacía para representarla fracasaba, y yo me consumía de ardiente deseo».

Florentino, dándose cuenta del estado enfermizo en que se encontraba su amigo, le consolaba todo lo mejor que podía. Con frecuencia le decía que estaba a punto de llegar el instante en que brotase la luz; pero Bertoldo continuaba vagando como si fuera un soñador, y todos sus intentos parecían los vagos esfuerzos de un débil niño.

No lejos de Nápoles hallábase la villa de un duque, desde la cual se gozaba de la magnífica perspectiva del mar y del Vesubio, por lo que permanecía abierta a disposición de los artistas que pintaban paisajes. Bertoldo había ido allí muchas veces a trabajar y con frecuencia se detenía en una gruta del parque, entregado al juego fantástico de su fantasía. Un día que estaba sentado en aquel lugar, desgarrado su pecho por el intenso deseo que le consumía, derramando ardientes lágrimas y pidiendo al Cielo que una estrella le iluminase su oscuro camino, oyó un rumor entre el ramaje y apareció ante su vista, a la entrada de la gruta, una mujer de belleza extraordinaria.

«Los rayos del sol iluminaban su rostro celestial. Me miró con una mirada indescriptible… Era Santa Catalina…, no, más que ella…, era mi ideal, ¡mi ideal! ¡Loco y extático caí de rodillas, y la figura desapareció, sonriéndome plácidamente!».

Florentino entró en la gruta y con sorpresa vio que Bertoldo salía al encuentro y le estrechó contra su corazón. Derramaban sus ojos abundantes lágrimas y balbució:

—¡Amigo…, amigo mío! ¡Soy feliz, feliz! ¡La he encontrado…, la he encontrado!

Encaminóse al taller presuroso e instaló el lienzo y comenzó a pintar. Como animado por una fuerza divina, dio vida intensa a la sobrenatural mujer, tal como se le había aparecido.

Desde aquel momento todo cambió en su interior. En lugar de aquella tristeza, que le había consumido, recuperó la alegría y el bienestar. Volvió a estudiar con aplicación y energía las obras de los antiguos maestros. Terminó muchas copias a la perfección y enseguida comenzó a pintar cuadros de su invención, que llenaron de asombro a los buenos conocedores. Ya no volvió a pensar más en paisajes, y el mismo Hackert confesó que el joven había encontrado su camino. Sucedió entonces que se le encargó que pintase muchos retablos para las iglesias y otras importantes obras. Lo que con mayor frecuencia escogía eran asuntos graciosos de las leyendas cristianas, pero sobre todo trataba de reproducir la maravillosa figura de su ideal. Vióse que ésta era semejante en su semblante y en su figura a la princesa Angela T., y empezaron a suponer que el joven pintor estaba enamorado de la mirada de fuego de la hermosa mujer. Bertoldo se enojaba al oír los necios comentarios de las gentes que se obstinaban en rebajar lo celeste al nivel de lo terreno.

—Pero ¿podéis suponer —les decía— que en la tierra se encuentre un ser semejante? Yo la he visto en una aparición, en una visión maravillosa que tuve; fue un momento de inspiración artística.

Bertoldo vivía feliz y satisfecho hasta que las victorias de Bonaparte en Italia condujeron al ejército francés a las puertas de Nápoles y, cuando la revolución destructora estalló, todas las cosas cambiaron. El rey y la reina habían salido de Nápoles y la ciudad fue entregada, pues el vicario general concluyó con el general francés una capitulación vergonzosa, y pronto se vio llegar a los comisarios franceses para cobrar la suma estipulada como contribución de guerra. El vicario general apresuróse a huir del furor del pueblo que le acusaba de traición por haber entregado a sus enemigos la ciudad, que le había sido confiada. Aflojáronse todos los lazos y en la más salvaje anarquía el pueblo vituperó el orden y la ley. Al grito de ¡*Viva la Santa Fede*!, pandillas de asesinos iban a atacar las casas de los patricios, que imaginaban haberse vendido al enemigo, saqueándolas e incendiándolas. Fueron vanos los esfuerzos de Molitemo y Rocca Romana, que gozaban del afecto del pueblo, para detener los excesos de los más furiosos. Los duques della Torre y Clemente Filomarino fueron asesinados, pero esto no bastó para calmar la sed de sangre de la plebe furiosa.

Bertoldo había escapado a medio vestir de su casa incendiada y por el camino topó con un tropel numeroso de gente que se dirigía con antorchas encendidas y brillantes cuchillos al palacio del conde de T. Tomándole por uno de los suyos, aquellos seres enloquecidos le arrastraron, mientras gritaban: ¡*Viva la Santa Fede*! Un momento después el conde, sus criados y todos los que habían intentado oponer resistencia, yacían asesinados, mientras el palacio era presa de las llamas.

Bertoldo había sido arrastrado, siempre hacia adelante; un denso humo invadía los corredores…, trató de huir atravesando aposentos diferentes sin hallar una salida. De pronto, un penetrante grito de angustia llegó a sus oídos. Se precipitó en la sala y vio a una mujer luchando con un *lazzarone*, que se había apoderado de ella y se disponía a apuñalarla en el pecho. ¡Era la princesa…, el ideal de Bertoldo! Inmóvil de terror Bertoldo, de pronto se lanzó contra el *lazzarone*, le asió por el cuello y le derribó al suelo, donde le clavó su propio puñal. Con la princesa en brazos, atravesó huyendo la sala en llamas, bajó las escaleras, corrió a través de la espesa multitud… ¡y todo en un instante!

Nadie se ocupó en detener a Bertoldo, que corría con el puñal ensangrentado en la mano, ennegrecido el rostro por el humo, con los vestidos rotos, pues le tomaban por un asesino y un saqueador y le dejaban que se llevase su botín. Al llegar a un lugar desierto de la ciudad, bajo unas antiguas ruinas donde instintivamente corrió a buscar refugio, Bertoldo cayó sin sentido. Cuando volvió en sí, la princesa estaba arrodillada a su lado, lavándole la frente con agua fresca.

—¡Oh, gracias! —decía ella—. ¡Gracias a Dios que te vuelvo a la vida, tú mi salvador, mi todo!

Bertoldo, incorporándose, creía soñar; miró fijamente a la princesa… Sí, era ella, la misma; aquella maravillosa figura celestial que había encendido la chispa divina en su pecho.

—¿Es posible? ¿Es cierto? ¿Estoy vivo? —exclamó.

—Sí, vives —dijo la princesa—, vives para mí; lo que no te atreviste a esperar, sucede ahora gracias a un milagro. ¡Oh!, te conozco muy bien, eres el pintor alemán Bertoldo. Siempre me has amado y me has reproducido magníficamente en tus hermosos cuadros… ¿Cómo hubiera podido entonces ser tuya? Pero ahora lo seré para siempre. ¡Huyamos, huyamos!

Una sensación extraña se apoderó de Bertoldo al oír las palabras de la princesa, como si un repentino dolor aniquilara sus más dulces sueños. Pero cuando la maravillosa mujer le estrechó con brazos, blancos como la nieve, y le atrajo apasionadamente contra su corazón, entonces, sobrecogido de un estremecimiento de felicidad desconocida, y loco de placer, exclamó:

—¡Ah, no es una ilusión, no! ¡Es mi esposa a quien abrazo, y ya nunca me separaré de ella, que viene a colmar los ardientes deseos de mi corazón!

Era imposible salir de la ciudad, pues el ejército francés la rodeaba. El pueblo, apenas armado y sin ningún jefe, la defendió sin embargo durante dos días enteros. Bertoldo, yendo de escondrijo en escondrijo con Angela, logró al fin huir de la ciudad. La princesa, movida del amor más ardiente hacia su salvador, no vacilaba en dejar Italia. Así su familia la daría por muerta y ella permanecería con Bertoldo. Un collar de brillantes y algunos anillos costosos que llevaba les proporcionaron lo más necesario en Roma, adonde habían ido peregrinando, y desde allí pudieron llegar felizmente a M. en la Alemania del Sur, donde Bertoldo pensaba establecerse y vivir de su arte. ¿No era para él una inaudita e inimaginable felicidad verse esposo de Angela, aquella celestial mujer, el ideal de sus sueños de artista, después de que tantas circunstancias de la vida parecían oponerse como un muro siempre inseparable entre él y su amada? Bertoldo apenas podía resistir tanta felicidad y permanecía inmerso en aquella delicia amorosa, hasta que al fin una voz secreta, pero muy imperiosa, le recordó que debía volver a pensar en su arte. En M. resolvió cobrar fama pintando un gran cuadro, que destinaba a la iglesia de Santa María de aquel lugar.

Concibió un plan muy sencillo: la Virgen y Santa Isabel, sentadas sobre la hierba en un bello jardín; el Niño Jesús y San Juan, jugando delante de ellos. Esto era el cuadro. Pero en vano trató de lograr una impresión espiritual del conjunto. Igual que en aquella época desdichada de su crisis, se le desvanecían las figuras, y, en vez de la Virgen divina, solo veía a Angela desfigurada de un modo horrible. Esperaba, sin embargo, triunfar del siniestro poder que le tenía encadenado. Preparó los colores y comenzó a pintar, pero había perdido las fuerzas y todos sus ensayos fueron inútiles; parecía un niño incapaz, impotente. Todo lo que pintaba era frío e inanimado, incluso la misma Angela… Angela, su ideal, parecía en el lienzo una figura de cera, lúgubre, que le miraba tristemente con ojos de vidrio.

Entonces sintió que una negra melancolía se apoderaba de él y le robaba el gozo de la vida. No podía, no quería seguir trabajando, así es que pronto cayó en la miseria

más completa, que le humillaba aún más, porque Angela no dejaba oír una sola palabra de queja.

«Esta impotencia funesta me llenaba de rabia y llegó a ponerme en un estado próximo a la locura. Mi esposa me dio un hijo, que acabó por aumentar la desventura en que estaba, y toda la escondida furia que había en mi interior se manifestó entonces con la violencia de un odio feroz. ¡Ella, sola ella era la causa de mi desgracia! ¡No, no era el ideal que se me había aparecido! Angela se me apareció, para perderme para siempre, con el semblante y la figura de aquella mujer celestial. En mi salvaje desesperación la maldije y también al inocente niño. Les deseé la muerte para verme libre del tormento que me afligía, y que atravesaba mi pecho como cuchillos ardientes. Pensamientos infernales se apoderaron de mí. En vano leí en el semblante pálido de Angela, en sus lágrimas, el espanto que le producía mi conducta criminal. “Has destrozado mi vida, mujer maldita”, exclamé con rabia, derribándola al suelo con el pie, donde quedó medio desmayada abrazando mis rodillas».

«La conducta cruel y frenética de Bertoldo, respecto a su mujer y su hijo, llamó la atención de los vecinos, que le denunciaron a la autoridad. Quisieron prenderle, pero cuando los agentes de policía se presentaron en su domicilio, había desaparecido con su mujer y el niño. Volvió a ser visto en N., en la Alta Silesia; ya no llevaba consigo a la mujer y al hijo, y entonces comenzó a pintar lleno de entusiasmo el cuadro que no había podido terminar en M. Pero solo pudo concluir el rostro de la Virgen María y del Niño Jesús, pues se vio atacado de una enfermedad que le puso al borde de la muerte. Para sufragar sus necesidades se vendieron todos los efectos y hasta aquel cuadro empezado. Apenas se sintió con algunas fuerzas se fue solo, como un mendigo enfermo y despojado de todo. Y así es como continúa viviendo, alimentándose miserablemente por medio de la pintura de paredes que le encargan aquí y allá».

—Esa historia de Bertoldo es algo espantoso y horrible —le dije al profesor, y, aunque sea aventurado afirmarlo, creo que es el vil asesino de su mujer y de su hijo.

—Es un loco y un pobre diablo —repuso el profesor—, pero no le creo capaz de una acción semejante. Jamás se ha aclarado nada acerca de este punto, y aún es cuestión de saber si él mismo cree ser el autor de la muerte de su esposa y de su hijo; ahora está pintando imitaciones de mármol, la próxima noche terminará el altar; entonces quizá sea una buena ocasión para que le preguntéis algo acerca de este punto delicado.

Confesaré con franqueza que la idea de volver a hallarme a solas en la iglesia con Bertoldo y a medianoche, ahora que sabía su historia, hizo que un estremecimiento recorriese todos mis miembros. Pensé que podía tener relación con el diablo, y que, no obstante su amabilidad y buen carácter, era preferible que hablase con él a la luz del sol.

Le hallé subido a su gran andamio, con aspecto sombrío y trazando en la pared vetas para imitar el mármol. Subí junto a él y en silencio le alargué los botes de color. Asombrado, se volvió hacia mí y entonces le dije:

—Soy vuestro aprendiz.

Por lo que se sonrió. Entonces empecé a hablarle de su vida, de forma que notase que estaba enterado de todo, aunque vi que él mismo creía haberme contado su historia la noche última. Poco a poco llegué a la horrible catástrofe, y entonces le dije de repente:

—¿Fue en un ataque de locura furiosa cuando matasteis a vuestra mujer y a vuestro hijo?

Al oír estas palabras dejó caer el pincel y el bote y gritó, fijando en mí una mirada horrible y con las manos levantadas al aire:

—¡Estas manos están limpias de la sangre de mi mujer y de mi hijo! ¡Una palabra más y me tiro con vos desde aquí arriba, para que nuestros cráneos se estrellen contra las losas de la iglesia!

En aquel instante me encontré en una situación extraña, tuve la sensación de estar ante algo desconocido.

—¡Ah, mirad, amigo Bertoldo —le dije con toda la sangre fría y tranquilidad de que fui capaz—, cómo está corriéndose ese amarillo ocre pared abajo!

Volvió la cabeza y, mientras recogía el color con un grueso pincel, descendí a escondidas del andamio, abandoné la iglesia y me dirigí a la casa del profesor, que se burló de mi indiscreta curiosidad.

Como mi coche ya estaba reparado, abandoné G. no sin que Aloysius Walther me prometiese seriamente hacerme saber todo lo que le sucediese desde ahora en adelante al pintor Bertoldo.

Debía de haber pasado ya medio año cuando recibí una carta de aquél en la que se extendía sobre su satisfacción acerca de nuestro encuentro en G. Con respecto a Bertoldo, me informaba de lo siguiente: «Poco después de vuestra marcha, nuestro original artista se mostró más extraño que nunca. De pronto se apoderó de él una gran alegría y terminó con prodigiosa habilidad el gran cuadro del altar que llena de admiración a todos los que lo contemplan. Luego desapareció, y, como no se había llevado nada consigo y algunos días después se hallase su sombrero y su bastón a orillas del río O., todos creemos que murió de muerte voluntaria».

LA CASA VACÍA

Ya sabéis —comenzó a decir Teodoro— que pasé el último verano en ***. Los numerosos amigos y conocidos que encontré allí, la vida amable y despreocupada, las numerosas manifestaciones artísticas y científicas, todo me retuvo. Nunca me sentía tan contento como cuando me entregaba por entero a mi pasión de vagabundear por las calles, deteniéndome para ver los grabados en cobre que se exhibían en las puertas, deleitarme con los letreros y observando a las personas que salían a mi encuentro, con idea de hacerles un horóscopo; pero no solo me atraía irresistiblemente la riqueza de las obras de arte y el lujo, sino la contemplación de los magníficos y suntuosos edificios. La alameda, ornada de construcciones semejantes, que conduce a la Puerta de *** es el punto de reunión de un público dispuesto a gozar de la vida, ya que pertenece a la clase alta o acomodada.

En los pisos bajos de los grandes palacios exhibíanse la mayor parte de las veces mercancías lujosas, mientras que en los altos habitaba gente de las clases mencionadas. Las hosterías más elegantes estaban, por lo general, en esta calle y los representantes extranjeros vivían en ella; así podéis suponer que allí había una animación especial y mayor movimiento que en otro lugar de la ciudad, dando la sensación de hallarse más poblada de lo que realmente estaba. El interés por vivir en aquel sitio hacía que muchos se conformasen con una pequeña vivienda, menor de lo que les correspondía, de suerte que muchas familias habitaban en una misma casa, como si ésta fuera una colmena.

Con frecuencia paseaba yo por tal avenida, cuando un día, de pronto, me fijé en un paraje que difería de los demás de extraña manera. Imaginaos una casita baja, con cuatro ventanas, en medio de dos bellos y elevados edificios, cuyo primer piso apenas si se elevaba más que los bajos de las casas vecinas, y cuyo techo, en mal estado de conservación, así como las ventanas, cubiertas en parte con papeles, y los muros descoloridos, daban muestra del total abandono en que la tenía su propietario. Suponed qué aspecto tendría aquella casa entre dos mansiones suntuosas y adornadas con lujosa profusión. Permanecí delante contemplándola y observé al aproximarme que todas las ventanas estaban cerradas, que delante de la ventana del piso bajo se levantaba un muro y que la acostumbrada campanilla de la puerta cochera, así como la de la puerta principal, no existían; ni tan siquiera había un aldabón o llamador. Con el tiempo llegué al convencimiento de que la casa estaba deshabitada, ya que nunca, pasase a la hora que fuera, veía la menor huella de un ser humano. ¡Una casa deshabitada en esa parte de la ciudad! Era algo muy raro, aunque posiblemente

tendría una explicación natural: que su dueño estuviese haciendo un largo viaje o que viviese en posesiones muy lejanas, sin atreverse a alquilar o vender este inmueble, por si lo necesitaba en el caso de volver a ***. Eso pensaba yo, y, sin saber cómo, me encontraba siempre paseando por delante de la casa vacía, al tiempo que permanecía, no tanto sumergido en extraños pensamientos, como enredado en ellos.

Bien sabéis todos, queridos compañeros de mi alegre juventud, que siempre me considerasteis un visionario, y que cuantas veces las extrañas apariencias de un mundo maravilloso entraban en mi vida, vosotros, con vuestra rígida razón, lo combatíais. ¡Pues bien! Ahora podéis poner las caras de desconfianza que queráis, pues he de confesaros que yo también a veces he sufrido engaños, y que con la casa vacía parecía ir a ocurrir algo semejante, pero… al final vendrá la moraleja que os dejará aniquilados. ¡Escuchad! ¡Vamos al asunto!

Un día, y precisamente a la hora en que el buen tono ordena pasear arriba y abajo por la alameda, estaba yo, como de costumbre, absorto en mis pensamientos, contemplando la casa vacía. De pronto, noté sin mirar que alguien se había colocado a mi lado y me observaba fijamente. Era el conde P., en muchos puntos tan afín a mí, y no me cabe la menor duda de que también estaba interesado en la casa misteriosa. Me sorprendió que, al comunicarle la extraña impresión que me había causado esa casa deshabitada en aquella parte tan frecuentada de la ciudad, sonriese irónicamente, si bien al punto me aclarase todo. El conde P. había ido mucho más lejos que yo. Después de múltiples observaciones y combinaciones, había dado con la explicación de porqué se encontraba la casa en aquel estado, y precisamente la explicación estaba relacionada con una extraña historia, que solo la más viva fantasía del poeta podía haber imaginado. Voy ahora a referiros la historia del conde, que recuerdo con entera claridad, y, por lo que respecta a lo que me sucedió luego, me siento tan excitado todavía, que os lo contaré después.

¡Qué sorpresa fue la del conde al enterarse de que la casa vacía solo alojaba los hornos del confitero, cuyos lujosos escaparates atraían al viandante! Por eso las ventanas del bajo, donde estaban los hornos, permanecían tapiadas y las habitaciones del primer piso, con las cortinas echadas para evitar el sol y los insectos, protegiendo así los artículos confitados. Cuando el conde me contó esto, sentí como si me hubieran arrojado un jarro de agua fría o como si demonios enemigos hicieran burla de mis sueños poéticos… Pese a aquella explicación prosaica, siempre que desde entonces pasaba ante ella, no dejaba de mirar la casa deshabitada, y, siempre que la miraba, sentía ligeros estremecimientos al imaginar toda clase de escenas extrañas. No me acostumbraba a la idea de la confitería, de los mazapanes, de los bombones, de las tartas, de las frutas escarchadas, etcétera. Una extraña combinación de ideas hacía que todo me sonase a secretos simbolismos y que pareciese decirme: «¡No os asustéis, amigo mío! Somos dulces criaturas, pero de un momento a otro estallará un trueno».

Entonces yo volvía a pensar: «¿No eres acaso un loco, un iluso, que siempre tratas de convertir lo vulgar en algo maravilloso? ¿Tienen razón acaso tus amigos cuando te consideran un exaltado visionario?».

La casa, no podía ser de otro modo, permanecía siempre igual. Llegó un momento en que, al habituarse mi vista a ella y a las ilusorias figuras que parecían reflejarse en las paredes, éstas poco a poco fueron desapareciendo. Sin embargo, una casualidad hizo que lo que parecía dormido volviese a despertar. El hecho de haber quedado todo, a pesar mío, reducido a algo prosaico, como podéis imaginar, no impedía que yo siguiese mirando la fabulosa casa conforme a mi manera de pensar, pues soy fiel caballero de lo maravilloso.

Sucedió, pues, que un día en que, como de costumbre, paseaba por la alameda a las doce, mi mirada se fue a detener en las ventanas cubiertas por cortinas de la casa vacía. Noté que la cortina de la última ventana, justamente junto a la tienda de la confitería, comenzaba a moverse. Dejáronse ver uña mano y un brazo. Con mis gemelos de ópera pude observar claramente la bella mano femenina, de blancura resplandeciente, en cuyo dedo meñique refulgía con desusado destello un brillante, y desde cuyo brazo redondeado, de belleza exuberante, lanzaba sus destellos un rico brazalete. La mano colocó un frasco de cristal de extraña forma en el alféizar de la ventana y desapareció tras la cortina.

Me quedé inmóvil; una rara y agradable emoción recorrió mi interior, a la manera de un calor eléctrico. Fijamente permanecí mirando a la ventana fatal y de mi pecho se escapó un suspiro. Por último, sentí como si fuese a desmayarme, y poco rato después me encontré rodeado de gentes de todas clases, que me observaban con semblante de curiosidad. Esto me disgustó, pero enseguida me di cuenta de que toda aquella muchedumbre no cesaba de comentar admirada que había caído desde un sexto piso un gorro de dormir sin que se le hubiese desgarrado ni una sola malla. Me alejé lentamente, mientras el demonio prosaico me susurraba con toda claridad al oído que la mujer del confitero, alhajada como en día de fiesta, se había asomado para dejar en la ventana un frasco de agua de rosa vacío. ¡Qué extraña ocurrencia! Pero, de pronto, tuve un pensamiento audaz; regresé al instante a contemplar el escaparate de la confitería inmediato a la casa vacía y entré.

Mientras soplaba la espuma del hirviente chocolate que había pedido, comencé a decir:

—En realidad habéis ampliado mucho vuestro establecimiento…

El confitero echó con presteza un par de bombones de colores en el cucurucho de papel y, dándoselos a la encantadora joven que lo solicitaba, apoyó sus brazos en el mostrador, mirándome sonriente. Volví a repetirle que había hecho muy bien en colocar el horno en la casa contigua, aunque resultaba extraña y triste la casa vacía en medio de la animada fila de edificios.

—¡Eh, señor! —repuso el confitero—. ¿Quién le ha dicho que la casa de ahí al lado me pertenece? Han sido vanos todos mis intentos de adquirirla, aunque bien creo

que esa casa posiblemente oculte un enigma.

Ya podéis suponeros, amigos míos, en qué estado de excitación me dejó esta respuesta y qué reiteradamente le supliqué que me dijese algo más de la casa.

—¡Pues, sí, señor mío! —Díjome—. En realidad no sé nada raro de la casa; únicamente puedo aseguraros que pertenece a la condesa de S., que vive en sus posesiones, y desde hace muchos años no viene a ***. Como entonces no se habían construido los magníficos edificios que existen ahora, según me han contado, la casa está en el mismo estado que antaño y nadie sabe nada de la completa decadencia en que se encuentra ahora. Solo dos seres vivientes la habitan: un ancianísimo administrador muy huraño y un perro gruñón, que a veces, en el patio de atrás, ladra a la Luna. El rumor popular dice que debe haber fantasmas en la casa vacía. Realmente mi hermano (el dueño de la tienda) y yo hemos oído varias veces en el silencio de la noche, sobre todo en Nochebuena, cuando el negocio nos hace estar al pie del mostrador, ruidos extraños que parecen venir a través de la pared desde la casa vecina. Luego comienzan a oírse unos sonidos estridentes y un rumor que nos parece horrible. Aún no hace mucho que una noche se oyeron cánticos, tan raros que apenas si puedo describirlos. Parecía la voz de una mujer de edad, pero el tono era tan penetrante, las cadencias tan variadas y los gorgoritos tan agudos, que ni siquiera los he oído en Italia, en Francia o en Alemania a las muchas cantantes que he conocido. Me pareció como si cantase con palabras francesas, que, sin embargo, no podía distinguir bien, aunque llegó un momento en que no pude oír más aquel canto loco y fantasmal que me ponía los pelos de punta. A veces, cuando el bullicio de la calle cesaba un poco, oíamos detrás del cuarto trastero profundos suspiros y luego un reír sofocado que parecía venir del suelo; pero, con el oído pegado a la pared, podía percibirse que era en la casa vecina donde suspiraban y reían. Fíjese —dijo mientras me conducía a la habitación última y señalaba a través de la ventana—, fíjese usted en aquel tubo de metal que sale del muro. A menudo humea tanto, incluso en verano, cuando nadie necesita calefacción, que mi hermano muchas veces ha regañado con el inquilino por temor a un incendio. Pero éste se disculpa, diciendo que cocina su comida. Ahora bien, lo que coma, eso solo Dios lo sabe, pues con frecuencia se propaga un olor muy especial, sobre todo cuando el tubo humea mucho.

La puerta de cristal de la tienda resonó, y el confitero apresuróse, al tiempo que me lanzaba una mirada y me hacía una seña indicando a la persona que entraba, seña que comprendí perfectamente. ¿Quién podía ser aquel extraño personaje sino el administrador de la casa misteriosa? Imaginaos un hombrecillo delgado y seco, con semblante de momia, nariz aguda, labios contraídos, ojos chispeantes y verdes, de gato, sonrisa de loco, el pelo negro rizado a la antigua moda y empolvado, un tupé altísimo engomado y, colgando, una gran bolsa de piel llamada «Postillon d’Amour». Usaba un viejo vestido de color café desvaído, aunque muy bien cepillado y limpio, y grandes zapatos desgastados, con hebillas. Imaginaos que esta personilla se dirigió, mejor dicho dirigió su enorme puño, de dedos largos y robustos, hacia el escaparte y,

medio sonriendo y medio contemplando los dulces preservados por el cristal, dijo con voz gemebunda y desvaída:

—Un par de naranjas confitadas, un par de almendrados, un par de *marrons glacés*.

Decidme y juzgad si no había motivo para pensar algo raro. El confitero sirvió todo lo que el anciano pedía.

«¡Pesadlo, pesadlo, honorable señor vecino!», parecía susurrar aquel hombre extraño.

Luego sacó del bolsillo, mientras gemía y suspiraba, una pequeña bolsa de cuero y buscó trabajosamente el dinero. Noté que las monedas que iba contando sobre el mostrador estaban ya en desuso. Con voz quejumbrosa murmuró:

—Dulce…, dulce…, dulce debe ser todo… Por parte mía, todo dulce… Satanás unta el hocico de su novia con miel…, pura miel.

El confitero me miró riéndose, y luego dijo al viejo:

—Se diría que no os encontráis bien; la edad, debe ser la edad; las fuerzas disminuyen.

Sin alterar su gesto, el viejo exclamó con voz aguda:

—¿Edad? ¿Edad? ¿Que disminuyen las fuerzas? ¿Débil yo, flojo? ¡Ja, ja, ja!

Y tras esto cerró los puños, haciendo crujir sus articulaciones, y dio tal salto en el aire, tras pisar con fuerza, que toda la tienda se estremeció y los cristales resonaron temblorosos. Pero en el mismo instante oyóse una algarabía espantosa: el viejo había pisado al perro negro, que se fue a meter entre sus piernas.

—¡Maldita bestia! ¡Maldito perro del infierno! —dijo en voz baja, mientras, abriendo el cucurucho, le ofrecía un almendrado grande. El perro, que se había puesto a llorar como si fuera una persona, se tranquilizó, sentóse sobre sus patas traseras y empezó a roer el almendrado como un hueso. Ambos terminaron a la vez: el perro con su almendrado y el viejo zampándose todo el cucurucho.

—Buenas noches, querido vecino —dijo alargando la mano al confitero y dándole tal apretón, que éste lanzó un grito de dolor—. El viejo y débil anciano os desea buenas noches, honorable señor confitero —repitió saliendo de la tienda y tras él su perro negro, relamiendo los restos del almendrado esparcidos por su hocico.

Me pareció que ni siquiera había reparado en que estaba yo allí, inmóvil y asombrado.

—Ahí le tenéis —comenzó a decir el confitero—, ahí le tenéis; así es como obra este viejo extraño, que aparece por aquí cuando menos dos o tres veces por semana, pero no hay forma de sacarle nada; solo que es el mayordomo del conde de S., que ahora administra esta casa donde vive, y que espera todos los días, y así lleva muchos años, que la familia condal de S. retorne, y que por ese motivo no alquila la casa. Mi hermano un día fue a su encuentro y le preguntó qué era ese ruido tan extraño que hacía a medianoche, pero él, muy tranquilo, respondió:

—Si la gente dice que hay fantasmas en esta casa, no lo creáis; no es cierto.

A todo esto sonó la hora en que el buen tono ordena visitar las confiterías. La puerta se abrió, y una multitud elegante entró, de modo que ya no pude preguntar más. No cabía la menor duda de que las noticias del conde P., acerca de la propiedad y el empleo de la casa, eran falsas; que el viejo administrador, no obstante su negativa, no vivía solo, y que allí se ocultaba un secreto. ¿Tenía alguna relación el extraño y espantoso cántico con el bello brazo que se mostró en la ventana? Aquel brazo no correspondía, no podía tener relación alguna, con el cuerpo de una mujer vieja. El cántico, sin embargo, conforme a la descripción del confitero, no provenía de la garganta de una muchacha. Además, recordé la humareda y el extraño olor de que me había hablado, así como el frasco de cristal visto por mí, y muy pronto se ofreció a mi mente la imagen de una criatura de bellos ojos, presa de poderes mágicos. Creí ver en el viejo un brujo fatal, un hechicero, que posiblemente no tenía relación alguna con la familia condal de S. y que, por cuenta propia, encontrábase en la casa abandonada haciendo de las suyas. Mi fantasía se puso a trabajar, y aquella misma noche, no solo en sueños, sino en el delirio que precede al dormir, vi claramente la mano con el brillante refulgente en el dedo y el brazo ceñido por el rico brazalete. Un semblante bellísimo se me apareció entre la transparente niebla gris, semblante que tenía ojos azules, tristes y suplicantes, y luego la figura encantadora de una joven en la plenitud de su belleza. Muy pronto me di cuenta de que, lo que tomaba por niebla, era la humareda que se desprendía del frasco de cristal que tenía la figura entre sus manos, y que subía en rizadas volutas hacia lo alto.

«¡Oh, mágica visión —exclamé extasiado—, oh, mágica visión! ¿Dónde te encuentras, quién te ha encadenado? ¡Oh, cuánto amor y tristeza hay en tu mirada! Bien sé que la magia negra te tiene prisionera, que eres la desgraciada esclava de un demonio malicioso, vestido con ropas marrones que trastea por la confitería, da saltos capaces de destruir todo y pisa a perros infernales, que alimenta con almendrados, cuando, a fuerza de aullidos, han consumado sus evocaciones satánicas… ¡Oh, ya lo sé todo, bella y encantadora criatura! ¡El diamante es el reflejo de tu brillo interior! ¡Ah!, si no le hubieses dado la sangre de tu corazón, ¿cómo iba a brillar así, con rayos tan multicolores y con tonos tan maravillosos que jamás ha podido ver un mortal? Sí, sé muy bien que el brazalete que ciñe tu brazo es una argolla de la cadena a que hacía referencia el hombre vestido de marrón, que es un eslabón magnético. ¡No le hagas caso, hermosa mía! Ya veo cómo se suelta y cae en la encendida retorta, desprendiendo llamas azuladas. ¡Yo lo he echado y ya estás libre! ¿Acaso no sé todo, acaso no sé todo, amada mía? Pero escúchame, encantadora, abre tus labios y dime…».

En el mismo instante un puño poderoso me empujó contra el frasco de cristal, que se rompió en mil pedazos, esparciéndose por el aire. Con un débil quejido de dolor, la encantadora figura desapareció en la oscura noche…

¡Ah! Veo por vuestra sonrisa que de nuevo me tomáis por un visionario. Pero os aseguro que todo el sueño, si es que no queréis prescindir de este nombre, tenía el

perfecto carácter de una visión. Como veo que continuáis sonriéndoos y negándoos a creerme, de un modo prosaico, prefiero no decir nada, sino terminar de una vez.

Apenas amaneció, corrí muy intranquilo y lleno de deseos hacia la alameda y me aposté frente a la casa vacía. Además de las cortinas interiores, había rejas. La calle estaba totalmente vacía. Acerquéme a la ventana del piso bajo y me puse a escuchar atentamente. Pero no oí nada; todo estaba en un silencio sepulcral. Ya se hacía de día y comenzaba a animarse el comercio; debía irme de allí. Os cansaría si os contase cuántos días fui a la casa en momentos diversos, y todo en vano, sin poder descubrir nada, y cómo todas mis investigaciones y observaciones no me procuraron ninguna noticia. Así es que, finalmente, la bella imagen de la visión que había contemplado fue esfumándose.

Mas he aquí que un día que volvía de dar un paseo por la tarde, al pasar por delante de la casa vacía noté que la puerta estaba medio abierta; entré. El hombre del traje marrón se asomó. Yo había tomado una resolución. Pregunté al viejo:

—¿Vive aquí Binder, el consejero de Hacienda?

Al tiempo empujaba la puerta para entrar en un vestíbulo iluminado débilmente por la luz de una lámpara. El viejo me miró con su sonrisa permanente y dijo con voz lenta y gangosa:

—No, no vive aquí; nunca ha vivido aquí, nunca vivirá aquí y tampoco vive en toda la alameda. Pero la gente dice que en esta casa hay fantasmas. Sin embargo, puedo asegurarle que no es cierto; es una casa muy tranquila, muy bonita, y mañana vendrá la respetable condesa de S. ¡Buenas noches, mi querido amigo!

Apenas terminó de decir esto, el viejo se las ingenió para echarme de la casa y cerrar la puerta tras de mí. Oí cómo resonaban las llaves en su llavero, mientras subía las escaleras, carraspeando y tosiendo. Aquel escaso tiempo fue suficiente, sin embargo, para que viese que en el vestíbulo colgaban tapices antiguos de varios colores y que la sala estaba amueblada con sillones de damasco rojo, todo lo cual le daba un aspecto extraño. ¡Nuevamente volvieron a despertarse en mi interior la fantasía y la aventura, tras de haber entrado en la casa misteriosa!

Imaginaos…, imaginaos al día siguiente en qué estado volví a recorrer la alameda al mediodía. Al dirigir la mirada involuntariamente hacia la casa vacía, observé que algo brillaba en el piso alto. Al acercarme vi que la persiana estaba levantada y la cortina medio corrida. ¡Oh, cielos! Apoyado en su brazo, el bello semblante de aquella visión mía me miraba suplicante. ¿Era posible permanecer quieto en medio de la muchedumbre? En aquel momento me fijé en el banco destinado a los viandantes, colocado precisamente ante la casa vacía, aunque de espaldas a la fachada. Con paso rápido caminé por la alameda y, apoyándome sobre el respaldo del banco, pude contemplar sin ser molestado la ventana fatal. ¡Sí!, era ella, la encantadora y bella criatura, los mismos rasgos… Solo que su mirada incierta… no se dirigía a mí, según me pareció, sino más bien denotaba algo artificial, como muerto. Daba la engañosa impresión de pertenecer a un cuadro, impresión que hubiera sido completa de no

haberse movido el brazo y la mano. Totalmente absorto en la contemplación del extraño ser que estaba asomado a la ventana, y que me causaba tan rara exaltación, no oí la voz temblona de un vendedor ambulante italiano que inútilmente me ofrecía su mercancía. Como me tocase el brazo, volvíme con presteza y le reñí furioso. No me dejaba un instante con sus súplicas pedigüeñas. En todo el día no había ganado nada; decía que le comprase un par de lápices o un paquete de mondadientes. Impaciente, para librarme a toda prisa de aquel pesado, metí la mano en el bolsillo en busca de mi bolsa mientras él me decía:

—Aún tengo cosas más bonitas.

Buscó en su caja y sacó un espejito, que estaba en el fondo con otros cristales, y me lo mostró de lejos. Volví a mirar la casa vacía, la ventana y los rasgos de aquel encantador y angelical semblante de la visión que se me había aparecido.

Apresurado compré el espejito, que me permitió, sin necesidad de molestar al vecino, mirar hacia la ventana. Así es que, contemplando durante largo rato el rostro misterioso, me sucedió que experimenté un sentimiento rarísimo e indescriptible, como si estuviera soñando despierto. Tuve la sensación de que me paralizaba, pero más bien que los movimientos del cuerpo, la mirada, que no podía apartar del espejo. Confieso con rubor que recordé aquellos cuentos infantiles que me relataba en mi tierna niñez la criada al acostarme, cuando me divertía contemplándome en el gran espejo de la habitación de mi padre. Me dijo entonces que, cuando los niños se miran mucho por la noche al espejo, ven la cara horrible de un desconocido, y esto hacía que a veces permanecieran mirando fijamente. Aquello me parecía horroroso, pero aun sobrecogido por el espanto, no podía dejar de mirar a través del espejo, porque tenía una gran curiosidad de ver el semblante desconocido. Una vez parecióme ver un par de ojos brillantes, horribles, que despedían chispas desde el espejo; me puse a gritar y caí desvanecido. En aquella ocasión se me declaró una larga enfermedad, y todavía hoy tengo la sensación de que aquellos ojos me están mirando. En una palabra: todas aquellas boberías de mi infancia pasaron por mi imaginación; sentí que se me helaban las venas, y quise apartar de mi lado el espejo…, pero no pude. Los ojos celestiales de la encantadora criatura me contemplaban. Sí, su mirada penetraba directamente en mi corazón.

Luego, aquel espanto que me sobrecogió repentinamente cesó y dio paso a un suave dolor y a una dulce nostalgia, semejante al efecto de una sacudida eléctrica.

—¡Tenéis un espejo envidiable! —dijo una voz junto a mí.

Desperté como de un sueño, y cuál no sería mi desconcierto cuando encontré a mi lado unos semblantes que sonreían de modo equívoco. Varias personas habíanse sentado en el mismo banco y era lo más probable que, por mi insistencia en mirar al espejo y quizá por los extraños gestos que debí de hacer en el estado de exaltación en que me encontraba, diese un espectáculo muy divertido.

—Tenéis un espejo envidiable —repitió la voz al ver que yo no respondía—. ¿Por qué miráis con tanta fijeza?

Un hombre ya de edad, vestido muy cuidadosamente, que en el tono de su conversación y en la mirada tenía algo de bondadoso e inspiraba confianza, era quien me hablaba. No tuve reparo en decirle que precisamente en el espejo veía a una joven maravillosa que estaba asomada a la ventana de la casa vacía. Fui más lejos aún: pregunté al viejo si veía él también aquel maravilloso semblante.

—¿Allí, en aquella casa vieja…, en la última ventana? —me preguntó asombrado el viejo.

—Ciertamente, ciertamente —repuse.

El viejo se sonrió y comenzó a decir:

—Os habéis engañado de un modo extrañísimo… Doy gracias a que mis viejos ojos… ¡Dios bendiga mis viejos ojos! ¡Eh, eh, señor mío! En efecto, sí, yo también he visto con estos ojos bien abiertos el semblante maravilloso asomado a la ventana. Aunque realmente bien creo que se trata de un retrato al óleo.

Rápidamente me volví hacia la ventana: todo había desaparecido y la persiana se había bajado.

—Sí —continuó el viejo—; sí, señor mío, no es demasiado tarde para convencerse de que precisamente ahora el criado que vive ahí solo, como un castellano, en los cuarteles de la condesa de S., acaba de limpiar el polvo del cuadro, lo ha quitado de la ventana y bajó la persiana.

—¿Así que era un cuadro? —pregunté totalmente desconcertado.

—Confiad en mis ojos —repuso el viejo—. Al ver en el espejo solo el reflejo del cuadro ha sido usted fácilmente engañado por la ilusión óptica. ¿Acaso yo, cuando tenía vuestra edad, gracias a mi fantasía, no era capaz de evocar la imagen de una bella joven y de darle vida?

—Pero la mano y el brazo se movían —insistí.

—Sí, sí; se movían, todo se movía —dijo el viejo sonriendo y dándome un golpecito en el hombro. Luego levantóse y después de hacerme una reverencia se despidió con estas palabras—: Tened cuidado con esos espejos de bolsillo, que mienten tan engañosamente. Téngame por su más obediente servidor.

Podéis imaginar cuál sería mi estado de ánimo cuando me vi tratado como si fuera un ser fantástico, necio y visionario. Quedé convencido de que el viejo tenía razón, de que toda aquella loca fantasmagoría había tenido lugar en mi interior, y que todo lo de la casa vacía, para vergüenza mía, solo era una mixtificación repelente. De muy mal humor y muy disgustado abandoné el banco, decidido a librarme de una vez para siempre del misterio de la casa vacía o, por lo menos, dejar transcurrir unos días sin pasear por la alameda ni por aquel sitio.

Seguí tal propósito al pie de la letra. Pasaba las horas ocupado en los negocios de mi bufete, y al atardecer pasaba el rato en un círculo de alegres amigos, de tal modo que no volvieron a atormentarme aquellos secretos. Únicamente me sucedía algunas noches que me despertaba como si alguien me tocase, y entonces tenía la clara sensación de que, solo el ser misterioso que se me había aparecido al mirar la ventana

de la casa vacía, era la causa de mis sobresaltos. Incluso cuando estaba en mi trabajo o en animada conversación con mis amigos me estremecía con este pensamiento, como si hubiese recibido una sacudida eléctrica. Pero esto sucedía en momentos fugaces. El pequeño espejo de bolsillo, que en otro tiempo tan mentirosamente había reflejado la imagen amable, ahora me servía para menesteres prosaicos: acostumbraba a hacerme el nudo de la corbata ante él. Pero sucedió un día que lo encontré opaco, y echándole el aliento lo froté para darle brillo. Se me detuvo el pulso y todo mi ser se estremeció al experimentar un sentimiento de terror no exento de cierto agrado. Sí…, ciertamente tengo que calificar de ese modo la sensación que me sobrecogió cuando eché el aliento al espejo, pues contemplé, en medio de una neblina azul, el bello rostro, que me miraba suplicante, con una mirada que traspasaba el corazón. ¿Os reís? Sí, estáis convencidos de que soy un visionario sin remedio. Mas decid lo que queráis, pensad lo que queráis; no me importa. La maravillosa mujer me miraba, en efecto, desde el espejo; pero en cuanto cesé de echarle aliento al espejo, desapareció su rostro de él… No quiero fatigaros más. Pues voy a referir todo lo que sucedió después. Solo os diré que incansablemente yo repetía la experiencia del espejo y casi siempre lograba evocar la imagen, aunque algunas veces mis esfuerzos resultaban infructuosos. Entonces corría como loco hacia la casa vacía y me ponía a contemplar la ventana; pero ningún ser humano se asomaba… Vivía solo pensando en ella; todo lo demás me parecía muerto, sin interés; abandoné mis amigos, mis estudios.

En estas circunstancias muchas veces sentía un dolor suave y una nostalgia como soñadora. Parecía a veces como si la imagen perdiese fuerza y consistencia, aunque en otras ocasiones se agudizaba de tal modo que recuerdo algunos momentos con verdadero espanto.

Encontrábame en un estado de ánimo tal, que hubiera estado a punto de ser mi perdición. Pero aunque os riais y os burléis de mí, escuchad lo que voy a contaros. Como ya os dije, cuando aquella imagen palidecía, lo que sucedía muy a menudo, sentía un malestar muy grande. Entonces la figura hacía su aparición con una viveza tal, con un brillo tan grande, que me daba la sensación de poder tocarla. Aunque realmente también tenía la horrible impresión de ser yo mismo la figura envuelta por la niebla que se reflejaba en el espejo. Aquel estado penoso terminaba siempre con un agudo dolor en el pecho y luego con una gran apatía que me dejaba preso de un total agotamiento. En los momentos en que fracasaba en mi intento del espejo, notaba que me quedaba sin fuerzas; pero cuando volvía a aparecer la imagen en él, no he de negar que experimentaba un extraño placer físico. Esta continua tensión ejercía sobre mí un influjo maligno; con una palidez mortal y totalmente destrozado, andaba vacilante; mis amigos me consideraban enfermo y sus continuas advertencias me obligaron a meditar seriamente acerca de mi estado.

Fuera intencionadamente o de forma casual, unos amigos que estudiaban medicina, en una visita que me hicieron dejaron allí un libro de Reil sobre las

enfermedades mentales. Comencé a leerlo. La obra me atrajo irresistiblemente, pero ¡cuál no sería mi asombro al ver que todo lo que se decía en torno a la locura obsesiva lo experimentaba yo!

El profundo espanto que sentí, al imaginarme cercano al manicomio, me hizo reflexionar, y tomé una decisión, que ejecuté al momento. Guardé mi espejo de bolsillo y me dirigí rápidamente al doctor K., famoso por su tratamiento y curaciones de dementes, debidas al profundo conocimiento que tenía del principio psíquico, que a menudo es causa de enfermedades corporales, pero mediante el cual también pueden curarse. Le referí todo, no oculté ni el menor detalle, y juré que haría cuanto pudiera para salvarme del monstruoso destino en que veía una amenaza. Escuchóme atentamente, y luego noté cómo en su mirada se reflejaba un gran asombro.

—Aún no está el peligro cerca —me dijo—; no está tan cerca como creéis, y os afirmo con toda certeza que puedo alejarlo. No hay la menor duda de que padecéis un mal psíquico, pero el mismo reconocimiento del ataque de un principio maligno os permite tener a mano el arma con que defenderos. Dejadme el espejo, dedicaos a algún trabajo que ocupe todas vuestras fuerzas, evitad la alameda, trabajad desde muy temprano todo lo que podáis resistir. Después de un buen paseo, reuníos con vuestros amigos, que hace tanto que no veis. Comed alimentos saludables, bebed buen vino. Como veis, trato de fortalecer vuestro cuerpo y de dirigir vuestro espíritu hacia otras cosas, para alejar de vos la idea fija, es decir, la aparición que os ofusca, ese semblante en la ventana de la casa vacía que veis reflejada en vuestro espejo. ¡Seguid al pie de la letra mis prescripciones!

Me resultaba difícil separarme del espejo. El médico, que ya lo había cogido, pareció notarlo. Echó su aliento sobre él y me preguntó mientras lo retenía:

—¿Veis algo?

—Nada, ni la menor cosa —repuse, como realmente sucedía.

—Echad vos el aliento —dijo el médico, mientras me lo devolvía.

Así lo hice, y la imagen maravillosa apareció más claramente que nunca.

—¡Aquí está! —exclamé en voz alta.

El médico miró y dijo:

—No veo absolutamente nada, pero no he de ocultaros que, en el mismo instante en que miré en vuestro espejo, sentí un estremecimiento siniestro, que se me pasó enseguida. Bien sabéis que soy muy sincero, y por eso merezco vuestra confianza. Repetid la prueba.

Así lo hice; el médico me rodeó con sus brazos; sentí su mano en mi nuca. La imagen volvió. El médico, que miraba conmigo en el espejo, palideció; luego, quitándome el espejo de la mano, miró de nuevo, lo guardó en su pupitre y volvióse hacia mí, mientras se secaba el sudor de la frente.

—Seguid mi prescripción —comenzó a decir—. Seguid punto por punto mi prescripción. Tengo que reconocer que aquellos momentos en que vuestro yo interior

siente un dolor físico me resultan muy misteriosos, aunque espero poder deciros pronto algo acerca de este asunto.

Seguí al pie de la letra los consejos del médico, por muy penoso que me resultara, y aunque pronto sentí la influencia beneficiosa de la dieta ordenada y de los diversos trabajos en que se ocupaba mi espíritu, sin embargo no pude verme totalmente libre de aquellos horribles accesos, que solían manifestarse al mediodía, y sobre todo a las doce de la noche. Incluso en medio de las más alegres reuniones, bebiendo y cantando, me sucedía como si atravesasen mi interior puñales incandescentes, y entonces eran inútiles todos los esfuerzos que hacía para resistir; tenía que alejarme, pudiendo solamente volver a casa cuando retornaba de mi desvanecimiento.

Sucedió, pues, que un día, estando en una reunión nocturna en la que se hablaba de efectos e influencias, se trató también del oscuro y desconocido campo del magnetismo. Se hacía referencia preferentemente a la posible influencia de un lejanísimo principio psíquico, y se pusieron muchos ejemplos. Sobre todo, un joven médico, muy dado al magnetismo, demostró que, tanto él como otros muchos, mejor dicho, como todos los magnetizadores poderosos, podía obrar desde lejos mediante su pensamiento y voluntad sobre una sonámbula. Todo lo que habían dicho Kluge, Schubert, Bartels y otros podía demostrarse con pruebas.

—Me parece que lo más importante —terminó finalmente uno de los presentes, un conocido médico que estaba allí como atento observador—, lo más importante de todo es que el magnetismo parece encerrar muchos enigmas, que, por lo general, no se consideran secretos en la vida diaria, sino simples experiencias. Así, pues, tenemos que andar con pies de plomo. ¿Cómo es posible que suceda que, aparentemente, sin motivo alguno externo o interno, y rompiendo la cadena de los pensamientos, una determinada persona o simplemente la imagen fiel y viva de algún acontecimiento se apodere de nosotros de manera que nos quedemos asombrados? Lo más notable es lo que a menudo experimentamos en sueños. Toda la imagen del sueño se hunde en un negro abismo, y he aquí que de nuevo, independientemente de la imagen de aquel sueño, surge otra con poderosa vida, imagen que nos transporta a lejanas regiones y de pronto nos pone en relación con personas aparentemente desconocidas, en las que hacía ya mucho años no pensábamos. Sí, y todavía más, a menudo contemplamos personas desconocidas o que conocimos hace muchos años. Como cuando decimos algunas veces: «¡Dios mío! Este hombre, esta mujer me resultan conocidos; me parece haberlos Visto ya en alguna parte, es probable, aunque parezca mentira, que sea el recuerdo oscuro de un sueño». ¿Cómo podría explicarse esta súbita aparición de imágenes extrañas en medio de nuestras ideas, que suelen apoderarse de nosotros con una fuerza especial, si no fuese porque son motivadas por un principio psíquico? ¿Cómo sería posible ejercer influencia en un espíritu extraño en determinadas circunstancias, y sin preparación alguna, de forma que podamos obrar sobre él como si estuviera muerto?

—Un paso más —añadió otro riéndose— y estamos en los embrujamientos, la magia, los espejos y las necias fantasías y supersticiones de los tiempos antiguos.

—¡Eh! —interrumpió el médico al escéptico—. No hay ninguna época anticuada, y mucho menos puede considerarse necios a los tiempos pasados en que hubo hombres que pensaron, pues también tendríamos que considerar necia nuestra propia época. Hay algo, por mucho que nos esforcemos en negarlo, y que más de una vez se ha demostrado, y es que en el oscuro y misterioso reino, que es la patria de nuestro espíritu, arde una lamparita, perceptible por nuestra mirada, ya que la Naturaleza no ha podido negarnos el talento y la inclinación de los topos, pues, ciegos como somos, buscamos orientarnos a través de caminos de tinieblas. Y así como los ciegos de la tierra reconocen la proximidad del bosque por el rumor de las hojas de los árboles, por el murmullo y el sonido de las aguas, y se cobijan en sus sombras refrescantes, y el arroyo les calma su sed, de forma que su anhelo alcanza la meta deseada, del mismo modo presentimos nosotros, gracias al resonante batir de alas y al aliento espiritual de los seres, que nuestro peregrinaje nos conduce al manantial de la luz, ante la cual se abren nuestros ojos.

No pude resistir más tiempo, y, volviéndome hacia el médico, le dije:

—Considero, y no quiero entrar en más profundidades, considero posible no solo esta influencia, sino también otras, y creo que en el estado magnético pueden realizarse operaciones gracias al principio psíquico. Asimismo —continué—, creo que existen fuerzas demoníacas enemigas que pueden ejercer su poder maléfico sobre nosotros.

—Serán partículas malignas de espíritus caídos —repuso el médico riéndose—. No, no debemos admitir esto, y sobre todo les suplico que no tomen estas insinuaciones mías sino como simples sugerencias, a las que voy a añadir que no creo en un indiscutible dominio de un principio espiritual sobre otro, sino más bien tengo que admitir que todo sucede a causa de una debilidad de la voluntad, cambio o dependencia que permite este dominio.

—En fin —comenzó a decir un hombre de edad que había permanecido callado, aunque escuchando muy atentamente—, en fin, estoy de acuerdo con vuestras extrañas ideas acerca de los misterios impenetrables con los que tratamos de familiarizarnos. Si existen misteriosas riquezas activas, que se ciernen sobre nosotros amenazadoramente, tiene que existir alguna anormalidad en nuestro organismo espiritual que nos robe fuerza y valor para resistir victoriosamente. En una palabra: solo la enfermedad del espíritu, los pecados, nos hacen siervos del principio demoníaco.

Es digno de notarse —prosiguió— que ya, desde los tiempos más remotos, las fuerzas demoníacas solo actuaban sobre los hombres que sufrían grave trastorno espiritual. Me refiero, sobre todo a encantos o hechicerías amorosas de que están llenas todas las crónicas. En los más disparatados procesos brujeriles aparecen siempre, e, incluso en los códigos de algunas naciones muy civilizadas, se habla de

filtros amorosos, destinados a obrar psíquicamente, que no solo despiertan el deseo amoroso, sino que irresistiblemente obran sobre una determinada persona. Ya que la conversación trata de estas cosas, recordaré un suceso trágico que sucedió en mi propia casa hace poco tiempo. Cuando Bonaparte invadió nuestro país con sus tropas, un coronel de la Guardia Noble italiana alojóse en mi casa. Era uno de los pocos oficiales de la llamada *Grande Armée*, que se había distinguido por su conducta digna y correcta. De semblante pálido, sus ojos hundidos daban señales de estar enfermo o presa de una profunda preocupación. Pocos días después de su llegada, estando conmigo, sucedió algo que manifestó la especie de enfermedad de que se veía atacado. Encontrábame yo precisamente en su habitación cuando, de pronto, comenzó a suspirar y se llevó una mano al pecho, o mejor dicho, a la altura del estómago, como si sintiese dolores mortales. Llegó un momento en que no pudo hablar, viéndose obligado a tumbarse en el sofá; luego, de pronto, perdió la visión y quedóse rígido, sin conocimiento, como un palo. Pero después se incorporó como si despertase de un sueño, aunque era tal su cansancio, que durante mucho tiempo no pudo moverse. Mi médico, a quien yo envié después de haber probado diversos métodos, comenzó a tratarle magnéticamente, y esto pareció ejercer algún efecto. Pero, en cuanto dejaba de magnetizarle, el enfermo experimentaba un sentimiento insoportable de malestar. Como el médico se había ganado la confianza del coronel, confesóle éste que en aquellos momentos veía la imagen de una joven que había conocido en Pisa; tenía entonces la sensación de que su mirada ardiente penetraba en su interior, y era cuando experimentaba aquellos dolores insoportables, hasta que caía inconsciente. Aquel estado le causaba tal dolor de cabeza y una tensión tal como si hubiera vivido un éxtasis amoroso.

Nada dijo de cuáles fueran las relaciones que hubiera tenido con aquella mujer. Las tropas estaban a punto de emprender la marcha; el coche del coronel hallábase a la puerta, éste estaba desayunando, y he aquí que, en el mismo momento de llevarse a los labios un vaso de vino de Madera, se desplomó, cayendo al suelo, al tiempo que profería un grito. Estaba muerto. Los médicos diagnosticaron un ataque nervioso fulminante. Unas semanas después, me entregaron una carta dirigida al coronel. Yo no tenía intención de abrirla, pues pensaba dársela a algún amigo de sus familiares, al tiempo de comunicarles la noticia de su repentina muerte. La carta provenía de Pisa, y supe que contenía las siguientes palabras: “¡Infeliz! Hoy, día 7, a las doce del mediodía, falleció Antonia, abrazando amorosamente tu imagen traicionera”. Miré el calendario, en el que había señalado el día de la muerte del coronel, y vi que el fallecimiento de Antonia había sido a la misma hora que el suyo».

No quise escuchar el resto de la historia que refería aquel hombre, pues invadióme tal terror al reconocer mi propio estado en el del coronel italiano, que salí apresurado, rabiando de dolor, poseído por el loco anhelo de ver la imagen desconocida. Corrí hacia la casa fatal. Desde lejos me pareció ver brillar luces a

través de las persianas bajadas; pero, a medida que me fui aproximando, se desvaneció el brillo.

Furioso, ebrio de amor, me lancé hacia la puerta, que cedió a mi empuje. Encontréme en un vestíbulo débilmente iluminado. El corazón me saltaba del pecho, tal era la angustia y la impaciencia que sentía; oyóse un cántico caudaloso que parecía provenir de una garganta femenina cuyo tono agudo resonaba en toda la casa; en fin, no sé cómo sucedió que me encontré de pronto en una gran sala iluminada con muchas velas, amueblada a la manera antigua, con muebles dorados y muchos exóticos jarrones japoneses. Una nube de humo se elevaba, como una neblina azul.

—¡Bienvenido seas, seas bienvenido…, dulce desposado!… ¡Ha llegado la hora de la boda! —se oyó gritar a una voz de mujer.

Como todavía no sé cómo hice mi aparición en la sala, tampoco puedo decir de qué modo apareció de improviso resplandeciente, a través de la niebla, una bella figura juvenil, ataviada con ricos vestidos, que se dirigió hacia mí con los brazos abiertos mientras repetía: «¡Bienvenido seáis, dulce desposado!», al mismo tiempo que un semblante horriblemente deformado por la edad y la locura me miraba con fijeza a los ojos. Mi espanto fue tan grande que vacilé, como si estuviera fascinado por la mirada penetrante y vivaz de una serpiente de cascabel; no podía apartar los ojos de aquella vieja horrible ni tampoco podía dar un paso.

Acercóse a mí, y entonces tuve la sensación de que su espantoso rostro era solo la máscara recubierta de un tenue velo, que mostró con apariencia más bella a través del espejo. Sentía ya el contacto de las manos de aquella mujer cuando, dando un agudo chillido, se tiró al suelo. Oyóse entonces una voz detrás de mí que decía:

—¡Vaya, vaya! Otra vez el diablo está de broma con Vuestra Excelencia. ¡A la cama, a la cama! ¡Si no habrá palos muy fuertes!

Volvíme rápidamente y vi al administrador en camisa, agitando un látigo sobre su cabeza. Trataba de descargar sus golpes sobre la vieja, que se revolcaba en el suelo dando alaridos. Le agarré el brazo y, tratando de evitarme, exclamó:

—¡Truenos y centellas, señor mío! Satanás hubiera estado a punto de matarla de no haber aparecido yo a tiempo. ¡Largo, largo de aquí!

Salí de la sala, y en vano traté de encontrar la puerta de la calle en la oscuridad. Desde allí escuché los latigazos y los gritos y gemidos de la vieja. Empecé a pedir auxilio a gritos, pero noté que el suelo se hundía bajo mis pies y caí escaleras abajo, yendo al fin a dar contra una puerta, de tal modo que ésta se abrió y fui rodando a parar a un cuartito. Cuando vi la cama, en la que había huellas de haber sido abandonada recientemente, y observé la levita color marrón que estaba colgada en una silla, reconocí al instante la casaca del viejo administrador. Pocos instantes después, se oyeron pasos por la escalera, y éste descendió y vino a ponerse a mis pies.

—¡Por todos los santos —suplicóme con las manos unidas—, por todos los santos, no sé quién sois y cómo la vieja bruja ha podido atraeros! Pero os ruego que calléis, que no digáis nada de lo que aquí ha sucedido; de lo contrario, me quedaré sin

empleo y sin pan. Su excelencia, la loca, ya ha recibido su castigo y se encuentra atada a la cama. Dormid bien, honorable señor, con toda tranquilidad. ¡Sí, que podáis dormir bien! Es una noche de julio muy agradable y calurosa, y aunque no hay luna, el resplandor de las estrellas os alumbrará… Así es que, ¡muy buenas noches!

Apenas terminó su discurso, el viejo se levantó y, cogiendo una luz, me empujó fuera del subterráneo, y, haciéndome cruzar la puerta, la cerró.

Me encaminé hacia mi casa completamente desconcertado y, ya podéis imaginar, que sin dejar de pensar en el horrible secreto, ni poder de momento establecer la menor relación entre aquellas cosas y lo sucedido el primer día. Solo estaba seguro de algo: de que estaba ya libre del poder maligno que me había retenido durante tanto tiempo. Todo el doloroso anhelo que había sentido por causa de la encantadora imagen había desaparecido, pues súbitamente, con aquella visita había tenido la sensación de entrar en un manicomio. No me cabía la menor duda de que el administrador era el guardián tiránico de una mujer loca, de noble cuna, cuyo estado quizá quisiera ocultarse al mundo; pero lo que no se explicaba era el espejo…, aquel semblante encantador… En fin, ¡sigamos, sigamos!

Pasado algún tiempo asistí a una reunión muy concurrida del conde P., y éste, llevándome a un rincón, me dijo sonriendo:

—¿Sabéis que ya se empieza a descifrar el secreto de nuestra casa vacía?

Intenté escuchar lo que el conde trataba de referir, pero como en aquel momento se abrieron las puertas del comedor, nos encaminamos a la mesa. Totalmente ensimismado, pensando en los secretos que el conde iba a revelarme, ofrecí el brazo a una joven dama y mecánicamente seguí el rígido ceremonial de la fila. La conduje al puesto que nos ofrecían y, al contemplarla, vi los mismos rasgos que la imagen del espejo, y eran tan exactos que no cabía engaño. Ya podéis imaginaros que me estremecí, pero también puedo asegurar que no hubo entonces la menor resonancia de aquella loca y fatídica pasión que se apoderaba de mí cada vez que veía en el espejo la imagen de aquella mujer.

Mi sorpresa, aún más, mi espanto, debió reflejarse en mis ojos, pues la joven me miró asombrada, de tal modo que consideré necesario sobreponerme y, con toda la serenidad de que era capaz, la expliqué que tenía la sensación de haberla visto en alguna parte. La breve explicación que me dio era que esto no era posible, pues ayer por primera vez había venido a ***, lo que realmente me desconcertó. Enmudecí. Solo la mirada angelical que me lanzaron los bellos ojos de la joven me reanimó. Bien sabéis cómo en estas ocasiones las antenas espirituales se tienden y palpan suave, suavemente, hasta que se vuelve a captar el tono. Así lo hice y muy pronto hallé que aquella encantadora criatura tenía cierta sensibilidad enfermiza. Cuando yo salpicaba la conversación con alguna palabra atrevida y rara, para darle sabor, noté que sonreía, aunque su sonrisa era dolorosa.

—No estáis alegre, amiga mía; quizá haya sido la visita de esta mañana.

Esto dijo un oficial, no lejos de nosotros, a mi dama; pero en el mismo instante su vecino le cogió del brazo y le dijo algo al oído, en tanto que una señora, al otro lado de la mesa, con las mejillas encendidas y la mirada refulgente, se puso a hablar en voz alta de la magnífica ópera que había visto representar en París y a compararla con las actuales. A mi vecina se le saltaron las lágrimas.

—Soy tonta —dijo volviéndose hacia mí.

Como antes habíase quejado de jaqueca, le dije:

—Esto es resultado de su dolor de cabeza y lo mejor para estar alegre es la espuma que rebosa esta bebida poética.

Al decir estas palabras serví champán en su copa, que rehusó al principio, aunque luego probó, y con su mirada agradeció la alusión a sus lágrimas, que no podía ocultar. Pareció alegrarse un poco y todo hubiera ido bien si yo, inesperadamente, no hubiese tropezado en un vaso inglés, que resonó con un sonido estridente y agudísimo. Mi vecina palideció mortalmente e incluso a mí mismo me sobrecogió un espanto repentino, porque el sonido de la copa era igual a la voz de la vieja loca de la casa vacía.

Cuando nos dirigíamos a tomar café tuve ocasión de acercarme al conde P.; él se dio cuenta enseguida del motivo.

—¿Sabéis que vuestra vecina es la condesa Edmunda de S.? ¿Sabéis que la hermana de su madre está encerrada en la casa vacía desde hace varios años como loca incurable? Hoy por la mañana, ambas, madre e hija, estuvieron a ver a la desdichada. El viejo administrador, el único que era capaz de dominar los tremendos ataques de la condesa, y que había tomado sobre sus hombros esta responsabilidad, ha fallecido, y se dice que la hermana, por fin, ha sido confiada en secreto al doctor K., que buscará remedios extremos, si no para curarla totalmente, al menos para librarla de los horribles ataques de locura furiosa que padece de vez en cuando. No sé más por ahora.

Como algunos se acercaran, interrumpió la conversación. El doctor K. era precisamente la única persona a la que yo había comunicado mi extraña situación; así es que podéis suponeros que, en cuanto pude, me apresuré a verle y a referirle punto por punto todo lo que me había sucedido desde la última vez que le vi. Le supliqué que, para tranquilidad mía, me contase todo lo que supiese acerca de la vieja loca y no tardó lo más mínimo, después que le prometí guardar el secreto, en confiarme lo siguiente:

—Angélica, condesa de Z. —así comenzó el doctor—, no obstante estar bordeando los treinta años, se encontraba en la plenitud de su singular belleza, cuando he aquí que el conde de S., más joven que ella, tuvo ocasión de verla en la corte de *** y quedó prendado de sus encantos. Pretendióla al punto e incluso, como la condesa aquel verano regresase a las posesiones de su padre, él la siguió con el fin de comunicarle al viejo marqués sus deseos, al parecer no sin esperanzas, según se deducía de la conducta de Angélica.

Pero apenas el conde S. llegó y vio a Gabriela, la hermana pequeña de Angélica, fue como si le hubieran hechizado. Angélica parecía marchita al lado de Gabriela, cuya belleza y bondad atrajeron irresistiblemente al conde S., de tal modo que, sin consideración a Angélica, pidió la mano de Gabriela, a lo que muy gustosamente accedió el viejo conde Z., ya que Gabriela, también demostraba inclinación decidida por aquél. Angélica no exteriorizó el menor disgusto por la infidelidad del enamorado. «¡Creerá que me ha dejado! ¡Qué loco! ¡No se ha dado cuenta de que no era yo su juguete, sino él el mío, y que acabo ahora de tirarlo!». Así hablaba con orgullosa burla y en realidad todo su ser daba muestras de que era verdadero el desprecio que mostraba por el infiel. Bien es verdad que, mientras el lazo entre Gabriela y el conde de S. fue estrechándose, vióse muy pocas veces con Angélica. Ésta no aparecía en la mesa y decíase que vagaba solitaria por los bosques próximos, que había escogido para sus paseos.

Un extraño suceso vino a interrumpir la monotonía que reinaba en el palacio. Sucedió que los cazadores del conde de Z., con ayuda de un grupo de campesinos, habían logrado, por fin, capturar a una banda de gitanos, a los que se culpaba de todos los incendios y robos que desde hacía poco asolaban la región. Trajeron a todos los hombres encadenados en una larga cadena y un carro lleno de mujeres y niños, y los dejaron en el patio del palacio. Algunos, de rostros obstinados y ojos de mirada salvaje y brillante, como la del tigre apresado, miraban con atrevimiento y denotaban quiénes eran los ladrones y los criminales. Sobre todo llamaba la atención una mujer muy delgada, con aspecto espantoso, cubierta con un chal encarnado de la cabeza a los pies, que, subida al carro, gritaba con voz de mando que la dejasen bajar, sucediese lo que sucediese.

El conde de Z. bajó al patio del palacio y ordenó que fuesen encarcelados individualmente en los calabozos de palacio. Pero he aquí que, mientras decía esto hizo su aparición la condesa Angélica, desmelenada, con el terror y el espanto reflejados en su semblante, y poniéndose de rodillas, gritó con voz estridente: «¡Deja libres a esta gente…, déjalos libres…, son inocentes, son inocentes!… Padre, ¡libértales! Si derramáis una sola gota de su sangre me clavaré este cuchillo en el pecho». No bien acabó de decir esto, la condesa blandió un cuchillo en el aire y cayó desmayada. «Muñequita mía, tesoro mío, ya sabía yo que no lo permitirías», dijo la vieja vestida de rojo. Luego se arrodilló junto a la condesa y cubrió su rostro de besos nauseabundos, en tanto que murmuraba: «¡Hijita linda, hijita linda, despierta, despierta, que viene el novio! ¡Eh, eh, que viene el lindo novio!».

Al mismo tiempo, la vieja sacó una redoma con un pececillo dorado, que se agitaba en una especie de alcohol plateado. Colocó la redoma sobre el corazón de la condesa y al instante ella se despertó; pero apenas vio a la gitana, se incorporó de un salto y, abrazándola con ardor, apresuróse a entrar en palacio en su compañía. El conde de Z., Gabriela y su novio, que habían contemplado la escena, permanecían inmóviles, como si se hubiera apoderado de ellos un terrible espanto. Los gitanos

seguían indiferentes y tranquilos. Fueron soltados de la cadena y vueltos a encadenar individualmente para ser encerrados en los calabozos del palacio.

A la mañana siguiente, el conde de Z. reunió al pueblo; trájose a su presencia a los gitanos y declaró que eran inocentes de todos los robos que habían acaecido en la comarca, de modo que, después de quitarles las cadenas, con asombro de todos, bien provistos de pases, fueron dejados en completa libertad. Se echó de menos a la mujer de rojo. Algunos decían que era la reina de los gitanos, que se distinguía de los demás por la cadena de oro que les colgaba del cuello y que el plumero rojo, que llevaba en su chambergo español, había estado por la noche en la habitación del conde. Poco tiempo después quedó aclarado que los gitanos no habían tenido la menor participación en los robos y en los crímenes de la comarca.

Estaba ya próxima la boda de Gabriela. Un día ésta vio con asombro que se preparaba una mudanza en varios carros que llevaban muebles, baúles con trajes, ropa; en una palabra, todo lo que denota un traslado. A la mañana siguiente, se enteró de que Angélica, en compañía del ayuda de cámara del conde S. y de una mujer vestida de modo semejante a la gitana de rojo, había emprendido viaje aquella misma noche. El conde Z. descifró el enigma, aclarando que, por determinados motivos, veíase obligado a ceder a los deseos absurdos de Angélica, y no solamente la regalaba la casa amueblada en la alameda de ***, sino que la permitía que llevase allí una vida independiente. Incluso veíase obligado a admitir que nadie de la familia, ni siquiera él mismo, podría entrar en la casa sin un permiso especial. El conde de S. añadió que, por deseo insistente de Angélica, debía cederle su ayuda de cámara, que había emprendido el viaje a ***. Tuvo lugar la boda. El conde de S. fue con su esposa a *** y así pasó un año gozando de una alegría no turbada. Pero poco después comenzó a sentir una extraña enfermedad. Sucedía que un oculto dolor le robaba las fuerzas vitales y el goce de la vida, y eran vanos los esfuerzos de su esposa para descubrir el secreto que parecía destrozarle. Como, finalmente, los frecuentes desvanecimientos hicieran que su estado cada vez fuese más peligroso, cedió a los consejos de los médicos y encaminóse a Pisa. Gabriela no pudo acompañarle, ya que esperaba dar a luz en las próximas semanas.

—A partir de aquí —prosiguió el médico— lo que le sucedió a la condesa Gabriela es tan extraño que basta con que escuchéis lo que viene a continuación. En una palabra: su hija desapareció de la cuna de forma inexplicable y fueron inútiles todas sus pesquisas; su desconsuelo convirtióse en desesperación, ya que al mismo tiempo el conde de Z. le comunicó la horrible noticia de que su yerno, al que creía camino de Pisa, había sido encontrado muerto de un ataque fulminante precisamente en casa de Angélica, en ***; que Angélica se había vuelto loca, todo lo cual le resultaba insoportable al conde de Z.

En cuanto Gabriela de S. se recuperó un poco, se apresuró a dirigirse a las posesiones de su padre; después de pasar una noche entera insomne, contemplando la imagen del esposo y de la niña perdidos, creyó oír un ligero rumor en la puerta de su

alcoba; encendió el cirio del candelabro que le servía durante la noche, y salió. Y ¡santo Dios!, acurrucada en el suelo, envuelta en su chal rojo, permanecía la gitana, mirándola con ojos fijos e inmóviles y en sus brazos tenía una criatura que lloraba tan angustiosamente que a la condesa le dio un vuelco el corazón. ¡Era su hija!… ¡La hija perdida! Arrancó la niña de los brazos de la gitana y apenas lo había hecho cuando ésta cayó retorciéndose y quedó como una muñeca inanimada. A los gritos de espanto de la condesa todos despertaron y acudieron presurosos, encontrando muerta a la gitana, que por medio ninguno pudo ser reanimada, y el conde hizo que la enterrasen. No pudo hacer otra cosa sino apresurarse a ir hacia la enloquecida Angélica, donde quizá pudieran descubrir el secreto de la niña. Pero encontró que todo había cambiado. La furia salvaje de Angélica había alejado a todas las criadas; solo el ayuda de cámara permanecía con ella. Luego, Angélica volvió a tranquilizarse y a recobrar la razón.

Pero cuando el conde le refirió la historia de la niña de Gabriela, juntando las manos, dijo riéndose a carcajadas: «¿Ya ha venido la muñequita? ¿Ya ha venido?… ¿Enterrada, enterrada? ¡Jesús! ¡Qué elegante está el faisán dorado! ¿No sabéis nada del león verde con los ojos azules?».

Con gran espanto dióse cuenta el conde del retorno de la locura, mientras súbitamente el semblante de ella parecía adquirir los rasgos de la gitana. Decidió entonces llevársela a sus posesiones, aun cuando el ayuda de cámara aconsejara lo contrario.

En el mismo instante de empezar los preparativos para partir, se apoderó de nuevo de Angélica el ataque de rabia y de furor. En una pausa de lucidez, suplicó a su padre con ardientes lágrimas que la dejase morir en la casa, y éste, conmovido, accedió, aunque consideró que la confesión que se escapó de sus labios era solo una prueba más de la locura que sufría. Angélica confesó que el conde S. había vuelto a sus brazos y que la niña que la gitana había llevado a casa del conde de Z. era el fruto de esta unión.

En la ciudad todos creyeron que el conde de Z. había llevado a la infeliz a sus posesiones, aunque en realidad permanecía oculta en la casa vacía, al cuidado del ayuda de cámara. El conde Z. murió poco tiempo después y la condesa Gabriela de S. vino con Edmunda para arreglar los papeles familiares. No renunció entonces a ver a su infeliz hermana. En esta visita debió de haber sucedido algo raro, aunque la condesa no me confió nada; solo habló, en general, de que se habían visto obligadas a librar a la infeliz loca de la tiranía del viejo ayuda de cámara. Ya en una ocasión éste trató de dominar los ataques de locura, castigándola cruelmente, pero se dejó embaucar al oír las alusiones de Angélica, que decía saber hacer oro, y junto con ella había emprendido toda clase de extrañas operaciones, al tiempo que la proporcionaba todo lo necesario para esta transformación.

—Sería superfluo —me dijo el médico, poniendo así fin a su relato—, sería superfluo que os dijese precisamente a vos, que os fijaseis bien en la rara relación que

tienen todas estas extrañas cosas. Estoy convencido de que sois quien desencadenó la catástrofe que debía ocasionar la inmediata curación o la muerte de la vieja. Por lo demás, no quiero ocultar que me he asustado no poco cuando entré en relación magnética con usted, lo cual ocurrió al mirar en el espejo. Solo usted y yo sabemos que contemplamos la imagen de Edmunda.

Como el médico creyó oportuno no añadir ningún comentario más, yo también considero innecesario extenderme sobre el asunto y, sobre todo, acerca de las relaciones posibles entre Angélica, Edmunda, yo y el viejo ayuda de cámara, y no traté de averiguar nada tampoco sobre las místicas y recíprocas relaciones que desempeñaron su papel demoníaco. Únicamente añadiré que la impresión siniestra que estos sucesos me produjeron fueron causa de que tuviera que irme de la ciudad, y, aunque pasado algún tiempo olvidé todo, creo que en el mismo instante en que falleció la vieja loca experimenté un sentimiento de bienestar.

Así terminó Teodoro su relato. Mucho hablaron sus amigos de aquella aventura y todos estuvieron de acuerdo en que en ella se unía lo raro con lo maravilloso en extraña mezcla.

EL HUÉSPED SINIESTRO

La tormenta bramaba y el vendaval presagiaba el inminente invierno, arrastrando negras nubes que vertían estrepitosos torrentes de lluvia y granizo.

Cuando el reloj de pared dio las siete, la coronela de G. dirigióse a su hija Angélica y dijo:

—Hoy vamos a estar solas; el mal tiempo espanta los amigos. Me contentaría con que mi esposo estuviese de vuelta.

Un instante después hizo su entrada el caballero Moritz de R. Le seguía el joven jurisconsulto que animaba el círculo con su humor ingenioso e inagotable, y que todos los jueves acostumbraba visitar la casa de la coronela, de manera que, según hacía notar Angélica, aquel círculo íntimo no tenía nada que envidiar a una sociedad más numerosa.

Hacía frío en el salón; así que la coronela atizó el fuego de la chimenea y aproximó la mesa de té.

—Señores —dijo—, no voy a creer que estos dos caballeros, que han venido desafiando la tormenta y el vendaval con un heroísmo verdaderamente caballeresco, vayan a conformarse con nuestro insípido y flojo té. Así, pues, que madeimoselle Margarita les prepare una buena bebida nórdica que servirá para contrarrestar el mal tiempo.

La francesa Margarita, que no solo por el idioma, sino por otras cualidades, era acompañante de la señorita Angélica, apareció e hizo lo que la ordenaban.

El ponche humeaba, el fuego crepitaba en la chimenea, y todos fueron a sentarse muy juntos alrededor de la mesita. Escalofriados y estremecidos, aun cuando hacía poco habían recorrido la sala hablando alegremente, como si un silencio momentáneo les sobrecogiese, dejando así percibir extrañas voces que las ráfagas de la tormenta traían con sus ululantes silbidos.

—No cabe duda —dijo al fin Dagoberto, el joven jurisconsulto— que el otoño, la tormenta, el fuego de la chimenea y el ponche contribuyen a despertar en nuestro interior temores siniestros.

—Pero que son muy agradables —le interrumpió Angélica—. Yo, por mi parte, no conozco sensación más grata que el ligero escalofrío que recorre mis miembros cuando, el cielo sabe cómo, con los ojos muy abiertos, lanzo una mirada rápida a través del extraño mundo de los sueños.

—Sin duda —repuso Dagoberto—, así es. Este agradable escalofrío nos sobrecoge precisamente ahora, y después de la mirada que hemos lanzado sin quererlo al mundo de los sueños nos sentimos un poco silenciosos. Gracias a que todo ha pasado y que ya hemos vuelto de ese mundo de los sueños a la bella realidad que nos ofrece esta magnífica bebida. Al decir esto se levantó e, inclinándose amablemente hacia la coronela, apuró el vaso que tenía delante.

—Dime —dijo Moritz—, dime: si tanto tú como la señorita Angélica, y yo mismo, consideramos que es dulce ese escalofrío y ese estado de ensoñación, ¿porqué no permanecer allí más tiempo?

—Permíteme, amigo mío, que te haga notar —repuso Dagoberto— que no se trata de esa ensoñación, en la que se pierde tan gustosamente el espíritu como en un juego raro y complicado. El auténtico escalofrío que produce la tormenta, la chimenea y el ponche no es sino el primer síntoma de ese estado incomprensible y misterioso que está en lo más profundo de la naturaleza humana, frente al cual el espíritu se rebela en vano. Me refiero al terror, al miedo a los fantasmas. Todos sabemos que el mundo siniestro de los aparecidos solo se manifiesta por la noche y que sale de su oscuro cobijo preferentemente si hace mal tiempo, emprendiendo así su errante peregrinación, de suerte que no es de extrañar que en estas circunstancias seamos testigos de alguna visita espantosa.

—Bromeáis, Dagoberto —dijo la coronela—, y aunque no niego que el temor infantil que a veces sentimos esté fundado en nuestra naturaleza, más bien creo que radica en el recuerdo de aquellos cuentos e historias absurdas con que nuestras nodrizas y sirvientas nos entretenían en la infancia.

—¡No —repuso Dagoberto con vivacidad—, no, respetable señora! Esas historias, que tanto nos encantaron en nuestra niñez, no resonarían con tanta intensidad en nuestra alma, si en nuestro mismo interior no existiesen cuerdas que vibrasen resonantes. No puede negarse el mundo misterioso de los espíritus que nos rodea y que a menudo se nos manifiesta con maravillosas visiones y extraños sonidos. El escalofrío del miedo, del terror, brota de un impulso de nuestro organismo terreno. Es el gemido del espíritu encarcelado que se manifiesta de este modo.

—Sois un visionario —dijo la coronela—, como todos los hombres de viva fantasía. Aunque esté de acuerdo con vuestras ideas y crea realmente que le es permitido al mundo desconocido de los espíritus manifestarse con sonidos y aparecer ante nosotros en forma de visiones, no comprendo por qué la Naturaleza ha hecho que los vasallos de ese reino misterioso parezcan ser enemigos nuestros, de modo que solo causan terror y espanto enormes.

—Quizá —repuso Dagoberto—, quizá sea el castigo de una madre hacia unos hijos que han rehuido sus cuidados y su tutela. Me refiero a aquella edad dorada, cuando el género humano vivía en íntima unión con toda la Naturaleza y ningún miedo ni terror nos sobrecogía precisamente porque en la paz profunda, en la divina armonía del ser, no existía ningún enemigo que nos pudiera producir este pavor.

Hablo de esas voces extrañas de los espíritus, pues si no, ¿cómo se explica que todos los sonidos de la Naturaleza, cuyo origen conocemos de sobra, puedan parecemos gemidos quejumbrosos y llenar nuestro pecho del más profundo terror? Lo más notable de estos sonidos de la Naturaleza es la música o las llamadas voces diabólicas de Ceilán, a las que hace referencia Schubert en sus «Consideraciones de los aspectos nocturnos de la ciencia de la Naturaleza». Estas voces de la Naturaleza se dejan oír en las noches calladas con sonidos semejantes a voces humanas quejumbrosas, que ora parecen venir de muy lejos, ora resonar próximas. Causan tal efecto en el ser humano que hasta los más tranquilos y razonables observadores no pueden menos de sentirse horrorizados.

—Es cierto —dijo Moritz, interrumpiendo al amigo—, es verdad. Nunca estuve en Ceilán ni en los países vecinos y, sin embargo, oí un sonido tan terrorífico que no solo yo, sino todos los que lo oyeron, experimentaron ese sobrecogimiento que ha descrito Dagoberto.

—Me agradaría mucho —repuso éste— que nos relataras cómo sucedió aquello y al mismo tiempo podrás convencer a la señora coronela.

—Ya sabéis —comenzó Moritz— que estuve en España al servicio de Wellington para combatir a los franceses. Vivaqueé durante toda la noche a campo descubierto con una división de caballería española e inglesa antes de la batalla de Vitoria. Era la víspera y estaba tan cansado de la marcha que me sentía rendido y me había adormilado cuando me despertó un gemido. Me incorporé, pensando que se encontraba a mi lado alguien herido y que había escuchado los quejidos de su agonía; pero solo oí roncar a mis compañeros.

Apenas los primeros rayos del amanecer despejaron las densas tinieblas, me incorporé para ver quién de los tendidos estaba herido o agonizando. Era una noche tranquila; solo, suavemente, comenzaba a dejarse sentir un vientecillo matinal que agitaba el follaje. Por segunda vez oí un largo gemido que atravesó el aire, como si resonase desde la lejanía. Parecía como si los espíritus de los caídos en el campo de batalla se incorporasen y gritaran su dolor hacia la amplia bóveda celeste. Sentí que temblaba y me sobrecogió un terror profundo e indecible. ¡Los gemidos que había oído proferir a gargantas humanas no eran nada en comparación con estos sonidos desgarradores! Mis camaradas se despertaron desconcertados, como enloquecidos. Por tercera vez resonó el espantoso gemido hendiendo el aire. Nos quedamos paralizados y hasta los caballos, inquietos, se encabritaron, pateando. Muchos españoles cayeron de rodillas rezando en voz alta. Un oficial inglés aseguró que ya había visto en otras regiones del Sur este fenómeno, que se producía en la atmósfera, y su origen era eléctrico, lo que era prueba de que iba a cambiar el tiempo. Los españoles, inclinados a lo maravilloso, creían escuchar las poderosas voces de los espíritus sobrenaturales, que eran anuncio de algo tremendo que iba a suceder. Encontraron confirmada su creencia cuando, al día siguiente, la batalla retumbó terrorífica.

—¿Tenemos que ir a Ceilán o a España —dijo Dagoberto— para escuchar esos extraordinarios sonidos quejumbrosos de la Naturaleza? ¿Acaso no podemos sentir el mismo pavor, oyendo el sordo tronar de la tormenta, el ruido del granizo al caer, los gemidos y el ulular del viento? ¡Vaya! Dediquemos alguna atención a la loca música y a las mil espantosas voces que brotan de esta chimenea o a la cancioncilla fantasmal que comienza a cantar la tetera.

—¡Magnífico! —exclamó la coronela—. ¡Magnífico! Dagoberto, relega a la tetera los fantasmas qué nos atemorizan con sus espantosos ayes.

—No creas que se equivoca nuestro amigo —interrumpió Angélica—. Los extraños silbidos y chisporroteos de la chimenea realmente me estremecen, y la cancioncilla que canta la tetera de modo tan quejumbroso me parece tan siniestra que voy a apagar la lamparilla para que termine de una vez.

Angélica se levantó y, al hacerlo, cayósele el chal. Rápidamente, Moritz se agachó para recogerlo, entregándoselo a la joven. Ella posó en Moritz la clara mirada de sus ojos azules y él, tomando su mano, imprimió con ardor en ella los labios.

En el mismo instante, Margarita se estremeció como tocada por una descarga eléctrica; el vaso de ponche, que acababa de llenar e iba a ofrecer a Dagoberto, cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Sollozando se arrojó a los pies de la coronela, acusándose de ser una necia y pidió permiso para irse a su cuarto. Todo lo que allí habían referido, aunque en parte no lo comprendiese, le había causado espanto, y ahora su terror, al hallarse frente a la chimenea era indecible, sentíase enferma y quería irse a acostar. Después de decir esto, besó la mano a la coronela y la humedeció con sus abundantes lágrimas.

Dagoberto sintió gran violencia por todo lo sucedido y creyó necesario dar otro giro a la conversación. Arrodillándose a los pies de la coronela, suplicó con voz llorosa que concediese su gracia a la pecadora que había osado romper el valioso vaso que contenía aquel líquido capaz de animar la lengua de un jurisconsulto y de calentar un corazón helado. Respecto a la mancha que había dejado el ponche sobre la alfombra, juraba que, al día siguiente por la mañana, vendría a frotar con un cepillo, al tiempo que sus pasos y vueltas y piruetas, durante la hora que durase el trabajo, dejarían chico a un maestro de baile.

La coronela, que al principio había dirigido miradas sombrías a Margarita, sonrióse ahora al escuchar las ingeniosidades de Dagoberto. Riendo, le tendió ambas manos y dijo:

—Levántate y seca tus lágrimas. ¡Habéis logrado que os conceda la gracia desde mi severa silla de juez! Margarita, tienes que agradecerle sus ingeniosas ocurrencias y su heroico sacrificio referente a la mancha del ponche, porque debido a ello no tendré en cuenta tu gravísima culpa. Pero no te voy a dejar sin castigo. Ordeno que, sin más melindres, permanezcas en la sala y obsequies a nuestro invitado con ponche, aún más diligente que antes, y que le des un beso a tu salvador en señal de tu profundo agradecimiento.

—Así que la virtud no queda sin recompensa —dijo Dagoberto con gran patetismo cómico, en tanto que cogía la mano de Margarita—. ¡Creedme —dijo—, creedme, hermosa mía!, aún quedan en la tierra jurisconsultos que se sacrifican incondicionalmente por la inocencia y el derecho. ¡Bueno! ¡Y ahora obedezcamos a nuestro juez y cumplamos su juicio, ya que no hay medio de apelación!

Al decir esto imprimió un ligero beso en los labios de Margarita y volvió a colocarse en su sitio. La muchacha, ruborizada, se echó a reír, aunque todavía tenía lágrimas en los ojos.

—¡Qué tonta soy —dijo en francés—, qué tonta soy! ¡Haré todo lo que me diga la señora coronela! Voy a estar tranquila, serviré el ponche y oiré hablar de los fantasmas sin asustarme.

—¡Bravo, niña —gritó Dagoberto—, bravo! Mi heroísmo te ha entusiasmado, ¡y a mí la dulzura de tus labios! Mi fantasía tiene nuevas alas y me siento obligado a sacar lo espantoso del *regno di pianto* para nuestra diversión.

—Creo —dijo la coronela— que deberíamos callarnos y dejar de hablar de esos fatales seres siniestros.

—Por favor —interrumpió Angélica—, por favor, mamá; escucha a nuestro amigo Dagoberto. Tengo que confesar que no hay nada que me guste más que oír estas historias tan bonitas de fantasmas, que me producen escalofríos de miedo.

—¡Cuánto me alegro —gritó Dagoberto—, cuánto me alegro! ¡Nada es más encantador que una jovencita que tiene miedo, y por nada del mundo me casaría con una mujer a la que no aterrorizasen los fantasmas!

—Tú —dijo Moritz— nos asegurabas, querido amigo Dagoberto, que teníamos que precavernos de aquel pavor o ensoñación que nos sobrecoge cuando el primer terror fantasmal nos domina. ¿Quieres decirnos por qué?

—Parece ser que nadie permanece en aquella agradable y pavorosa ensoñación que se produce al primer contacto. A continuación le sobrecogen miedos mortales, un terror que pone los pelos de punta, pues, al parecer, aquella primera sensación agradable es el atractivo de que se vale el siniestro mundo fantasmagórico. Ya hemos hablado de cómo se explican aquellos sonidos de la Naturaleza y de su efecto tremendo sobre nuestros sentidos. A veces percibimos extraños sones, cuyo origen nos resulta indescifrable, y despiertan en nosotros un profundo terror. Por muy poderoso que sea el pensamiento de que pueda ser un animal oculto, una corriente de aire o cualquier ruido que se produzca de manera natural, es en vano. Todos sabemos por experiencia que cualquier ruido que produce durante la noche, si suena en pausas medidas, ahuyenta el sueño y aumenta la angustia interior, hasta tal punto que ofusca el mismo sentido. Hace algún tiempo, yendo de viaje, tuve que detenerme en una posada, donde el posadero me preparó una habitación grande muy agradable. A mitad de la noche desperté bruscamente. La luna lanzaba sus claros rayos a través de la ventana sin visillos, de modo que podía ver todos los muebles y hasta el más pequeño detalle del cuarto. Parecía estarse oyendo el sonido de una gota de agua al caer en un

recipiente metálico. ¡Escuché! A pausas, en intervalos medidos, oía el mismo ruido. Mi perro, que yacía acostado a los pies de la cama, gruñó y se agitó, gimiendo en la habitación. Sentí como si me recorriesen el cuerpo corrientes heladas, y de mi frente cayeron frías gotas de sudor. Pese a todo, sobreponiéndome con valentía, grité, salté de la cama y me dirigí al centro de la habitación. La gota vino a caer delante de mí, como si me traspasase, yendo a dar en el metal, que produjo un ruido tintineante. Sobrecogido por un profundo espanto, corrí hacia la cama y me escondí bajo el cobertor, medio desvanecido. Parecía como si el sonido se reanudase poco a poco, resonando en el aire. Caí en profundo sueño, del que desperté a la mañana siguiente. El perro, que se había acurrucado junto a mí, saltó alegremente apenas me vio despierto, como si se le hubiese quitado el miedo. Entonces se me pasó por la cabeza que quizá yo fuese el único para quien resultase desconocida la causa natural de aquel extraño sonido; así que conté a mi posadero toda la aventura, que todavía estremecía mis miembros de pavor. Realmente, pensé, él me aclarará todo, aunque había hecho mal en no avisarme.

El posadero palideció y me pidió, por lo que más quisiera, que no dijera a nadie lo que había sucedido en aquel cuarto, pues corría el peligro de perder su modo de ganarse la vida. Más de un viajero —dijo—, ya se había quejado de aquel ruido, que se escuchaba en las noches más claras. El posadero había revisado todo concienzudamente, incluso el entarimado y el cuarto contiguo, sin haber podido encontrar lo más mínimo que pudiera causar el espantoso sonido. Desde hacía casi un año, no se había vuelto a oír nada, de modo que creyó verse libre de los malos espíritus. Pero he aquí que, con gran espanto suyo, veía que aquel siniestro ser volvía a las andadas. Ya nunca más volvería a meter a ningún huésped en aquella maldita habitación.

—¡Ay! —exclamó Angélica, temblando como si tuviese fiebre—. ¡Qué espantoso, es verdaderamente espantoso! Yo me hubiera muerto de haberme sucedido algo semejante. También a mí me ocurre que a veces, en medio del sueño, despierto súbitamente, sobrecogida por un miedo indecible, como si me hubiera sucedido algo aterrador. Y, sin embargo, no tengo ni la menor idea del motivo ni el menor recuerdo de aquel sueño, más bien me parece como si despertase de un estado inconsciente y casi mortal.

—Yo también conozco ese estado —añadió Dagoberto—. Quizá tenga relación con ese poder de las extrañas influencias psíquicas a las que nos entregamos involuntariamente. Lo mismo que los sonámbulos no se acuerdan de su estado de sonambulismo, quizá esa espantosa angustia sea como una especie de resonancia de aquel poderoso encanto, cuyo origen nos es desconocido, pero que nos atrae.

—Aún recuerdo muy vivamente —dijo Angélica— cómo hace unos cuatro años, la noche que cumplía los catorce, me desperté en un estado tal que el espanto me tuvo paralizada durante algunos días. En vano me esforcé por acordarme del sueño que

tanto me había aterrorizado. Recuerdo claramente que muchas veces le hablé a mi buena madre de aquel sueño, sin poder recordar su contenido.

—Este raro fenómeno psíquico —repuso Dagoberto— tiene relación con el principio magnético.

—Cada vez estamos complicando más la conversación —dijo la coronela— y nos perdemos en cosas cuyo solo pensamiento me resulta insoportable. Le ruego, Moritz, que cuente enseguida algo divertido y gracioso para que terminemos de una vez con las siniestras historias de fantasmas.

—De muy buena gana —repuso el aludido—, de buena gana obedeceré vuestro mandato si antes me permitís recordar un acontecimiento horrible que desde hace un rato tengo en la punta de la lengua. En este momento me posee de tal forma que sería vano cualquier esfuerzo para tratar de hablar de otras cosas más divertidas.

—Bien —repuso la coronela—, descargad todo lo horrible que os domina. Mi esposo llegará de un momento a otro; así que entonces volveremos a enzarzarnos en alguna otra polémica o hablaremos con entusiasmo de hermosos caballos, aunque solo sea para romper la tensión que me ha producido todo este asunto de fantasmas, ¿a qué he de negarlo?

—Durante la última campaña —comenzó Moritz— conocí a un general, ruso de nacimiento, apenas de treinta años. Trabé con él estrecha amistad, ya que el destino quiso que durante largo tiempo estuviéramos juntos frente al enemigo. Bogislav, que así se llamaba el general, tenía todas las cualidades para hacerse acreedor al mayor respeto y afecto. Era de gran estatura y noble presencia, ingenioso, de digno semblante varonil, rara cultura, la bondad misma y, por añadidura, valiente como un león. A menudo se alegraba mucho con la bebida, pero de pronto le sobrecogía el pensamiento de algo horrible que le había sucedido y que había dejado rastros de profundo dolor en su semblante. Entonces se callaba y, abandonando la compañía de la gente, paseaba solitario de un lado a otro.

Si estábamos en campaña, cabalgaba de avanzadilla en avanzadilla y solo, cuando era presa del agotamiento, se entregaba al sueño. Añádase a esto que a menudo, sin necesidad alguna, se arrojaba a los mayores peligros, como si buscase en el campo de batalla la muerte, la cual parecía evitarle, ya que en las más duras refriegas no le tocaba ni una bala, ni un mandoble, no obstante lo cual era evidente que una pérdida irreparable o algún hecho imprevisto había destrozado su existencia.

Estando en tierras francesas, habíamos tomado al asalto una fortaleza, en la que permanecimos un par de días con el fin de que tuvieran un descanso las tropas agotadas. Las habitaciones donde se había alojado Bogislav estaban solo a dos pasos de las mías. Durante la noche me despertó un ligero ruido, como si golpeasen la puerta de mi cuarto. Escuché con atención, oí mi nombre, y reconociendo la voz de Bogislav me levanté y abrí. ¡Ante mí estaba él en camisón de dormir, con el candelabro encendido en la mano, pálido como la muerte, temblando todo su cuerpo, incapaz de proferir palabra!

«Por todos los cielos, dime, ¿qué sucede, qué te pasa, querido Bogislav?», exclamé mientras le conducía medio desvanecido a una silla, después de lo cual le di a beber dos o tres vasos de un vino fuerte, que precisamente estaba sobre la mesa; luego cogí sus manos entre las mías y le consolé a mi manera, ya que no conocía el motivo de aquel espantoso estado en que se encontraba.

El general se recuperó poco a poco, suspiró profundamente y empezó a decir con voz débil:

«¡No! ¡No! ¡Me volveré loco si la muerte, que deseo con toda mi alma, no me abre los brazos! ¡A ti, mi querido Moritz, te confiaré mi horrible secreto! Ya te conté una vez que hace varios años estuve en Nápoles. Allí vi a una joven, hija de una de las familias más notables, de la que me enamoré con ardor. Aquella criatura angelical correspondió totalmente a mi afecto y sus padres consintieron en que se estrechasen los lazos que serían causa de mi felicidad.

Era ya el día de la boda cuando apareció un conde siciliano que, interponiéndose entre nosotros, conquistó a mi novia. Traté de hablar con él y no hizo sino burlarse de mí. Nos batimos y le atravesé el cuerpo con mi espada. Corrí presuroso hacia mi novia. La encontré bañada en lágrimas y, llamándome maldito asesino, a mí, su amado, me echó de su lado. Dando muestras de horror, gemía desconsolada y se desvaneció cuando toqué su mano, como si un escorpión la hubiese tocado. ¿Quién sería capaz de describir mi espanto? A los padres les resultó incomprensible la transformación de la hija, que nunca había escuchado las pretensiones del conde.

El padre me atendió en su palacio y trató cuidadosamente de que abandonase Nápoles antes de que me descubriesen. Perseguido por las furias, cabalgué de un tirón hasta San Petersburgo. ¡Mi vida está destrozada, no por la infidelidad de mi amada, sino por un horrible secreto! ¡Desde aquel infortunado suceso de Nápoles me persigue el horror, el espanto del infierno! A menudo durante el día, con más frecuencia durante la noche, escucho gemidos de moribundo, ora desde la lejanía, ora muy cerca de mí. Es la voz del conde asesinado, que me estremece hasta lo más hondo. Cuando suenan los cañonazos más fuertes y se oye el tiroteo y el fuego de los mosquetes en medio de las batallas, oigo muy próximo a mí el horrible quejido, ¡de modo que en mi pecho despierta la rabia, la desesperación y la locura!».

Precisamente aquella noche, cuando lo estaba contando, un gemido sofocado, que se prolongaba como si viniese de la puerta, hizo que Bogislav y yo nos sobrecogiéramos de espanto. Daba la sensación de que alguien que estaba en el suelo, gimiendo y suspirando, se arrastraba hacia nosotros con ritmo inseguro. Entonces, Bogislav se levantó rápidamente de la silla y como si nuevas fuerzas le animasen, gritó con voz tonante y los ojos fuera de las órbitas: «¡Muéstrate, condenado, si es que puedes; ya verás lo que voy a hacer de ti y de todos los espíritus infernales que están a tus órdenes!». Entonces, el general y yo oímos un potente golpe…

Y en el momento en que Dagoberto, el narrador, decía estas palabras, se abrió la puerta de la sala donde estaban con un estrépito terrible.

Entró un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies, el semblante pálido y la mirada seria y muy fija. Acercóse a la coronela, dando muestras de los más nobles modales del mundo elegante, y pidió que le perdonasen por llegar tan tarde, pero una visita inesperada, con gran disgusto suyo, le había impedido llegar a tiempo. La coronela, incapaz de recuperarse del terror que le había causado la entrada, balbuceó algunas palabras que poco más o menos significaban que el extraño podía tomar asiento. Acercó su silla junto a la coronela, frente a Angélica, sentóse y paseó su mirada en torno del círculo de los reunidos. Nadie se atrevió a decir palabra; parecía que todos estaban como paralizados. Entonces el extraño personaje comenzó a disculparse nuevamente por haber llegado con retraso y por haber hecho una entrada tan impetuosa. No era culpa suya, sino del criado, que al entrar en la sala había cerrado de golpe la puerta.

La coronela, tratando de vencer con esfuerzo el siniestro sentimiento que la dominaba, preguntóle con quién tenía el gusto de hablar. El extraño hizo como que no oía la pregunta, pendiente como estaba de Margarita, que parecía haberse transformado, riendo con estrépito, bailoteando delante del extraño, y que charlando a medias en francés, le dijo se estaban divirtiendo mucho con historias de fantasmas y que precisamente cuando él entró, el caballero que contaba la historia estaba a punto de hacer que apareciera uno.

La coronela pensó que no era cortés preguntar el nombre a quien parecía ser un invitado y tampoco hizo nada para impedir que Margarita siguiera mostrando una conducta improcedente. El extraño puso fin a la charla de la muchacha francesa al dirigirse a la coronela y tratar de entablar conversación sobre algún asunto sin importancia. Ésta respondió y Dagoberto trató de inmiscuirse en la conversación, que finalmente fue fragmentándose en diálogos diferentes.

Entre tanto, Margarita tarareaba algunos estribillos de canciones francesas y se movía como si ejecutase nuevos pasos de una gavota, mientras que nadie se atrevía a moverse, pues todos se sentían oprimidos, ya que a todos les había sentado como un mazazo la presencia del extraño, y cuando miraban el semblante, blanco como la muerte, del huésped siniestro, se les helaban las palabras en los labios. Sin embargo, nada raro había en el tono, en los gestos y en la conducta de este hombre de mundo experimentado. El fuerte acento extranjero con que hablaba alemán y francés dejaba adivinar que no era ni alemán ni francés.

Por fin respiró la coronela cuando oyó ruido de jinetes ante la casa y se escuchó la voz del coronel.

Un instante después entró éste en la sala. Nada más ver al extraño, se apresuró a exclamar:

—¡Bienvenido a mi casa, querido conde! ¡Muy bienvenido!

Y volviéndose a la coronela dijo:

—El conde de *** es uno de mis amigos más queridos y más fieles; lo conocí en el Norte y volví a verle en el Sur.

La coronela, perdido ya todo el miedo, con amable sonrisa, echó la culpa a su esposo por no haberle avisado, de modo que no le chocase haber sido recibido de forma tan extraña por sus amigos. Luego contó al coronel que se habían pasado toda la tarde hablando de fantasmas y que precisamente cuando Moritz contaba una historia espeluznante y decía las palabras: «… y entonces se oyó un ruido espantoso», la puerta de la sala se abrió, entrando el conde.

—¡Dios bendito! —exclamó la coronela riéndose—. ¡Dios bendito! ¡Le hemos tomado, querido conde, por un fantasma! Parece como si Angélica mostrase todavía las huellas del terror en su semblante y que aún no se hubiera recuperado del susto; incluso Dagoberto perdió su alegría. Decidme, conde, ¿no llevaréis a mal que os hayamos tomado por un fantasma, por un aparecido?

—¿Acaso —repuso el conde con extraña mirada—, acaso hay en mí conducta algo fantasmal? Se habla ahora mucho de hombres que pueden ejercer un influjo psíquico sobre otros, por lo que causan un efecto siniestro. Quizá yo sea uno de esos que poseen tal poder.

—Bromeáis, querido conde —le interrumpió la coronela—, aunque es cierto que ahora perseguimos los más extraños secretos.

—Sí, es cierto —repuso el conde—; ahora se da crédito a toda clase de cuentos infantiles y raras imaginaciones. Hay que precaverse contra esta extraña epidemia. Sin embargo, como he interrumpido al señor capitán en el punto más interesante de su relato, le suplico que refiera el final, ya que ninguno de sus oyentes querrá quedarse sin oír el desenlace.

Al capitán le pareció el conde, no solo un personaje siniestro, sino, además, antipático. Encontró que en sus palabras había algo de burla, toda vez que se sonreía de modo diabólico al pronunciarlas; así es que repuso, echando llamas por los ojos y en un tono altivo, que temía alterar con sus cuentos infantiles la alegría que se había desatado al entrar el conde en aquel círculo tan serio y que, por tanto, prefería callarse.

El conde hizo como que no tomaba en consideración las palabras del capitán. Jugueteando con la tabaquera de oro que tenía en la mano, volvióse hacia el coronel para preguntarle si la alegre dama era francesa de nacimiento.

Referíase a Margarita, que continuaba tarareando por la sala. El coronel se acercó a ella y la preguntó en voz baja si se había vuelto loca. Margarita fue a sentarse aterrorizada junto a la mesa de té. El conde tomó la palabra y fue contando diversas cosas que habían acaecido en corto espacio de tiempo. Dagoberto apenas podía pronunciar palabra. Moritz iba poniéndose cada vez más rojo y sus ojos lanzaban chispas, como si esperase la señal para atacar. Angélica parecía sumida en la labor que había empezado y no levantaba la vista. Todos evitaban mirarse llenos de desconfianza.

—Eres un hombre feliz —exclamó Dagoberto cuando se encontró a solas con Moritz—, no dudes más: Angélica te ama ardientemente. Hoy he visto en su mirada

que está completamente enamorada de ti. Pero el diablo que todo lo amaña, me parece que ha sembrado cizaña entre la mies floreciente. Margarita arde en su loca pasión. Te ama con toda la fuerza de un dolor inmenso, que desgarra su pecho. La loca conducta de que ha dado pruebas hoy, no es sino la mejor muestra de un ataque furioso de celos. Cuando Angélica ha dejado caer el chal y tú se lo alcanzaste, besando su mano, las furias del infierno hicieron presa de la pobre muchacha. Y tú eres culpable de eso. Has extremado tus galanterías con la hermosa francesa. Ya sé que solo piensas en Angélica, que todas las reverencias y elogios que haces a Margarita van dirigidas a aquélla, pero los falsos rayos que le has lanzado han incendiado su alma. La pena es que, en realidad, no sé cómo va a terminar la cosa y si tendremos que ver horribles sucesos y situaciones espantosas.

—¿Yo con Margarita —repuso el capitán— cuando Angélica me ama, como decís? Entonces, aunque lo dudo, seré feliz y poco me importan todas las Margaritas que hay en el mundo y todas sus locuras. Pero un temor invade ahora mi ánimo. Este siniestro conde extranjero que ha hecho su entrada de modo tan misterioso, ¿no parece interponerse entre nosotros? Tengo la impresión de que a cualquier sitio que se vuelva va a hacer que suceda una desgracia, conjurada por él mismo desde lo más profundo de la noche. ¿Has notado con qué frecuencia su mirada se posa sobre Angélica y cómo sube un leve color a sus pálidas mejillas para luego desaparecer? Este monstruo ha hecho caso omiso de mi amor, por eso las palabras que me ha dirigido han sido tan burlonas, pero te aseguro que no pienso aguantarlo, aunque me cueste la vida.

Dagoberto dijo que el conde parecía un individuo fantasmal, al que no había que perder de vista, aunque quizá, detrás de esta apariencia, se escondiese menos de lo que se figuraban y que la sensación siniestra que causaba fuese debida a la tensión en que se encontraban cuando entró.

—Recibamos —repuso Dagoberto— a todos los seres desconcertantes con ánimo templado, con invariable confianza. No hay poder maléfico que haga doblar la cabeza al que se muestra poderoso y con ánimo entero.

Tiempo después, el conde, que visitaba cada vez con más frecuencia la casa del coronel, llegó a hacerse imprescindible. Todos coincidían en reconocer que el reproche de ser siniestro que le habían hecho recaía ahora sobre ellos.

—Acaso —decía la coronela—, acaso, ¿no podía él, con muchísima razón, tenernos por gente siniestra con nuestros pálidos semblantes y nuestra extraña conducta?

El aludido desplegaba en su conversación una rica gama de conocimientos y, no obstante ser italiano y expresarse con acento extranjero, era capaz de hacer una exposición perfecta. Sus relatos tenían un fuego irresistible, tanto que incluso Moritz y Dagoberto, que en un principio mostraron su enemistad al extraño, cuando éste hablaba y exteriorizaba en su bien formado semblante una sonrisa amable, llegaron a olvidar su enfado y, como Angélica, estaban pendientes de sus labios.

La amistad del coronel con el conde había llegado a un punto tal que éste le consideraba como uno de los hombres más nobles que había conocido. La casualidad les puso en contacto en el Norte, donde el segundo ayudó al primero con todo desinterés en una situación apurada en la que hubiera podido perder para siempre, no solo el dinero y los bienes, sino la fama y el honor. El coronel, que agradecía al conde en lo más hondo de su ser todo lo que le debía, estaba pendiente de él por completo.

—Ha llegado el momento —dijo el coronel un día a su esposa, cuando ambos se encontraban solos—, ha llegado el momento de que te diga el motivo de que el conde se encuentre aquí. Ya sabes que él y yo hace más de cuatro años que nos conocimos, y fuimos estrechando nuestra amistad de tal modo, que llegó un momento que nuestros cuartos estuvieron muy próximos. Sucedió que el conde, una mañana al entrar en mi habitación, vio sobre la mesa la pequeña miniatura de Angélica, que siempre llevo conmigo. Conforme la miraba, su excitación iba en aumento. Incapaz de articular palabra, se quedó mirándola fijamente sin poder apartar los ojos de ella, hasta que, al fin, exclamó admirado que nunca había visto una mujer tan hermosa, tan encantadora, y que nunca había sabido qué era el amor, pero ahora le incendiaba el corazón con llamas vivísimas. Bromeé acerca del efecto maravilloso del retrato, llamé al conde nuevo Calaf, y le deseé suerte, pues sin duda Angélica no sería ninguna Turandot. Finalmente le di a entender de un modo indirecto que ya no era ningún joven para inflamarse con una pasión tan romántica y enamorarse de un retrato. Me juró con firmeza, dando muestras de verdadero arrebato, cosa propia de su nación, que amaba apasionadamente a Angélica, y que yo, si quería impedir que se hundiese en la sima de la desesperación, debía permitirle pretender la mano de mi hija.

Y el coronel terminó diciendo:

—Por eso se encuentra aquí, y por eso ha venido a nuestra casa. Está convencido de haberse ganado la inclinación de Angélica y ayer me hizo una petición formal. ¿Qué me dices del asunto?

La coronela no supo qué contestar, porque las últimas palabras de su esposo la estremecieron.

—Por Dios —exclamó—, ¿entregar nuestra Angélica a ese conde tan extraño?

—¿Extraño? —repuso el coronel ceñudo—. ¿Un extraño el conde a quien debo el honor, la libertad y quizá hasta la vida? Te confieso que, en efecto, su edad madura no concuerda con nuestra joven palomita, pero es un hombre noble y además rico, muy rico.

—¿Y sin preguntarle nada a Angélica? —interrumpió la coronela—. ¿Sin preguntarle nada a Angélica, que quizá no sienta la menor inclinación por él, aunque éste se lo imagine en su loca fantasía de enamorado?

—¿Acaso te he dado alguna vez motivo —dijo el coronel, levantándose de un salto de la silla, y mirando furioso a su esposa— para pensar que soy un padre tiránico y loco que trata de emparejar de indigna manera a su adorada hija? Pero ya

estoy harto de vuestra sensibilidad novelesca y de vuestras ternezas. Hay que ver qué cosas tan fantásticas se imaginan al casarse una pareja. Angélica es toda oídos cuando el conde habla, le mira muy favorablemente, se ruboriza cuando él besa su mano, que ha dejado entre las suyas. Así es cómo se expresa la inclinación de una joven inexperta, a la que un hombre hace feliz. No es necesario que sea un amor novelesco, ese que tantas veces ronda vuestra imaginación.

—Creo —le interrumpió la coronela—, creo que el corazón de Angélica no es libre, aunque ella ni siquiera lo sepa.

—¿Cómo? —exclamó enfadado él.

Y, ya iba a salir precipitadamente, cuando en aquel instante se abrió la puerta y apareció Angélica con una sonrisa celestial, de la más pura inocencia. El coronel, abandonando su enfado y su mal humor, fue hacia ella, la besó en la frente y cogiéndola de la mano la condujo hacia una silla, yendo a sentarse a su lado. Luego se puso a hablarle del conde, alabando su noble figura, inteligencia y sensibilidad; después preguntó a Angélica si le era soportable. Ella respondió que, al principio, le había resultado muy extraño y hasta le pareció siniestro, pero que luego supo dominar este sentimiento y que ahora ¡hasta le mira con agrado!

—¡Oh, gracias sean dadas al Cielo! —gritó el coronel lleno de alegría—. ¡Vas a ser mi consuelo, mi salvación! El conde S., este noble caballero, siente por ti profunda adoración y pretende tu mano, si no se la niegas.

Apenas había pronunciado el coronel estas palabras, cuando Angélica, exhalando un gemido, cayó desvanecida. La coronela la tomó en sus brazos, al tiempo que lanzaba una mirada significativa a su esposo, quien contemplaba en silencio a la pobre criatura, pálida como una muerta. La joven se recuperó; un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y comenzó a gritar con voz desgarradora:

—¡El conde, el horrible conde! ¡No, no, jamás!

Con toda suavidad su padre le preguntó una y otra vez por qué motivos le parecía tan horrible. Angélica confesó que precisamente en el mismo instante en que el coronel le había dicho que el conde la amaba, había recordado de pronto aquel espantoso sueño que había tenido la noche en que cumplía sus catorce años y del que había despertado atemorizada, sin poder recordar lo más mínimo de ninguna imagen.

—Me hallaba —refirió Angélica—, recorriendo un jardín muy agradable, entre los arbustos y las flores. De pronto me encontré ante un árbol maravilloso con hojas muy oscuras y flores enormes, extrañas y olorosas, parecidas a las del saúco. Parecía como si el árbol me hiciese señas, invitándome a acercarme a su sombra. Como atraída por invisible e irresistible fuerza, me tumbé en el césped bajo el árbol. Era como si se oyesen extraños sonidos a través del aire, como si un soplo de viento estremeciese el árbol, que se diría lanzaba temerosos suspiros. Sentí, entonces, una pena indescriptible y una profunda compasión agitó mi pecho. Yo misma no supe por qué. ¡Un rayo ardiente pareció atravesar mi corazón, desgarrándole! Pero el grito que

traté de proferir no brotó; tan angustiado estaba mi corazón, que solo pudo convertirse en un ahogado suspiro.

El rayo que traspasó mi corazón no era sino la mirada de unos ojos varoniles que me contemplaban desde un oscuro matorral. En el mismo instante, los ojos estuvieron ante mi presencia y una mano blanca trazó un círculo en torno mío. Y los círculos fueron haciéndose cada vez más estrechos, como si fueran un hilo de fuego, de tal forma que al final no podía moverme, envuelta en aquella tela de araña. Hay que añadir que la espantosa mirada de aquellos horribles ojos penetraba hasta mi interior y se apoderaba de todo mi ser; el solo pensamiento de depender de un tenue hilo, me causa una angustia de muerte. El árbol inclinó las flores hacia mí y entonces se oyó la voz agradable de un joven que decía: «¡Angélica, yo te salvaré, yo te salvaré!». Pero…

El relato fue interrumpido cuando anunciaron al capitán de R. que venía a hablar con el coronel. Nada más oír el nombre de aquél, Angélica le llamó, de nuevo las lágrimas brotaron a raudales de sus ojos, y con una voz que expresaba un profundo dolor, y la pena de amor que se alberga en un pecho, exclamó:

—¡Moritz, ay, Moritz!…

El capitán al entrar oyó estas palabras y vio a Angélica bañada en lágrimas, que le tendía los brazos. Fuera de sí, quitándose la gorra militar que cayó al suelo, se arrodilló a los pies de Angélica, y como ésta, desvanecida por el placer la pena, cayese en sus brazos, la estrechó contra su pecho. El coronel observó el grupo, mudo de asombro.

—Me figuraba —susurró la madre en voz baja—, me figuraba que se querían, pero no sabía nada.

—Capitán de R. —exclamó furioso el coronel—, ¿qué tiene usted que ver con mi hija?

Moritz, recuperándose, dejó con suavidad en la silla a la desvanecida Angélica, recogió la gorra del suelo, y dando un paso hacia el coronel, con el semblante rojo como la grana y la mirada baja, aseguró, por su honor, que amaba profundamente a Angélica, pero que hasta este instante, nunca se habían dicho la más mínima palabra, y que ni la menor confesión de sus sentimientos había brotado de sus labios. Dudaba que Angélica le correspondiese. Era en este momento, por vez primera, cuando experimentaba una felicidad celestial, y ahora esperaba que el noble y cariñoso padre no le rechazase, si le suplicaba bendecir un lazo que estrecharía un amor puro y ardiente.

El coronel midió al capitán y luego a Angélica con mirada sombría; luego se paseó por la habitación con los brazos cruzados, como alguien que ha tomado una decisión. Al fin detúvose ante la coronela, que sostenía en sus brazos a Angélica, mientras la consolaba.

—Vamos a ver —dijo conteniendo su ira—. ¿Qué relación tiene un necio sueño con el conde?

Angélica, entonces, se arrojó a sus pies y besándoles las manos, que regó con sus lágrimas, le habló con la voz ahogada por el llanto.

—¡Padre mío! Padre querido, aquellos espantosos ojos que me traspasaban eran los ojos del conde, y su mano fantasmal es la que me rodeó con la tela de araña de fuego. ¡Pero la voz juvenil que me consolaba y que me llamaba desde las flores aromáticas del árbol maravilloso, era la de Moritz, mi Moritz!

—¡Tu Moritz! —gritó el coronel volviéndose tan bruscamente que Angélica estuvo a punto de caer al suelo. Luego musitó en voz baja, para sus adentros—: «¡Fantasías infantiles, un amor oculto que sacrifica la sabia decisión del padre frente a las pretensiones de un noble caballero!».

Siguió como antes, paseándose en silencio de un extremo a otro de la habitación. Finalmente, dirigiéndose a Moritz, dijo:

—Capitán de R. bien sabéis lo que os aprecio, para mí nada sería más grato que teneros por yerno, pero he dado mi palabra al conde de S., al que estoy todo lo obligado que un hombre puede estarlo. No creáis, sin embargo, que soy un padre tiránico y obstinado. Corro a ver al conde y le descubriré todo. ¡Vuestro amor es como un desafío, quizá me cueste la vida, pero sea lo que sea, me rindo! ¡Esperad aquí a que vuelva!

El capitán aseguró, lleno de entusiasmo, que él prefería cien veces la muerte, antes que el coronel sufriese el menor peligro. Éste, sin darle respuesta, salió apresuradamente. Apenas hubo abandonado la estancia, los enamorados se arrojaron en brazos el uno del otro en la plenitud de su dicha, jurándose felicidad eterna. Luego Angélica afirmó que nada más oír al coronel la pretensión del conde, sintió en lo más hondo de su alma cuánto amaba a Moritz, y que prefería morir a ser esposa de otro. Tenía la sensación de saber desde hacía mucho tiempo que Moritz la amaba. Luego ambos recordaron aquel instante en que descubrieron su amor, y, al recordarlo, se sintieron tan felices que olvidaron por completo la ira y la obstinación del coronel, tan gozosos estaban que parecían niños felices.

La coronela, que ya había observado este amor naciente, y que aprobaba de todo corazón la inclinación de Angélica, dióles palabra de hacer todo lo posible para que su esposo cesase de insistir en un enlace que a ella misma la espantaba.

Apenas había pasado una hora, cuando la puerta se abrió y, con asombro de todos, entró el conde de S. Le seguía el coronel con mirada brillante. El conde se acercó a Angélica, cogió su mano y la miró con amarga y dolorosa sonrisa. Angélica se estremeció, y próxima a desvanecerse, dejó oír un murmullo:

—¡Ah, esos ojos!

—Palidecéis —comenzó a decir el conde—, palidecéis, señorita, como cuando por vez primera entré en vuestro círculo. ¿Verdaderamente os parezco un espantoso fantasma? ¡No! No os asustéis, Angélica, nada temáis de un hombre inofensivo, que os ha amado con todo el ardor, con todo el fuego de un corazón juvenil, y que era lo bastante necio para pretender vuestra mano, cuando ya vuestro corazón era de otro.

¡No! Ni siquiera mi vista os recordará los tristes instantes que os he proporcionado. ¡Pronto, quizá mañana, me volveré a mi patria!

—¡Moritz, Moritz! —exclamó Angélica arrojándose en brazos del amado.

El conde se estremeció, sus ojos brillaron con fuego inusitado y sus labios temblaron, profiriendo un sonido inarticulado. Volvióse hacia la coronela con una frase indiferente, y gracias a eso pudo dominar sus sentimientos.

El coronel no cesaba de decir:

—¡Qué nobleza, qué hombre tan superior! ¿Quién podrá igualar a este hombre? ¡Es mi gran amigo!

Luego estrechó contra su pecho al capitán, a Angélica y a la coronela, asegurando sonriente que no quería saber nada del complot que habían tramado contra él y esperaba que, en el futuro, no sufrirían más bajo la mirada de ojos fantasmales.

Como ya era mediodía, el coronel invitó al capitán y al conde a comer con él. Envióse a buscar a Dagoberto, que al punto acudió muy complacido y lleno de alegría. Al ir a sentarse a la mesa vieron que faltaba Margarita. Vinieron a decir que se había encerrado en su cuarto, y que, sintiéndose enferma, no podía acudir.

—No sé —dijo la coronela— qué es lo que le sucede desde hace algún tiempo, tiene un humor caprichoso, llora y ríe sin motivo, y su extraña imaginación la conduce a los extremos.

—¡Tu felicidad —susurró Dagoberto al oído del capitán—, tu felicidad es la muerte de Margarita!

—Visionario —repuso al instante éste—, visionario, no turbes mi felicidad ni estropees mi paz.

Nunca como ahora sintióse el coronel tan alegre, nunca tan feliz la coronela, que tanto se había preocupado por su hija, y ahora se quitaba de encima esta preocupación. Añádase a esto que Dagoberto rebosaba de satisfacción, y que el conde, olvidado de las heridas que le había causado la reciente pena, ponía todo su ingenio en la conversación, de tal modo que parecía como si en torno de la feliz pareja se tejiese una bella corona de flores.

Comenzaba a atardecer; el vino, de la mejor calidad, resplandecía en los vasos y todos bebían y brindaban alegremente por la pareja de novios, cuando he aquí que, suavemente, se abrió de improviso la puerta del salón contiguo, dando paso a Margarita que, con paso vacilante, vestida con camisón blanco, y los cabellos sueltos, parecía pálida y descompuesta, como muerta.

—Margarita, ¿qué broma es ésta? —exclamó el coronel, sin atender a lo que decía.

Ésta, dirigiéndose al capitán, y apoyando su mano helada sobre su pecho, imprimió un tenue beso en su frente, murmurando con voz ahogada:

—¡Que el beso de quien va a morir traiga felicidad al alegre novio!

Y cayó desvanecida al suelo.

—¡Qué desgracia —musitó Dagoberto al conde—, está locamente enamorada del capitán!

—Lo sé —repuso el conde—, y ha llevado la cosa tan lejos que incluso ha tomado veneno.

—¡Dios mío! —exclamó asustado Dagoberto, yendo de un salto al sillón donde habían sentado a la pobre Margarita.

Angélica y el coronel se apresuraron a rociarle la frente con agua bendita. Cuando Dagoberto se acercó, precisamente en aquel instante, ella abría los ojos. La coronela dijo:

—Tranquilízate, hija mía, te habías sentido mal, pero ya todo ha pasado.

A lo que Margarita repuso con voz ronca y ahogada:

—¡Sí, pronto pasará todo… me he envenenado!

Angélica y la coronela dieron un grito y el coronel exclamó furioso:

—¡Por todos los diablos! ¿Estás loca? ¡Que llamen a un médico enseguida! ¡Que traigan al primer médico bueno que encuentren!

Los sirvientes y el mismo Dagoberto apresuráronse a ir en su busca.

—¡Alto —exclamó el conde, que había permanecido quieto y tranquilo, hasta haber vaciado la copa colmada de su vino predilecto, un ardiente vino de Siracusa—, alto!… Si Margarita ha tomado veneno no es necesario que venga ningún médico, pues en este caso yo sé muy bien lo que hay que hacer. Dejadme que la vea…

Y acercándose a Margarita, que yacía desmayada, agitado su cuerpo por calambres nerviosos, inclinóse hacia ella. Todos vieron cómo sacaba una cajita de su bolsillo, tomaba algo entre los dedos y le frotaba suavemente la región cervical y el epigastrio. Luego, dejándola, se volvió hacia los demás y dijo:

—Ha tomado opio, pero podré salvarla, valiéndome de los medios de que dispongo.

Por mandato del conde, Margarita fue trasportada a su habitación, donde solo él permaneció a su lado. La doncella de la coronela, entretanto, había encontrado el frasquito que contenía las gotas de opio, que le habían sido prescritas a la coronela, y que la insensata había vaciado.

—El conde —dijo Dagoberto con tono irónico—, el conde verdaderamente es un hombre prodigioso. Ha adivinado todo. Nada más ver a Margarita, supo al instante que había tomado veneno, y desde el primer momento adivinó de qué clase era.

Pasada una media hora, el conde entró en la sala asegurando que Margarita estaba por completo fuera de peligro. Echando un mirada de reojo a Moritz añadió que además esperaba haber acabado de una vez con la raíz del mal. Deseaba ahora que la doncella permaneciese al lado de Margarita, e incluso él mismo pasaría la noche en la habitación contigua, de forma que si sucediese algo, estaría presto para ayudarla. Con el fin de estar preparado, solo pidió que dispusiesen en su estancia un par de vasos de buen vino.

Después de esto, volvió a sentarse a la mesa con todos los caballeros, pues Angélica y la coronela, muy afectadas por el suceso, se habían ausentado.

El coronel manifestó gran enfado por la maldita broma que les había gastado aquella loca, pues era así como juzgaba la conducta de Margarita. Moritz y Dagoberto sintiéndose muy incomodados e intranquilos. Tanto más cuanto que el conde, al observar su estado, mostrábase más alegre y regocijado, aunque había algo siniestro en su alegría.

—Este conde —dijo Dagoberto a su amigo, cuando se dirigieron a su casa— me resulta un ser verdaderamente siniestro. Parece como si su conducta encerrase algo misterioso.

—¡Ay —repuso Moritz—, siento mi pecho agitado y los más negros presentimientos oprimen mi corazón, pues me parece que una desgracia amenaza mi amor!

Esa misma noche el coronel fue despertado por un correo urgente. A la mañana siguiente entró muy pálido en la estancia de la coronela, y dijo con fingida tranquilidad:

—¡Otra vez hemos de separarnos, querida mía! La guerra empieza de nuevo. Anoche recibí la orden. En cuanto esté preparado, quizá esta misma noche, tendré que salir con el regimiento.

La coronela, asustada, rompió a llorar. El coronel trató de consolarla, diciéndola que estaba convencido de que esta campaña terminaría con gloria, como la anterior, y que estuviese alegre, pues no sucedería ninguna desgracia.

—Entretanto —añadió—, mientras combatimos al enemigo y se firma la paz, puedes trasladarte a nuestras posesiones. Os daré un acompañante que os hará olvidar la soledad y el apartamiento de vuestra obligada estancia. El conde S. irá con vosotros.

—¿Cómo? —exclamó la coronela—. ¡Por Dios bendito! ¿Que el conde va a venir con nosotros? ¿El novio despreciado? ¿El intrigante italiano que oculta en su interior la rabia, dispuesto a lanzarla fuera en la primera ocasión? No sé por qué, pero desde ayer tengo siempre presente su figura y me resulta más odioso que nunca.

—¡Calla! —le interrumpió el coronel—. ¡Son insufribles las fantasías, las imaginaciones de las mujeres! ¡No comprenden la grandeza de alma de un hombre valeroso! El conde ha permanecido toda la noche, tal como dijo, en la habitación contigua a la de Margarita. Ha sido el primero en saber la noticia de la nueva campaña. Su regreso a la patria ahora es imposible. Quedó tan sorprendido que le ofrecí que permaneciese en nuestras posesiones. Después de negarse reiteradas veces, decidióse por fin, y me dio su palabra de honor de protegeros, y de hacer todo lo que estuviese en su mano para acortar el tiempo de nuestra separación. Ya sabes todo lo que le debo; mis posesiones son ahora un refugio para él, refugio que no puedo negarle.

La coronela, al oír esto, no supo qué responder. El coronel no dijo más. A la noche siguiente, dieron la señal de partida y, con indecible dolor, se separaron los enamorados.

Pocos días después, Margarita, totalmente recuperada, emprendió el viaje en compañía de la coronela y de Angélica, hacia las posesiones. El conde les acompañaba con numerosos servidores.

Éste, durante los primeros días se dejaba ver poco ante las damas, siendo su conducta muy amable; únicamente aparecía cuando exigían su presencia, de otro modo, permanecía en su habitación o daba paseos solitarios.

Al principio pareció que la campaña era favorable a los enemigos, luego se libraron combates gloriosos. El conde fue siempre el primero en recibir los mensajes de victoria y todas las noticias acerca del destino del regimiento que mandaba el coronel. En las batallas más cruentas, ni el coronel ni el capitán habían recibido ningún balazo o mandoble, y todas las cartas lo confirmaban. Así que el conde, siempre que aparecía ante las damas, semejaba un mensajero de victoria y de la felicidad. De tal forma que su conducta daba muestras de la más pura inclinación hacia Angélica tal como si fuera un padre cariñoso, atento solo a su cuidado. Ambas, la coronela y Angélica, tuvieron que confesarse que el coronel había juzgado rectamente al amigo, y que el prejuicio que sentían contra él, era producto de una ridícula imaginación. También Margarita parecía curada de su loca pasión, y de nuevo era la francesa alegre y parlanchina.

Una carta del coronel a la coronela, y otra del capitán a Angélica, ahuyentaron los últimos restos de preocupación. La principal plaza fuerte de los enemigos había sido tomada y se había firmado la paz. Angélica se sentía plenamente feliz; siempre era el conde quien, con gran animación, relataba los audaces hechos de armas del valiente Moritz, y anunciaba la dicha que esperaba a la bella prometida. Al decir esto, un día tomó entre las suyas la mano de Angélica, la oprimió contra su pecho, preguntándole si seguía aún resultándole tan odioso como antes. Ruborizándose, avergonzada, con lágrimas en los ojos, Angélica repuso que nunca le había odiado, sino que había amado con todo su corazón a Moritz, por lo cual veía con horror toda otra pretensión. Muy serio y solemne, el conde dijo entonces:

—Considéreme, Angélica, como si fuera un amigo fiel y paternal —y al decir esto depositó un ligero beso en su frente, que ella, pobre niña, soportó, como si fuera su propio padre, que acostumbraba a besarla de tal modo.

Todos esperaban que en breve volviese el coronel a su patria, cuando he aquí que llegó una carta, cuyo contenido daba cuenta de una gran desgracia. El capitán, al pasar por un pueblo, acompañado de su criado, sufrió el asalto de unos campesinos armados, que, después de malherirle, le llevaron consigo. La alegría que hasta entonces había llenado la casa, convirtióse de pronto en horror, profunda pena y enorme desconsuelo.

En la mansión del coronel había un gran revuelo. Ricos criados de librea subían y bajaban las escaleras, los carruajes entraban en el patio del palacio con los invitados, a los que recibía él, cubierto el pecho por las condecoraciones ganadas en la última campaña. En una estancia del piso superior encontrábase Angélica vestida de novia, en la plenitud de su belleza y de su juventud, junto a la coronela.

—Querida hija —dijo ésta—, tú misma has escogido con entera libertad como esposo al conde de S. Tu padre, que deseaba tanto antes esta unión, ahora no ha insistido, tras la muerte del desgraciado Moritz. Sí, tengo la sensación de que comparte el mismo sentimiento doloroso que ahora no debo ocultarte. Me resulta incomprensible que hayas olvidado tan pronto a tu Moritz. La hora decisiva se acerca. Has concedido tu mano al conde; consulta a tu corazón, aún es tiempo. ¡No vaya a ser que el recuerdo del ausente sea como una negra sombra en tu clara vida!

—Nunca —exclamó Angélica, mientras lágrimas como perlas brotaban de sus ojos—, nunca olvidaré a mi Moritz, y nunca amaré tanto como he amado en otro tiempo. ¡El sentimiento que experimento hacia el conde es muy diferente! ¡Todavía no sé cómo éste ha sido capaz de ganar mi afecto! ¡No… no le amo!, no puedo amarle tal como amaba a Moritz, pero siento como si no pudiera vivir sin él, y como si solo pudiese pensar a través suyo. Una voz interior me dice continuamente que debo ser su esposa, y que no existe para mí más vida que estando a su lado… Y sigo esta voz interior, que considero como un lenguaje secreto del presentimiento.

La doncella entró trayendo la noticia de que Margarita había desaparecido muy temprano y no se la encontraba. Un poco después, el jardinero trajo una cartita para la coronela, que Margarita le había entregado, con el encargo de dársela cuando hubiese terminado sus labores y llevase las flores al palacio.

La esquelita que leyó la coronela decía así:

> «Ya no me volveréis a ver más. Un cruel destino me lleva lejos de vuestra casa. Os suplico, a vos que siempre habéis sido como una madre para mí, que no me sigáis ni me forcéis a regresar. El segundo intento de darme la muerte resultará mejor que el primero. Que Angélica goce la felicidad que a mí me ha sido negada. Sed dichosos. Olvidad a la infeliz.
>
> *Margarita*».

—¿Qué es esto? —exclamó la coronela—. ¿Se ha propuesto esta loca destruir nuestra paz? ¿Es que siempre tiene que hacer lo mismo cuando estás a punto de dar la mano al esposo? Que vaya donde quiera esta desagradecida, a quien he cuidado como si fuera una hija, que vaya donde quiera, nunca más volveré a preocuparme de ella.

Angélica rompió a llorar, al recuerdo de su perdida hermana, y la coronela suplicóle entonces que no prestase atención a una loca en momentos tan decisivos.

Ya estaban todos reunidos en el salón grande, Cuando sonó la hora de encaminarse a la capilla, donde un cura católico debía unir a la pareja. El coronel condujo a la novia y todos quedaron asombrados ante su belleza, realzada por la sencilla elegancia de su traje. Esperábase al conde. Transcurrió un cuarto de hora, y luego otro, y no aparecía. El coronel encaminóse a su habitación. Un servidor dio la noticia de que el conde, después de vestirse, se había sentido repentinamente indispuesto y se dirigió al parque para dar un paseo con el fin de tomar el aire, prohibiéndole al criado que le siguiese.

Éste confesó que, no sabía por qué, la conducta del conde le preocupaba y le había pasado por la cabeza que algo espantoso le iba a suceder. Tras esto dijo que, como el conde iba a regresar de un momento a otro, debía llamarse inmediatamente a un famoso médico que se encontraba entre los invitados. Acompañado del criado, el médico aludido encaminóse al parque en busca del conde. Dirigióse por el paseo principal hacia una plazoleta rodeada de tupidos arbustos, que según recordaba el coronel, era el sitio favorito de aquél. Allí estaba totalmente vestido de negro, con la estrella de la orden refulgiendo sobre su pecho, los brazos plegados y sentado en un banco. Se apoyaba en el tronco de un saúco floreciente, y los miraba con mirada fija. Todos sintieron un estremecimiento al verle, pues la mirada sombría de aquellos ojos, que parecían vacíos, era espantosa.

—¡Conde S.!… ¿Qué ha sucedido? —exclamó el coronel, pero no obtuvo respuesta, no se movía, no respiraba.

El médico se abalanzó hacia él, le quitó la casaca, el cuello, la camisa y le frotó la frente. Volviéndose hacia el coronel dijo con voz sofocada:

—Son vanos todos los remedios… está muerto… El ataque le ha sorprendido precisamente aquí.

El criado prorrumpió en gritos. El coronel, sobreponiéndose al tremendo espanto que sentía, con valor varonil, le rogó que se apaciguara:

—Podemos causarle la muerte a Angélica si no procedemos con cautela —dijo.

Apenas hubo dicho esto el coronel, levantaron el cadáver y lo llevaron a un pabellón solitario, cuya llave guardaba aquél, dejándolo bajo la vigilancia del criado. Luego se encaminó con el médico hacia el palacio.

Sin saber la conducta a seguir, se preguntaba si debían ocultar a Angélica la fatal noticia o comunicársela con serenidad. Cuando entró en el salón, encontró un gran desconcierto y revuelo. Al parecer, Angélica se encontraba en alegre conversación, cuando de pronto, cerrando los ojos, cayó desmayada. La habían transportado a la estancia contigua donde reposaba en el sofá. Su rostro no denotaba palidez, no estaba desfigurado, incluso las rosas de sus mejillas estaban más frescas y floridas que nunca, y una expresión indescriptible de apacible felicidad, algo como celestial, se extendía por su semblante. El médico, después de observarla atentamente, afirmó que

no existía el menor peligro y que la joven, de manera incomprensible, se encontraba en un estado magnético. No se atrevía a despertarla violentamente y contaba con que ella misma despertaría.

Mientras, oíase un murmullo entre los invitados. La repentina muerte del conde debía de haberse dado a conocer. Todos se fueron alejando, y, poco después, se oyó rodar los carruajes.

La coronela, inclinada sobre Angélica, oía su respiración. Parecía decir palabras, que nadie podía comprender. El médico no permitió que desvistieran a Angélica, ni siquiera que la quitasen los guantes; cualquier contacto podía serle fatal.

De pronto, Angélica abrió los ojos, miró a lo alto y dijo con voz aguda:

—¡Él viene! ¡Él viene!

Y levantándose del sofá, con toda la fuerza de que era capaz, abalanzóse hacia la puerta de la sala, escaleras abajo.

—¡Está loca! —exclamó la coronela espantada—. ¡Oh, Dios mío, se ha vuelto loca!

—¡No, no —la consoló el médico—, no es locura, sino algo insólito que va a suceder!

Y siguió corriendo tras la joven.

Vio cómo Angélica, saliendo por la puerta del palacio, se dirigía hacia el ancho camino con los brazos extendidos, corriendo como flecha disparada, de tal forma que la rica túnica ondeaba al viento y la cabellera suelta era juguete de la brisa. Un jinete, que cabalgaba a su encuentro, saltó del caballo y la abrazó, estrechándola contra su pecho. Dos jinetes más se detuvieron, descabalgando. El coronel, que había seguido apresuradamente al médico, permanecía asombrado ante el grupo, frotándose la frente, como tratando de despejar sus pensamientos.

Era Moritz que estrechaba a Angélica; a su lado estaban Dagoberto y un caballero joven y apuesto con un rico uniforme de general.

—¡No! —exclamaba Angélica una y otra vez, estrechando al amado—. ¡No!

¡Nunca te he sido infiel, mi adorado Moritz!

Y Moritz respondía:

—¡Ya lo sé!… ¡Ya lo sé! ¡Ángel mío! ¡Te había atraído con artes satánicas!

A lo que fue añadiendo más cosas mientras conducía a Angélica al palacio, en tanto los demás permanecían callados. Ante la puerta del palacio, el coronel suspiró profundamente, al parecer sobreponiéndose y exclamó, mirando a todos, como si esperase respuesta:

—¡Qué aparición, que prodigio tan grande!

—Pronto explicaremos todo —dijo Dagoberto, al tiempo que presentaba al coronel al forastero como el general ruso Bogislav de S., amigo íntimo del capitán.

Cuando llegaron a las habitaciones de palacio, Moritz preguntó, sin tener en cuenta el asombro y el espanto de la coronela:

—¿Dónde está el conde S.?

—Entre los muertos —repuso con voz sofocada el coronel—. Hace un instante ha sufrido un ataque.

Angélica se estremeció.

—Sí —dijo—, lo sabía. En el mismo instante que murió tuve la sensación de que un cristal se quebraba en mi interior, y caí en aquel extraño estado. He debido ahuyentar aquel sueño espantoso, pues cuando recobré el sentido, ya no tenían ningún poder sobre mí aquellos ojos terribles; la tela de araña se rompió y me sentí libre. ¡Inundóme la felicidad, vi a Moritz…, a mi Moritz… Venía… Y yo volé a su encuentro!

Y al decir esto se abrazó al amado, como si temiese perderlo de nuevo.

—Alabado sea Dios —dijo la coronela, elevando su mirada al cielo—. Me habéis quitado un peso que casi me aplastaba; estoy libre de ese miedo indecible que me sobrecogió en el instante que Angélica debía entregar su mano al infeliz conde. Siempre he tenido la sensación de que mi querida hija, al tomar el anillo nupcial, se desposaba con un siniestro poder.

Como el general de S. pidiese ver el cadáver, le condujeron junto a él. Cuando quitaron la tela que cubría al difunto, y pudo contemplar el semblante del conde, contraído en un gesto crispado, estremecióse y exclamó:

—¡Es él, Dios mío, es él!

Angélica se había desmayado en brazos del capitán. La dejaron reposar y el médico dijo que nada era más beneficioso que este sueño que volvería a traer la calma a su espíritu y a su cuerpo, después de tanta excitación, con lo cual se iba a librar sin duda de alguna enfermedad amenazadora.

Ninguno de los invitados se encontraba ya en el palacio.

—Ahora es el momento —dijo el coronel—, ahora es el momento de descifrar todos los extraños secretos. Dime, Moritz, ¿qué ángel del cielo te ha vuelto a la vida?

Ya sabéis —empezó a contar Moritz— de qué modo tan traicionero me derribaron en la región de S., después de firmada la paz. Herido de un disparo, caí del caballo. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento. Cuando desperté de mi oscura inconsciencia, tuve la sensación de que viajaba. Era noche cerrada. Muchas voces susurraban a mi alrededor. Hablaban en francés. ¡Así, pues, estaba herido y en poder del enemigo! Solo pensar esto me llenó de pavor, y volví a perder el conocimiento. Tengo la vaga idea de que estuve en un estado, del que solamente me queda el recuerdo de algunos momentos de un dolor de cabeza intensísimo. Una mañana desperté con plena conciencia. Encontreme en una cama limpia, casi podría decir lujosa, con cortinas de seda guarnecidas de grandes borlas y flecos. La estancia entera estaba adornada con tapetes de seda y sillas y sillones con rica guarnición de oro a la manera gótica. Un desconocido me miraba, inclinándose sobre mí. Con fuerza tiró del cordón de la campanilla. Pocos minutos después abrióse la puerta y entraron dos hombres, uno de los cuales, el de más edad, iba vestido a la manera antigua y llevaba la cruz de San Luis. El joven se acercó a mí y, tomándome el pulso, dijo al mayor en

francés: «Ha pasado el peligro… ¡Está salvado!». Luego presentóme al mayor como el caballero de T., en cuyo palacio me encontraba. Éste venía de viaje, en el preciso momento en que los criminales campesinos me acababan de atacar y herir, con intención de asesinarme. Logró liberarme y me trasladó a su propio coche, llevándome a su palacio, muy lejos de toda comunicación de los caminos transitados por militares. En él, un hábil cirujano, que estaba a su servicio, realizó con éxito la difícil cura de la profunda herida de mi cabeza. Díjome que amaba a mi país, que, en los amenazadores tiempos de la Revolución, le había enseñado mucho bueno, así es que se alegraba de poder serme útil. Todo lo que en aquel palacio pudiera servir para mayor comodidad mía y me reportara alivio estaba a mi servicio. Además, bajo ningún concepto consentiría que me fuese antes de que mis heridas estuviesen fuera de peligro, y hasta que desapareciese la inseguridad de los caminos. Por lo demás, sentía mucho la imposibilidad de dar a mis amigos noticias del lugar donde me encontraba.

»El caballero era viudo, sus hijos estaban ausentes, de modo que habitaba el palacio únicamente en compañía del cirujano y de una numerosa servidumbre. No me cansaría de referir con pormenores cómo fui curándome en manos del hábil cirujano, cómo el caballero se encargó de hacer agradable aquella vida mía de ermitaño. Su conversación era notable y su mirada muy profunda, lo que no suele ser corriente entre los de su nación. Hablaba de arte y de ciencia, aunque evitaba siempre decir nada de los recientes acontecimientos. Puedo afirmaros que mi único pensamiento era Angélica, y que todo mi ser se consumía solo de pensar en el dolor que podía sentir a causa de mi muerte. Continuamente pedía al caballero que procurase enviar cartas mías al cuartel general. Pero hacía un gesto negativo con la mano y me consolaba, diciendo que en cuanto estuviera curado, sucediese lo que sucediese, prometía llevarme a mi patria. De sus manifestaciones deduje que la guerra había comenzado de nuevo y con ventaja para la Alianza, lo que ocultaba piadosamente».

(La mención de algunas cosas, fue más que suficiente para afianzar las sospechas que ya abrigaba Dagoberto).

Estaba yo libre de fiebre, pero una noche, sin saber cómo, caí en un estado de ensoñación verdaderamente incomprensible, que todavía me estremece y me deja un recuerdo fatídico. Veía a Angélica, pero sucedía como si su figura se desdibujase temblorosa y en vano yo trataba de retenerla. Otro ser se interponía, se apoyaba en mi pecho, penetraba en el interior de mi corazón, de tal modo que la extraña sensación de placer me dejaba sin respiración. A la mañana siguiente, por casualidad, recayó mi mirada sobre un retrato que estaba frente a mi lecho y que hasta entonces no había visto. Me estremecí profundamente pues era Margarita, que me contemplaba con sus vivos ojos negros. Pregunté al sirviente de dónde provenía el retrato y a quién representaba. Díjome que era la sobrina del caballero, la marquesa de T. y que el retrato siempre había estado colgado allí, y que si no lo había visto hasta ayer era porque, precisamente ayer, lo había retirado para quitarle el polvo. El caballero lo

confirmó. Así, pues, siempre que despierto o en sueños pensaba en Angélica, encontraba a Margarita ante mi vista. Mi propio yo parecíame lejano, un poder extraño regía mi ser, y dominado por el terror que me sobrecogía, me daba cuenta de que no podía dejar de pensar en Margarita. Nunca olvidaré el malestar y el trastorno que me producía esta horrible situación. Una mañana, que estaba asomado a la ventana, refrescándome con las dulces auras de la brisa matinal, oí resonar en la lejanía música de trompetas… Al reconocer la alegre marcha de la caballería rusa, el corazón pareció querer saltárseme del pecho y tuve la sensación de que espíritus favorables me llamaban y sus voces amables me proporcionaban consuelo, tendiéndome la mano hacia una nueva vida y haciendo todo lo posible para sacarme del féretro en que me tenía encerrado un poder enemigo. Raudos como centellas, algunos jinetes entraron cabalgando por el patio del palacio. Miré hacia abajo: «¡Bogislav!… ¡Bogislav!», grité lleno de entusiasmo. El caballero entró, pálido, desconcertado por la llegada inesperada de aquellos alojados, vacilante. Sin consideración de ninguna clase, me precipité en brazos de Bogislav.

Con asombro me enteré de que se había firmado la paz hacía mucho tiempo y que, gran parte de las tropas, emprendían el regreso. Todo esto me lo había ocultado el caballero, manteniéndome como encarcelado en el palacio. Nadie, ni siquiera Bogislav, era capaz de adivinar el motivo de esta conducta, pero todos tenían presentimientos de que algo extraño había en juego. El caballero, desde aquel mismo instante, dejó de ser el mismo y entró en una especie de decaimiento. Aburríanos con sus caprichos y pequeñeces; si yo, con el más puro sentimiento de gratitud refería con entusiasmo cómo me había salvado la vida, él sonreía maliciosamente y parecía un lunático.

Después de un descanso de veinticuatro horas, Bogislav emprendió la marcha y yo me uní al él. Estábamos muy contentos de dejar atrás el antiguo burgo, que nos daba la sensación de una prisión siniestra. «Pero ahora continúa tú, Dagoberto, que te corresponde referir los extraños sucesos que tuvieron lugar».

—¿Cómo dudar —comenzó a decir Dagoberto— de la maravillosa capacidad de presentimiento que tiene el ser humano? Nunca creí en la muerte de mi amigo. El espíritu, que en sueños nos habla de un modo tan evidente en nuestro interior, decíame que Moritz vivía y que estaba preso por lazos misteriosos que alguien le había tendido. El enlace matrimonial de Angélica con el conde me destrozaba el corazón… Cuando después de algún tiempo regresé y vi a Angélica en aquel estado, he de confesarlo, me llenó de pavor, pues tenía la sensación de ver un horrible secreto en un espejo mágico, os lo aseguro. Así es que decidí recorrer el país hasta encontrar a mi amigo Moritz. Nada os diré de la satisfacción, de la alegría que experimenté cuando en A., en suelo alemán, encontré a Moritz y con él al general von Sen. Todas las furias del averno despertaron en el pecho de mi amigo, cuando se enteró del enlace de Angélica con el conde. Pero todas las maldiciones, todas las quejas desgarradoras y todos los reproches cesaron cuando le comuniqué ciertas sospechas y

hasta le aseguré que en sus manos estaba destruir de una vez este poder maligno. El general von Sen se estremeció al pronunciar yo el nombre del conde, y una vez que por orden suya, le describí su semblante y figura, exclamó con fuerza: «¡Sin duda alguna es él, él mismo!».

—Sabed que —interrumpió el general Bogislav—, sabed que el conde S.-i, hace ya de esto muchos años, estando en Nápoles y valiéndose de medios satánicos, robó su amada a un caballero que se encontraba a sus órdenes. ¡Sí, y en el mismo instante que yo atravesé su cuerpo con mi espada, un artificio demoníaco nos separó para siempre a mi amada y a mí! Mucho después me enteré que la herida que le había causado no era peligrosa, que pretendía la maño de mi amada y, ¡ay!, que precisamente el mismo día que iba a celebrarse la ceremonia había muerto ella a causa de un ataque.

—Dios justo y poderoso —exclamó la coronela—, ¿no le habrá amenazado el mismo destino a mi querida hija? Pero ¿cómo he podido presentir esto?

—Señora —repuso Dagoberto—, es como si la voz de un espíritu que presintiera todo os hubiese dicho la verdad.

—¿Y la horrible aparición? —continuó diciendo la coronela— a que Moritz hacía alusión aquella tarde cuando entró el conde de S.-i de aquel modo tan siniestro.

Tuve la sensación —dijo Moritz al reanudar el realto—, de una ráfaga espantosa, como el hálito de la muerte, y me pareció que una figura pálida y fantasmal de imprecisos perfiles cruzaba la estancia. Hice un esfuerzo de voluntad para dominar mi espanto. Conservé el conocimiento suficiente para darme cuenta de que Bogislav se había quedado como muerto. Cuando volvió en sí, gracias a la ayuda de un médico, al que llamamos, tendióme la mano diciendo: «Pronto, mañana, terminarán mis sufrimientos». Y así sucedió, tal como lo había previsto, pero de modo muy diferente, pues la divina Providencia lo había decidido así. A la mañana siguiente, en medio de un combate terrible, un trozo de metralla alcanzóle en el pecho y cayó del caballo. El trozo de metralla partió en mil trozos el retrato de la infiel que siempre llevaba en el pecho y desde entonces mi amigo Bogislav nunca más en su vida volvió a sentir inquietud ni angustia.

—Es cierto —repuso el aludido—, incluso el pensamiento de mi amada solo me produce ese dulce dolor que tanto bien hace a veces. Ahora seguirá contándoos Dagoberto lo que nos aconteció.

—Nos apresuramos a irnos de A. —prosiguió éste—. Hoy por la mañana, al amanecer, nos encontramos en la pequeña ciudad de P., a seis millas de este lugar. Decidimos descansar algunas horas y luego cabalgar hasta aquí. Qué sorpresa sería la nuestra cuando encontramos en la hostería a Margarita, cuyo semblante pálido denotaba la locura. Echándose a los pies del capitán, abrazó llorando sus rodillas; dijo que se consideraba una malvada criminal, digna de recibir cien veces la muerte, y suplicó que la matase allí mismo. Moritz, apartóse de ella con profundo horror, y se alejó corriendo.

—En efecto —corroboró éste a su amigo—, en efecto, cuando vi a Margarita a mis pies vinieron a mi memoria todos los sufrimientos padecidos durante mi espantosa enfermedad en el palacio y sentí que una ira desconocida me dominaba. Estuve casi a punto de atravesar el pecho de ella con la daga, pero logré dominarme y me alejé.

—Yo, entonces —continuó Dagoberto—, levanté a Margarita del suelo, la llevé a la estancia contigua y logré calmarla, al tiempo que pude enterarme, por sus entrecortadas palabras, de lo que había presentido. Luego dióme la carta que el conde le había entregado a medianoche. ¡Y aquí la tenéis!

Dagoberto sacó la carta, la desdobló y leyó lo siguiente:

«¡Huid, Margarita! ¡Todo está perdido! ¡Se acerca ese hombre odioso! Toda mi ciencia nada puede frente a ese negro destino que va a vencerme, cuando ya estaba en la cima. ¡Margarita! Os he iniciado en secretos que aniquilarían a cualquier ser vulgar que intentase saberlos. Dueña ya de una fuerza espiritual, de una voluntad de acero, sois una aventajada discípula del experimentado maestro. Me habéis ayudado mucho. Gracias a vos pude dominar a Angélica y dominar lo más profundo de su ser. Quise concederos la felicidad que tanto anheláis y comencé a trazar peligrosos círculos, esas operaciones, de los que yo mismo me horrorizo. ¡En vano!… ¡Huid, de lo contrario pereceréis! Hasta el momento culminante trataré de atacar al enemigo. Pero justo en ese momento me sorprenderá una muerte súbita… Moriré solo. Cuando llegue el momento me iré paseando hacia el árbol maravilloso, a cuya sombra a menudo os refería los prodigiosos secretos que domino. ¡Margarita!, renunciad para siempre a estos secretos. La Naturaleza, esta madre cruel, contraría a sus hijos desnaturalizados, arroja de sí a los espías curiosos que tratan de levantar su velo y les lanza un juguete brillante, tan atractivo que dirigen su fuerza destructiva contra ellos mismos. Yo había estrangulado a una mujer justamente en el preciso instante que trataba de abrazarla en la plenitud amorosa. Esto paralizó mi fuerza y todavía, loco de mí, creía en la felicidad terrena. Adiós, Margarita. Volveos a vuestra patria. Id con el *chevalier* de T., que cuidará de vos… ¡Adiós!».

Cuando Dagoberto hubo terminado de leer la carta, todos se estremecieron.

—Así, pues, me veo forzado a creer —comenzó a decir lentamente la coronela— en cosas contra las que se rebela lo más íntimo de mi ser. Pero lo que ciertamente me resultaba muy extraño era, cuán presto se había olvidado Angélica de Moritz y se había vuelto hacia el conde. No se me ha escapado que continuamente se encontraba en un estado de exaltación enorme, que me tenía muy preocupada. Recuerdo que la inclinación de Angélica comenzó a manifestarse del siguiente modo: ella me decía que casi todas las noches soñaba con el conde y que eran sueños muy agradables.

—Cierto —continuó Dagoberto—, Margarita me confesó que por orden de aquél todas las noches se acercaba a Angélica y pronunciaba a su oído el nombre del conde, suave, suavemente, con voz agradable. Incluso que el mismo conde muchas veces, a mitad de la noche, abría la puerta, entraba y durante algunos momentos clavaba su

penetrante mirada en Angélica, que estaba dormida, alejándose luego. Ahora que acabo de leer esta significativa carta, ¿me permitís un comentario? Tengo la certeza de que se ha valido de toda clase de armas secretas para ejercer un efecto psíquico en los caracteres y que esto lo lograba gracias a una fuerza especial que le había concedido la Naturaleza. Estaba en relación con el *chevalier* de T. y pertenecía a esa escuela invisible que cuenta con algunos miembros en Francia y en Italia, y que procede de la antigua escuela de P-scheu. Por este motivo, el *chevalier* de T. mantenía encerrado en su palacio al capitán y ejercía sus artes encantatorias sobre él. Podría daros pruebas de los medios secretos de que se valía el conde para dominar el principio psíquico y, por lo que me descubrió Margarita, podría referiros muchas cosas de esa ciencia, que no me es desconocida, pero cuyo nombre no puedo decir por temor a no ser comprendido…; en fin, dejemos esto por hoy.

—¡Oh, para siempre! —dijo la coronela muy exaltada—. No quiero saber nada más de ese reino desconocido, donde habitan el espanto y el terror. Gracias a la divina Providencia, ha salvado a mi amada hija, nos hemos librado del huésped siniestro, que en tan mal momento entró en nuestra casa.

Decidióse que al siguiente día volverían a la ciudad. Solo iban a quedarse la coronela y Dagoberto para cuidar del entierro del conde.

Hacía ya mucho que Angélica era esposa feliz del capitán. Sucedió, pues, que en una noche tempestuosa de noviembre, la familia, en compañía de Dagoberto, estaba reunida en la misma sala, junto a la chimenea encendida, igual que aquella vez que el conde de S.-i entró, abriendo la puerta de manera fantasmal. Como entonces, silbaban y ululaban extrañas voces que el viento huracanado transmitía por las chimeneas.

—¿Os acordáis —preguntó la coronela con mirada brillante—, os acordáis?

—¡No quiero historias de fantasmas! —exclamó el coronel.

Pero Angélica y Moritz comenzaron a comentar lo que experimentaron aquella noche y cómo entonces sintieron cuánto se amaban, así es que no cesaban de mencionar los menores detalles de lo entonces ocurrido, haciendo referencia a la pura luz de su amor y al dulce estremecimiento de pavor que despertó en sus pechos la llegada del huésped siniestro, y de aquellas voces fantasmales que parecían anunciar algo más pavoroso aún.

—¿No te parece, amor mío —dijo Angélica—, como si los extraños rumores de la tormenta, que ahora se oyen, hablasen con voz amiga de nuestro amor?

—Es cierto —repuso Dagoberto—, es cierto, y hasta los silbidos y el zumbar de la tetera no resultan ya tan horribles como nos lo parecían antes, sino que semejan una graciosa canción de cuna musitada por el geniecillo del hogar.

Angélica escondió su semblante, ruborizado como una rosa, en el pecho del felicísimo Moritz. Éste pasó el brazo en torno de la bella amada y dijo suavemente:

—¿Será posible que exista una felicidad mayor que ésta?

BÁRBARA ROLOFFIN

En el año 1551, vióse paseando por las calles de Berlín, a la hora del atardecer y durante la noche, a un hombre de buen aspecto y noble continente, con un jubón guarnecido de martas cibelinas, calzones muy anchos y zapatos abiertos, la cabeza cubierta de una amplia gorra de terciopelo con pluma roja.

Sus modales eran corteses y amables, saludaba caballerosamente a todo el mundo, con preferencia a las señoras y señoritas, a las que se dirigía amablemente con floridos discursos.

—Señora —decía a las damas encopetadas—, dignaos dar órdenes a vuestro humilde servidor y confiarle vuestros deseos para que al punto pueda ponerse a vuestro servicio.

Luego, dirigiéndose a las jóvenes, decía:

—¡El cielo os dé un marido digno de vuestra belleza y virtudes!

Con igual benevolencia trataba a los hombres, por lo que no era nada extraño que aquel extranjero fuese muy apreciado y que todos acudiesen en su auxilio cuando se encontraba detenido por algún torrente callejero y no sabía cómo atravesarlo. Pues si bien era alto y bien formado, cojeaba de un pie, por lo que se veía precisado a apoyarse en su cayado. Pero si alguien le daba la mano, de un salto se alzaba como a dos metros del suelo, yendo a parar algunas veces doce pasos más allá de su lugar de partida.

Esto admiraba no poco a la gente, y más de uno se rompió una pierna al ayudarle, pero el extranjero se disculpaba diciendo que en otro tiempo, cuando no era cojo, había sido maestro de danza del rey de Hungría, y ahora bastaba con que le ayudasen un poco a saltar para que se apoderase de él el deseo del baile y, muy en contra suya, se veía forzado a dar saltos en el aire. Contentábase la gente con esta explicación y hasta se divertía cuando tenían ocasión de ver a un juez, a un cura o a cualquier otra persona honorable, dando brincos con el extranjero.

Sin embargo, aunque parecía tan divertido y de tan buen humor, la conducta del extranjero a veces tenía extrañas contradicciones, pues sucedía que algunas veces por la noche recorría las calles llamando a las puertas. La gente que abría, quedaba sobrecogida de terror al verle con blancos ropajes de difunto, lanzando lastimeros gemidos y sollozos. Aunque al día siguiente se disculpaba, asegurando que era necesario hacer eso para recordar a los buenos burgueses que somos de carne mortal y que nuestra alma es inmortal, por lo que siempre deberían de estar precavidos. Al decir esto, solía llorar, lo que conmovía mucho a sus oyentes.

Asistía también a todos los entierros, y seguía al difunto con mucha reverencia, dando muestras de tanta aflicción que sus gemidos y sollozos le impedían tomar parte en los cánticos religiosos. No obstante el pesar y la aflicción que demostraba en estos casos, cuando se trataba de las bodas de sus paisanos, que tenían lugar en el Ayuntamiento, sus demostraciones de alegría y contento también eran notables; cantaba continuamente con voz bien timbrada, tocaba la cítara y bailaba horas enteras con la novia y con otras jóvenes, apoyándose en su pierna sana y disimulando la pierna enferma, y siempre dando muestra de la mayor corrección. Sin embargo, lo que más agradaba a los recién casados de la presencia del extranjero es que acostumbraba a hacer muy ricos regalos, como cadenas y brazaletes y otros objetos valiosos.

Pronto fueron conocidas en Berlín la virtud, la liberalidad y los méritos de este personaje, y su fama llegó a oídos del gran elector, el cual consideró que un hombre tan valioso como el extranjero debería adornar su corte, por lo que envío a alguien a preguntarle si admitiría con gusto un empleo.

El extranjero contestó por escrito, en un pergamino de vara y media de largo, con caracteres encamados, dando humildemente las gracias por el honor, pero rogando que se le concediese el favor de dejarle gozar su pacífica vida de paisano. Había escogido vivir en Berlín, mejor que en otras ciudades porque en ningún sitio había encontrado a hombres tan amables, tan fieles y tan educados ni con tanta inclinación a la vida animada, conforme a su gusto.

El elector y sus cortesanos admiraron la elegante y hermosa letra del extranjero y se dieron por satisfechos.

Sucedió en aquel mismo tiempo, que la esposa del consejero Walther Lütkens quedó embarazada por primera vez. La vieja comadrona, Bárbara Roloffin, predijo que la bella y sana señora daría a luz un hermoso niño, por lo que el consejero Walther Lütkens se llenó de alegría y de esperanza.

El extranjero, que había asistido a la boda de Lütkens, acostumbraba visitarle de vez en cuando; de tal modo que un día al atardecer, cuando entró inesperadamente, encontróse de pronto con Bárbara Roloffin.

No bien la vieja Bárbara le hubo visto, dio un sonoro y prolongado grito de alegría y se tuvo la sensación de que desaparecían sus arrugas, se coloreaban sus mejillas y pálidos labios como si volvieran a recobrar la juventud y la belleza, que se habían alejado de ella mucho tiempo ha.

—¡Ay, señor caballero! Pero ¿sois vos el que estoy viendo? ¡Sed bienvenido, os saludo reverentemente! —exclamó Bárbara Roloffin, al tiempo que caía a sus pies.

El caballero la contestó con acento enojado, echando chispas por los ojos; pero nadie entendió lo que habló con la vieja, sino ella, que, volviendo a palidecer y a arrugarse, se fue a esconder a un rincón.

—Querido señor Lütkens —dijo enseguida el extranjero al consejero—, cuidad de que no suceda en vuestra casa alguna desgracia y que el parto de vuestra esposa se

desarrolle felizmente. La vieja Bárbara Roloffin no es tan práctica como pensáis. La conozco desde hace tiempo y sé que más de una vez ha descuidado a la parturienta y al niño.

Este extraño suceso afectó en gran manera al señor Lütkens y a su esposa, que concibieron sospechas respecto a Bárbara Roloffin, al verla tan transformada en presencia del extranjero e incluso pensaron si ejercería malas artes. Por lo cual la prohibieron volver a pisar el umbral de la casa y buscaron otra comadrona.

Este modo de obrar encolerizó mucho a la vieja Bárbara Roloffin, que dijo que el señor Lütkens y su esposa se arrepentirían amargamente de la injusticia que le hacían.

Poco tiempo después, dicho señor Lütkens vio destruidas sus esperanzas y convertidas en profundo pesar, al ver que su esposa daba a luz, en vez del bello niño que había anunciado Bárbara Roloffin, un horrible monstruo, con la piel de color oscura, dos cuernos, ojos saltones y grandísimos, nariz pequeña, boca enorme, lengua blancuzca y cuello escasísimo. La cabeza quedaba entre los hombros, el cuerpo era hinchado y rugoso, los brazos apenas si llegaban a sus riñones y tenía muslos largos y flacos.

El señor Lütkens gemía y se lamentaba:

—¡Justo cielo! —decía—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Podrá este niño seguir jamás las huellas de su padre? ¿Se ha visto alguna vez un consejero con la piel oscura y dos cuernos en la cabeza?

El extranjero consolaba al pobre señor Lütkens lo mejor que podía.

—Una buena educación —decía— puede mucho.

A pesar de la forma y figura del recién nacido, que podrían considerarse heterodoxas, aseguraba que los grandes ojos miraban con gran inteligencia y que en su frente, entre los cuernos, había espacio para una buena dosis de sabiduría. Si el niño no podía llegar a ser consejero, llegaría a ser un gran sabio, a quien no le afectaba la fealdad; sino, por el contrario, le haría más estimado.

Era muy natural que en su interior, el señor Lütkens atribuyese su desgracia a la vieja Bárbara Roloffin, sobre todo cuando se enteró de que, durante el parto de su esposo, estuvo sentada en el umbral de la casa. Además, la señora Lütkens le aseguraba llorando que, durante los dolores, siempre había tenido presente el odioso rostro de Bárbara Roloffin, sin poder librarse de esta visión.

Poco fundamento tenían las sospechas del señor Lütkens para motivar una acusación. Pero quiso el cielo que, poco tiempo después, se descubriesen todos los crímenes de la vieja.

Sucedió que pasados algunos días, a eso del mediodía, se desencadenó una tormenta, acompañada de un viento tempestuoso. Las personas que transitaban por las calles vieron cómo Bárbara Roloffin, que acudía a un parto, era llevada por los aires, pasando por encima de techos y campanarios, siendo después hallada indemne en una pradera de las inmediaciones de Berlín.

Desde entonces ya no se dudó más de las artes maléficas de la vieja Bárbara Roloffin. El señor Lütkens presentó su denuncia y la vieja fue encarcelada.

Al principio negó obstinadamente todo, hasta que, al aplicarle tormento, no pudiendo resistir los dolores, confesó que estaba en tratos con Satanás desde había tiempo y que ejercía las artes maléficas. También dijo que había embrujado a la señora de Lütkens y sustituido con un monstruo horrible al niño que llevaba en su seno, y que en otra ocasión, con otras dos brujas de Blumberg, a las que hacía poco el galán diabólico ahogó, había dado muerte y hervido a varios niños cristianos para provocar la carestía en el país.

La sentencia que los jueces pronunciaron contra ella y que no se hizo esperar, fue la de ser quemada viva en la plaza del Mercado Nuevo.

Cuando llegó el día de la ejecución, condujeron a la vieja Bárbara, entre una inmensa multitud, a la plaza y la hicieron subir donde estaba preparada la hoguera. Ordenáronla que se quitase las hermosas pieles que llevaba, lo que se negó a hacer, y tanto insistió que los corchetes se vieron obligados a atarla al poste vestida tal cual estaba.

Ya se había pegado fuego a la hoguera por los cuatro costados cuando se vio al extranjero que, como un gigante por encima de toda la multitud, lanzaba hacia la vieja fulgurantes miradas.

Densas nubes de humo se iban ya levantando y las llamas comenzaban a prender en el vestido de la mujer, cuando ésta, con voz estridente y terrible, gritó:

—¡Satanás…, Satanás, cumple el pacto que hemos firmado! ¡Socórreme, Satanás, socórreme! ¡Todavía no ha concluido mi tiempo!

De repente, el extranjero desapareció y, del lugar que ocupaba, salió un enorme y negro murciélago, que con gran ruido se lanzó entre las llamas, remontándose enseguida por los aires con el vestido de pieles de la vieja, mientras la hoguera, derrumbándose con estrépito, se apagaba.

El pueblo estaba poseído de terror y de espanto. Todos veían claro ahora que el magnífico extranjero no era otro que el diablo en persona, que pensaba ejercer sus malas artes entre los vecinos de Berlín, por haberse portado durante tanto tiempo con tanta benevolencia y piedad, y que esto había llegado a tal extremo que incluso engañó id consejero Lütkens con sus mañas infernales y a otros muchos hombres sabios y damas inteligentes.

¡Tan grande es el poder del demonio que solo la gracia divina puede protegernos de sus malignos lazos!

EL HOMBRE DE LA ARENA

NATANIEL A LOTARIO

Seguro que estaréis inquieto porque no escribo desde hace mucho mucho tiempo. Mi madre estará enfadada y Clara pensará que hago aquí vida de loco y que olvido su imagen angelical que tengo grabada en mi mente, pero no es así. Diariamente os recuerdo a todos y contemplo la figura encantadora de Clara, con su cándida sonrisa y sus ojos claros, igual que cuando regresaba a casa… Pero ¡cómo podré escribiros en el estado en que me hallo!… ¡Me ha sucedido algo espantoso! Torvos presentimientos de un destino amenazador y fatal se ciernen sobre mí como negros nubarrones, impidiendo que penetre un rayo de sol… Solo a ti voy a decirte lo que me ha sucedido. Me imagino que te reirás locamente cuando lo sepas… ¡Ah, mi querido Lotario! ¡Cómo te diré para que lo comprendas que lo que me ha sucedido hace algunos días ha trastornado realmente mi vida! Si estuvieras aquí, tú mismo podrías verlo, pero seguro que me consideras un visionario chiflado… En resumidas cuentas, el espantoso acontecimiento que me sucedió, y cuya tremenda impresión en vano me esfuerzo en olvidar, no es otra cosa sino que hace días, precisamente el 30 de octubre, a las doce del mediodía, un vendedor de barómetros, entró en mi casa para ofrecerme la mercancía. No le compré nada, y le amenacé con tirarle escaleras abajo, cosa que no hice gracias a que él se retiró prudentemente.

Puedes suponerte que en algunos acontecimientos decisivos de mi vida tuvo influencia este suceso, pues fueron funestas mis relaciones con la persona de aquel malvado traficante.

La cosa fue así. Antes quiero referirte algunos detalles de mi primera infancia, para que comprendas todo y te hagas idea de lo que sucedió. Antes de comenzar me parece verte riendo y oigo a Clara decir: «¡Pero, qué niñerías!». ¡Ríete, sí… ríete de mí todo lo que quieras…! Os lo suplico… Pero, por Dios, los pelos se me ponen de punta cuando os pido que os riais, pues verdaderamente estoy loco y desesperado, como Franz Moor ante Daniel, Pero ¡vamos al asunto!

En aquel tiempo, mi hermana y yo no solíamos ver a nuestro padre más que a las horas de comer, pues los negocios parecían absorber toda su actividad; poco después de cenar, todas las noches íbamos con nuestra madre a sentarnos alrededor de la mesa

redonda de la habitación donde trabajaba mi padre. Mi padre encendía su pipa y llenaba hasta el borde un inmenso vaso de cerveza, y nos refería una infinidad de maravillosas historias; durante la narración se apagaba la pipa y yo me alegraba mucho de ello, porque estaba encargado de encenderla cuando esto sucedía. A menudo, si no estaba de muy buen humor, nos daba libros muy bonitos con estampas preciosas, y él se recostaba en un sillón de encina, lanzando con febril actividad bocanadas de humo, de forma que desaparecía de nuestra vista como envuelto tras una espesa niebla.

Aquellas noches, mi madre se ponía triste y, cuando el reloj daba las nueve, nos decía: «¡Niños, a la cama, a la cama, que viene el hombre de la arena!». Apenas pronunciaba estas palabras, oía yo en la escalera el ruido de unos pasos pesados: debería ser el hombre de la arena.

Cierta noche, aquel rumor fantástico me atemorizó más que de costumbre y pregunté a mi madre: «Oye, mamá, ¿quién es ese hombre de la arena, que siempre nos obliga a salir de la habitación de papá?». «No hay hombre alguno de la arena, querido hijo —repuso mamá—; cuando digo que viene el hombre de la arena, únicamente quiero decir que tenéis sueño y que cerréis los ojos como si os hubieran echado arena». La respuesta de mi madre no me satisfizo, y en mi espíritu infantil arraigóse la convicción de que se nos ocultaba la existencia del personaje para que no tuviéramos miedo, pues siempre le oía subir la escalera.

Dominado por la curiosidad, y deseoso de saber alguna cosa más precisa sobre el hombre de la arena y sus relaciones con los míos, pregunté finalmente a la anciana que cuidaba de mi hermanita quién era aquel ser misterioso: «¡Ah, Thanelchen! —me contestó—. ¿No le conoces? Es un hombre muy malo, que viene en busca de los niños cuando se niegan a acostarse y les arroja puñados de arena a los ojos, los encierra en un saco y se los lleva a la luna para que sirvan de alimento a sus hijos; éstos tienen, así como los mochuelos, picos ganchudos, y con ellos devoran los ojos de los niños que no son obedientes».

Desde que oí esto, la imagen del hombre cruel de la arena se fijó en mi mente bajo un aspecto horrible, y apenas oía por la noche el ruido que hacía al subir, me estremecía de espanto. «¡El hombre de la arena! ¡El hombre de la arena!», exclamaba yo, corriendo a refugiarme en la alcoba; y durante toda la noche me atormentaba la terrible aparición. Ya mayor, yo comprendía muy bien que el cuento de la anciana sobre el hombre de la arena y sus hijos en la luna podía no ser verdad; sin embargo, este personaje seguía siendo para mí un fantasma terrible, y me espantaba cuando le oía subir la escalera, abrir bruscamente la puerta del gabinete de mi padre y cerrarla después. Algunas veces pasaban varios días sin que viniera, pero luego sucedíanse sus visitas. Esto duró algunos años y nunca pude acostumbrarme a la idea del odioso espectro, cuyas relaciones con mi padre me preocupaban cada día más. No me atrevía a preguntarle a mi padre quién era, aunque siempre traté de averiguar el misterio, de ver al fabuloso hombre de la arena, y a medida que pasaban los años era mayor mi

deseo. El hombre de la área me conducía a la esfera de lo maravilloso, de lo fantástico, idea que tan fácilmente germina en el cerebro de los niños. Nada me agradaba tanto como oír o leer cuentos de espíritus, de hechiceros y de duendes; pero, a todo esto, se anteponía el hombre de la arena, cuya imagen dibujaba yo con yeso o carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes, representándolo bajo las figuras más extrañas y horribles.

Cuando tuve diez años, mi madre me retiró de la habitación de los niños y me instaló en un cuartito que comunicaba con un corredor, cerca del gabinete de mi padre. Todavía entonces sabíamos que debíamos acostamos cuando, al dar las nueve, oyésemos pasos del desconocido. Desde mi habitación le oía entrar en la de mi madre, y poco después me parecía percibir un olor extraño. Con la curiosidad se despertó en mí el valor suficiente para trabar conocimiento con el hombre de la arena; muchas veces me deslizaba con la mayor ligereza desde mi cuarto al corredor, cuando mi madre se había alejado, pero sin lograr descubrir nada, pues el hombre misterioso había entrado siempre, cuando yo llegaba al sitio donde hubiera podido verle al pasar. Finalmente, llevado por un impulso irresistible, resolví esconderme en la habitación misma de mi padre y esperar la llegada del hombre de la arena. Cierto día, por el silencio de mi padre y la tristeza de mi madre, presentí que el hombre misterioso vendría; con el pretexto de estar muy cansado salí de la habitación un poco antes de las nueve y me oculté en un rincón. Poco después, la puerta de la casa se abrió rechinando y se cerró; un paso lento resonó en el vestíbulo dirigiéndose hacia la escalera; mi madre pasó junto a mí con mi hermana. Entonces abrí suavemente… suavemente la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, silencioso e inmóvil, de espaldas a la puerta y no me vio. Un momento después me oculté en un armario destinado a colgar ropa, que solo se cubría con una cortinilla. Los pasos se aproximaban… cada vez más cerca… la campanilla resonó con estrépito. El corazón me palpitaba de temor y ansiedad… Junto a la puerta se oyen los pasos… y la puerta se abre bruscamente. No sin hacer un esfuerzo, me atrevo a entreabrir la cortina con precaución. El hombre de la arena está delante de mi padre y la luz de los candelabros se proyecta en su rostro… Aquel ser terrible que tanto me espantaba es el viejo abogado Coppelius, que come algunas veces en casa. La figura más abominable no me hubiera causado tanto horror como la suya.

Figuraos un hombre alto, ancho de espaldas, con una cabeza disforme, rostro apergaminado y amarillento, cejas grises muy pobladas, bajo las cuales brillan los ojos de gato, y nariz larga que se encorva sobre el labio superior. La boca, algo torcida, se contrae a menudo con una sonrisa irónica; dos manchas de color rojizo coloran entonces los pómulos, y, a través de los dientes apretados se escapa una especie de silbido.

Goppellius vestía siempre levita de color gris, cortada a la antigua, chaleco y calzón del mismo estilo, medias negras y zapatos de hebillas. Su peluca, muy pequeña, apenas tapaba y cubría la parte superior de la cabeza, de modo que los

tirabuzones no llegaban ni con mucho a las orejas, muy grandes y coloradas, y en la nuca quedaba descubierta la hebilla de plata que sujetaba su corbata raída. En fin, toda su persona era espantosa y repugnante; pero sus largos dedos huesudos y velludos nos desagradaban más que todo, hasta el punto de que no podíamos comer nada de lo que él tocaba. Él lo había notado y cuando nuestra madre nos ponía furtivamente algún pedazo de pastel o una fruta confitada, se complacía en tocarlo bajo cualquier pretexto; de modo que, llenos los ojos de lágrimas, rechazábamos con disgusto las golosinas que tanto nos gustaban. Lo mismo hacía cuando nuestro padre, en los días de fiesta, nos daba un vasito de vino con azúcar. Pasaba la mano por encima o acercaba el vaso a sus cárdenos labios, y se reía con expresión verdaderamente diabólica al observar nuestra repugnancia y oír los sollozos que manifestaban nuestro disgusto. Siempre nos llamaba sus pequeños animales, y nos estaba prohibido quejarnos o abrir la boca para decir la menor cosa. Nuestra madre parecía temer tanto como nosotros al espantoso Coppelius, pues cuando aparecía, la alegría habitual de su inocente ser se convertía en tristeza profunda.

Mi padre se comportaba en su presencia como si estuviera ante un ser superior, cuyos defectos hubiera que soportar, y, por este procedimiento, conservar con buen humor. Se expresaba, entonces, con mucha prudencia, y se servían manjares delicados y vinos raros.

Cuando al fin vi a Coppelius me imaginé que este odioso personaje no podía ser otro sino el hombre de la arena, pero en vez de ser el de los cuentos infantiles, aquel espantajo que tenía niños en un nido en la luna…, ¡no!, veía en él algo de satánico e infernal, que debía atraer sobre nosotros alguna terrible desgracia.

Yo estaba como encantado. Por miedo a ser sorprendido reprimí un movimiento de espanto y me acurruqué lo mejor que pude en el fondo del armario, dejando solo el espacio suficiente para ver la escena. Mi padre recibió a Coppelius con el mayor respeto. «¡Vamos, manos a la obra!», gritó éste con voz ronca, despojándose de la levita. Mi padre le imitó y ambos se pusieron unas blusas de color oscuro que sacaron de un hueco practicado en la pared, en el cual vi un hornillo. Coppelius se acercó y casi en el mismo instante vi brotar bajo sus dedos una llama azulada que iluminó la habitación con diabólico reflejo. En el suelo estaban esparcidos extraños instrumentos. ¡Ah Dios mío!… Cuando mi padre se inclinó sobre el crisol en fusión, su semblante adquirió de pronto una expresión extraña. Sus nobles facciones crispadas por el dolor íntimo, tenían algo diabólico y odioso. Se parecía a Coppelius. Este último sondeaba con unas pinzas la materia en fusión, sacaba unos lingotes de metal brillante, y los batía sobre el yunque. A cada momento me parecía que veía saltar cabezas humanas, pero sin ojos.

«¡Ojos, ojos!», gritó Coppelius con voz ronca.

No pude oír más, mi emoción fue tan fuerte que, perdido el conocimiento, caí en tierra. Coppelius, precipitándose sobre mí, me agarró, rechinando los dientes, y me suspendió sobre la llama del crisol, que comenzaba a quemarme el cabello.

«¡Ah! —gritó—. ¡He aquí los ojos, y ojos de un niño!».

Al decir esto sacó del hornillo carbones encendidos y fue a ponerlos sobre mis párpados. Mi padre, suplicante, gritaba: «¡Maestro, maestro! ¡Dejadle a mi Nataniel los ojos…, dejádselos!». Coppelius se rio sardónicamente y dijo: «Bueno, que conserve el chico los ojos, y buen trabajo tiene con lloriquear en este mundo. ¡Pero, por lo menos, quiero ver el mecanismo de sus manos y de sus pies!», y diciendo esto hizo crujir de tal modo las coyunturas de mis miembros que me parecía estar ya todo dislocado. «Hay algo que no funciona, ¡tan bien como estaba todo! ¡El viejo lo ha entendido!», murmuraba Coppelius. Después todo quedó oscuro y silencioso, y ya no sentí nada. Al recobrarme de aquel segundo desvanecimiento, sentí el suave hálito de mi madre junto a mi rostro, y le pregunté balbuciente: «¿Está aquí todavía el hombre de la arena?». «No, ángel mío —me contestó—, se ha marchado y ya nunca más te hará daño». Así dijo la madre, besando y acariciando al hijo que acababa de recuperar.

¡No voy a cansarte más, querido Lotario! Creo que te he referido todo con pormenor suficiente, y que no queda nada por contar. ¡Basta! Fui descubierto en mi escondite y maltratado por Coppelius. El miedo y el terror hicieron que una fiebre ardiente se apoderase de mí, y estuve varias semanas enfermo. «¿Está ahí el hombre de la arena?», ésa fue la primera pregunta que hice al curarme, cuando estuve sano.

Pero todavía tengo que contarte algo más espantoso; tú sabes que no es miopía lo que me hace ver todo este mundo como descolorido, sino que un velo de tristeza cubre mi vida amenazada por un destino fatal, que posiblemente solo podré desvelar con la muerte.

No volvimos a ver a Coppelius y se decía que había abandonado la ciudad. Habría transcurrido un año, y, conforme a la antigua costumbre, estábamos sentado en torno a la mesa redonda. Mi padre mostrábase muy alegre y contaba cosas muy entretenidas de los viajes que había hecho en su juventud. Cierta noche, al dar las nueve, oímos la puerta rechinar sobre sus enmohecidos goznes y en la escalera resonaron pesados pasos.

«Es Coppelius», dijo mi madre palideciendo.

«¡Sí!, es Coppelius», repuso mi padre con voz débil y temblorosa. A mi madre se le saltaron las lágrimas: «Pero ¡padre, padre! —exclamó—, ¿por qué tiene ser así?».

«Es la última vez —repuso mi padre—, es la última vez que vendrá, te lo prometo. ¡Vete, acuesta a los niños!… ¡Vete… a acostar! Buenos noches».

Tuve la sensación de que una piedra pesada y fría me oprimía el pecho, dificultando mi respiración… Mi madre me cogió del brazo, y como yo permaneciese en el mismo sitio, dijo: ¡Ven, Nataniel, vente! Me dejé conducir, y entré en la habitación. «¡Estate tranquilo, estate tranquilo y acuéstate!… ¡Duerme… duerme!», me gritó mi madre; pero mi estado de terror y agitación me impidió conciliar el sueño. El odioso Coppelius se me aparecía y de sus ojos salían chispas, mientras se reía irónicamente. En vano traté de librarme de su imagen. Serían las doce de la

noche cuando se oyó un ruido semejante al que produce una detonación de arma de fuego. La casa entera retembló y las puertas y las vidrieras, y alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto. «¡Es Coppelius!», exclamé espantado, saltando de la cama. En la habitación de mi padre resuenan gritos desgarradores y veo salir de ella una nube de humo negro e infecto, mientras la criada grita: «¡Mi amo! ¡Ah, mi amo!».

Delante de la chimenea se halla tendido el cadáver de mi padre, ennegrecido y mutilado de una manera espantosa; mi madre y mi hermana, inclinadas sobre él, profieren gritos desgarrados: «¡Coppelius, Coppelius —exclamé yo—, has matado a mi padre!». Y caí al suelo sin conocimiento.

Dos días después, cuando se depositó el cadáver de mi padre en el ataúd, sus facciones habían recobrado, a pesar de la muerte, la calma y la serenidad de otro tiempo. Fue muy consolador para mi alma que sus relaciones con el diabólico Coppelius no hubieran sido causa de su eterna condenación.

La explosión había despertado a todos los vecinos, el suceso dio lugar a muchos rumores, y la superioridad decretó exigir responsabilidades a Coppelius, pero éste había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Y ahora, querido Lotario, cuando sepas que el vendedor de barómetros que me visitó no era otro sino ese maldito Coppelius, espero que no dirás que me atormento el espíritu para buscar en los incidentes más comunes presagios de desgracia. Aunque iba vestido de otro modo, he reconocido bien las facciones y la estatura de Coppelius, y no es posible que padezca un error. No ha cambiado mucho su nombre. Se hace pasar por mecánico piamontés y ha tomado el nombre de Giusseppe Coppola.

Estoy decidido a vengar la muerte de mi padre, pase lo que pase. No le digas nada de la aparición de este horrible monstruo a mi madre… Saluda a mi querida Clara. Le escribiré cuando esté más tranquilo. Que te vaya bien, etcétera, etc.

CLARA A NATANIEL

Aunque no me hayas escrito desde hace mucho tiempo, creo que no has desechado mi recuerdo de tu pensamiento y de tu corazón, pues el otro día, al escribir a mi hermano Lotario, pusiste en el sobre mi nombre y las señas de mi casa. Muy contenta abría la carta y me di cuenta del error cuando leí las dos primeras palabras: «¡Ah, mi querido Lotario!». Hubiera querido no leer una palabra más y darle la carta a mi hermano. Pero tú muchas veces me has dicho en broma que debería tener un carácter tranquilo, sosegado, como aquella mujer que estando a punto de derrumbarse

su casa, y echando a correr precipitadamente, todavía tuvo tiempo para arreglar un pliegue del visillo del balcón, así es que reconozco que el principio de la historia me ha impresionado mucho. Apenas si podía respirar, todo se desvanecía ante mi vista… ¡Ah, mi querido Nataniel, qué horribles cosas te han sucedido en la vida! ¡Separarme de ti, no volverte a ver más, solo ese pensamiento me atraviesa el pecho como un puñal ardiente!… Seguí leyendo y leyendo… Tu descripción del horrible Coppelius es espantosa. Ahora me entero del terrible accidente que ocasionó la muerte de tu padre.

Mi hermano Lotario, al que entregué la carta, en vano trató de tranquilizarme. El maldito vendedor de barómetros, Giusseppe Coppola me ha perseguido todo el día como un espectro amenazador, y me avergüenzo de confesar que ha turbado mi sueño tranquilo y sosegado con toda clase de extrañas visiones y pesadillas. Aunque al día siguiente he considerado las cosas de otro modo. No te enojes, amado mío, si Lotario te dice que, no obstante tus presentimientos de que Coppelius te va a hacer algo malo, me encuentro otra vez con el ánimo alegre y sereno.

Precisamente iba a decirte que todo lo terrorífico y las cosas espantosas de que hablas tienen lugar en tu imaginación, y que la realidad no interviene en nada. Coppelius podrá ser el más aborrecible de todos los hombres, y, además, como odiaba a los niños, por eso sentíais aborrecimiento ante su vista. Has hecho la personificación del hombre de la arena tal como podría hacerla un espíritu infantil impresionado por cuentos de nodriza. Las entrevistas nocturnas de Coppelius con tu padre no tenían seguramente más objeto que el de practicar operaciones de alquimia; tu madre se afligía porque este trabajo debía ocasionar gastos muy grandes sin producir nunca nada, y, por otra parte, tu padre, absorbido por la engañosa pasión investigadora, descuidaba los asuntos de su casa y la atención a su familia.

Tu padre ha encontrado la muerte debido a su propia imprudencia y Coppelius no tiene culpa alguna. ¿Quieres saber lo que ayer pregunté al boticario vecino? Si era posible encontrar la muerte instantánea, a causa de una explosión, haciendo experimentos químicos. Me dijo: «Sí, ciertamente», y me describió detalladamente muchas sustancias que no puedo repetirte, porque no he podido retener sus nombres.

Sé que vas a compadecer a tu pobre Clara y vas a decir: «Este carácter razonable no cree en lo fantástico, que envuelve a los hombres con brazos invisibles, solo considera el mundo bajo su aspecto más natural, igual que el niño pequeño solo ve la superficie de la fruta dorada y reluciente, sin adivinar la ponzoña que esconde».

¡Ah, mi querido Nataniel! ¿No crees que también en los caracteres alegres, ingenuos, inocentes puede existir un presentimiento de que hay un oscuro poder capaz de corrompernos?… Perdóname, a mí que soy una joven sencilla, que me atreva a insinuarte lo que pienso acerca de estos combates en el interior de uno mismo. Al final no encuentro las palabras adecuadas, y si te ríes no será por las tonterías que diga, sino porque no me las arreglo para decirlas bien.

¿Existirá alguna fuerza oculta, dotada de tal ascendiente sobre nuestra naturaleza, que pueda arrastramos por una senda de desgracias y desastres? Si existe, está en nosotros mismos, y por eso creemos en ella y la aceptamos para llevar a cabo todas las acciones misteriosas. Si recorremos con firme paso la senda de la vida, la fuerza oculta tratará inútilmente de atraernos a sus brazos. Es cierto, según dice Lotario, que el oscuro poder físico hace que en algunos momentos nuestra imaginación finja fantasmas engañosos, cuyo aspecto nos parezca realmente amenazador, pero estos fantasmas no son otra cosa sino pensamientos que nos influyen de tal modo que nos arrojan al Infierno o nos llevan al Cielo. Ya sabes, querido Nataniel, que mi hermano Lotario y yo hemos hablado de estos poderes ocultos, y que ahora que he escrito lo principal, creo que puedo meditar sobre ello. No entiendo las últimas palabras de Lotario, me supongo lo que quiere decir, y por eso me parece que está en lo cierto. Te suplico que deseches de tu memoria la odiosa figura del abogado Coppelius y del vendedor de barómetros Giusseppe Coppola. Convéncete de que estas figuras no pueden hacerte nada; solo el pensar en su poder enemigo, puede hacerte daño. Si tu carta no llevase en cada línea el sello de una gran exaltación, me divertiría mucho diciéndote todo lo que se me ha ocurrido de extraño respecto al hombre de la arena y a Coppelius, el vendedor de barómetros. ¡Estate tranquilo…, muy tranquilo!

En caso de que el odioso Coppola se te aparezca otra vez, me he propuesto de nuevo ser tu ángel guardián. Nada conozco más eficaz que una alegre carcajada cuando se quieren desechar los monstruos fantásticos. No le temo, ni tengo miedo de sus garras, ni como abogado ni como hombre de la arena podrá estropearme los ojos. Siempre tuya, mi amado Nataniel, etc., etc.

NATANIEL A LOTARIO

Me ha contrariado mucho que, debido a mi necia distracción, Clara haya leído la carta que te escribí. Me ha escrito una profunda y filosófica carta en la que me demuestra que Coppelius y Coppola solo existen en mi interior, y que son un fantasma de mi propio yo, que desaparecerán en el acto en cuanto lo reconozca.

En realidad no debemos creer que las personas que consideran estas cosas como un sueño extraño y burlón, son también razonables y didácticas. Me refiero a ti. Habéis hablado de mí. Le enseñas lógica para que aprende pronto a distinguir. ¡Vamos a dejarlo! Reconozco que el traficante en barómetros y el abogado Coppelius son dos individuos diferentes. Ahora tomo lecciones de un célebre físico llamado

Spalanzani, de origen italiano, y este hombre conoce hace mucho tiempo al Giusseppe Coppola, que tiene acento piamontés; mientras que Coppelius era alemán, un alemán no muy digno.

Y ahora, por más que tu hermana y tú creáis que tengo la cabeza vacía, os diré que no puedo borrar de mi mente la impresión que hace en mí el maldito rostro de Coppelius. Me alegro que se haya marchado de la ciudad, según me dice Spalanzani. Este profesor es un personaje muy estrafalario: figúrate un hombre como una bola, con los pómulos muy salientes, la nariz afilada, los labios abultados y ojos brillantes y penetrantes. Mejor que mi descripción, puedes verle si miras al dibujo de Cagliostro que ha hecho Chodowiecki en un calendario de bolsillo… Lo mismo es Spalanzani. Recientemente fui a su casa a ver algunos experimentos; al pasar por el vestíbulo observo que la cortina verde de una puerta vidriera no está corrida como de costumbre; me acerco maquinalmente, impulsado por la curiosidad. Veo a una mujer esbelta y bien proporcionada, muy bien vestida, sentada en el centro de la habitación, apoyados sus brazos sobre una mesita, con las manos juntas; como está de cara a la puerta mis ojos se encuentran con los suyos, y observo, poseído de asombro, a la vez que de temor, que sus pupilas carecen de mirada, mejor dicho, que aquella mujer duerme con los ojos abiertos. Me siento desconcertado, me deslizo por la sala donde un inmenso auditorio espera las lecciones del profesor. Luego, me entero que la mujer que he visto es Olimpia, hija de Spalanzani, que la tiene secuestrada en su casa y no quiere que nadie se acerque a ella… Quizá la explicación es que ella sea necia o algo por el estilo… ¿Dirás que por qué te escribo todo esto? Hubiera sido mejor que te lo hubiera contado de palabra. Sabe que dentro de quince días estaré con vosotros. Y volveré a ver a mi querida Clara, mi dulce ángel, que después de aquella carta fatal calmará mis inquietudes. Por eso no le escribo hoy.

Mil saludos, etc., etc.

No puede inventarse, ¡oh amable lector!, nada más raro y maravilloso que lo que te he contado de mi pobre amigo, el joven estudiante Nataniel. Acaso, benévolo lector, has experimentado en tu pecho o has vivido o has imaginado algo que deseas expresar. La sangre te hierve en las venas como si fuera fuego y tus mejillas se enrojecen. Tu mirada parece extraviarse como si vieras figuras en el espacio vacío, que los demás no perciben, y tu voz se convierte en profundo suspiro. Los amigos te preguntan: «¿Qué te sucede, amado mío? ¿Te pasa algo?…». Y tú quisieras expresar cómo son estas imágenes que ves en tu interior con colores brillantes y sombras oscuras y no puedes encontrar palabras. Y desearías expresar con una sola palabra, que fuera como una descarga eléctrica, todo lo maravilloso, horrible, fantástico, espantoso. Pero esa palabra que apenas puedes decir, te parece incolora, helada, muerta. Buscas y buscas, balbuceas y titubeas, y las secas preguntas de tus amigos te agitan como un huracán, y remueven tu ser, hasta que te aplacas. Si como un pintor audaz te hubieras atrevido a pintar con algunas pinceladas la silueta de la imagen que has visto, posiblemente con poco trabajo destacarían los colores cada vez más

brillantes y una serie de diversas figuras llamarían la atención de tus amigos que se entremezclarían con estas creaciones de tu imaginación.

He de decirte, ¡amable lector!, que hasta ahora nadie me ha preguntado por la historia del joven Nataniel; bien sabes que yo pertenezco a ese maravilloso linaje de autores que si tienen algo que decir tienen también la sensación de que el mundo entero les pregunta: «¿Qué sucedió? ¡Continúa contándonos, querido!».

Por lo tanto, tengo verdadero interés en seguir contándote cosas acerca de la fatídica existencia de Nataniel. Mi alma estaba dominada por todo lo raro y maravilloso que había oído, pero precisamente porque, ¡oh, lector mío!, deseaba que tú también tuvieras esta sensación de lo fantástico, me devanaba la cabeza para empezar la historia de Nataniel de una manera original y emocionante: «¡Erase una vez…!». Ese bello principio de cuento me parecía sosísimo. «En la pequeña ciudad provinciana de G. vivía…», un poco mejor, por lo menos preparaba para el clímax… O *in media res*: «'¡Voto al diablo!', exclamó furioso e iracundo, echando rayos por los ojos el estudiante Nataniel, cuando Giusseppe Coppola, el traficante de barómetros…». Realmente esto era lo que yo había escrito, cuando creí notar algo ridículo en la mirada del estudiante Nataniel; la historia, sin embargo, no tiene nada de ridícula. Tuve la sensación de que no reflejaba lo más mínimo el colorido de las imágenes que veía en mi interior.

¡Amable lector!, toma las tres cartas que Lotario me dejó por el esbozo de un cuadro que trataré de completar durante el relato, añadiendo nuevos colores. Quizá logre retratar algunas figuras, como esos retratistas, de modo que puedas tener la sensación, solo al ver el retrato, sin conocer el original, de que has visto a la persona con tus propios ojos. Quizá, ¡oh, lector mío!, pienses que no hay nada más absurdo y fantástico como creer que el poeta puede reflejar la verdadera vida en su espejo bruñido, que solo da un oscuro reflejo.

Para decirlo todo con exactitud, lo primero que hay que saber y que debe añadirse a las cartas anteriores, es que al morir el padre de Nataniel, Clara y Lotario, dos niños lejanos parientes, fueron recogidos en su casa por la madre de Nataniel. Clara y Nataniel se profesaron siempre una mutua simpatía, a la que nadie tuvo nada que objetar; ya eran novios cuando Nataniel tuvo que irse para seguir sus estudios en G…; acabamos de ver, por su última carta, que asistía al curso del famoso profesor de Física, Spalanzani.

Ahora ya me siento más aliviado y puedo continuar la historia; pero, en este momento, la imagen de Clara está tan viva ante mis ojos que (siempre me sucede lo mismo) no puedo dejar de mirarla mientras me sonríe.

Clara no era hermosa en la acepción vulgar de la palabra. Los arquitectos hubieran elogiado sus exactas proporciones, los pintores habrían visto en los contornos de su busto y de su seno la imagen de la castidad, y se habrían enamorado al mismo tiempo de su magnífica mata de pelo como la de una Magdalena, apropiándose del colorido.

Uno de ellos, fanático de la belleza, habría comparado los ojos de Clara con un lago azul de Ruisdael, en cuya límpida superficie se reflejan con tanta pureza los bosques, los prados, las flores y todos los poéticos aspectos del más rico paisaje.

Los poetas y los pintores decían: «¡Qué lago…, qué espejo!». Si cuando miramos a esta joven, en su mirada parecen oírse melodías y sonidos celestiales que nos sobrecogen y nos animan a la vez, ¿acaso no cantamos nosotros también, y alguna vez hasta creemos leer en la fina sonrisa que expresan los labios de Clara que es como un cántico, no obstante algunas disonancias?

A estos encantos naturales de la joven, añádase una imaginación viva y brillante, un corazón sensible y generoso que no excluía lo positivo ni lo razonable. Los espíritus románticos no le agradaban del todo; discutía poco con los que son aficionados a divagar, pero su mirada maliciosa decíales con mucha elocuencia: «Amigos míos, inútilmente os esforzáis en conducirme a vuestro mundo imaginario». Muchos acusaban a Clara de insensible y prosaica, pero los espíritus privilegiados admiraban bajo aquella fría apariencia a la amable, delicada y razonable niña. Nadie amaba a Clara como Nataniel, a pesar de su férvida pasión por lo maravilloso, y la joven le correspondía con tierno amor; las primeras nubes de tristeza pasaron por su vida cuando se separó de ella.

Cuando el joven regresó, ¡con qué contento la estrechó en sus brazos al ir a su encuentro en casa de su madre! Sucedió, entonces, lo que Clara había previsto: que desde aquel día desechó de su memoria, sin esfuerzo alguno, a Coppelius y a Coppola.

Sin embargo, Nataniel tenía razón cuando escribió a su amigo Lotario que la presencia del maldito traficante Giusseppe Coppola le había sido fatal. Todos notaron desde el primer día que estaba totalmente cambiado. Su carácter comenzó a ensombrecerse y se hizo taciturno, tanto que la vida le parecía como un sueño fantástico, y, cuando hablaba, decía que todo ser humano, creyendo ser libre, era juguete trágico de oscuros poderes, y era en vano que se opusiese a lo que había decretado el destino. Todavía más; llegó a afirmar que consideraba una locura creer que nos comportábamos conforme a nuestro gusto y albedrío en el arte y en la ciencia, pues en realidad el entusiasmo que nos llevaba al trabajo creador, provenía no de nuestro interior, sino de la influencia de un principio superior que estaba fuera de nosotros.

Sus meditaciones místicas, de las cuales no era posible sustraerlo, ocasionaban gran disgusto a la pobre Clara, sin que toda la sabiduría de sus razonamientos pudieran calmarle. Cierto día en que Nataniel se quejaba de ver sin cesar al monstruo Coppelius, y dijese que este horrible demonio iba a destruir su felicidad y su futuro, Clara repuso con tristeza:

—Sí, Nataniel, creo, en efecto, que ese hombre extravagante es tu genio del mal, que es un poder diabólico y que realmente se ha introducido en tu vida, pero a nadie debes culpar sino a ti mismo, porque su fuerza reside en tu credulidad.

Enojóse mucho Nataniel al ver que Clara atribuía la existencia de los demonios a la fuerza de su fantasía, y en su despecho consideró a Clara como uno de esos seres inferiores que no saben penetrar en los misterios de la naturaleza invisible. No obstante, lo cual, todos los días, cuando Clara ayudaba a servir el desayuno, le leía tratados de filosofía oculta. Ella, entonces, le decía:

—Creo, en verdad, querido Nataniel, que tú eres el genio de mi café, porque me es preciso descuidar los quehaceres de la casa, perdiendo el tiempo para oírte discurrir. El agua hierve, el café se vierte en la ceniza, y ¡adiós desayuno!

Nataniel, furioso al ver que no le comprendían, cerraba los libros e iba a encerrarse en su habitación. En otros tiempos solía referir narraciones graciosas y animadas que luego escribía, y Clara le oía con el mayor placer; ahora, en cambio, sus poemas eran secos, incomprensibles, informes de modo que aunque Clara no lo decía, él se daba cuenta de todo. A Clara le fastidiaban mortalmente estas cosas y era evidente el aburrimiento que trataba de dominar, en todos sus gestos. Las poesías de Nataniel en realidad eran aburridísimas. Cada vez era mayor su disgusto por el carácter frío y prosaico de Clara, y Clara, a su vez, no podía evitar su enojo por las pesadas, abstrusas y tenebrosas sofisterías de Nataniel, por lo que cesó la buena armonía entre ambos, y poco a poco fueron distanciándose.

La imagen del odioso Coppelius se iba alejando cada vez más, según confesaba Nataniel, y hasta le costaba trabajo, a veces, evocar a este espantajo fatídico en sus creaciones. Finalmente, le atormentaba el presentimiento de que Coppelius destruiría su amor, todo lo cual fue objeto de un poema. Describía en él la felicidad de ambos, Clara y él unidos, aunque un negro poder les amenazaba, destruyendo su alegría. Cuando, por fin, se encontraban ante el altar, hacía su aparición el espantoso Coppelius que tocaba los bellos ojos de Clara, y éstos saltaban sobre el pecho de Nataniel como chispas sangrientas, encendidas y ardientes. Luego Coppelius le cogía y le arrojaba en medio de las llamas de un homo, que ardían con la velocidad de una tormenta, donde se consumía al instante. En medio del tumulto que parecía el de un huracán que bramaba sobre la espuma de las olas, semejantes a blancos y negros gigantes que combatían furiosamente entre sí, en medio de este tronar furioso, oía la voz de Clara que decía:

—No puedes mirarme, Coppelius, te ha engañado, no eran mis ojos los que encendían tu pecho, eran gotas ardientes de tu propio corazón…, mira, yo tengo mis ojos…, ¡mírame!…

Nataniel pensaba: «Es Clara, y yo soy eternamente suyo…». Entonces parecía como si su pensamiento dominase el fuego del horno donde se encontraba, y el tumulto desaparecía, alejándose en un negro abismo. Nataniel miraba los ojos de Clara, pero entonces la muerte le contemplaba amigablemente desde las profundidades de los ojos de Clara.

Mientras Nataniel escribía estas cosas estaba muy tranquilo y razonable, sentía que cada línea le salía mejor, y entregado a los esfuerzos de la rima, no descansaba

hasta que la musicalidad no le parecía perfecta. Cuando, al fin, hubo terminado y se leyó a sí mismo, en alto, su propio poema, quedó horrorizado, y lleno de espanto se dijo: «¿De quién es esa horrible voz?». No obstante lo cual, tuvo la sensación de que este poema estaba muy logrado y que podría inflamar el ánimo de Clara, leyéndoselo, al tiempo que le hacía ver las espantosas imágenes que le angustiaban y presagiaban la destrucción de su amor.

Un día Nataniel y Clara estaban sentados en el jardincillo de su madre. Clara se hallaba muy alegre porque Nataniel desde hacía tres días, dedicado a escribir su poema, no le había enojado con sus manías y presentimientos fatídicos. También Nataniel hablaba animadamente y muy alegre sobre asuntos divertidos, de modo que Clara le dijo:

—Otra vez estás conmigo; gracias a Dios, nos hemos librado de ese odioso Coppelius.

Entonces Nataniel se acordó de que llevaba en el bolsillo un poema y que tenía intención de leerlo. Sacó las hojas del bolsillo y comenzó su lectura. Clara, imaginándose que sería algo aburrido, como de costumbre, y resignándose, comenzó tranquilamente a hacer punto. Pero de igual modo que los nubarrones cada vez más negros de una tormenta van en aumento, llegó un momento que, abandonando la labor, miró fijamente a Nataniel. Terminada la lectura, el joven arrojó lejos de sí el manuscrito, y con los ojos llenos de lágrimas, encendidas sus mejillas, inclinóse hacia Clara, cogió sus manos convulsivamente, y exclamó con acento desesperado:

—¡Ah, Clara, Clara!

Clara le estrechó contra su pecho y le dijo suavemente, muy seria:

—Nataniel, querido Nataniel. ¡Arroja al fuego esa maldita y absurda obra!

Nataniel, desilusionado, exclamó, apartándose de Clara:

—Eres un autómata, inanimado y maldito.

Y sin decir más, alejóse corriendo, mientras que Clara, profundamente desconcertada, derramaba amargas lágrimas. «Nunca me ha amado, pues no me comprende», sollozaba en alto. Lotario apareció en el jardín y Clara tuvo que referirle lo que había sucedido; como amaba a su hermana con toda su alma, sentía sus quejas en lo más íntimo, de forma que el disgusto que sentía en su pecho a causa del visionario Nataniel, se transformó en cólera terrible. Corrió en seguimiento de Nataniel y le reprochó con duras palabras su loca conducta respecto a su querida hermana. Nataniel respondió con violencia. El iluso y extravagante loco se enfrentó con el desgraciado y vulgar ser humano. Decidieron batirse a la mañana siguiente, detrás del jardín, conforme a las reglas al uso.

Llegaron mudos y sombríos. Como Clara hubiese oído la disputa y viese al padrino, al atardecer, traer los floretes, imaginó lo que iba a suceder. A la hora designada, las armas estaban sobre el césped que, muy pronto, iba a teñirse de sangre. Lotario y Nataniel se habían despojado ya de sus levitas, y con los ojos brillantes iban

a abalanzarse el uno sobre el otro, cuando Clara apareció en el jardín. Sollozando exclamó:

—¡Monstruos, salvajes, matadme a mí, antes de que uno de vosotros caiga, pues no quiero sobrevivir si mi amado mata a mi hermano, o mi hermano a mi amado!

Lotario dejó el arma y miró al suelo silenciosamente. Nataniel sintió en su interior la tristeza y el amor desbordante que había sentido en los bellos días de su primera juventud. El arma homicida cayó de sus manos, y se arrojó a los pies de Clara:

—¡Perdóname, adorada Clara! ¡Perdóname, hermano mío, querido Lotario!

Lotario se emocionó al ver el profundo dolor de su hermano, y derramando los tres abundantes lágrimas abrazáronse reconciliados, y juraron no separarse jamás.

Desde aquel día, Nataniel se sintió aliviado de la pasada carga que le había oprimido hasta entonces, y le pareció como si se hubiese salvado del oscuro poder que amenazaba aniquilarle. Permaneció tres días más antes de marcharse a G., adonde debía volver para cursar el último año de sus estudios universitarios y se acordó que al cabo de este tiempo se establecería para siempre en su país natal, con su prometida.

A la madre de Nataniel se le ocultó todo lo referente a Coppelius, pues era bien sabido que le producía horror su nombre, ya que tanto a ella como a Nataniel le recordaba la muerte de su esposo.

Al llegar a G., Nataniel se sorprendió mucho al ver que su casa había sido pasto de las llamas, que solo dejaron en pie dos o tres lienzos de pared ennegrecidos y calcinados. Según le dijeron, el fuego comenzó en la botica y varios amigos de Nataniel que vivían cerca de la casa incendiada, pudieron salvar algunos de los objetos, instrumentos de física y papeles, todo lo cual llevaron a otra habitación alquilada a nombre del estudiante. Nataniel no podía suponer que estuviera situada frente a la del profesor Spalanzani. Desde la ventana se podía ver muy bien el interior del gabinete donde, con frecuencia, cuando las cortinas estaban descorridas, se veía a Olimpia muda e inmóvil, y aunque se destacaba claramente su silueta, en cambio los rasgos de su rostro solo borrosamente. Nataniel se extrañó de que Olimpia permaneciese en la misma actitud horas enteras, sin ocuparse de nada, junto a la mesita, aunque era evidente que, de vez en cuando, le miraba fijamente; hubo de confesarse que en su vida había visto una mujer tan hermosa. Sin embargo, su amor a Clara le llenaba el corazón, preservándole de las seducciones de la austera Olimpia, y por eso el joven dirigía solo de tarde en tarde algunas miradas distraídas a la estancia habitada por aquella hermosa estatua.

Cierto día, en ocasión de estar escribiendo a Clara, llamaron suavemente a su puerta; al abrirla, vio la desagradable figura de Coppola; un estremecimiento nervioso agitó a Nataniel; recordando los argumentos de Clara y los datos que le diera el profesor Spalanzani acerca de aquel individuo, avergonzóse de su primer movimiento de espanto, y con toda la tranquilidad que le fue posible dijo al inoportuno visitante:

—No necesito barómetros querido amigo. ¡Idos, por favor!

Pero Coppola, entrando en la habitación, dijo en un tono ronco, mientras su boca se entreabría con una odiosa sonrisa y le refulgían los ojillos entre sus largas pestañas grises:

—¡Eh, no solo tengo barómetros, no solo barómetros! ¡También tengo ojos, bellos ojos!

Nataniel, espantado, exclamó:

—¡Maldito loco!, ¿cómo es posible que tengas ojos?… ¿Ojos?… ¿Ojos?

Al instante, Coppola puso a un lado sus barómetros y fue sacando de sus bolsillos gafas que dejó sobre la mesa:

—¡Gafas, gafas para ponérselas sobre la nariz…, ésos son los ojos…, los bellos ojos!

Y al decir esto, Coppola continuó sacando anteojos, de modo que la mesa se llenó, y empezaron a brillar y a refulgir desde ella. Miles de ojos miraban fijamente a Nataniel; no podía evitar dejar de mirar a la mesa, y Coppola continuaba sacando anteojos, y cada vez eran más fantásticas y terribles las penetrantes miradas que traspasaban con sus rayos ardientes y rojizos el pecho de Nataniel. Sobrecogido por un espantoso malestar gritó:

—¡Para ya, detente, hombre maldito!

Y sacudiéndole por el brazo detuvo a Coppola, que se preparaba a seguir sacando gafas del bolsillo, aunque la mesa estaba enteramente cubierta de ellas. Coppola, sonriendo a duras penas, se desprendió de él, al tiempo que decía:

—¡Ah!…, no las queréis…, pues aquí tenéis unos buenos anteojos. Y después de recoger todas las gafas, empezó a sacar anteojos de larga vista. En cuanto todas las gafas estuvieron guardadas, Nataniel quedó tranquilo como por encanto, y acordándose de Clara, recordó que el fantasma solo estaba en su imaginación, ya que Coppola era solo un gran mecánico y óptico, y en modo alguno el doble de Coppelius. Además, las gafas que Coppola había puesto en la mesa no tenían nada de raro, ni tampoco nada de extraordinario los anteojos, de modo que, algo confuso por haberse entregado a la violencia, Nataniel quiso repararla comprando alguna cosa al traficante Coppola.

Eligió un pequeño anteojo, cuya montura le llamó la atención por su exquisito trabajo, y, para probarlo, miró a través de la ventana. Nunca en su vida había tenido un anteojo con el que pudiera verse con tanta claridad y pureza. Instintivamente, miró hacia la estancia de Spalanzani; Olimpia estaba sentada como de costumbre, ante la mesita, con los brazos apoyados y las manos cruzadas. Por vez primera, Nataniel veía detenidamente el hermoso semblante de Olimpia. Únicamente los ojos le parecieron fijos, como muertos. Pero, a medida que miraba más y más a través del anteojo, le pareció como si los ojos de Olimpia irradiasen pálidos rayos de luna. Tuvo la sensación de que por vez primera nacía en ella la capacidad de ver; y cada vez más intensas brillaban sus miradas. Nataniel se quedó como galvanizado mirando a la

ventana, observando a la bella y celeste Olimpia, pero le hizo volver en sí el ruido que hacía Coppola, al tiempo que repetía:

—*Tre zechini* —tres ducados.

Nataniel que se había olvidado por completo del óptico, se apresuró a pagarle:

—¿No os parecen unos buenos anteojos, eh? ¡Qué buenos anteojos! —preguntó Coppola con su odiosa voz ronca y la sonrisa maliciosa.

—Sí, sí, sí… —repuso Nataniel disgustado—. ¡Adiós, querido amigo!

Coppola abandonó la habitación, no sin lanzar antes algunas miradas de reojo. Apenas bajó las escaleras, dejó escapar una innoble carcajada. «Se ríe de mí —pensó Nataniel— porque me ha hecho pagar el anteojo a un precio mucho más caro de lo que vale». Mientras profería en voz baja estas palabras, le pareció oír un profundo gemido en la habitación, que le estremeció. Nataniel sintió tal miedo que se le cortó la respiración. Pronto dióse cuenta que era él mismo quien había suspirado. «Clara tenía razón —se dijo— al considerarme un visionario; pero lo que más me atormenta ahora y me parece absurdo… incluso más que absurdo, es la idea de que he pagado los anteojos demasiado caros, y eso me inquieta; y no sé cuál es el motivo…».

Dejando todo, se puso a escribir a Clara, pero apenas había cogido la pluma, miró por la ventana para convencerse de que Olimpia estaba allí, sentada. Al instante sintió un impulso irresistible de coger el anteojo de Coppola y permaneció contemplando la fascinante figura de Olimpia, hasta que su compañero Segismundo fue a buscarle para asistir a la clase del profesor Spalanzani.

Desde aquel día los visillos de la habitación de Olimpia estuvieron siempre perfectamente echados, y el enamorado estudiante perdió el tiempo haciendo centinela durante dos días, anteojo en mano. Al tercer día se cerraron las ventanas. Desesperado y poseído de una especie de delirio, salió corriendo de la ciudad.

La figura de Olimpia se multiplicaba a su alrededor como por encanto, veíala flotar por el aire, brillar a través de los setos floridos, y reproducirse en los cristalinos arroyuelos. Nataniel no se acordaba ya de Clara, solo pensaba en Olimpia, y gemía y sollozaba: «¡Oh, estrella de mi vida, no me dejes solo en la tierra, en la negra oscuridad de una noche sin esperanza!».

Cuando Nataniel volvió a su casa observó que reinaba un gran bullicio en la de Spalanzani; las puertas se abrían, limpiábanse las ventanas, y numerosos obreros iban de un lado a otro llevando muebles, mientras que algunos colocaban tapices con extraordinaria actividad. Nataniel se quedó asombrado, cuando en plena calle, Segismundo apareció y le dijo, riéndose: «¿Qué me dices de nuestro viejo amigo Spalanzani?». Nataniel le aseguró que no sabía nada del Profesor; y que estaba asombrado de que aquella casa silenciosa y sombría estuviera en pleno bullicio y actividad. Segismundo le dijo que Spalanzani daría al día siguiente una gran fiesta, un concierto y baile, al que asistiría lo más notable de la Universidad. Se rumoreaba que Spalanzani iba a presentar en sociedad a su hija Olimpia, a la que hasta ahora había mantenido escondida, fuera de la vista de los hombres.

Nataniel encontró una invitación al llegar a su casa y se encaminó a la vivienda del Profesor a la hora convenida, con el corazón palpitante, cuando ya rodaban otros carruajes y las luces brillaban en los adornados salones. La sociedad allí reunida era numerosa y muy brillante. Olimpia, engalanada con un gusto exquisito, era admirada por su belleza y sus perfectas proporciones. Solo se notaba algo extraño, un ligero arqueamiento del talle, posiblemente debido a que su talle de avispa estaba en exceso encorsetado. Andaba con una especie de rigidez, que desagradaba y que atribuían a su timidez natural, acentuada al encontrarse ahora en sociedad. El concierto comenzó. Olimpia tocaba el piano con gran habilidad e incluso cantó un aria con voz sonora y brillante que parecía el vibrante sonido de una campana. Nataniel estaba extasiado, pero como llegara un poco tarde le tocó estar en la última fila, y apenas podía ver el semblante de Olimpia, deslumbrado por las luces de los candelabros; instintivamente sacó el anteojo de Coppola y se puso a mirar a la bella Olimpia. Ah… le pareció que ella le miraba con miradas anhelantes, que una melodía acompañaba cada mirada amorosa y le traspasaba ardientemente. Las artísticas inflexiones de su voz le parecieron a Nataniel cánticos celestiales de un corazón enamorado, y cuando resonó el largo trino por todo el salón, a su cadencia creyó que un brazo amoroso le ceñía y extasiado no pudo evitar esta exclamación: «¡Olimpia!».

Las personas más próximas se volvieron y muchas se echaron a reír. El organista de la catedral puso un semblante muy serio y dijo simplemente: «Bueno, bueno». El concierto llegaba a su fin. El baile comenzó. «Bailar con ella…, bailar con ella…», todos los deseos de Nataniel tendían hacia este objetivo. Pero ¿cómo atreverse a invitar a la reina de la fiesta? En fin…, no supo bien cómo, pero poco después de empezar el baile se encontró junto a Olimpia, a la que nadie había sacado aún, y apenas osando balbucir alguna palabra, tomó su mano. Un sudor frío inundó su frente cuando con la extremidad de sus dedos rozó los de Olimpia, pues la mano de la joven estaba helada como la de un muerto. Nataniel detuvo en ella su mirada y observó que sus ojos tenían la misma fijeza lánguida, y tuvo la sensación de que el pulso empezaba a latir en su muñeca y la sangre corría por sus venas. También Nataniel sentía en su interior una amprosa voluptuosidad, así es que enlazó con su brazo el talle de la bella Olimpia y atravesó los filas de los invitados.

Creyó haber bailado al compás, aunque sentía que la rigidez rítmica con que Olimpia bailaba, a veces le obligaba a detenerse, y entonces se daba cuenta de que no seguía bien los compases de la música. No quiso bailar con nadie más, y si alguno se hubiera acercado a Olimpia para solicitar un baile, de buena gana le hubiera matado. Solamente sucedió esto dos veces; para asombro suyo, Olimpia estuvo sentada durante todo el baile, así es que pudo sacarla cuantas veces quiso.

Si Nataniel hubiera tenido ojos para ver otra cosa que no hubiera sido Olimpia, de seguro que se hubiera encontrado con más de una pelea, pues era evidente que por los rincones los jóvenes se reían de él, y hasta un sinfín de miradas curiosas se dirigían a la bella Olimpia. ¿Podría saberse por qué? Excitado por la danza y el vino, Nataniel

había perdido la timidez. Sentándose junto a Olimpia, tomó su mano entre las suyas y le habló de su amor con todo el fuego de la pasión que sentía, aunque ni Olimpia ni él mismo comprendían bien lo que trataba de expresar. Pero ésta mirándole fijamente solo suspiraba: «¡Ah… ah… ah…!». Nataniel exclamó: «¡Oh, mujer celestial, que me iluminas desde el cielo del amor! ¡Oh, criatura que domina todo mi ser!», y cosas por el estilo, pero Olimpia únicamente respondía: «¡Ah, ah!».

Durante esta singular conversación, el Profesor Spalanzani pasó varias veces por delante de los fieles enamorados y los miró sonriendo de una manera extraña. Poco a poco Nataniel se dio cuenta con terror que el brillo de las luces disminuía en la sala vacía. Hacía mucho que la música y el baile habían cesado. «¡Separarse, separarse ahora!», gritó desesperado y furioso, y besó la mano de Olimpia, e, inclinándose hacia su boca, sus labios ardientes se encontraron con los labios helados de Olimpia. Apenas hubo tocado la fría mano de Olimpia, se sintió dominado por el terror y se le pasó por la mente la leyenda de la novia muerta, pero Olimpia le oprimía contra su pecho y el beso pareció vivificar sus labios…

El profesor Spalanzani atravesó lentamente la sala vacía, sus pasos resonaban huecos, y su figura, que proyectaba una larga sombra, tenía un aspecto fantasmagórico y horrible. «¿Me amas?», musitó Nataniel; pero Olimpia suspiró, poniéndose de pie: «¡Ah! ¡Ah!». «¡Sí, amada mía, criatura encantadora y celestial —decía Nataniel—, tú me aclaras todo y me explicas la existencia!». «¡Ah! ¡Ah!», replicó Olimpia en el mismo tono. Nataniel le siguió y fueron con el Profesor. «Ya veo que lo ha pasado muy bien con mi hija —dijo, sonriendo—. Bueno, mi querido Nataniel, tendremos mucho gusto en que venga a Conversar con mi hija, y su visita siempre será bienvenida». A Nataniel le pareció que se le abrían las puertas del Cielo.

El baile de Spalanzani fue durante mucho tiempo tema de conversación. A pesar de que el Profesor les había obsequiado espléndidamente, no pudo evitar la crítica y, especialmente, recayeron los comentarios sobre la callada y rígida Olimpia, que, no obstante su hermoso aspecto exterior, demostraba ser una estúpida, lo cual justificaba que Spalanzani se hubiera abstenido tanto tiempo de presentarla en público. Nataniel se encolerizaba al oír cosas, pero callaba; pues creía poderles demostrar a estos tontos que su propia estupidez les impedía darse cuenta del maravilloso y profundo carácter de Olimpia.

«Dime, por favor, amigo mío —le dijo un día Segismundo—; dime, por favor, ¿cómo es posible que un hombre razonable como tú se pueda enamorar de una muñeca?». Nataniel, encolerizado, fue a responder; pero reflexionó y repuso: «Dime, Segismundo, ¿cómo es posible que un hombre con tan buenos ojos como tú no haya visto los encantos y los tesoros ocultos en la persona de Olimpia? Mejor es que no hayas visto todo eso porque serías mi rival, y uno de los dos tendría que morir». Segismundo comprendió en qué estado se encontraba Nataniel y desvió la conversación, diciendo que en amor era muy difícil juzgar. «Es muy extraño, pero todos nosotros juzgamos del mismo modo a Olimpia. No te enfades, hermano, si te

digo que nos parece rígida y como inanimada. Su cuerpo es proporcionado, como su semblante, es cierto… Podría decirse que sus ojos no tienen expresión ni ven. Su paso tiene una extraña medida y cada movimiento parece deberse a un mecanismo; canta y toca al compás, pero siempre lo mismo y con igual acompañamiento, como si fuera una máquina. Esta Olimpia nos ha inquietado mucho, y no queremos tratarnos con ella; se comporta como un ser viviente, aunque en realidad sus relaciones con la vida son muy extrañas».

Nataniel se disgustó mucho al oír las palabras de Segismundo, pero hizo un esfuerzo para contenerse, y, al fin, dijo muy serio: «Todos vosotros sois unos jóvenes prosaicos y por eso Olimpia os inquieta. ¡Solo a los caracteres poéticos se les revela lo que es semejante! Solamente me mira a mí, y sus pensamientos son para mí, y yo solo vivo en el amor de Olimpia. Es posible que no logréis entablar con ella una conversación vulgar, propia de los caracteres superficiales. Habla poco, es cierto, pero las escasas palabras que dice son para mí como verdaderos jeroglíficos del mundo del amor, y me abren el camino del conocimiento de la vida del espíritu para la consideración del más allá. Vosotros no comprendéis nada, y es en vano».

—«¡Que Dios te proteja, hermano! —dijo Segismundo bondadosamente y casi con tristeza—; pero creo que vas por el mal camino. Puedes contar conmigo cuando… ¡No quiero decir nada más!…».

Nataniel pareció conmoverse al oír estas palabras y le estrechó cordialmente la mano, antes de separarse.

En cuanto a Clara, Nataniel la había olvidado por completo, como si jamás hubiera existido, y para nada se acordaba tampoco de Lotario ni de su madre. Solo vivía para Olimpia, y pasaba los días enteros junto a ella, y la hablaba de su amor, de la ardiente simpatía que sentía, y fantaseaba acerca de las afinidades electivas psíquicas, y Olimpia escuchaba esto con suma atención. Nataniel iba sacando de su escritorio todo lo que había escrito, poesías, fantasías, visiones, novelas, cuentos, y cada día aumentaba el número de sus composiciones con toda clase de sonetos, estancias, canciones, que leía a Olimpia, que jamás se cansaba de escucharle. Nunca había tenido una oyente tan magnífica. No tejía, no cosía, no miraba por la ventana, no daba de comer a ningún pájaro, no jugaba con algún perrillo ni con algún gatito, no hacía pajaritas ni tenía algo en la mano, ni disimulaba un bostezo fingiendo toser; en una palabra, horas enteras permanecía con la vista fija en los ojos del amado, sin moverse, ni menearse y su mirada era cada vez más ardiente y más viva. Solo cuando Nataniel, al terminar, se levantaba se llevaba su mano a los labios para depositar en ella un beso, decía: «¡Ah! ¡Ah!…», y luego: «Buenas noches, ¡amor mío!…».

«¡Qué encantadora eres! —exclamaba Nataniel en su cuarto—. ¡Solo tú, solo tú me comprendes!». Se estremecía de placer, al pensar qué resonancia tenían sus palabras en el ánimo de Olimpia, pues le parecía que Olimpia hablaba en su interior, y en sus obras se manifestaban las palabras suyas. Así debía de ser, pues Olimpia nunca habló más de las palabras mencionadas.

Algunas veces, en momentos de lucidez, por ejemplo al levantarse por la mañana, reflexionaba sobre la pasividad y el laconismo de Olimpia. Entonces decía: «¿Qué son las palabras? La mirada de sus ojos dice más que toda la elocuencia de los hombres. ¿Puede, acaso, una hija del Cielo descender al círculo mezquino y obligarse a vulgares relaciones?».

El profesor Spalanzani parecía mirar con mucho agrado las relaciones de su hija con Nataniel, y prodigaba al estudiante las mayores atenciones y cordial benevolencia. Así es que cuando Nataniel se atrevió a insinuar un matrimonio con Olimpia, el Profesor con una gran sonrisa, dijo que dejaba enteramente la elección al juicio de su hija… Animado por estas palabras, con el corazón anhelante, Nataniel al día siguiente se decidió a suplicar a Olimpia que le manifestase con palabras lo que ya le había expresado con ardientes miradas, que deseaba ser suya. Buscó en una cajita el anillo de oro, recuerdo de su madre, para ponerlo en el dedo de su amada como anillo nupcial. Lo primero que encontró en la cajita fueron las cartas de Lotario y de Clara, las cuales apartó con impaciencia, y cuando encontró el objeto corrió a casa del Profesor. Al llegar al último tramo de la escalera, oyó un estrépito espantoso en la habitación de Spalanzani, producido por repetidos golpes en el suelo y las paredes, y luego choques metálicos, percibiéndose en medio de aquella barahúnda dos voces que proferían tremendas imprecaciones: «¡Quieres soltar, miserable, infame! ¿Te atreves a robarme mi sangre y mi vida?». «¡Yo hice los ojos!». «¡Y yo los resortes del mecanismo!». «¡Vete al diablo!». «¡Llévese tu alma Satanás, aborto del Infierno!».

He aquí lo que decían aquellas dos voces formidables, que eran las de Spalanzani y de Coppelius. Nataniel, fuera de sí, descargó un puntapié en la puerta y se precipitó en la habitación, en medio de los combatientes. El Profesor y el italiano Coppola se disputaban con furia una mujer, el uno tiraba de ella por los brazos, y el otro por las piernas. Nataniel retrocedió horrorizado al reconocer la figura de Olimpia; luego, con furia salvaje, quiso arrancar a su amada de manos de los rabiosos combatientes, pero en el mismo instante, Coppola, dotado de fuerza hercúlea, obligó a su adversario a soltar la presa, gracias a una vigorosa sacudida; luego, levantando la mujer con sus nervudos brazos, descargó tan rudo golpe en la cabeza del Profesor, que el pobre hombre, completamente aturdido, fue a caer al suelo a tres pasos de distancia, rompiendo con su caída una mesa llena de frascos, redomas, alambiques e instrumentos. Coppola se cargó a Olimpia al hombro y desapareció, profiriendo una carcajada diabólico; hasta el fin de la escalera oyóse el choque de las piernas de Olimpia contra los peldaños, el cual producía un ruido semejante al de unas castañuelas.

Al ver la cabeza de Olimpia en el suelo, Nataniel reconoció con espanto una figura de cera, y pudo ver que los ojos, que eran de esmalte, se habían roto. El desgraciado Spalanzani yacía en medio de numerosos fragmentos de vidrio, que le habían ocasionado sangrientas heridas en los brazos, en el rostro y en el pecho.

Recuperándose, dijo: «¡Corre detrás de él! ¡Corre! ¿Qué dudas?… Coppelius, Coppelius, me has robado mi mejor autómata… en el que he trabajado más de veinte años…, he puesto en este trabajo mi vida entera, yo he hecho la maquinaria, el habla, el paso…, los ojos…, pero yo te he robado los ojos…, maldito…, condenado… ¡Vete en busca de él…, tráeme a Olimpia…, aquí tienes tus ojos!».

Nataniel vio a sus pies, efectivamente, dos ojos sangrientos que le miraban con fijeza. Spalanzani los recogió y se los arrojó al estudiante, tocándole con ellos en el pecho. Apenas sintió su contacto, Nataniel poseído de un acceso de locura, comenzó a gritar, diciendo las cosas más incoherentes: «¡Hui…, hui…, hui! ¡Horno de fuego…, horno de fuego!… ¡Revuélvete, horno de fuego! ¡Divertido…, divertido! ¡Muñeca de madera, muñeca de madera, vuélvete!», y precipitándose sobre el Profesor, trató de estrangularle. Y lo hubiera hecho si en aquel instante, al oír el ruido, los vecinos no hubieran acudido y se hubieran apoderado de su persona; fue preciso atarle fuertemente para evitar una desgracia. Segismundo, aunque era muy fuerte, apenas si pudo sujetar al loco furioso. Mientras, gritaba, con una voz espantosa: «¡Muñeca de madera, vuélvete!», y se pegaba puñetazos.

Finalmente, varios hombres pudieron hacerse con él, le sujetaron y le ataron. Todavía se oían sus palabras como si fueran los rugidos de un animal, y de este modo fue conducido a un manicomio.

Antes que, ¡oh, amable lector!, continúe refiriéndote lo que sucedió al infeliz Nataniel, voy a decirte, pues me imagino que te interesarás por el diestro mecánico y fabricante de autómatas Spalanzani, que se restableció al poco tiempo y fue curado de sus heridas. Mas, apenas se halló en estado de resistir el traslado a otro punto, fuéle preciso abandonar la Universidad, pues todos los estudiantes que tenían conocimiento de la burla de que Nataniel acababa de ser víctima, habían jurado vengarse terriblemente del mecánico italiano, por haber abusado, sirviéndose de un maniquí, de la confianza de personas tan honorables, pues nadie (excepto algunos estudiantes muy listos) había podido percatarse, ni sospechar nada. ¿Podía, acaso, resultar sospechoso que Olimpia, según decía un elegante que acudía a los tés, ofendiendo todas las conveniencias, hubiera bostezado? En primer lugar, dijo el elegante, había ocultado la maquinaria que crujía, etcétera. El Profesor de poesía y retórica tomó una dosis de rapé, estornudó y dijo gravemente: «Honorables damas y caballeros, ¿no se dan cuenta de cuál es el quid del asunto? ¡Todo es una alegoría…, una absoluta metáfora!… ¡Ya me entienden!… *¡Sapienti sat!*».

Pero muchos señores respetables no se conformaron con esto; la historia del autómata había echado raíces y ahora desconfiaban hasta de las figuras vivas. Y para convencerse enteramente de que no amaban a ninguna muñeca de madera, muchos amantes exigían a la amada que no bailase ni cantase a compás, y que se detuviese al leer, que tejiera, que jugase con el perrito, etc., y sobre todo que no se limitase a oír, sino que también hablase y que en su hablar se evidenciase el pensamiento y la sensibilidad. Los lazos amorosos se estrecharían más, pues de otro modo se desataban

fácilmente. «Esto no puede seguir así», decían todos. En los tés, ahora se bostezaba para evitar sospechas.

Como hemos dicho, Spalanzani tuvo que huir para evitar un proceso criminal, por haber engañado a la sociedad con un autómata. Coppola también desapareció.

Cuando Nataniel recobró la razón, al abrir los ojos experimentó un sentimiento de bienestar y le invadió un placer celestial. Estaba en su cuarto, en su casa paterna. Clara, inclinada sobre él, y al lado su madre y Lotario: «¡Por fin, por fin, querido Nataniel! Ya estás salvado de una cruel enfermedad. ¡Otra vez eres mío!», dijo Clara con toda su alma, abrazando a Nataniel, mientras derramaba cristalinas lágrimas. «¡Clara! ¡Clara!», murmuró el joven.

Segismundo, que no había querido abandonar a su amigo enfermo, entró en la habitación y le estrechó la mano. Toda huella de locura había desaparecido. Pronto se restableció con los excelentes cuidados de su madre, de su amada y de su amigo. La felicidad volvió a reinar de nuevo en la casa, pues un viejo tío que parecía ser pobre, porque era muy avaro, acababa de morir y había dejado a la madre una casa cerca de la ciudad, con una buena herencia. Toda la familia se proponía ir allí, la madre, Nataniel con Clara, con la que pensaba casarse, y Lotario.

Nataniel estaba más amable que nunca, tenía un carácter infantil, y ahora se daba cuenta del maravilloso y puro carácter de Clara. Nadie se acordaba ya de lo pasado. Solo cuando Segismundo se despedía de Nataniel, éste dijo: «¡Por Dios, hermano mío, iba por mal camino, pero gracias a este ángel voy por el bueno!».

Así, pues, llegó el día en que los cuatro, muy felices, se dirigieron a la casa. Era el mediodía y atravesaban las calles de la ciudad. Habían hecho ya las compras necesarias. Al pasar junto a la torre de la iglesia, cuya larga sombra se proyectaba sobre el mercado. Clara dijo: «¡Eh! Nataniel, ¿quieres que subamos al campanario para contemplar una vez más las montañas y los lejanos bosques?». ¡Dicho y hecho! Ambos, Nataniel y Clara subieron solos, pues la madre había vuelto a la casa para dejar las compras, y Lotario, no queriendo cansarse en subir una escalera de muchos peldaños, prefirió esperar al pie de la torre. Los dos amantes, apoyados en la balaustrada del campanario, contemplaban absortos los grandes árboles, los bosques y las siluetas azules de las montañas que parecían una gigantesca ciudad.

¿Ves aquel arbusto que se agita allá abajo? —decía Clara—. Diríase que viene hacia nosotros. Nataniel, mecánicamente, buscó en el bolsillo el anteojo de Coppola. Clara estaba delante del cristal. Entonces Nataniel sintió que su pulso latía rápidamente y que su sangre hervía en sus venas; pálido como la muerte miró a Clara y sus ojos tenían siniestra expresión. Saltó como un tigre, profiriendo un grito ronco y feroz: «¡Muñeca de madera, vuélvete…, muñeca de madera, vuélvete!», y después, cogiendo a la joven con fuerza convulsiva, quiso arrojarla desde la plataforma. La pobre Clara, poseída de espanto, agarrábase a la barandilla con la energía de la desesperación, mientras que Lotario, oyendo por fortuna los gritos y sospechando alguna desgracia, franqueaba presuroso la tortuosa escalera de la torre.

Rabioso y asustado golpeó la puerta, que al fin saltó: «¡Socorro, salvadme!», se oía una débil voz… «Ya está sin vida, la ha matado ese loco», exclamó Lotario. También la puerta de la galería estaba cerrada. La desesperación le dio fuerzas descomunales e hizo saltar la puerta. Clara, poseída de espanto agarrábase a la barandilla con una mano, con la energía de la desesperación. Rápido, como una centella, Lotario agarró a su hermana y asestó un golpe en la cabeza a Nataniel, que soltó su presa y rodó por el suelo. Lotario bajó la escalera con su hermana desmayada en brazos… Estaba salvada… Nataniel, entretanto, corría como un energúmeno por la plataforma y gritaba: «¡Horno de fuego, revuélvete, homo de fuego, revuélvete!». Al oír los salvajes gritos, la multitud se acercó. En medio de los curiosos apareció de repente el abogado Coppelius, que acababa de entrar en la ciudad y se dirigía al mercado. Como algunos hombres quisieran subir para apoderarse del loco, Coppelius, riéndose, dijo: «¡Bah, bah, dejadle, que ya sabrá bajar solo!». Y como mirase hacia arriba como los demás, Nataniel, que acababa de inclinarse sobre la balaustrada, le divisó al punto, y le reconoció, gritando de un modo estridente: «¡Ah, bellos ojos…, bellos ojos!», y saltó al vacío.

Mientras Nataniel yacía sobre las losas de la calle con la cabeza destrozada, Coppelius desaparecía entre la multitud.

Algunos años después hubiera podido verse a Clara en un país lejano, a la puerta de una casita de campo, y cerca de ella un hombre de fisonomía dulce y grave estrechábale la mano; dos graciosos niños jugaban a sus pies. Debe decirse que Clara había encontrado una felicidad doméstica que correspondía a su alegre y dulce carácter, felicidad que nunca hubiera logrado al lado del trastornado Nataniel.

VAMPIRISMO

Ahora que habláis de vampirismo, me viene a la mente una historia cruel que hace tiempo leí o escuché. Creo que más bien lo último, pues ahora que recuerdo, el narrador insistió mucho en que el relato era verdadero y nombró la familia condal, y el solar donde ocurrió el suceso. Si la historia se ha publicado y la conocéis, interrumpidme, pues no hay nada más fastidioso y aburrido que escuchar cosas conocidas de antiguo.

—Me parece notar que nos vas a ofrecer algo horroroso y tremendo; así es que, por lo menos, piensa en San Serapio y procura ser lo más breve posible, para que Vincenzo tenga la palabra, pues, según veo, está impaciente por referirnos el cuento que nos prometió.

—¡Calma, calma! —exclamó Vincenzo—. Nada mejor deseo para mí que Cipriano tienda un tapiz negro que sirva de fondo a la representación mímicoplástica de mis alegres, pintorescas y saltarinas figuras. Empieza, Cipriano amigo, muéstrate seco, terrorífico, incluso espeluznante, más que el vampírico Lord Byron, al que por cierto no he leído.

—El Conde Hipólito —comenzó Cipriano— había regresado ya de sus largos viajes, para hacerse cargo de la rica herencia de su padre, fallecido tiempo ha. El palacio solariego estaba situado en una de las regiones más bellas y agradables del país, y las rentas que le proporcionaban sus pensiones bastaban para el costoso embellecimiento del mismo.

Todo lo que el Conde había visto a lo largo de sus viajes de más bello y atractivo y suntuoso quería verlo de nuevo levantarse ante sus ojos. Cortesanos y artistas reuníanse en torno a él y acudían a su llamada, de modo que pronto comenzaron las obras del palacio, y el diseño de un amplio parque de gran estilo, en el que se hallarían incluidas iglesia, cementerio y parroquia, formando parte del artístico jardín. El Conde dirigía todos los trabajos, pues tenía conocimientos suficientes para ello. Se entregó en cuerpo y alma a estas ocupaciones, de modo que transcurrió un año sin que se le ocurriese (según le aconsejó su anciano tío) dejarse ver a los ojos de las jóvenes, para escoger como esposa a la más bella, a la mejor y a la más noble.

Una mañana que se encontraba precisamente sentado ante la mesa de dibujo, haciendo el proyecto de un nuevo edificio, se hizo anunciar una vieja Baronesa, lejana pariente de su padre. Hipólito recordó, al oír el nombre de la Baronesa, que su padre sentía una indignación intensísima contra esta mujer, e incluso que hablaba de ella con repugnancia, y a todas cuantas personas trataban de acercarse a ella les

aconsejaba que se alejasen, aunque sin explicar jamás los motivos del peligro. Cuando se le preguntaba al Conde, solía decir que había ciertas cosas sobre las que más valía callar que hablar. Con más razón, cuanto que en la residencia corrían turbios rumores de un extraño e insólito proceso criminal, en el que estaba implicada la Baronesa, que separada de su marido y expulsada de su alejado lugar de residencia, solo gracias a la intervención del Príncipe se veía libre de encarcelamiento.

Muy molesto se sintió Hipólito por la proximidad de una persona a la que su padre aborrecía, aunque los motivos del aborrecimiento le fuesen desconocidos. La ley de la hospitalidad, que era privativa de toda esta región, le obligaba a recibir la desagradable visita. Jamás una persona había causado al Conde una impresión tan antipática en su apariencia —aunque en realidad no fuese odiosa— como la Baronesa.

Nada más entrar, traspasó al Conde con una mirada de fuego, luego entornó los párpados y se disculpó de su visita, casi con expresión humilde. Se quejó de que el padre del Conde, poseído por extraños prejuicios, al que le habían inducido sus enemigos maliciosamente, la había odiado hasta la muerte, de modo que, aunque languidecía en la mayor pobreza, y se avergonzaba de su estado, nunca había recibido la menor ayuda. Al fin, como inesperadamente se hubiera visto en posesión de una pequeña suma de dinero, le había sido posible abandonar su residencia y huir hacia un pueblo muy alejado de aquella región. Antes de emprender el viaje no había podido resistir el impulso de conocer al hijo del hombre que le había profesado un odio tan injusto e irreconciliable, aunque a su pesar le reverenciase.

Fue el conmovedor tono de verdad con que habló la Baronesa, lo que emocionó al Conde, cuanto más que lejos de mirar el desagradable semblante de la vieja, hallábase absorta su mirada en la contemplación de la adorable, maravillosa y encantadora criatura que la acompañaba.

Calló ésta y el Conde pareció no darse cuenta: permanecía abstraído. La Baronesa pidió que la disculpase, pues al entrar sintióse desconcertada, y se le olvidó presentar a su hija Aurelia. Solo al oír esto, recuperó el Conde la palabra, y juró, enrojeciendo totalmente, lo que sumió en la mayor confusión a la adorable joven, que le concediesen enderezar lo que su padre había ejecutado por error, y les suplicó que, conducidas por su propia mano, entrasen en el palacio.

Para confirmar estas palabras tomó la mano de la Baronesa, pero la respiración y el habla se le cortaron, al tiempo que un frío enorme la recorría el cuerpo. Sintió que su mano era apresada por unos dedos rígidos, helados como la muerte y le pareció como si la enorme y huesuda figura de la Baronesa —que le contemplaba con ojos sin visión— estuviese envuelta en la espantosa vestimenta de un cadáver.

«¡Oh, Dios mío, qué desgracia está sucediendo en este momento!», gritó Aurelia, y empezó a gemir con una voz tan quejumbrosa, que su pobre madre repentinamente fue presa de un ataque convulsivo, de cuyo estado, como de costumbre, solía salir unos instantes después, sin necesidad de valerse de ningún medio. Con gran trabajo

se desprendió el Conde de la Baronesa, y como tomase la mano de Aurelia y depositase en ella un ardiente beso, sintió que el dulce deleite del amor y el fuego de la vida retornaban a invadir su ser.

Próximo a la edad madura, sintió el Conde, por primera vez, todo el poder de la pasión, de tal modo que le resultó muy difícil esconder sus sentimientos, y como Aurelia le manifestase su agrado de manera ingenua, se encendió en él la esperanza. Apenas pasaron unos cuantos minutos cuando la Baronesa despertó de su desmayo e, ignorante de lo que había sucedido, aseguró al Conde que estimaba la invitación de permanecer en el palacio, y que olvidaba para siempre todo el mal que su padre le había causado. Así fue como, repentinamente, cambió el hogar del Conde, hasta el punto que llegó a pensar que, por un especial favor, el destino le había llevado hasta allí a la persona más ardientemente adorada de todo el universo, para concederle la mayor felicidad de que puede gozar un ser humano.

La conducta de la Baronesa fue idéntica, permaneció silenciosa, seria, incluso reservada, y mostró, siempre que había ocasión favorable, un dulce talante y hasta una inocente alegría en el fondo de su corazón.

El Conde, que ya se había habituado al extraño semblante cadavérico y a su figura fantasmal, atribuyó todo esto a su enfermedad, así como la tendencia a una intensa exaltación, de la que daba muestras —según le había dicho su gente— durante los paseos nocturnos que efectuaba por el parque, en dirección al cementerio.

El Conde se avergonzó de que los prejuicios de su padre le hubiesen prevenido tanto contra ella y trató de vencer el sentimiento que le sobrecogía, siguiendo los consejos de su buen tío que le indicaba librarse de una relación que tarde o temprano le perjudicaría.

Convencido del intenso amor de Aurelia, pidió su mano y figuraos con que alegría la Baronesa aceptó, viéndose transportada de la mayor indigencia al seno de la felicidad. La palidez y aquel aspecto que denotaba un interior extremadamente desasosegado, fue desapareciendo del semblante de Aurelia. La felicidad del amor resplandecía en su mirada y daba a sus mejillas un tono rosado.

La mañana del día que se iba a celebrar la boda, un acontecimiento sobrecogedor vino a contrariar los deseos del Conde. Encontraron a la Baronesa inerte en el parque, caída en el suelo, con el rostro en tierra, no lejos del camposanto, y la transportaron al palacio, precisamente cuando el Conde se levantaba dominado por el sentimiento de su felicidad inminente. Pensó que la Baronesa había sido atacada por su acostumbrado mal; sin embargo, fueron vanos todos los medios de que se sirvieron para volverla a la vida. Estaba muerta.

Aurelia no se entregó a los desahogos propios de un intenso dolor, y muda, sin derramar una lágrima, parecía haberse quedado como paralizada después del golpe recibido. El Conde, que temía por su amada, con gran cuidado y suavidad se atrevió a recordarle su situación de criatura sola, de modo que ahora más que nunca era necesario aceptar el destino y proceder convenientemente acelerando la ceremonia de

la boda que se había diferido a causa de la muerte de la madre. A esto, Aurelia, echándose en los brazos del Conde, gritó, al tiempo que derramaba un torrente de lágrimas, con una voz que desgarraba el corazón: «¡Sí, sí, por todos los Santos, por mi bien, sí!». El Conde pensó que éste vehemente desahogo era debido a la consideración bien amarga de que se encontrase sola, sin patria, y no supiese adónde ir, e incluso a las consideraciones sociales que le impedían permanecer en el palacio.

El Conde se ocupó de que una dama honorable le hiciese compañía hasta que el matrimonio se celebró, sin que ningún suceso desgraciado interrumpiese le ceremonia, e Hipólito y Aurelia alcanzaron la cumbre de su felicidad. Mientras todo esto sucedía, Aurelia se había mostrado siempre en un estado de gran excitación. No era el dolor por la pérdida de su madre lo que la desasosegaba, sino una sensación de miedo mortal que parecía atenazarla continuamente.

En mitad de los más dulces transportes amorosos, sentíase sobrecogida de terror, palidecía como una muerta y abrazaba al Conde, derramando lágrimas, como si quisiera asegurarse bien de que un poder invisible y enemigo no la llevase a la perdición. Entonces gritaba: «¡No, nunca, nunca!».

Una vez que se encontró casada con el Conde pareció que el estado de excitación cesaba y que se veía libre del miedo que la sobrecogía. Esto no impidió que el Conde adivinase que algún secreto fatídico se escondía en el seno de Aurelia, pero, ciertamente, le pareció inoportuno preguntarle acerca de ello, en tanto que persistiese la excitación, y ella misma se mantuviese callada. Hasta que un día se atrevió a insinuarle la pregunta de cuál era la causa de su desasosiego. Entonces Aurelia afirmó que suponía un inmenso bien para ella desahogar por entero su corazón en su amado esposo. No poco se sorprendió el Conde cuando se enteró de que únicamente la fatal conducta de la madre era el motivo del malestar de Aurelia. «¿Hay algo más espantoso —gritó Aurelia— que odiar a la propia madre y tener que aborrecerla?». De aquí se deduce que tanto el padre como el tío no estaban dominados por falsos prejuicios y que la Baronesa había engañado al Conde con una premeditada hipocresía.

Como un signo muy favorable, el Conde consideró que la malvada madre se hubiese muerto el mismo día que se iba a celebrar su boda, y no tenía ningún reparo en decirlo. Aurelia, en cambio, dijo que precisamente desde el día de la muerte de su madre se sentía dominada por los más lúgubres y sombríos presentimientos, que no podía evitar sentir un miedo espantoso a que los muertos saliesen de sus tumbas y la arrancasen de los brazos de su amado para llevarla al abismo.

Aurelia recordaba (según refería), confusamente, los tiempos de su niñez, cómo una mañana, cuando acababa de despertarse, oyó un tumulto espantoso en la casa. Las puertas se abrían y cerraban, se oían voces extrañas. Cuando finalmente se hizo la calma, la doncella tomó a Aurelia de la mano y la llevó a una gran estancia donde estaban muchos hombres reunidos, y en el centro de la habitación sobre una gran mesa yacía un hombre, que jugaba a menudo con Aurelia, que le daba golosinas, y al

que solía llamar papá. Extendió las manos hacia él y quiso besarle. Los labios que en otro tiempo estaban cálidos ahora estaban helados, y Aurelia, sin saber por qué, prorrumpió en sollozos. La doncella la condujo a una casa desconocida, donde estuvo durante mucho tiempo, hasta que apareció una señora y se la llevó en un coche. Era su madre que la trasladó a la Corte. Aurelia debía tener ya dieciséis años cuando apareció un hombre en casa de la Baronesa, al que ésta recibió con alegría, denotando la confianza e intimidad de un amigo querido desde hace tiempo. Cada vez venía más a menudo, y cada vez era más evidente que su casa se transformaba y ponía en mejores condiciones. En lugar de vivir como en una cabaña y vestirse con pobres vestidos y alimentarse mal, ahora vivían en la parte más bella de la ciudad, ostentaban lujosos vestidos y comían y bebían con el desconocido, que diariamente se sentaba a la mesa y participaba en todas las diversiones públicas que se ofrecían en la Corte. Únicamente Aurelia permanecía ajena a las mejoras de su madre, que, evidentemente, se debían al extranjero. Se encerraba en su cuarto cuando la Baronesa departía con el desconocido y permanecía tan insensible como antes.

El desconocido, aunque era ya casi de cuarenta años, tenía un aspecto fresco y juvenil, poseía una gran figura y su semblante podía considerarse varonil. No obstante, le resultaba desagradable a Aurelia porque, a menudo, su conducta —aunque trataba de comportarse educadamente— le parecía vulgar, torpe y plebeya.

Las miradas que empezó a dirigir a Aurelia le causaron inquietud y espanto, incluso un temor que ella misma no sabía explicar. Hasta el momento, la Baronesa no se había molestado en dar alguna explicación a Aurelia acerca del desconocido. Ahora mencionó su nombre a Aurelia, añadiendo que el barón era muy rico y un pariente lejano. Alabó su figura, sus rasgos, y terminó preguntando a Aurelia que qué le parecía. Aurelia no ocultó el aborrecimiento que sentía por el desconocido; la Baronesa le lanzó una mirada que le produjo un terror indecible y luego la regañó acusándola de ser necia. Poco después la Baronesa se conducía más amablemente que nunca con Aurelia. Le regaló hermosos vestidos y ricos adornos que estaban de moda, y la dejó participar en las diversiones públicas. El desconocido trataba de ganarse el favor de Aurelia, de tal modo que se hacía todavía más odioso. Fue fatal para su tierno espíritu juvenil que la casualidad le deparase ser testigo de todo esto, lo que motivó que sintiese un odio tremendo hacia el desconocido y la corrompida madre. Como pocos días después el desconocido, medio embriagado, la estrechase en sus brazos, de modo que no dejase lugar a dudas de sus aviesas intenciones, la desesperación diole fuerzas varoniles, de forma que le propinó tal empujón al desconocido que lo tiró de espaldas, tuvo que huir y se encerró en su cuarto.

La Baronesa explicó a Aurelia fríamente y con firmeza que el desconocido mantenía la casa y que no tenía el menor deseo de volver a la antigua indigencia, y que, por consiguiente, eran vanos e inútiles los melindres. Aurelia debía ceder a los deseos del desconocido, que amenazaba abandonarlas. En vez de compadecerse de las súplicas desgarradoras de Aurelia, de sus ardientes lágrimas, la vieja comenzó a

proferir amenazas y a burlarse de ella, agregando que estas relaciones le proporcionarían el mayor placer de la vida, así como toda clase de comodidades, y dio muestras de un desaforado aborrecimiento hacia los sentimientos virtuosos, por lo que Aurelia quedó aterrada. Vióse perdida, de modo que la única salvación posible le pareció una rápida huida.

Aurelia se había hecho con una llave de la casa y envolviendo algunas cosas indispensables para su fuga, se deslizó a medianoche cuando vio a su madre profundamente dormida, hasta el vestíbulo iluminado débilmente. Con sumo cuidado trataba de salir, cuando la puerta de la casa chocó violentamente y retumbó a través de la escalera. En medio del vestíbulo, haciendo frente a Aurelia, apareció la Baronesa vestida con una bata sucia y vieja, con el pecho y los brazos descubiertos, el pelo gris despeinado, moviéndose airada. Y detrás de ella el desconocido, que gritaba y chillaba: «¡Espera, condenado Satanás, bruja endemoniada, que me las vas a pagar!», y arrastrándola por los pelos, empezó a golpearla de un modo brutal, en mitad del cuerpo, envuelto como estaba en su gruesa bata.

La Baronesa empezó a proferir gritos de terror. Aurelia, casi desvanecida, pidió auxilio, asomándose a la ventana abierta. Dio la casualidad que precisamente pasaba por allí una patrulla de guardias, que entraron al instante en la casa: «¡Cogedle! —gritaba la Baronesa a los guardias, retorciéndose de rabia y de dolor—. ¡Cogedle y agarradle bien! ¡Miradle la espalda!».

En cuanto la Baronesa pronunció su nombre, el jefe de la patrulla exclamó jubilosamente: «¡Ajá! ¡Al fin te cogimos, Urian!», y con esto le agarraron y le llevaron consigo, no obstante resistirse. A pesar de todo lo sucedido, la Baronesa se había percatado de las intenciones de Aurelia. De momento se conformó con agarrarla violentamente del brazo, arrojarla al interior de su cuarto y cerrarlo bien, sin decir palabra. A la mañana siguiente, la Baronesa salió y regresó muy tarde por la noche, mientras Aurelia permanecía en su cuarto encerrada como en una prisión, sin ver ni oír a nadie, de modo que pasó el día sin que tómase comida ni bebida.

Así transcurrieron varios días. A menudo la miraba la Baronesa con ojos encendidos de ira, y parecía como si quisiera tomar una decisión, hasta que un día encontró una carta, cuyo contenido pareció llenarla de alegría: «Odiosa criatura —dijo la Baronesa a Aurelia— eres culpable de todo, aunque te perdono, y lo único que deseo es que no te alcance la espantosa maldición que este malvado ha descargado sobre ti». Luego de decir esto se mostró muy amable, y Aurelia, ahora que ya aquel hombre se había alejado, no volvió a pensar en la huida, por lo que le fue concedida mayor libertad.

Pasado ya algún tiempo, un día que Aurelia estaba sentada sola en su cuarto, oyó un gran tumulto en la calle. La doncella salió y volvió diciendo que era el hijo del verdugo que iba detenido, después de ser marcado por robo y asesinato, y que al ser conducido a la cárcel se había escapado de entre las manos de los guardianes. Aurelia vaciló, asomándose a la ventana, dominada por temerosos presentimientos; no se

había engañado, era el desconocido que, rodeado de numerosos guardianes, iba aherrojado subido en una carreta. Le conducían camino de la ejecución de la condena y de la expiación de sus faltas. Casi estuvo a punto de desmayarse en su sillón, cuando la espantosa y salvaje mirada del hombre se cruzó con la suya, al tiempo que con gestos amenazadores levantaba el puño cerrado hacia su ventana.

Era costumbre de la Baronesa estar siempre fuera de casa, aunque regresaba para hablar con Aurelia y hacer consideraciones acerca de su destino y de las amenazas que se cernían sobre ella, presagiando una vida muy triste. Por medio de la doncella que había entrado a su servicio, el día después del suceso de aquella noche, y a la que habían tenido al corriente de las relaciones de la Baronesa con aquel pícaro, se enteró Aurelia de que todos los de la casa compadecían a la Baronesa por haber sido engañada tan vilmente por un delincuente tan despreciable.

Bien sabía Aurelia que la cosa era de otro modo, y le parecía imposible que los guardias que poco antes habían detenido a este hombre en casa de la Baronesa, no supieran de sobra la buena amistad de la Baronesa con el hijo del verdugo, ya que al apresarle, la Baronesa había proferido su nombre y había hecho alusión a la marca de su espalda, que era la señal de su crimen. De aquí que, incluso, la misma doncella a veces expresase con ambigüedad lo que se decía por todas partes, y que insinuase que los jueces estaban haciendo averiguaciones, de forma que hasta la honorable Baronesa estuviese a punto de sufrir arresto, debido a las extrañas declaraciones del malvado hijo del verdugo.

De nuevo se dio cuenta la pobre Aurelia de la situación tan lamentable en que se hallaba su madre, y no comprendió le hubiera sido posible después de aquel horroroso acontecimiento permanecer un instante más en la residencia.

Finalmente, viose obligada a abandonar el lugar, donde se sentía rodeada de un justificado desprecio y a dirigirse a una región alejada de allí. El viaje la condujo al palacio del Conde, donde sucedió lo que ya hemos referido.

Aurelia se sintió extremadamente feliz, libre de las tremendas preocupaciones que tenía, pero he aquí que quedó aterrada cuando al expresarle su madre el favor divino que le concedía este sentimiento de bienaventuranza, ésta, echando llamas por los ojos, gritó con voz destemplada: «¡Tú eres la causa de mi desgracia, desventurada criatura!, pero ya verás, toda tu soñada felicidad será destruida por el espíritu vengador, cuando me sobrecoja la muerte. En medio de las convulsiones que me costó tu nacimiento, la astucia de Satanás…», y aquí se detuvo Aurelia, se apoyó en el pecho del Conde y le suplicó que le permitiese callar lo que la Baronesa había proferido en su furor demencial. Hallábase destrozada, pues creía firmemente que se cumplirían las amenazas de los malos espíritus que poseían a su madre.

El Conde consoló a su esposa lo mejor que supo, no obstante sentir él mismo escalofríos que le recorrían el cuerpo. Hubo de confesarse a sí mismo, cuando estuvo tranquilo, que el profundo aborrecimiento de la Baronesa, aunque hubiese fallecido, arrojaba una negra sombra sobre la vida, que le había parecido tan clara.

Poco tiempo después se notó un marcado cambio en Aurelia. Como la palidez mortal de su semblante y la mirada extenuada denotasen enfermedad, pareció como si Aurelia ocultase un nuevo secreto en el interior de su ser, que se mostrase inquieto, inseguro y temeroso. Huía incluso hasta de su marido, se encerraba en su cuarto, buscaba los lugares más apartados del parque, y cuando se la veía, sus ojos llorosos y los consumidos rasgos de su semblante denotaban que sufría una pena profunda. En vano el Conde se esforzaba por conocer los motivos del estado de su esposa. Del enorme desconsuelo en el que finalmente se sumió, la sacó un famoso médico, al insinuar que la gran irritabilidad de la Condesa, a juzgar por los síntomas, posiblemente denotaba un cambio de estado, que haría la dicha del matrimonio. Este mismo médico se permitió, como se sentase a la mesa del Conde y de la Condesa, toda clase de alusiones al supuesto estado en que se hallaba la Condesa.

La Condesa parecía indiferente a todo lo que escuchaba, aunque de pronto prestó gran atención, cuando el médico comenzó a hablar de los caprichos tan raros que a veces tenían las mujeres que estaban en estado, y a los que se entregaban, sin tener en consideración la salud y la conveniencia del niño.

La Condesa abrumó al médico con preguntas, y éste no se cansó de responder a todas ellas, refiriendo casos asombrosamente curiosos y divertidos de su propia experiencia: «También —repuso— hay ejemplos de caprichos anormales, que llevan a las mujeres a realizar hechos espantosos. Así la mujer de un herrero sintió tal deseo de la carne de su marido, que no paró hasta que un día que éste llegó embriagado, se abalanzó sobre él con un cuchillo grande y le acuchilló de manera tan cruel, que pocas horas después entregaba el espíritu».

Apenas hubo pronunciado el médico estas palabras, la Condesa se desmayaba en la silla donde estaba sentada, y con gran trabajo pudo ser salvada de los ataques de nervios que sufrió a continuación. El médico se percató de que había sido muy imprudente al mencionar en presencia de una mujer tan débil y nerviosa aquel terrible suceso.

Sin embargo, pareció que aquella crisis había ejercido un influjo bienhechor en el ánimo de la Condesa, pues se tranquilizó, aunque como de nuevo volviese a enmudecer y a convertirse en una extraña criatura solitaria, con un fuego intenso que brotaba de sus ojos, adquiriendo la palidez mortal de antes, el Conde nuevamente volvió a sentir pena e inquietud acerca del estado de su esposa. Lo más raro de él, era que la Condesa no tomaba ningún alimento, y sobre todo que demostraba tal asco a la comida, especialmente a la carne, que más de una vez se alejó de la mesa dando las más vivas muestras de aborrecimiento.

El médico se sintió incapaz de curarla, pues ni las más fuertes y cariñosas súplicas del Conde, ni nada en el mundo podía hacer que la Condesa tomase ninguna medicina. Como transcurriesen semanas y meses sin que la Condesa probase bocado, y pareciese que un insondable secreto consumía su vida, el médico supuso que había algo raro, más allá de los límites de la ciencia humana. Abandonó el palacio con un

pretexto cualquiera, y el Conde pudo darse cuenta de que la enfermedad de la Condesa parecía muy sospechosa al acreditado médico, y denotaba que la enfermedad estaba muy arraigada, sin que hubiese medio de curarla. Hay que suponerse en qué estado de ánimo quedó el Conde, no satisfecho con esta explicación.

Justamente por esta época un viejo y fiel servidor tuvo ocasión de descubrir al Conde que la Condesa abandonaba el palacio todas las noches y regresaba al romper el alba. El Conde se quedó helado. Ahora es cuando se dio cuenta de que desde hacía bastante tiempo, a eso de la media noche, le sobrecogía un sueño muy pesado, que atribuía a algún narcótico que la Condesa le administraba para poder abandonar sin ser vista el dormitorio que compartía con él.

Los más negros presentimientos sobrecogieron su alma; pensó en la diabólica madre, cuyo espíritu quizá revivía ahora en la hija, en alguna relación ilícita y adulterina, y hasta en el malvado hijo del verdugo. A la noche siguiente iba a desvelársele el espantoso secreto, único motivo del estado misterioso en que se hallaba su esposa.

La Condesa acostumbraba ella misma a preparar el té que tomaba el Conde y luego se alejaba. Aquel día decidió el Conde no probar una gota, y como leyese en la cama, según tenía por costumbre, no sintió el sueño que le sobrecogía a media noche como otras veces. No obstante, se acostó sobre los cojines, e hizo como si durmiese. Suavemente, con gran cuidado, abandonó la Condesa el lecho, se aproximó a la cama del Conde e iluminó su rostro, deslizándose de la alcoba sin hacer ruido.

El corazón le latía al Conde violentamente, se levantó, echóse un manto y siguió a su esposa. Era una noche de luna clara, de modo que, no obstante lo veloz de su paso, se podía ver perfectamente a la Condesa Aurelia, envuelta su figura en una túnica blanca. La Condesa se dirigió a través del parque hacia el cementerio y desapareció tras el muro.

Rápidamente corrió el Conde tras ella, atravesó la puerta del muro del cementerio, que halló abierta. Al resplandor clarísimo de la luna vio un círculo de espantosas figuras fantasmales. Viejas mujeres semidesnudas, con el cabello desmelenado, hallábanse arrodilladas en el suelo, y se inclinaban sobre el cadáver de un hombre, que devoraban con voracidad de lobo. ¡Aurelia hallábase entre ellas! Impelido por un horror salvaje, el Conde salió corriendo irreflexivamente, como preso de un espanto mortal, por el pavor del infierno, y cruzó los senderos del parque, hasta que bañado en sudor, al amanecer encontróse ante la puerta del palacio. Instintivamente, sin meditar lo que hacía, subió corriendo las escaleras, y atravesó las habitaciones hasta llegar a la alcoba. La Condesa yacía, al parecer entregada a un dulce y tranquilo sueño. El Conde trató de convencerse de que solo había sido una pesadilla o una visión engañosa que le había angustiado, ya que era sabedor del paseo nocturno, del cual daba trazas su manto, mojado por el rocío de la mañana.

Sin esperar a que la Condesa despertase, se vistió y montó en su caballo. La carrera que dio a lo largo de aquella hermosa mañana a través de los arbustos aromáticos, de los que parecía saludarle el alegre canto de los pájaros que despertaban al día, disipó las terribles imágenes nocturnas; consolado y sereno regresó al palacio.

Como ambos, el Conde y la Condesa, se sentasen solos a la mesa, y como de costumbre ésta tratase de salir de la estancia a la vista de la carne guisada, dando muestras del mayor asco, se le hizo evidente al Conde, en toda su crudeza, la verdad de lo que había contemplado la noche anterior. Poseído del mayor furor se levantó de un salto y gritó con voz terrible: «¡Maldito aborto del infierno, ya sé por qué aborreces el alimento de los hombres, te cebas en las tumbas, mujer diabólica!». Apenas había proferido estas palabras, la Condesa, dando alaridos, se abalanzó sobre él con la furia de una hiena y le mordió en el pecho. El Conde dio un empujón a la rabiosa mujer y la tiró al suelo, donde entregó su espíritu en medio de las convulsiones más espantosas. El Conde enloqueció.

E. T. A. HOFFMAN (Königsberg, 24 de enero de 1776 - Berlín, 25 de junio de 1822). «El día de San Juan Crisóstomo, es decir, el 24 de enero del año mil setecientos y tantos, hacia las doce del mediodía, nació un niño que tenía rostro, manos y pies… Su padre se vertió una cucharada de sopa en la barba… su madre estalló en tal carcajada que a la vihuelista que estaba tocando una canción se le rompieron las cuerdas del instrumento…». Estas palabras se refieren al nacimiento de Kreisler, el doble imaginado por Hoffmann, personaje que, homenajeando al autor, daría título a una composición de Schumann.

El propio Hoffmann tendría mucho que ver con la música, aparte de con la pintura, y sobre todo con la literatura de escalofrío, fantasía y sueño. Nació realmente en 1776 —como Kreisler— y murió en 1882. Es quizá el más importante, desde luego el más popular, de los románticos alemanes. Véase, para empaparse de su vida y datos sobre su obra, «El alucinante mundo de E. T. A. Hoffmann», excelente libro de Carmen Bravo Villasante, cuyas traducciones hemos adquirido para nuestra Biblioteca.